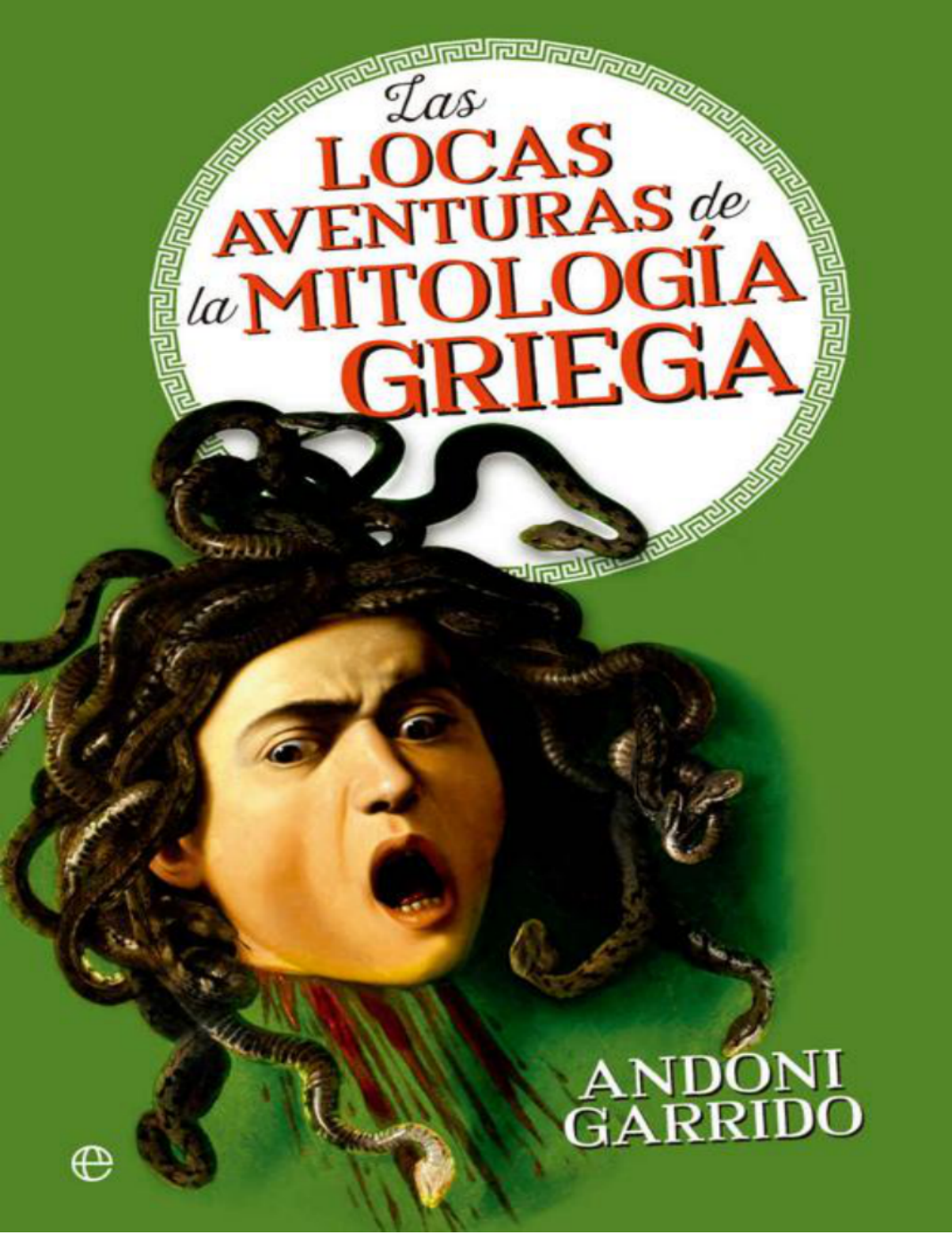
Las LOCAS AVENTURAS de la MITOLOGÍA GRIEGA



ANDONI GARRIDO

Andoni Garrido

LAS LOCAS AVENTURAS DE LA MITOLOGÍA GRIEGA

Ilustrado por
Virginia Berrocal
Genealogías y mapas de
Adrián Cerezo

la esfera de los libros

Primera edición: noviembre de 2022

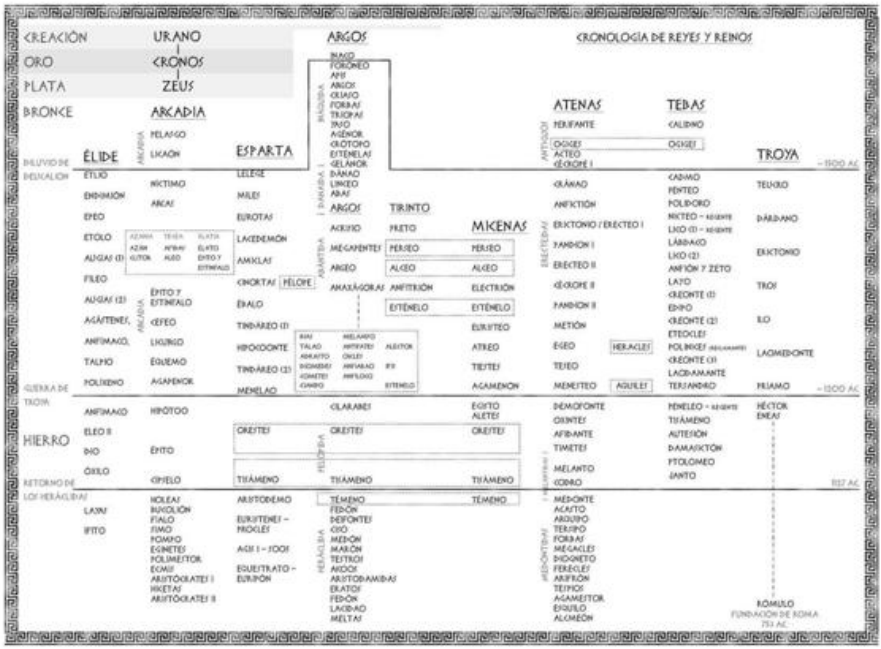
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

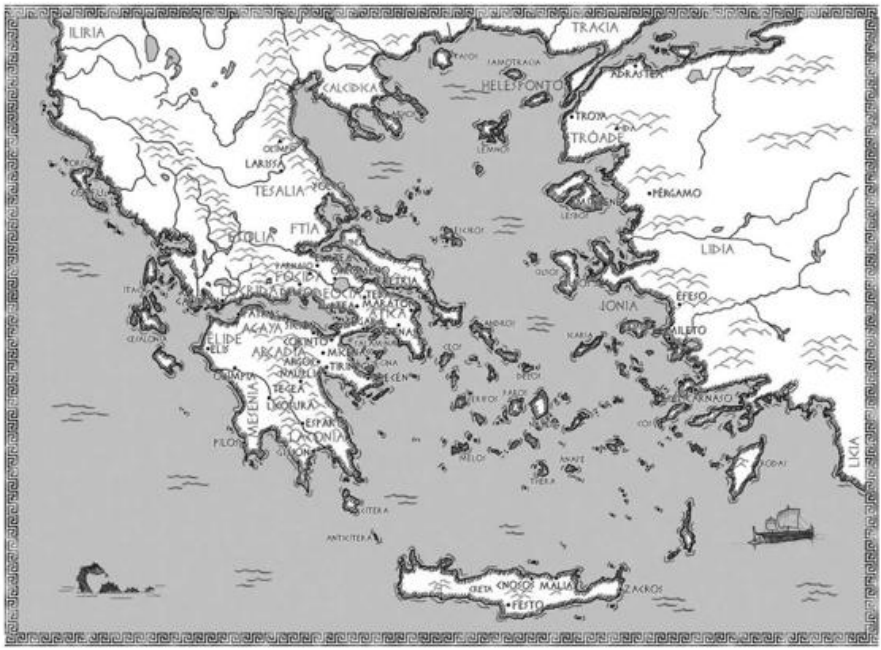
© Andoni Garrido, 2022
© La Esfera de los Libros, S. L., 2022
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
*www.*esferalibros*.com*

ISBN: 978-84-1384-464-0
Depósito legal: M.24492-2022
Composición: Versal CD, S. L.
Impresión y encuadernación: Cofás
Impreso en España-Printed in Spain

Agradecimientos

A Virginia Berrocal por sus alucinantes ilustraciones.
A Adrián Cerezo por sus intrincadas genealogías y mapas.
A Helanya por sus geniales correcciones.
A Félix Gil por confiar en este tipo de divulgación.
A mis padres y amigos por ser un apoyo constante en todos mis proyectos.


CREACIÓN
ORO
PLATA
BRONCE
URANO
CRONOS
ZEUS
ARCADIA
ÉLIDE
ESPARTA
ARGOS
TIRINTO
MICENAS
ATENAS
TEBAS
TROYA
CRONOLOGÍA DE REYES Y REINOS
DILUVIO DE DEUCALIÓN
GUERRA DE TROYA
HIERRO
RETORNO DE LOS HERÁCLIDAS
HÉLOPE
HERÁCLIDAS
ÁRGIDAS
ANTÍGONIDAS
ERECTEIDAS
ALCMEÓNIDAS
ROMULO
FUNDACIÓN DE ROMA
753 AC


ILIRIA
TRACIA
SAMOTRACIA
ADRASTEA
HELESPONTO
CALCIDICA
TROYA
TROADE
LEMNOS
OLIMPO
LARISSA
TESALIA
PÉRGAMO
LESBOS
ETOLIA
FTIA
LIDIA
FOCIDA
TEBAS
BEOCIA
MARATON
ATICA
ITACA
EFESO
IONIA
MILETO
ELIDE
ELIS
AGAYA
CORINTO
ARCADIA
MICENAS
ARGOS
NAUPLIA
TIRINTO
TEGEA
LACONIA
MESENIA
ESPARTA
PILOS
MILOS
SANTORINI
KARPATOS
LICIA
RODAS
CITERA
ANTICITERA
CRETA
CNOSOS
MALIA
FESTO
ZACROS

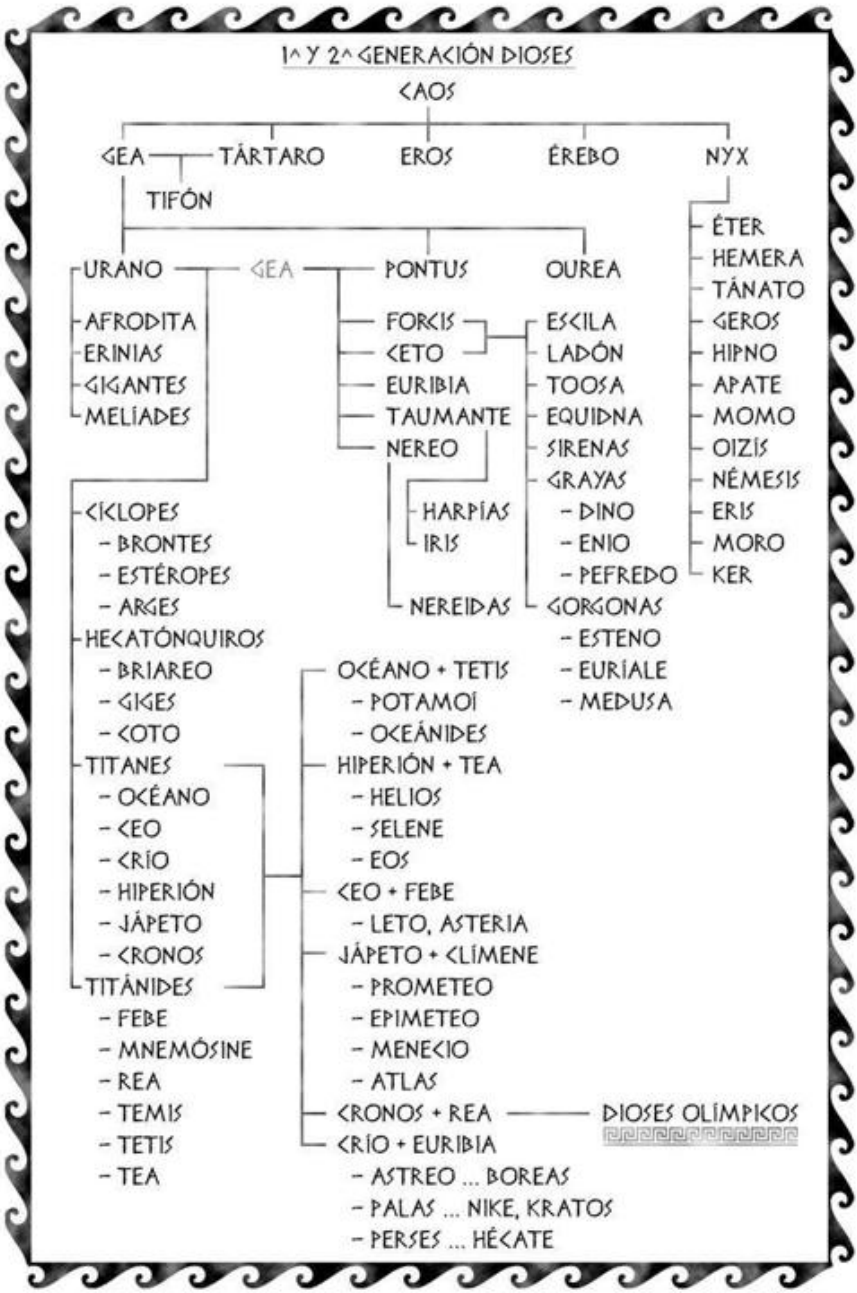
EL ORIGEN: LA COSMOGONÍA GRIEGA

En las siguientes páginas vamos a hablar largo y tendido de la mitología griega. De sus aventuras, de sus personajes, de sus tramas, de sus significados, de sus múltiples versiones…

Para comprender esta compleja mitología en su totalidad lo mejor es seguir un orden y obviamente en este orden el primero de los temas de los que habría que hablar sería la cosmogonía. La cosmogonía griega es el origen del universo. Bueno, al menos el origen del universo según la creencia de los antiguos griegos. Se trata de la narración mítica con la que estos griegos trataban de dar respuesta a las grandes preguntas del origen de todo.

Durante los siglos que duró la civilización griega se crearon muchas versiones de estos orígenes, pero, sin duda, la más estandarizada es la narrada en la *Teogonía* de Hesíodo, un poeta y filósofo griego que vivió por el año 700 a. C. Según esta, en el origen de los tiempos solo existía el Caos. Todo era caos. Pero no hablamos de un sistema complejísimo con casi infinitas variables e imposible de prever, como sería el caos adorado por el personaje Ian Malcolm de *Jurassic Park*, sino otro tipo de caos.

Para Hesíodo, el caos era una sustancia primigenia flotando en un vacío infinito. De este caos primordial surgieron tres elementos o seres, conocidos como la primera generación de dioses. El primer ser en surgir del caos fue Gea, es decir, la tierra, y dentro de ella Tártaro, una especie de Inframundo que luego se mezclaría con el Hades.



Por último, apareció Eros, la personificación del deseo, que representaba la voluntad de hacer cosas. De su nombre viene la palabra «erotismo», y la versión romana de Eros fue llamada Cupido, pero esa es otra historia. Este «deseo» fue vital en la creación de todo el universo, pues era algo imprescindible para encender la maquinaria

cósmica y poner en marcha lo que vamos a conocer en este libro.

En este proceso de procreación, Caos tuvo otros dos hijos: Érebo, la oscuridad, y Nyx, la noche. La descendencia de esta última daría lugar a un grupo de divinidades tenebrosas y oscuras. La más importante fue Tánato, la personificación de la muerte no violenta. Luego estarían Geras (vejez), Hipno (sueño), Ápate (engaño), Momo (burla), Oicis (dolor), Némesis (venganza divina), Eris (discordia), Moro (destino) y las Keres, espíritus femeninos de la muerte violenta.

Finalmente habría que destacar a las moiras, o las parcas en su nombre romano, las tres tejedoras del destino, las que manejaban el devenir del cosmos, cuyos nombres eran Cloto, Láquesis y Átropos.

Como contraste con estos seres de la oscuridad nacieron Hémera, la personificación del día, y Éter, personificación de la luminosidad y a veces relacionado con el aire.

Por su parte, Gea engendró a Urano, que rodeó a su madre y se transformó en el cielo. Y tras crear este cielo surgieron Ponto, el mar, y Ourea, las montañas.

Gea tuvo relación con Urano y con Ponto. De su relación con Urano surgieron los dioses famosos, mientras que de su relación con Ponto surgieron monstruos y seres marinos de diversa índole, como ninfas. Vamos a empezar a hablar primero de estos últimos.

Los dos primeros hijos de Gea y Ponto, la tierra y el mar, fueron Forcis, un ser con cola de pez y brazos de cangrejo, y Ceto, una ballena monstruosa. De este nombre, Ceto, vendría la palabra cetáceo. Pero luego, Gea y Ponto también tuvieron otros hijos: Euribia (que se casó con el titán Crío), Taumante (padre con Electra de las harpías, espíritus femeninos que raptaban a humanos, y de Iris, diosa del arco iris y que fue la primera mensajera de los dioses griegos), y finalmente Nereo, un afable anciano que vivía en una cueva en el fondo del mar. Con la oceánide Doris tuvo 50 hijas llamadas nereidas, las ninfas del mar. Por cierto, una ninfa es una deidad menor femenina, y generalmente se asociaba a lugares naturales como lagos, ríos, bosques y cosas así.

Y ahora podemos hablar de monstruos terribles de la mitología griega. Muchos de ellos nacieron de la unión de Forcis y Ceto. La monstruosa prole de estos dos hermanos fue conocida como los Fórcides. Primer tenemos a Escila, un monstruo marino. Luego está Ladón, un dragón de cien cabezas que custodiaba el Jardín de las Hespérides. También tenemos a Toosa, la madre del cíclope Polifemo, y a Equidna, un ser mitad mujer mitad serpiente que vivía en una cueva y comía carne cruda. Luego engendraron a las sirenas, que no eran mujeres con cola de pez, sino que eran mitad pájaro.

También tenemos a las grayas, que eran tres ancianas que solo tenían un ojo y un diente para compartir entre ellas. En algunas

versiones, las grayas no es que fueran ancianas, sino que eran jóvenes hermosas, pero de cabellos canosos. Y sin dientes y sin ojos, claro. Sus nombres eran Penfredo, Dino y Enio.

Finalmente estarían las gorgonas, tres mujeres monstruosas cuya leyenda decía que tenían cabellos de serpientes y que si las mirabas a los ojos te convertías en piedra. Sin duda, la más famosa es Medusa, por su conflicto con el héroe Perseo. En unas páginas conoceremos su historia. Las otras dos eran Esteno y Euríale.

Hagamos una pequeña pausa para descansar. Entiendo que son muchos nombres y a veces esto pueda resultar extremadamente lioso. Sin duda, esta parte puede hacerse a veces bastante dura. Es normal. Luego la cosa se suaviza y es todo más narrativo. Mi consejo es que no intentéis memorizarlo, solo disfrutad de estas historias. Es el mejor consejo que puedo daros para que no os agobiéis. Muchos de estos seres no van a volver a aparecer, pero cuando lo hagan, ya os recordaré brevemente de dónde vienen.

Volviendo al tema, por otro lado, Gea y Urano, la tierra y el cielo, copularon para crear la segunda generación de dioses. Primero, de Gea y Urano nacieron dos grupos de seis dioses. El primer grupo fue el de los titanes. Sus nombres fueron Océano, Hiperión, Ceo, Crío, Jápeto y Cronos. El segundo grupo fue el de las titánides, y sus nombres fueron Tetis, Teia (o Tía o Tea), Febe, Temis, Mnemósine y Rea.

Algunos de estos titanes y titánides se emparejaron entre ellos, y tuvieron más hijos. Sí, en la mitología griega iban a tope con el incesto. Y eso que acabamos de empezar, todavía quedan muchas movidas que os dejarán todo locos. De momento, vamos a conocer la descendencia entre estos titanes y titánides.

- *Océano y Tetis*. Según la mitología, el titán Océano era un enorme río que rodeaba todo el disco terrestre que conformaba el mundo. Se casó con la titánide Tetis, que también estaba relacionada con el mar. Juntos tuvieron tres mil hijos (todos los ríos del mundo, los Potamoi) y tres mil hijas (las ninfas de los ríos u oceánides). Una de estas oceánides famosas fue Metis, quien se convertiría en la primera esposa/amante de Zeus. El tema de las amantes de Zeus es otro tema que madre mía… Ya llegaremos a ello.
- *Hiperión y Teia*. Estos dos titanes tuvieron tres hijos relacionados con la luz del cielo. Eos, diosa de la aurora; Helios o Helio, dios del sol; y Selene, diosa de la Luna. Selene solía ser representada sobre un carro que tiraba de la Luna, mientras que su hermano Helios igual, pero con un sol. Aunque en general en la antigua Grecia Helios no fue tan famoso como otros dioses como Apolo, parece que en Rodas logró hacerse un huequito y, durante la

guerra de los Diádocos, los rodios levantaron el Coloso de Rodas, una gigantesca estatua de bronce dedicada a este dios solar. Actualmente se la considera una de las siete maravillas del mundo antiguo, aunque lamentablemente no ha llegado a nuestros días.

- *Ceo y Febe*. De esta pareja nació Leto, famosa por ser la madre de Apolo y Artemisa después de tirarse a Zeus. Otra diosa que nació aquí fue Asteria, que también fue acosada por Zeus, pero como ella no quería saber nada de él, se tiró al mar y se convirtió en una isla errante. A esta isla se la llamó Asteria, pero también Ortigia, y más tarde Delos. Según otras versiones, se convirtió en una codorniz; de hecho, «Ortigia» significaría «isla de codornices».

  Que una misma historia mitológica tenga diferentes versiones es algo también muy común en la mitología griega, pues estas historias fueron escritas por muchísimas personas diferentes a lo largo de los siglos. Existen muchas contradicciones y agujeros de guion. Cuando esto ocurra, os avisaré y os contaré, al menos, las versiones más populares del mito en cuestión.

- *Jápeto y Asia/Clímene*. De ellos nacieron Prometeo, Epimeteo y Atlas. Estos son importantes y hablaré de ellos más adelante. Es verdad que parece que existía un cuarto hermano llamado Menecio, pero este no es en absoluto importante.

  Atlas es muy famoso porque su labor en este mundo mitológico era muy dura: tenía que sostener sobre sus espaldas todo el cielo o, mejor dicho, la cúpula celeste. Parece que esta tarea fue un castigo de Zeus por oponerse a él durante la Titanomaquia, que veremos más adelante.

  De Atlas nacieron diferentes ninfas, como Calipso, las siete pléyades y las hespérides. Estas últimas son famosas por ser las ninfas guardianas del famoso Jardín de las Hespérides, donde existían unas manzanas doradas que daban la inmortalidad y que también eran protegidas por el dragón Ladón. De todas formas, en otras tradiciones griegas, las hespérides eran hijas de Nyx, y algunas veces eran tres y otras veces eran siete.

  Por otro lado, las pléyades, hijas de Atlas y la ninfa marina Pléyone, van a ser muy importantes en lo que a genealogías se refiere, pues su linaje sería conocido como los atlántidas. Una de estas pléyades, Electra, tendría un amorío con Zeus y de ahí saldría Dárdano, considerado el fundador de la dinastía real de Troya. De otra, Táigete, saldría la dinastía espartana, pues fue la madre de Lacedemón. Y, cómo no, de Maya, la mayor, saldría el dios Hermes tras un polvete con Zeus.

- *Cronos y Rea*. De estos dos tortolitos nacieron los dioses olímpicos, pero eso lo veremos en otro capítulo.

Finalmente, hubo titanes y titánides que no se emparejaron entre ellos. De Mnemósine surgieron las nueve musas. Ellas son Calíope (poesía épica y elocuencia), Clío (historia), Erato (poesía amorosa y erótica), Euterpe (música), Melpómene (teatro de tragedia), Polimnia (himnos a los dioses), Talía (musa del teatro también, pero de la comedia), Terpsícore (poesía ligera y danza) y Urania (astronomía y astrología).

En algunas versiones, las musas surgieron de una relación entre Mnemósine y Zeus, y en otras nacieron sin padre, por partenogénesis o alguna movida de esas.

Crío se emparejó con la póntide Euribia y juntos tuvieron tres hijos: Perses, Palas y Astreo, dios de la astrología. Este Astreo se emparejó con Eos, y de aquí salieron tres divinidades relacionadas con el viento. El viento del sur fue llamado Noto, el viento del oeste fue Céfiro, y finalmente el viento del norte fue llamado Bóreas. Este último es el más importante, pues sus hijos serían los famosos hiperbóreos. Según la leyenda, habitaban en la lejana tierra de la Hiperbórea, y de ellos se decía que eran inmortales. De aquí surgirían un montón de magufadas sobre civilizaciones perdidas. De eso ya hablé en mi anterior libro *Colega, ¿dónde está mi urbe?*, por si os interesa.

Por otra parte, Perses se casó con Asteria y tuvieron a Hécate, deidad asociada a la magia y a la brujería. Finalmente, el último hermano, Palas, se casó con Estigia (diosa del río que conducía al Inframundo), y tuvieron mucha descendencia: las fuentes, los lagos, a veces también Escila, y también fueron papás de algunas divinidades menores como Niké, diosa de la victoria (ahora es una marca famosa de artículos deportivos), y Cratos, personificación de la fuerza. Y no, este Cratos no tiene nada que ver con Kratos, el personaje protagonista de la serie de videojuegos *God of War*, un espartano de gran poder que se propone destruir a todo el panteón de dioses. De todas formas, probablemente el nombre de este personaje de ficción se lo pusieron por esta divinidad. Y es que el nombre le viene al pelo, desde luego, pues «crato» significa en griego «poder».

Tras estos dos grupos de dioses, Gea y Urano engendraron otros seres. Unos fueron tres cíclopes, gigantes de un solo ojo en medio de la frente. Sus nombres fueron Brontes, Etéropes y Arges. Y alguno dirá: «¿Y qué hay de Polifemo, el famoso cíclope de la *Odisea*?». Realmente, Polifemo no tiene nada que ver con este grupo de cíclopes primigenios, pero eso lo explicaré en otro capítulo.

Los otros seres que nacieron fueron los tres hecatónquiros (también conocidos como centimanos), llamados Coto, Briareo y Giges. Estos hecatónquiros eran seres de cien brazos y cincuenta cabezas.

Urano, que debía de ser muy orgulloso, vio a estos engendros de cientos de brazos con desprecio y decidió confinarles en el Tártaro, el Inframundo, en las entrañas de Gea. Y con los cíclopes hizo igual. Todo lo que le parecía feo lo escondía. Se avergonzaba muchísimo de ellos. Gea se pilló un buen rebote por esta decisión de Urano, así que comenzó a instigar una rebelión de los titanes contra su padre. Sin embargo, todos pasaron de movidas menos uno: Cronos.

URANO Y CRONOS

Como contaba en el capítulo anterior, Urano vio con vergüenza el nacimiento de los hecatónquiros y los cíclopes, y por ello los confinó en el Tártaro, una prisión subterránea para evitar que nadie les viera. Según otras versiones, evitó que nacieran directamente de Gea, y se quedaron enterrados dentro de la tierra que, si lo recordáis, era la misma Gea.

El caso es que Gea se enfadó un montón, y quiso vengarse de su hijo y marido y comenzó a hablar con los titanes para que se revelaran contra su padre.

—¿Os parece normal que Urano haya confinado a vuestros hermanos bajo tierra? —les dijo Gea, enojada, a sus hijos.

—Ya, mamá, pero es que ellos son muy feos —respondió uno de los titanes.

—¡Me tenéis harta con vuestros cánones de belleza autoimpuestos! ¡Cómo odio esta sociedad creada del puro caos! ¡Castigados todos!

Todos los titanes pasaron bastante del tema. Solo uno de los titanes decidió a ayudar a su madre: Cronos. Muchos piensan que este Cronos representaba el tiempo, pero no. Realmente existe otro dios de igual nombre que sí que era la personificación del tiempo, pero no tienen nada que ver. A veces se le llama simplemente Crono para diferenciarlos uno del otro.

El caso es que un día Urano fue a fornicar con Gea, pero el coito no iba a salir como el dios del cielo tenía pensado. Resulta que poco antes, Gea había fabricado una guadaña o una hoz con un duro metal llamado adamanto, y se la dio a Cronos. Por cierto, sé lo que estaréis pensando. Y estáis en lo correcto. Este material mítico llamado adamanto, adamantio o adamantium fue incorporado a la mitología de los cómics de Marvel, especialmente para recubrir el esqueleto del X-Men Wolverine, conocido aquí en España como Lobezno.

En fin, que me enrollo. Resulta que cuando llegó el momento del

coito, Cronos salió de su escondite con su afilada arma y le cortó los huevos a su padre.

Estos genitales rebanados cayeron al mar y formaron espuma. De esa espuma nació una nueva deidad: Afrodita, la diosa de la belleza, el amor y la reproducción. También cayeron sobre Gea, sobre la tierra, diversas gotas de sangre de Urano, y de ahí surgieron tres grupos de nuevos seres. Uno fueron las erinias, o furias, consideradas las diosas de la venganza (Alecto, Megera, Tisífone según el poeta romano Virgilio), que perseguían a los pecadores hasta hacerlos enloquecer. Otro fueron los gigantes, y otro fueron las melíades o las melias, unas ninfas de los bosques (o de los fresnos).

Posteriormente aparecieron otras ninfas, como las dríades, ninfas también de los bosques y de los árboles en general, pero otros dicen que eran particularmente ninfas de los robles. Una dríade famosa fue Eurídice, esposa de Orfeo. De ellas se dice que nacieron directamente del árbol de las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides.

Otras ninfas de los árboles serían las hamadríades, que se diferencian de las dríades porque no tenían libre movilidad, sino que estaban integradas dentro de un árbol específico, y si este árbol era talado, la hamadríade pegado a él moría. Y estas no podían defenderse, no les salían patitas como a los Ents de *El Señor de los Anillos*, y no podían huir. Si veían venir a alguien con un hacha se cagaban de miedo.

Otras ninfas eran las náyades, ninfas del agua. Pero no del agua del mar abierto sino más bien de lagos, ríos o arroyos. Es decir, agua dulce. Finalmente, también encontramos a las oréades u orestíades, ninfas de las montañas que también protegían determinadas grutas o cavernas. La oréade más famosa es Eco, quien distraía a la diosa Hera mientras Zeus trataba de cortejar a otras ninfas. Hera se enteró y castigó a Eco haciendo que solo pudiera verbalizar las últimas palabras que escuchara.

Pero la historia continúa cuando Eco se enamora de un joven llamado Narciso. El problema era que este no le hacía ni caso, y este rechazo provocó que Eco fuera poco a poco menguando, desapareciendo, hasta que solo quedó su voz flotando por el aire.

Ese fue el origen del eco, o al menos así lo entendían los antiguos griegos. Muchos de estos mitos servían a las gentes de aquella época para explicar gran parte de los fenómenos naturales que sucedían diariamente a su alrededor.

En fin, volvamos a la trama principal, que nos hemos desviado mucho. Resumiendo, gracias a este golpe de estado divino, Urano fue recluido en el Tártaro, y Cronos se alzó como el dios principal en el panteón griego. Sin embargo, su primacía no iba a durar mucho. Resulta que Cronos se volvió un déspota igual que su padre, y tiranizó

a sus hermanos los titanes y a las demás divinidades y seres que pululaban por aquel mundo mitológico.

LA PRIMERA HUMANIDAD

Antes he dicho que el gobierno de Cronos fue tiránico y salvaje, pero eso también cambia de una versión a otra. Para algunos, desde luego, fue una época más benévola, especialmente para los primeros hombres, la primera humanidad.

Resulta que durante el gobierno del dios Cronos apareció una raza de hombres mortales. Y no digo hombres en sentido global. Realmente no existían mujeres todavía. La primera fue Pandora, pero eso también lo veremos más adelante.

Aunque estos hombres no podían ser considerados dioses ni de lejos, desde luego eran fuertes y vivían sin preocupaciones. No existían leyes, ni falta que hacía, pues vivían en la cordialidad más absoluta. No había guerras entre ellos, no les hacía falta trabajar, no envejecían ni tampoco enfermaban. Morían, sí, pues no eran inmortales, pero aquello solo era un sueño pacífico. A la época de esta primera humanidad se la llamó la Edad de Oro de los Hombres.

Muchas veces, al paraíso terrenal se le ha llamado la Arcadia. Pues bien, este término viene porque, según el mito, estos primeros humanos felices vivieron en lo que hoy es la región griega de Arcadia, en el centro de la península del Peloponeso.

Durante la antigua Grecia, concretamente en Atenas y en algunas ciudades jonias, existían unas fiestas llamadas las Cronias, en honor a Cronos, y que parece que eran una especie de homenaje a este dios por la felicidad de esta primera etapa humana. Se cuenta que, durante estas celebraciones, los esclavos podían ser libres un día y armar todo el revuelo que quisieran. En la época romana, Cronos fue identificado con Saturno, y se celebraron unas fiestas muy similares en su honor: las saturnales o saturnalia.

El problema es que, tras la llegada de Zeus al poder, algo que veremos en el siguiente capítulo, este dijo que esta humanidad no pintaba nada, y decidió cortar por lo sano. A todos los convirtió en *daimones*, espíritus protectores que ayudaban a otros mortales y que se

dedicarían más adelante a guiar a los fallecidos de la siguiente humanidad al Tártaro.

Esta siguiente humanidad sería llamada la Edad de Plata de los Hombres, y tras ella le seguirían la Edad de Bronce, la Edad de los Héroes y finalmente la Edad del Hierro, que sería la nuestra. Iremos viéndolas poco a poco a lo largo del libro.

EL ORIGEN DE ZEUS Y EL MITO DE LA SUCESIÓN

Cronos gobernaba el mundo mitológico griego. Sin embargo, pronto fue advertido por una profecía de que uno de sus hijos le derrocaría igual que él había derrocado a su padre. Para intentar evitarlo, cada vez que su esposa y hermana Rea paría, Cronos se comía al retoño. Primero se comió a Hestia, la diosa del hogar y de la arquitectura. Luego se comió a Deméter, diosa de la agricultura; luego a Hera, la diosa del matrimonio; luego a Hades, dios del Inframundo, y luego a Poseidón, dios de los mares.

Rea estaba harta de parir y que su marido se comiera a los hijos, así que urdió un plan. Tras dar a luz a su sexto hijo, Zeus, decidió esconderlo. Cuando Cronos se enteró de su nacimiento fue a donde su mujer y le exigió que le diera el niño para comérselo.

—Me han dicho que has parido un dios nuevo, Rea. Dámelo inmediatamente que tengo hambre —le dijo el temible Cronos.

—Ah, sí, eso… Mira, aquí está.

Y Rea se lo entregó y Cronos se lo comió. Pero no. Porque lo que Rea le dio no era Zeus, sino una piedra envuelta en mantas. Gracias a este truco, Zeus no fue devorado.

Para protegerle de su padre, Rea lo envió lejos, a la isla de Creta, y allí el chaval creció cuidado por las ninfas de los bosques y una cabra llamada Amaltea (aunque otras veces es representada como una ninfa náyade). Otros que le protegieron fueron los curetes, seres que danzaban y cantaban ruidosamente para que Cronos no oyese los llantos del niño Zeus.

Mientras Zeus crecía, Cronos seguía con su despótico reinado. Parece que, en algún momento, este dios se enamoró de la ninfa oceánide Filira, hija de Océano y Tetis. Se cuenta que Cronos se transformó en caballo semental para seducirla y tirársela. De esta relación nacería Quirón, el primer centauro, un ser con la mitad superior de su cuerpo de forma humana y la mitad inferior con cuerpo de caballo.

Y es que, si el incesto o la mutilación genital no fueran suficiente, muchas historias de estas contienen abuso sexual, zoofilia y furrismo, a veces todo en uno. Aunque bueno, creo que lo más raro que he leído fue que Loki tuvo que disfrazarse de yegua para distraer a un caballo constructor, acabaron haciendo el amor, y el dios nórdico, meses después, parió un caballo de ocho patas. Eso ocurre en la mitología nórdica, que también tiene cosillas de estas.

Volvamos a Grecia. Pasaron los años y Zeus se hizo mayor. Se volvió un tipo muy fuerte y poderoso. Había llegado el momento de alzarse contra su padre, así que fue a retarle en un duelo a muerte con cuchillo. Tras vencerle y dejarle malherido, le obligó a tomar una pócima preparada por Metis para que vomitase a sus hermanos, y gracias a ello logró liberarlos de sus entrañas. Hestia, Deméter, Hera, Hades, Poseidón y Zeus conformaron así la tercera generación de dioses, que serían llamados dioses olímpicos. En los próximos capítulos hablaré de ellos en detalle.

Tras apresar a Cronos, los titanes, titánides y cíclopes fueron liberados. Estos últimos, que eran buenos artesanos, hicieron varios regalos a sus libertadores. Para Zeus forjaron el poder del rayo y el trueno; para Hades fabricaron un casco de oscuridad que le volvía invisible; y finalmente, para Poseidón forjaron un tridente.

LAS REBELIONES CONTRA ZEUS

Zeus había logrado convertirse en el dios que regía el mundo, pero como siempre pasa, no todos estaban por la labor de seguir sus órdenes. El pobre dios del trueno se tuvo que enfrentar a tres rebeliones contra su poder.

La primera de ellas fue la Titanomaquia. Como su propio nombre indica, fueron los titanes los que se levantaron contra Zeus. Vaya panda de traidores, encima que les liberó a todos… Resulta que, mientras Zeus y sus hermanos se hacían fuertes en el monte Olimpo, que se convirtió en su base y posteriormente en su hogar, donde regirían el mundo, los titanes crearon una fortaleza en el monte Otris, ubicado en la región griega de Tesalia. Los titanes reclamaban el trono del mundo, ya que habían nacido antes que Zeus, pero Zeus decía que ni de coña les iba a dejar mandar, pues eran unos pasotas y encima él era más poderoso y se merecía gobernar.

De la Titanomaquia no hay mucha información, pero se cuenta que fue la batalla más épica que tuvo lugar en la tierra, y duró diez años. Realmente, tras diez años de lucha, ninguno de los bandos parecía ganar, todo eran tiras y aflojas. Pero entonces Gea reveló a Zeus la forma de lograr una victoria total.

—Zeus, si quieres ganar y acabar de una vez por todas con la guerra solo puedes hacer una cosa: reclutar a los hecatónquiros.

—Abuela… ¿llevamos diez años de guerra y me lo dices ahora? No me jodas, tronca.

Zeus fue a hablar con estos seres y les ofreció liberarlos a cambio de ayuda, y estos aceptaron. En otras versiones del mito, aquí también fueron liberados los cíclopes, y fue en este punto de la historia cuando fabricaron las famosas armas de las que hablé antes. Ya os dije que contradicciones va a haber unas cuantas.

Los hecatónquiros, con sus cientos de brazos, comenzaron a lanzar una lluvia de piedras a los titanes, y entre esto y los continuos rayos de Zeus, todos juntos lograron vencer a sus enemigos. Los titanes

fueron confinados en el Tártaro para toda la eternidad.

La siguiente rebelión fue la de Tifón, un ser surgido de la relación entre Gea y Tártaro. Se trataba de un ser compuesto por cien cabezas de dragón, alas, múltiples colas de serpiente y que además escupía fuego por cada una de sus bocas. Esta lucha entre Zeus y Tifón fue conocida como la Tifonomaquia. Todos los dioses estaban tan acojonados con este ser infernal que huyeron a Egipto y tomaron formas de diferentes animales para evitar ser destruidos. Apolo se convirtió en halcón, Hermes en ibis, Artemisa en gato… y esto daría origen a los dioses egipcios. Bueno, obviamente no para los antiguos egipcios, pero así era como los antiguos griegos interpretaban la religión de la cultura de las pirámides. Para ellos, los dioses de ambos eran los mismos, pero desde otro punto de vista. Y no solo con los dioses de Egipto, sino también aplicaba a los panteones de otras culturas con las que mantuvieron contacto. De todas formas, hablaré de esto más adelante.

Volviendo a la Tifonomaquia, Zeus logró esquivar sus proyectiles de rocas ígneas y pudo lanzarle rayos a saco. Tras eso, con la hoz de adamanto comenzó a cortarle cabezas poco a poco. Sin embargo, en un momento de la batalla, Tifón pudo quitarle la hoz de sus manos y con ella le cortó al dios supremo los tendones de sus manos y pies, y los escondió en una cueva de Cilicia, la cueva Coricia. Como custodio dejó a Delfine, una dragona hija de Gea mitad doncella mitad serpiente.

Afortunadamente, Hermes y Egipán lograron recuperar los tendones para devolvérselos a Zeus. Por cierto, Egipán era un pan, es decir, una divinidad rural con patas de cabra. Los romanos llamaban a estos seres faunos. De todas formas, Egipán es una figura un tanto oscura, porque no sabemos mucho de él y existen muchas contradicciones. Unos dicen que era hijo de Zeus, otros que de Apolo… la madre podría ser Ega, también conocida como Aix… para unos era medio cabra, para otros también tenía cola de pez… En resumen, un lío. Lo seguro es que, por su ayuda, Zeus le convirtió en constelación: capricornio.

Una vez que Zeus recuperó sus tendones, pudo vencer al temible Tifón arrojándole el monte Etna. Tifón quedó aplastado bajo aquella enorme montaña, pero seguía vivo. Como curiosidad, el monte Etna está en el este de la isla de Sicilia, donde los griegos tenían montadas varias colonias. Pues bien, no es una montaña cualquiera, sino que es un volcán, y durante la época de la antigua Grecia reventó un par de veces. Estos antiguos griegos creían que aquella erupción no era un fenómeno natural, sino el pobre Tifón aplastadito tratando de salir de allí.

Para acabar, la última rebelión contra Zeus fue la Gigantomaquia,

la rebelión de los gigantes, unos veinticuatro, liderados por su rey Porfirión. Estos habían surgido de la sangre de Urano que cayó a la tierra tras la castración que le provocó su hijo Cronos. Para los antiguos griegos, dependiendo de la época, los gigantes eran seres de alta estatura, otras veces tenían piernas de serpiente y otras veces eran como humanos normales y cachas, pero asalvajados y que lanzaban piedras.

Los gigantes pusieron las cosas complicadas a los dioses del Olimpo, y un oráculo les dijo que no podrían vencer a los gigantes a no ser que, en su bando, junto a ellos, luchara un mortal. Por ello, los dioses tuvieron que pedir ayuda al joven Heracles, el famoso héroe griego hijo de Zeus que tuvo con la humana Alcmena. Los romanos le llamaron Hércules, y su historia la contaré dentro de unas cuantas páginas. De él se cuenta que logró vencer a los gigantes en la llanura de Flegras, en Tracia, gracias a que se cargó a varios de ellos a flechazos. Obviamente, Zeus también mató a unos cuantos con sus rayos, y también Apolo, Atenea, Ares y los demás dioses.

El primer gigante en caer fue Alcioneo, pero este tenía el poder de resucitar (siempre y cuando muriese en su tierra de origen), así que Heracles tuvo que arrastrarle un buen trecho para que muriese definitivamente. Al rey de los gigantes, Porfirión, lo engañaron. Zeus usó a su esposa Hera para que lo distrajera de forma sensual, y el rey gigante fue a violar a Hera. Justo cuando estaba desgarrándole la ropa, Zeus le lanzó un rayo y Heracles lo remató con una flecha. El resto de gigantes fueron cayendo de diferentes formas hasta que no quedó ninguno vivo.

La presencia de Heracles en esta batalla es un poco confusa a nivel de cronología, pues implicaría que ya estaríamos en la Edad de los Héroes, cuando se supone que la Titanomaquia y la Tifonomaquia habrían ocurrido muchísimo tiempo antes. La mitología griega tiene mucho de esto. Sin contar con las diferentes versiones de un mismo hecho, la mitología griega, como ya dije, está llena de contradicciones debido a que fueron historias escritas a lo largo de mucho tiempo y por diferentes autores de diversas partes de la Hélade. Yo en este libro voy a intentar ordenarlo todo para que quede lo más entendible y digerible posible. También os contaré las diferentes versiones que existen y ya vosotros os montáis vuestro propio canon.

Aunque dije que hubo tres grandes rebeliones contra Zeus, en realidad existe una cuarta que tampoco fue muy importante. Fue protagonizada por los alóadas, dos gemelos gigantes hijos de Poseidón llamados Oto y Efialtes. Habían nacido cuando el dios de los mares se tiró a una mortal llamada Ifimedia, la esposa de Aloeo (de ahí el nombre de alóadas).

El monte Olimpo es la montaña más alta de la región de Tesalia,

pero los montes Pelión y Osa, situados más al sur, no se quedan atrás. Se cuenta que estos dos gemelos malvados cogieron estas montañas y las apilaron para llegar hasta el gran palacio del Olimpo y asaltarlo. Los dos villanos se convirtieron durante un tiempo en okupas del Olimpo, y no había manera de echarlos de allí arriba.

Parece que lograron secuestrar al dios Ares y lo encerraron en una vasija de bronce durante trece meses, y solo pudo ser liberado cuando Hermes engañó a los gemelos y robó la vasija. Mientras tanto, los gemelos querían acostarse con Artemisa y esta huyó a la isla de Naxos, donde se transformó en cierva. Oto y Efialtes trataron de cazarla, pero gracias a la habilidad de la diosa de la caza, ambos gemelos se clavaron sus lanzas el uno al otro y murieron.

Los alóadas fueron condenados a permanecer por siempre en los infiernos siendo estrujados por serpientes contra una columna sobre la que reposaba una lechuza. Y con esto, ya no hubo más rebeliones contra Zeus ni contra los olímpicos.

ZEUS Y EL GOBIERNO OLÍMPICO

Tras todas estas batallas, los dioses se asentaron en el monte Olimpo, ubicado en la región de Tesalia, de ahí que fueran llamados dioses olímpicos. Los tres hermanos, Zeus, Hades y Poseidón, se repartieron, echándolo a suertes, los diferentes dominios, y Zeus se quedó con el cielo, Poseidón con los mares, y finalmente Hades se quedó con el gobierno del Inframundo, donde vivió una vida más apartada del resto de dioses.

El resto de los doce dioses olímpicos fueron Hera, hermana y esposa legítima de Zeus, y las otras dos hermanas: Deméter y Hestia; Luego estarían otros dioses como Ares y Hefesto, hijos de Zeus y Hera, y otros hijos extramatrimoniales de Zeus como Atenea, Apolo, Artemisa y Hermes. Ahora veremos el origen de cada uno de ellos.

Hay que entender que Zeus era muy ligón y muy pichabrava, y aunque su esposa oficial era Hera (irónicamente diosa del matrimonio), el dios del trueno nunca fue del todo fiel.

¿Cómo se conocieron? Pues parece ser que, durante la época de los titanes, estos dos dioses hermanos se empezaron a ver a escondidas de sus padres en la isla de Samos, y allí pasaban la noche juntos. Y así estuvieron durante trescientos años, hasta que oficializaron su relación. Otra versión dice que empezaron a verse en la Argólida, y que Zeus se acercó a ella tomando la forma de un pájaro cuco. Creó una tormenta y voló hacia ella, dejándose caer en su regazo. Claro, Hera vio aquel pobre pajarillo tan hecho mierda que lo metió bajo su ropa. Y una vez infiltrado bajo la ropa de Hera, volvió a su forma normal y le hizo el amor. Ella se resistió de primeras, pero Zeus le prometió que se casaría con ella, y entonces Hera dijo:

—Ah, vale. Entonces sí.

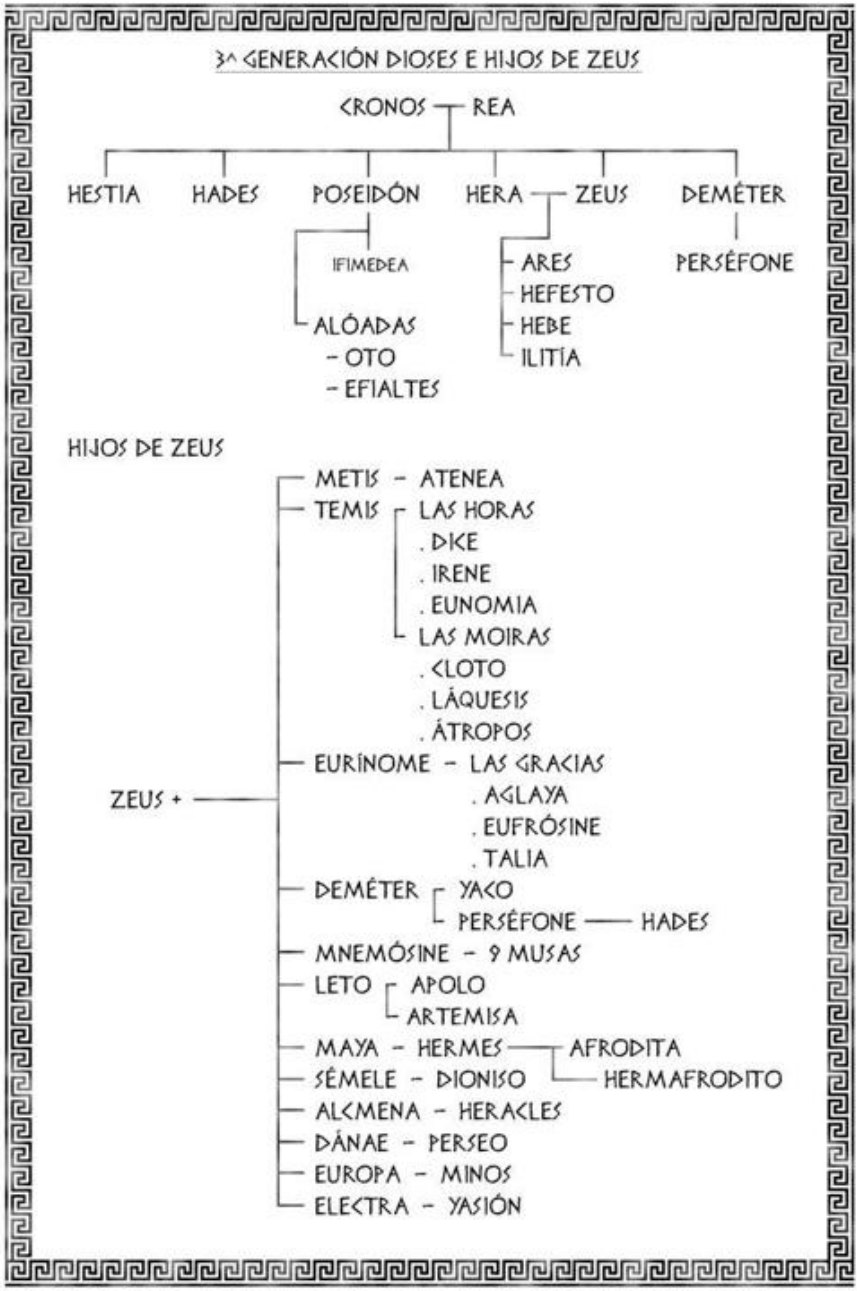
Con Hera tuvo varios hijos, como Ares, el dios de la guerra y de la fuerza bruta, muchas veces descrito como un auténtico sanguinario y tarado que lo único que buscaba era crispación y violencia. Se dice que a los antiguos griegos no les caía especialmente bien, y no tuvo

mucha importancia en el panteón. Nada que ver con su versión romana, Marte, que sí que tuvo mucha relevancia. Era en los Campos de Marte, en la ciudad de Roma, donde antiguamente se entrenaban las milicias romanas y donde se practicaban diferentes juegos deportivos y gimnásticos. Actualmente tenemos un día de la semana (martes), un mes (marzo) y un planeta (Marte) dedicados a él.

Otro hijo entre Zeus y Hera fue Hefesto, dios de la forja y de la metalurgia. Bueno, es cierto que en otras versiones Hefesto surgió de Hera sin la intervención de Zeus. El caso es que de él se cuenta que cuando nació era terriblemente feo, y Hera lo tiró del Olimpo de una patada. Esta costumbre también la tendrían los espartanos. Cualquier niño que naciera feo o con algún defecto, hala, *pal* barranco. Luego os contaré cómo Hefesto acabaría haciéndose un hueco entre los olímpicos a pesar de su fealdad.

Zeus y Hera tuvieron otros hijos de menor importancia como Hebe, diosa de la juventud, e Ilitía, diosa de los nacimientos.

Ahora pasemos a los folleteos extramatrimoniales de Zeus, tanto con otras diosas, como con ninfas e incluso con humanas mortales. Por supuesto, dependiendo de la versión, esto serían escarceos o matrimonios legítimos ocurridos antes de su casamiento con Hera.



Muchos dicen que *la primera relación de Zeus* fue con Metis, una titánide que personificaba la prudencia y la astucia. Gea y Urano le dijeron a Zeus «ojo, *cuidao*», porque habían escuchado una profecía que decía que de esta relación nacerían dos hijos, una hija y un hijo, y este último le derrocaría. Así pues, Zeus, para evitarlo, cuando Metis

se quedó embarazada, se la comió enterita. Sin embargo, Zeus pronto vio que le nació un bulto en la cabeza. Ese bulto fue creciendo y comenzó a darle dolores de cabeza. Pidió ayuda a Hefesto y este le golpeó en el bulto con un hacha, y de ahí nació ya formada Atenea, la diosa más guerrera del Olimpo y la favorita de su padre. Se cuenta que nació con una armadura completa sobre ella.

Atenea fue patrona de la ciudad de Atenas, de ahí su nombre, y a ella está dedicado el famoso Partenón. Es considerada diosa de la guerra, de la civilización, de la estrategia en combate, de la sabiduría, de la artesanía y de la justicia, entre otras cosas.

Sobre el segundo hijo que le iba a derrocar no hubo noticias, jamás nació, así que Zeus continuó en el poder y se puso fin a este ciclo de derrocamientos paterno-filiales que estaban ocurriendo en cada generación.

La siguiente relación de Zeus fue con la titánide Temis, titán de la justicia, la ley y el orden. De ella se cuenta que salieron dos grupos de hijos. Primero estaban las horas, las personificaciones de las estaciones, cuyos nombres eran Eunomia, Dice e Irene. Sí, eran tres porque los griegos tenían tres estaciones, más relacionadas con el ciclo de sembrado que con aspectos físicos de la meteorología.

Tras ellas llegaron las moiras, o parcas, las diosas del destino. En otras versiones, estas moiras eran hijas de Nyx.

La tercera relación de Zeus habría sido con la oceánide Eurínome. Con ella tuvo a las tres gracias, también llamadas cárites (Aglaya, Eufrósine y Talia). Eran las diosas de la belleza, el encanto, la naturaleza y la fertilidad. Cerca de la ciudad griega de Delfos se les solía rendir culto en unas fiestas conocidas como Caritesias o Carisias, donde se hacía un gran banquete nocturno en el que se comían tortas de miel, los piramús. Se podría decir que era el Día de Acción de «Gracias», pero en versión griega.

Otra relación de Zeus fue con su hermana Deméter, diosa de las cosechas. Con ella tuvo a Yaco y a Perséfone. Esta última es muy importante, especialmente por el mito de su rapto. Resulta que el dios Hades estaba enamoradísimo de ella, y un buen día la raptó y se la llevó al Inframundo, donde la convirtió en reina. Más tarde hablaré de ello en detalle.

La quinta relación fue con la titánide Mnemósine, la diosa de la memoria. De ella, como ya conté, saldrían las nueve musas.

La sexta amante de Zeus fue Leto, hija de los titanes Ceo y Febe. De esta relación surgieron dos de los más importantes dioses del Olimpo: Apolo y Artemisa. El mito cuenta que Leto estaba a punto de dar a luz y buscó un sitio apropiado para ello. Sin embargo, siempre era rechazada porque a la gente le daba miedo que en su ciudad naciera un hijo bastardo y ultrapoderoso de Zeus, que eso siempre traía

problemas. Al final Leto terminó dando a luz en la isla de Delos, y se cuenta que todas las diosas ayudaron en el parto menos la celosa Hera, que retuvo a Ilitía, la diosa de los nacimientos, y esto hizo que Leto sufriera grandes dolores. Al final Leto convenció a Ilitía para que fuese a ayudar en el parto y ya por fin la muchacha dio a luz a sus dos hijos: Apolo y Artemisa.

A Apolo se le describe como un guaperas, dios del sol, de la música y a veces también de la medicina, aunque sus conocimientos médicos se los pasaría a su hijo Asclepio. Apolo se crio en la isla de Delos, y, como le gustaban las artes adivinatorias, viajó a Delfos para fundar el famoso oráculo de Delfos. De esto hablaré en otro capítulo.

Por otro lado, Artemisa era la diosa de la caza y la naturaleza, y una de las más veneradas de la Antigüedad. Su primito Hefesto construyó para ambos hermanos un par de poderosos arcos con sus correspondientes flechas.

Por cierto, una leyenda cuenta que Leto tenía una hermana, Asteria. Después de que Zeus dejase embarazada a Leto, parece que le hizo tilín esta hermana y fue a por ella. Sin embargo, ella no quería saber nada y echó a correr para escapar del dios. Y como veía que no podía se tiró al mar, y se convirtió en una isla, la isla de Asteria o isla de Ortigia, que algunos piensan que también es la isla de Delos, donde sus sobrinos nacieron.

Aparte de estas seis, que son las relaciones más oficiales sin contar la de Hera, *Zeus también fornicó con mucha más gente*. Es un no acabar, pero voy a simplificar esta parte para que no nos volvamos locos.

Zeus y Maya (la mayor de las pléyades, hija de Atlas) tuvieron a Hermes, el veloz mensajero de los dioses, también considerado dios del comercio y de los ladrones. Este dios inventó la flauta y se cuenta que tenía un cayado o vara. Un día usó este cayado para separar a dos serpientes que se peleaban, y se le enroscaron por todo el palo, lo que dio origen a su emblema más conocido: el caduceo. A partir de entonces, este caduceo sería el símbolo de los heraldos y los comerciantes. No hay que confundir esta vara con la de su sobrino, la vara de Asclepio o Esculapio, pues ese es el símbolo de la medicina. Se parecen, pero son cosas diferentes.

Por cierto, Hermes y Afrodita mantuvieron una relación adúltera, y de ahí nació Hermafrodito. Afrodita se sintió culpable y abandonó al niño en un monte de Frigia, y fue criado por las ninfas del bosque. Creció y se hizo un chico bastante atractivo. Recorriendo el mundo griego, cerca de Halicarnaso, en la región de Caria, Hermafrodito decidió refrescarse en un lago, y se bañó desnudo. Sin embargo, allí estaba Salmacis, una ninfa que vivía en aquel lugar, y se quedó enamoradísima perdida. Lo abrazó y lo arrastró hacia el fondo del lago, pero Hermafrodito se resistía. Sin embargo, Salmacis rogó a los

dioses que siempre estuvieran juntos, y lo que pasó te sorprenderá. Sus cuerpos se fusionaron en uno solo y Hermafrodito pasó a tener los dos sexos. De ahí que ahora, a las personas o animales o plantas que poseen los dos sexos se las llame hermafroditas. Y se cuenta que Hermafrodito maldijo aquel lago y, a partir de entonces, cualquiera que se bañara en él perdería la virilidad.

Por supuesto, *Zeus también tuvo muchas relaciones con mortales*. Con Sémele tuvo a Dioniso, dios del vino, la diversión y el teatro. Con Alcmena tuvo a Heracles, el Hércules griego, el mayor héroe de Grecia. Con Dánae tuvo a Perseo. Con Europa a Minos. Y así podríamos estar un buen rato. Ya iré contando estas historias según vayan surgiendo, porque si no vamos a liarnos.

Finalmente, en tiempos muy antiguos de la historia de la antigua Grecia, concretamente en la ciudad-santuario de Dodona, donde se encontraba el más antiguo oráculo griego, *se pensaba que la auténtica esposa de Zeus era una hija de Océano llamada Dione*, y no Hera. De ella se cuenta que junto a Zeus tuvieron a la diosa Afrodita, y que no habría nacido de la espuma de mar tras la caída de los huevos de Urano.

LA HUMANIDAD DE PLATA Y LA DE BRONCE

Después de que Zeus hubiese convertido en espíritus protectores a los humanos de la Edad de Oro, creó a los humanos de la Edad de Plata. Esta raza humana fue inferior en todos los aspectos a los humanos de la primera humanidad.

Resulta que estos humanos vivían cien años como niños y necesitaban ayuda para ser criados, y tras ese tiempo se convertían en adultos y ya podían valerse por sí mismos. Sin embargo, esta vida adulta pasaba a toda prisa, pues envejecían muy rápido y morían, ya no con un dulce sueño, sino con sufrimiento. La vida de estos hombres de la Edad de Plata era dura, pues tenían que cultivar para poder comer, tenían que construir sus casas para vivir a salvo de las inclemencias climatológicas y debían protegerse de otros humanos, ya que surgieron conflictos entre ellos.

Con el tiempo, esta humanidad de plata dejó de honrar a los dioses del Olimpo, por lo que Zeus se cabreó y les castigó a todos destruyéndolos. Típico experimento que te sale mal y toca hacer borrón y cuenta nueva.

Entonces Zeus creó una tercera humanidad, la humanidad de la Edad de Bronce, no confundir con la Edad del Bronce, uno de los periodos protohistóricos en los que se divide la Edad de los Metales. Parece ser que estos nuevos humanos fueron creados a partir de fresnos.

¿Y qué tal les fue? Pues no muy bien. Estos humanos crecían normal, pero tenían un problema: eran altamente violentos y belicosos. Apenas comían, apenas se divertían… solo tenían una cosa en mente: matar. Se pasaban todo el día en guerra, y construyeron, gracias al bronce, armas y escudos con los que pelear contra otros humanos.

Lógicamente, con tanto caos, fueron muriendo todos y quedaron cada vez menos. Y en poco tiempo, esta tercera humanidad se extinguió por ella misma, sin que ningún dios la destruyera.

En siguientes capítulos veremos la Edad de los Héroes, con todas las historias de los grandes semidioses de los mitos griegos como Heracles (el Hércules griego), Perseo, Teseo y demás, y también la Edad de Hierro de los hombres, es decir, nosotros. Parece que estas dos épocas se solapan y ambas razas compartieron el mundo a la vez.

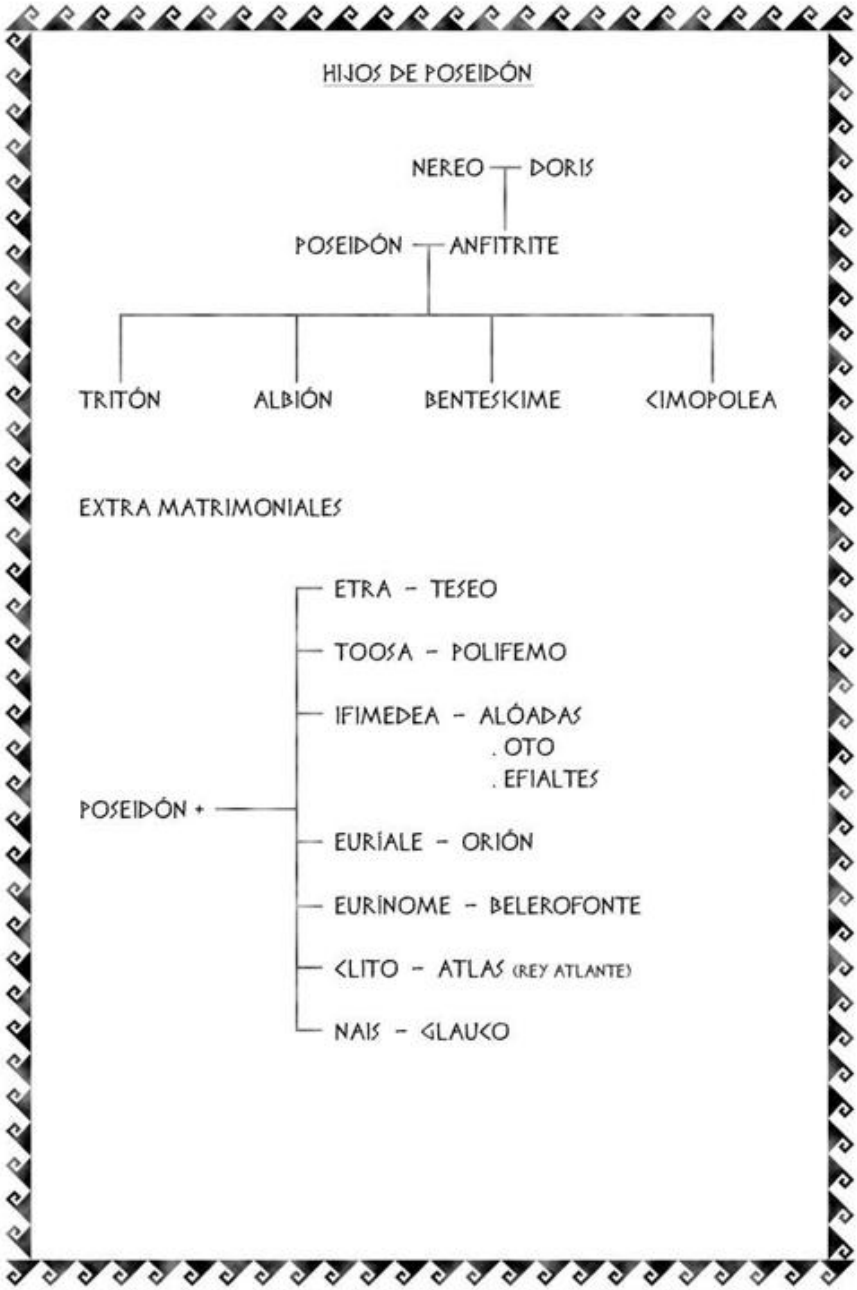
EL REINO DE POSEIDÓN

Poseidón era el hermano de Zeus, dios que gobernaba los mares desde su palacio submarino de oro situado al norte del mar Egeo. Quizás el elemento más reconocible de este dios sea el enorme tridente que poseía y que usaba para causar tempestades y luchar contra sus enemigos. También parece que podía provocar terremotos en tierra, y muchos antiguos griegos le atribuían estos fenómenos naturales.

Poseidón, al igual que Zeus, era muy pichabrava, y tuvo multitud de relaciones y multitud de hijos. Algunos de ellos se convirtieron en héroes de gran prestigio, a los cuales iremos conociendo poco a poco.

La ninfa de los mares Anfítrite, hija de Nereo y de Doris (o Dóride), es considerada por muchos como su esposa principal. Según el mito, fue raptada por Poseidón mientras bailaba con sus hermanas las nereidas en la costa de la isla de Naxos.

Con ella tuvo varios hijos, pero el más importante es Tritón, cuyo pasatiempo favorito era tocar un instrumento musical con forma de caracola. Es obvio suponer que de este Tritón surgieron los tritones, que serían una especie de sirenas, pero hombres. Es decir, seres mitad hombres mitad peces. Al igual que las nereidas, los tritones eran seres que formaban parte del séquito subacuático de Poseidón.



Otros hijos que tuvo la parejita fueron dos diosas, Bentesicime y Cimopolea, y un dios, Alebión o Albión. Seguramente Albión os suene al término celta antiguo con el que se denominaba a la isla de Gran Bretaña, pero no tienen nada que ver. Mientras que este dios Albión parece que era un tipo majete, la isla de Albión era pérfida, o al

menos eso decía Napoleón.

Entre las relaciones extramatrimoniales de Poseidón tenemos su polvete con la mortal Etra, de donde salió el héroe Teseo. Con Toosa tuvo al cíclope Polifemo. Con Ifimedia tuvo a los gemelos alóadas ya mencionados, que intentaron asaltar el Olimpo y acabaron matándose entre ellos. Con Euríale tuvo a Orión. Con Eurínome tuvo al héroe Belerofonte (o Belerofontes). Con Clito tuvo a Atlas (otro diferente al titán), que fue el primer rey de la Atlántida y de aquí saldría todo el mito de este célebre continente perdido. Y todavía quedan muchos hijos más, pero bueno, ya iremos conociéndolos según vayan saliendo.

Otros seres que también existían en el reino de los mares de Poseidón eran los hipocampos, criaturas mitad caballo y mitad pez. Eran animales grandotes y parece que una de sus labores era tirar del carro acuático del dios de los mares. Actualmente, en la clasificación de animales existe el grupo de los hipocampos, donde se encuentran, entre otros, los caballitos de mar. Quizás fueron los caballitos de mar quienes inspiraron a los antiguos griegos para crear a estos seres, no se sabe. Aunque estos animales son comunes sobre todo en aguas tropicales, parece ser que al menos tres especies sí que viven en el mar Mediterráneo.

Por cierto, el término «hipocampo» puede sonar a «hipopótamo», pero hay que saber que, en griego clásico, «hipos» significa «caballo», y «kampos» es monstruo marino. Hipopótamo significa «caballo de río», aunque realmente no se parezca en nada a un caballo, pero bueno.

Una curiosidad: a Poseidón también se le considera dios de los caballos. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver este dios con los caballos terrestres, más allá de su relación con los caballitos de mar? Pues no se sabe. A ver, no es raro que un dios tenga más de una función. A menudo todas estaban relacionadas, pero otras no tenían absolutamente nada que ver entre sí. Algunos dicen que Poseidón era dios de los caballos mucho antes que de los mares, en los albores de la civilización griega, y que después le convirtieron en dios marítimo, y la función de dios equino quedó relegada a algo más secundario.

Poseidón participó en varias competiciones de los dioses por repartirse el control de las diferentes regiones de la Hélade. Compitió contra Atenea por la región de Ática, cuya capital era Atenas, y perdió. Pero sí que ganó el control del istmo de Corinto, incluyendo la ciudad del mismo nombre, aunque su acrópolis quedó en manos del dios solar Helios.

Un hijo conocido de Poseidón fue Glauco, a quien tuvo con una náyade. Glauco era un mortal que, a pesar de tener orígenes divinos, vivía humildemente como un pescador. Un día, pescando en la isla de Eubea, se dio cuenta de que los peces que pescaba revivían si los

dejaba sobre un trozo específico de hierba. Entonces Glauco comió un poco de esa hierba y se convirtió en inmortal, pero su cuerpo comenzó a mutar. La barba y el pelo se convirtieron en algas marinas, y sus piernas se transformaron en una enorme cola de pez. Así Glauco se convirtió en un monstruo marino, que no tuvo más remedio que comenzar a vivir bajo el mar. Supongo que la lección de esta historia es que el consumo de hierba es malo, o algo así.

De este Glauco se cuenta que estaba enamorado de la hermosa Escila, hija de Forcis y Ceto. El problema fue que él se le declaró y ella le rechazó por su aspecto medio de pez medio de alga, y se piró. Ante esto, Glauco acudió a la hechicera Circe, hija de Helios, para que le diera alguna pócima de amor para hacérsela beber a Escila y lograr su amor. Pero Circe se enamoró perdidamente de Glauco, y le rogó que se casara con ella y dejase de buscar el amor de Escila.

—Pero es que a mí la que me pone burrísimo es Escila —le contestó Glauco.

En venganza, y por despecho, Circe elaboró una pócima, pero no la que Glauco buscaba con tanto ahínco. Cuando este se la dio a beber a Escila, la chica se convirtió en un horrendo monstruo marino. Y ahí ya se acabó el amor de Glauco por ella.

A la hechicera Circe sólo le faltó decir:

—O eres mío o no serás de nadie, ¡jajaja!

Lo que hace la hierba, queridos lectores, lo que hace la hierba.

HADES Y EL INFRAMUNDO GRIEGO

Ya vimos que, en el reparto del mundo, Zeus se quedó con el cielo, Poseidón con los mares, y a Hades le tocó el mundo subterráneo, el mundo de los muertos, mejor conocido como el Inframundo. ¿Es lo mismo que «el Hades», el Érebo o el Tártaro? ¿Hay diferencias entre estos términos? Eso vamos a descubrirlo en este capítulo.

Cuando una persona moría, su alma, como si fuera un fantasma, salía de su cuerpo y tenía que viajar hasta el Inframundo, y podía tener ayuda. Se suele decir que una de las tareas del dios Hermes era ayudar a guiar a estas almas hasta la entrada del Inframundo, todo aquel territorio que se encontraba bajo tierra.

Primero, el espíritu del muerto tenía que atravesar determinadas grietas en la superficie de la tierra que conducían al mundo subterráneo. Una vez aquí, el muerto llegaba al Érebo, un territorio compuesto por diferentes ríos que nacían en diversos puntos del mundo griego y que conducían a las puertas del Hades, el lugar donde moraban los muertos.

Para llegar a este Hades había que surcar uno de los ríos, y todos y cada uno de ellos convergían en la laguna Estigia. El muerto esperaba en la orilla del río durante años y en algún momento llegaba el barquero Caronte, un hombre viejo y casi esquelético, al que había que pagar una monedita para que llevase aquel espíritu a su destino final.

De aquí venía la tradición de que a los muertos se les enterrase con una moneda metida en la boca, bajo la lengua. Esta moneda era llamada óbolo. Y te dices, ¿para qué querría Caronte esas monedas? ¿Qué se va a comprar? Es un misterio. Igual es que es un numismático, de esos que coleccionan monedas.

Seguramente, en algunas películas, hayáis visto que las monedas no se ponen en la boca, sino que lo que hacen es colocarle al muerto dos monedas sobre los ojos. Parece ser que eso es un invento de Hollywood más que una tradición real del antiguo mundo grecolatino.

Bueno, el caso es que como el muerto no podía hablar, al intentar decir algo abría la boca, y Caronte veía la moneda, la cogía, y la transacción quedaba realizada. El espíritu se subía a la barca y ahí empezaba su viaje río abajo hacia la entrada del Reino de los Muertos.

Se dice que existían cinco ríos que nacían en diferentes partes de la Hélade y que confluían en la laguna Estigia, donde se encontraban las puertas del Reino de los Muertos, el Hades. Estos serían el río Estigia, el río Lete (o río del Olvido, ya que beber de sus aguas provocaba amnesia), el Aqueronte, el Cocito (parece que afluente del primero) y finalmente el Piriflegetonte, también conocido como el Flegetonte.

Una vez frente a las puertas del Reino de Hades, las almas de los difuntos se encontraban con Cerbero, un monstruoso perro de tres cabezas (o cincuenta en otras versiones) y cola de serpiente. Cerbero impedía que entrase ningún vivo al Inframundo y, por supuesto, que no escapase ningún muerto. También se le conoce como Can Cerbero, y era hijo de Equidna y Tifón. Tenía un hermano perruno de nombre Ortro, con dos cabezas y que sería el cuidador de los bueyes rojos de Gerión (o geriones). Lo veremos más adelante, cuando hable de Heracles.

En un principio, una vez dentro del Hades, los muertos no tenían que pasar por ningún juicio. Simplemente se quedaban almacenados como espíritus en el lugar. Suena deprimente, ¿verdad? Supongo que a muchos griegos también, y esto hizo que con el tiempo fueran surgiendo revisiones de este mito, que sí que hablaban de un juicio para llevar a los fallecidos a un sitio mejor o peor en función de sus acciones en vida. Al principio, el juez fue Hades, pero luego dejó esa tarea al rey Minos, a su hermano Radamantis y a Éaco, rey de Egina. Ya hablaré de estos tres personajes más adelante. El caso es que, dependiendo de tu comportamiento en vida, ibas a tres regiones diferentes del Hades.

Si habías sido bueno y un héroe de valor, ibas a los Campos Elíseos, lugar también conocido simplemente como el Elisio. Este era un sitio muy bonito, lleno de flores, árboles de frutos dorados, con entretenimientos y donde todo el mundo era feliz todo el tiempo. Algunos lo asocian a aquella edad de oro de la humanidad, y dicen que Cronos era el señor de este mundo, junto con Radamantis.

Hay también quien relaciona estos Campos Elíseos con las famosas islas de los Bienaventurados, o islas de los Benditos o islas Afortunadas. Estas eran unas islas también de gran felicidad, a donde iban a parar las almas de los grandes héroes de Grecia tras su muerte.

Si el fallecido había sido malo, iba a un lugar de castigo eterno similar a nuestro infierno de tradición cristiana: el Tártaro. Es verdad que Tártaro era un dios que representaba a todo el mundo

subterráneo, pero parece ser que, en la época clásica griega, ambos conceptos empezaron a diferenciarse.

Finalmente existían los Prados Asfódelos. Allí iban a parar las almas mediocres, las almas de los que no habían sido grandes héroes ni tampoco mala gente. Era básicamente el lugar de reposo de las personas normales.

LOS CELOS DE HERA

Como ya conté, Hera fue la esposa de Zeus, y diosa del matrimonio en el Olimpo. La chica estaba bastante harta de que Zeus le pusiera constantemente los cuernos. Un día se enfadó mucho con él y, tras discutir, se largó a la isla de Eubea, donde parece que esta diosa se había criado. Zeus trató de hablar con ella, pero Hera no quería saber nada y rechazaba cualquier intento de reconciliación.

El dios del Olimpo fue entonces a hablar con Citerón, que era un tipo muy sabio que gobernaba en Platea, una ciudad de Beocia, muy cerquita de la frontera con Ática. Este le dio un consejo muy bueno para recuperar a la chica, así que, si estáis en una situación similar con vuestra pareja, tomad nota. Le dijo que tallase en madera la figura de una chica y la recubriera con velos, y que la llevase en un carro diciendo que era Platea, hija del dios río Asopo (otro rey de Platea) y que se iba a casar con ella. Aquello atrajo la atención de Hera que echó a correr hacia el carro para detenerlo y luego lanzarse contra la chica. Tras meterle un par de puñetazos y descubrir que era de madera, se volvió hacia Zeus, comprendió que todo era una broma y ambos se partieron de risa y se reconciliaron.

Supongo que el equivalente actual sería pasearse en coche por el barrio con una muñeca hinchable, no sé. Pensándolo bien, por si acaso, no intentéis sacar lecciones de la mitología griega y aplicarlas al mundo real, porque podéis acabar bastante mal.

Esta estatua de madera con la que Zeus engañó a su esposa fue conocida como *daidale*, y se supone que es por este mito de reconciliación por lo que los antiguos habitantes de Platea realizaban cada siete años un ritual conocido como las plateas, las dédalas o las daidalas. ¿En qué consistía esta celebración? Pues los habitantes de Platea se iban a un bosque cercano lleno de robles y exponían trozos de carne a unos cuervos. Miraban en qué árbol se posaban antes los cuervos y entonces lo talaban. Con ese tronco esculpían y tallaban una daidale o dédalo, a la cual vestían de novia y le ponían velos bonitos.

Finalmente la subían a la cumbre de una montaña cercana donde era quemada en una pira.

También existían las grandes daidalas, que eran algo parecido pero celebrado cada sesenta años. En estas últimas no solo participaban los plateos, sino diferentes ciudades de toda Beocia, y el número de estatuas de madera incineradas era catorce.

De todas formas, Zeus no paró de ponerle los cuernos a su mujer, y Hera aguantó y aguantó hasta que explotó. A veces se la describe como una esposa celosa y vengativa, pero teniendo en cuenta la actitud de Zeus… con razón fue así.

Como ya conté, un día Hera decidió tener un hijo sola y salió Hefesto, que era deforme y tullido. A Hera no le gustó nada aquel bebé, y por ello lo tiró del Olimpo de una patada. Hefesto aterrizó en el mar y fue recogido por Tetis y la oceánida Eurínome, quienes lo escondieron en una cueva submarina durante una temporada. Allí Hefesto creció y se convirtió en el dios de la forja, en un tipo importante. Tiempo después llevó a cabo su venganza contra su madre.

Un día fue al Olimpo y le dijo a Hera que le había construido un trono de oro magnífico. Hera lo vio y, efectivamente, era una maravilla y se quedó flipando. El problema fue que, cuando se sentó en él, quedó apresada. Hefesto quería dejarla allí apresada para siempre, pero por suerte llegó Dioniso, que logró emborrachar al dios de la forja y finalmente le convenció de que soltase a su madre.

Hera y Hefesto terminaron haciendo las paces y todo quedó bien entre ambos. Hefesto volvió a su forja a seguir trabajando junto con otros currelas como los cíclopes. Unos dicen que esta forja estaba en el Olimpo, otros que se encontraba en la isla de Lemnos, en el norte del mar Egeo, y finalmente, otros teorizaban que la forja de Hefesto estaría bajo algún volcán de las islas Eolias, que son las que están situadas al norte de Sicilia.

Aunque Dioniso había ayudado a Hera a salir de la trampa, esta diosa no le tragaba. ¿Por qué? Pues porque era hijo de Zeus y de Sémele, hija del rey Cadmo de Tebas y de la diosa Harmonía (hija de Ares y Afrodita). Hera no soportaba a los hijos extramatrimoniales de Zeus, y menos que anduviesen pululando por el Olimpo. Se los quería cargar a todos.

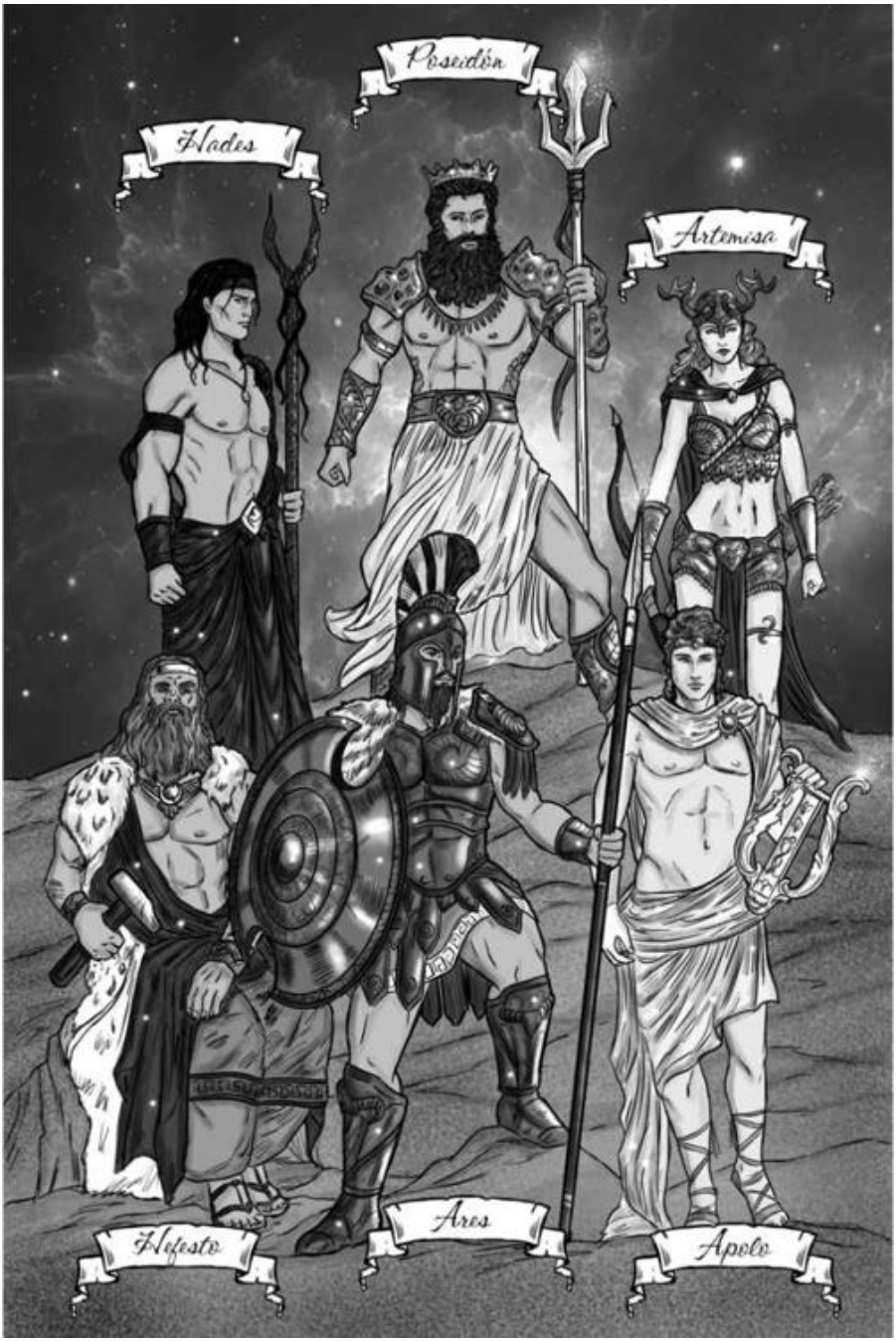
¿Qué hizo, pues, con el pobre Dioniso? Pues un día lo agarró y lo descuartizó. Lo partió en trocitos y lo metió en una caldera para hervirlo. Por suerte, su abuela Rea lo rescató y resucitó, volviendo a recomponer todo su cuerpo como estaba antes. Zeus también intervino y, para protegerle de la ira de Hera, lo transformó en una cabra y lo escondió una temporada.

Finalmente se cuenta que Hera organizó una rebelión o golpe de

Estado en el Olimpo con la ayuda de los demás dioses olímpicos. Entre todos fueron a los aposentos de Zeus y lo ataron mientras dormía. Pero el plan de Hera no salió como estaba previsto. Los hecatónquiros llegaron al rescate de su amo y señor Zeus y lo liberaron.

Zeus estaba realmente enfadado con su esposa, quien había liderado aquella rebelión, por lo que la castigó colgándola del cielo una temporada. Apolo y Poseidón también recibieron un castigo por haber participado en el complot, así que Zeus les mandó a la ciudad de Troya, en la costa de Asia Menor. Allí fueron condenados a trabajos forzados construyendo las murallas de Troya.

Los dioses olímpicos


Poseidón
Hades
Artemisa
Hefesto
Ares
Apolo

APOLO Y EL ORÁCULO DE DELFOS

Como ya conté, Zeus y Leto (hija de los titanes Ceo y Febe) tuvieron dos hijos, Artemisa y Apolo. Ahora el que nos interesa es este último. Apolo era el dios de las artes, de la belleza, de la armonía y de un montón de cosas más, como de las artes adivinatorias, que van a ser un elemento importante en este capítulo.

Hera se enteró de que su maridito había dejado embarazada a Leto, y por ello intentó que ella no pudiese parir, como siempre hacía. Le echó una maldición y ahora Leto no podría dar a luz en tierra firme, lo que incluía también las islas. Sin embargo, Leto encontró la isla flotante de Delos, que en aquel tiempo no estaba enganchada al fondo marino y, por lo tanto, no era tierra firme y podía dar a luz allí. Así nacieron Apolo y Artemisa. Unos dicen que Artemisa nació un día antes y luego ayudó en el parto de su hermano gemelo. Tras esto, Zeus ancló Delos al fondo oceánico y consagró aquel lugar a Apolo.

Se cuenta que solo cuatro días después de haber nacido, Apolo decidió viajar a la región de Fócida (al oeste de Beocia) para crear un santuario oracular en su honor. La ciudad elegida fue Delfos, junto al monte Parnaso. Allí había una cueva donde se encontraba la fuente de Castalia. Este tipo de «fuentes» eran unas grietas en el suelo de las rocas de las cuales emanaban vapores (tóxicos en muchos casos) que causaban alucinaciones, y esas alucinaciones eran interpretadas como profecías, como visiones del futuro.

El problema es que, cuando Apolo fue a internarse por la cueva, descubrió que allí vivía un enorme dragón *ctónico* de nombre Pitón. Pero ya sabemos que Apolo era un *crack* lanzando flechas con su arco y lo venció rápidamente. Con Pitón muerto, Apolo pudo fundar el Santuario de Delfos e instituyó el cargo de las pitias, o pitonisas, unas mujeres vírgenes que se sentaban en un trípode sobre las aberturas de las rocas y eran encargadas de canalizar las emanaciones vaporales de las aguas para ver el futuro.

Existe otra versión que cuenta que la razón por la que Apolo llegó

a Delfos fue porque aquella serpiente dragonesca llamada Pitón había intentado asesinar a su madre, Leto, por orden de la celosa Hera. Para proteger a su madre tuvo que pedir a Hefesto que le forjara un arco y una flecha, y con ellas mató al dragón.

Por cierto, tras estos hechos, Apolo instituyó en Delfos los Juegos Píticos, uno de los cuatro juegos deportivos más importantes de la antigua Grecia, junto con los Juegos Olímpicos, los Juegos Nemeos y los Juegos Ístmicos. Estos juegos se celebraban cada cuatro años, y comenzaban con un ritual que representaba la lucha entre Pitón y Apolo, el Estepterio o Septerio. Luego había procesiones, sacrificios y banquetes, así como danzas y cantos. Pero los juegos en sí consistían en varios concursos: uno musical y poético que tenía lugar en un teatro, uno gimnástico con diferentes pruebas deportivas, y también uno de carreras de caballos. A los ganadores de estos juegos se les daba como premio una corona de laurel.

SÁTIROS, SILENOS, FAUNOS, PANES Y EL REY MIDAS

Ya hemos visto que las ninfas eran deidades menores femeninas que tenían forma humana y que estaban relacionadas con la naturaleza: mares, ríos, montañas o árboles. Pues bien, estas ninfas tenían una contraparte masculina. Los sátiros, los silenos, los faunos y los panes eran deidades menores masculinas, y a diferencia de las ninfas, que tenían forma completamente humana, estos seres no, pues tenían rasgos animales. A veces estos rasgos eran de macho cabrío y otras veces de caballo, y también se les solía representar con el pene erecto.

Según la mitología griega, los sátiros eran unas criaturas mitad humanas, mitad cabras, que acompañaban al dios Dioniso y a Pan. Iban todos juntos como una pandilla vagando por los bosques y por las montañas. Eran seres alegres y pícaros, que pasaban casi todo el rato bebiendo vino y estando de fiesta. Representaban el placer físico de la borrachera, el sexo y las orgías. Siguiendo el ejemplo de estos seres mitológicos, muchos jóvenes de la antigua Grecia se iban a los bosques en grupo a pillarse cogorzas, igual que la chavalería hoy en día, solo que, en vez de llamarlo botellones, lo llamaban bacanales. Bueno, «bacanal» sería el nombre romano, pues Baco era la versión romana del dios Dioniso.

Los silenos vienen a ser lo mismo que los sátiros, y con los faunos y panes pasa exactamente igual, que es complicado diferenciarlos. De hecho, lo más seguro es que fauno sea el término romano de estos seres. El sileno más famoso es Sileno, padre adoptivo de Dioniso. Este Sileno era adicto al alcohol y estaba todo el día borracho. El mito cuenta que en el poco rato que estaba sobrio Sileno podía adivinar el futuro y lanzar frases supersabias que te cambiaban la vida. Por ello, Midas, el rey de Frigia, decidió secuestrarle para obtener este poder de la profecía. Le mantuvo sobrio y le preguntó qué era lo más deseable para los mortales. Al final Midas obtuvo un consejo, aunque no el que esperaba.

—Mira, tío, lo mejor para un hombre es no nacer, y si ya has nacido, lo mejor es morir lo antes posible.

Otra cosa no, pero Sileno era un pesimista de narices. Midas se quedó a cuadros. El poder de Sileno no le iba a ser de mucha utilidad.

Existe otra historia entre el rey Midas y Sileno. Resulta que un día, durante una de sus grandes borracheras, Sileno fue secuestrado por unos campesinos frigios y lo llevaron ante el rey Midas. Como ya se conocían, Midas lo alojó en su palacio y durante diez días y diez noches le dio todo el alcohol que quiso. Tras eso, permitió a Dioniso que se lo llevase. El dios del vino recompensó a Midas diciéndole que le concedería cualquier deseo. Y Midas pidió que se convirtiera en oro cualquier cosa que él tocase.

Dioniso así lo hizo y a partir de entonces Midas se hizo asquerosamente rico. Sin embargo, esto que en un principio parecía ser la leche pronto se volvió una pesadilla. El rey Midas no podía comer nada, pues todo se convertía en oro nada más tocar su boca. El hambre y la sed empezaron a hacer mella en él y rogó a Dioniso que le quitara el poder.

Dioniso le dijo que solo había una forma de librarse de su poder. Midas tuvo que viajar a las tierras de Lidia para bañarse en un manantial en el río Pactolo. Una vez metido en el agua, notó cómo su poder salió de su cuerpo y pasó a aquellas aguas. Así Midas pudo volver a la normalidad mientras que en aquella tierra surgieron grandes cantidades de oro.

Los panes eran dioses pastores venerados sobre todo en la región de la Arcadia. Los faunos serían la versión romana de estos mismos seres. Al igual que sátiros y silenos, también tenían un apetito sexual infinito y se dedicaban a perseguir a ninfas y chicas jóvenes para tener sexo con ellas. Otras actividades menos negativas eran cantar, bailar y tocar la flauta de pan, o siringa, o siringe.

El pan más famoso era el dios Pan, que era muy amigo de Dioniso. Aparte de todo lo anterior, también se le considera dios de las siestas. Contaban los antiguos griegos de la Arcadia que, si alguien se estaba echando la siesta y era despertado, aquello era una ofensa al dios Pan. Muy buena excusa se inventaron estos griegos para que no les jodieran el sueñecito. Algún día Pan será nombrado patrón de España.

De Pan se cuenta que inventó la siringa o flauta de pan. El origen de este instrumento de música fue que Pan estaba enamorado de la ninfa Siringa, pero ella pasaba completamente de él. Pan la persiguió y durante su huida Siringa se lanzó al río Ladón. La pobre fue arrastrada por la corriente y no podía salir, por lo que pidió ayuda a otras ninfas. Estas la convirtieron en un grupo de cañas, que fueron recogidas por Pan. El viento pasó por aquellas cañas y produjeron un sonido bonito. Aquello conmovió a Pan y así creó la flauta de pan.

Lo de reconvertir a la pobre ninfa en su forma original ya, si eso, otro día.

PROMETEO Y LA CAJA DE PANDORA

Ahora hay que hablar de Prometeo, el hijo del titán Jápeto. A menudo se le considera como un benefactor de la humanidad, que se rebeló contra Zeus para ayudar los humanos del mundo. Y es que parece ser que fue Prometeo quien enseñó a la humanidad a construir casas, a cazar, a cultivar… También les dio clases de medicina, metalurgia, escritura, astronomía y matemáticas. Además hay una versión que dice que no es que fuera una especie de profesor para humanitos, sino que Prometeo fue de hecho quien creó con barro a estos humanos, convirtiéndose en una especie de demiurgo, lo que explicaría sus motivaciones a la hora de protegerlos. Eran su creación y quería lo mejor para ellos, es comprensible.

En aquellos tiempos Prometeo vivía tranquilamente, de forma libre, pues había ayudado a Zeus en la Titanomaquia. Sin embargo, tenía un *hobby* un tanto arriesgado, y ese era vacilar al dios supremo del Olimpo cuando surgía la oportunidad.

El gran vacile que le cambiaría la vida tuvo lugar cuando Zeus decidió que los humanos tenían que hacer sacrificios animales a los dioses. Los mortales y Zeus se reunieron en Sición y buscaron un acuerdo sobre cómo debía hacerse esto. Y entonces entró Prometeo con la intención de engañarle para beneficiar a los humanos y perjudicar al dios del Olimpo. Lo que hizo fue matar un buey y separar la rica carne de los huesos, lo incomible, con la intención de darle a elegir a Zeus la parte que quisiera. Era evidente de que Zeus elegiría que fuese la carne la parte que le tocaría en estos sacrificios, por lo que Prometeo hizo un poco de trilero.

La parte rica, la carnecita, la escondió en el vientre del animal, el estómago, una parte poco deliciosa y atractiva. Mientras que los huesos los ocultó sobre una capa de grasa sabrosona. Con esto, Prometeo hizo el ofrecimiento a Zeus.

—¿Qué prefieres, Zeus? —le dijo Prometeo enseñándole el estómago del animal y la capa de grasa.

Zeus no se lo pensó ni un segundo y señaló la grasilla, sin saber que acababa de elegir una simple capa de grasa llena de huesos en su interior. Es decir, que los dioses recibieron la peor parte de los sacrificios. A partir de entonces, la carne de estos animales sacrificados luego sería comida por los humanos, mientras que los huesos se envolvían en grasa y se quemaban en un altar. Ese pasaría a ser el «alimento» de los dioses.

El cabreo de Zeus fue monumental. Tanto que castigó a la humanidad quitándole el fuego. El poder de hacer fuego era algo esencial para la vida humana, especialmente para no morir de frío o para freír los filetillos tras los sacrificios.

Afortunadamente, Prometeo estaba ahí para ayudarla otra vez. Se cuenta que un día se coló en la fragua de Hefesto, que era el lugar donde Zeus había guardado el fuego, y lo robó con un tallo de hinojo. Como si fuera una antorcha, el titán llegó hasta donde los humanos y les devolvió su preciado fuego, y estos volvieron a ser felices.

El problema fue que pronto Zeus se enteró de todo el asunto y volvió a cabrearse. Y cabrear a Zeus ya os digo yo que no es buena idea. ¿Cuál fue el nuevo castigo de Zeus a la humanidad? Esto os va a sonar muy machista (y esta mitología tiene altas dosis de misoginia) pero el castigo fue la mujer. Zeus decidió crear a la primera mujer, Pandora, para condenar por siempre a los humanos.

Hefesto fue el encargado de crearla a través del barro, y la llevó a donde estaban los hombres, que la vieron, debido a su gran belleza, como una tentación irresistible. Sin embargo, acabó generando problemas y discordia entre todos ellos.

Pandora y la caja

Pandora fue ofrecida como esposa de Epimeteo, que era el hermano de Prometeo. Este ya le había dicho a su hermanito, que muy espabilado no era, que jamás aceptara ningún regalo de Zeus, que

seguramente fuera una trampa. Pero Epimeteo no hizo ni caso y, al ver a aquella chica tan guapa, la aceptó sin dudarlo.

Además, la chica llegó con la famosa caja de Pandora entre sus manos, que en realidad no era una caja sino un ánfora, una tinaja o una jarra. La mala traducción fue cosa de Erasmo de Róterdam cuando tradujo este mito al latín.

El caso es que, tras aceptar el trato, la chica hizo lo que le habían ordenado: abrir la cajita. Aunque en otras versiones, simplemente le pudo la curiosidad por saber qué había dentro. ¿Y qué había dentro? Pues todos los males de la humanidad: vejez, enfermedades, dolor, demencia, pobreza, pasiones, vicios… Todas estas cosas malas fueron liberadas y los humanos fueron condenados a sufrirlas por siempre. Lo último que salió de esta cajita fue la esperanza, el único paliativo que tendrían los humanos para no querer tirarse por un precipicio.

Por su parte, Zeus condenó a Prometeo a ser encadenado sobre una montaña en el Cáucaso, donde un águila le comería el hígado por el día, y por la noche se regeneraría, en un ciclo de dolor continuo. De todas formas, más tarde veremos que Heracles le liberó del tormento.

¿Y qué fue de Pandora? Pues la primera mujer humana tuvo rollete con Epimeteo, y de esta relación nació Pirra. Pirra se casaría con Deucalión, quien era hijo de Prometeo y una oceánide, que cambia de nombre según la versión: Pronea, Hesíone o Clímene.

Estos dos primitos (Deucalión y Pirra) son personajes muy importantes, pues su descendencia daría origen a la mayor parte de los pueblos de la antigua Grecia.

HERMES Y LA LIRA

Hermes nació de la relación entre Zeus y Maya, una de las pléyades hijas de Atlas, quien vivía en una cueva del monte Cilene, situado en la región de la Arcadia. Antiguamente Hermes era un dios asociado a los mojones que indicaban los límites de los caminos, pero más adelante se convirtió en el dios mensajero, rápido como él solo. Se le solía representar con un sombrero y unas sandalias con alas. También fue considerado dios de los mercaderes y del comercio en general, así como de los timadores y los ladrones.

Y os preguntaréis, ¿a cuento de qué viene esta relación del dios Hermes con bandoleros y gente mala que roba cosas? Pues viene de su mito de origen. Resulta que poco después de nacer, viajó hasta un lugar indeterminado, quizás de la región de Acaya, y allí vio unos bueyes que pertenecían a Apolo. Sin pensárselo dos veces, Hermes los robó todos y se los llevó a Pilos, donde sacrificó dos y encerró al resto en una cueva.

Poco después se cuenta que encontró una tortuga y Hermes tuvo una idea muy loca. Cogió la tortuga, la mató, le sacó las tripas, y se quedó con el caparazón. Tensando unas cuerdas sobre la parte hueca, Hermes inventó un instrumento para crear música: la lira.

Mientras tanto, Apolo usó sus poderes proféticos para averiguar quién demonios le había robado su preciado ganado de bueyes, y pronto obtuvo una respuesta: había sido Hermes. Así pues, Apolo fue a Cilene para hablar con Hermes y con su madre, Maya, y exigió la devolución de sus animales.

Hermes, aún de aspecto pequeñito y de bebé, se hizo el longuis y le dijo que no tenía nada que ver.

—¿Bueyes? ¿Qué bueyes? ¿Cómo he podido robar unos bueyes si soy un niñito? —le dijo haciéndose el inocente.

Apolo estaba muy enfadado, chillando y volviéndose loco, y entonces Zeus intervino al escuchar la bronca desde su trono. Tras un interrogatorio, el dios supremo vio que el relato de Hermes se

desmoronaba, y al final tuvo que ceder. Hermes admitió que él había robado los animales, pero porque era hijo de Zeus y quería una parte de lo que le correspondía, que no era justo que tuviese que vivir con su madre en una cueva.

Tras esto, Hermes condujo a Apolo a su cueva secreta y le devolvió los bueyes. Sin embargo, aquí llega el giro de la historia. Y es que Hermes, para calmar un poco la ira de Apolo, se puso a tocar la lira que había inventado. Apolo se quedó encantadísimo. Aquel sonido le provocó unas sensaciones increíbles, y le propuso a Hermes un pacto. Él se quedaría con la lira y Hermes podría quedarse con los bueyes. A partir de este momento, estos dos dioses se hicieron muy amigos.

Más tarde, a cambio del tipo de flauta llamada siringa (o flauta de pan) que tenía Hermes, que parece que inventó tras haber perdido la lira (o que se la dio Pan), Apolo le cedió su famosa vara dorada de pastor, que se convertiría en el famoso caduceo, con dos alitas en la parte superior y dos serpientes enroscadas. Se convirtió en el símbolo del comercio y en uno de los objetos más reconocibles del dios Hermes.

ATIS Y CIBELES

Atis y Cibeles, o Cíbele, eran dos dioses extranjeros, concretamente de Frigia, en Asia Menor, ambos asimilados al panteón griego durante la época arcaica. El mito de origen de ambos dioses comienza con Agdistis, un ser andrógino, es decir, que tenía atributos tanto masculinos como femeninos. Parece que fue engendrado por Zeus con Gea, y el muchacho tenía tanto poder que muchos otros dioses le tenían bastante miedo.

—¡Como no me hagáis caso os esclavizaré con mis superpoderes, panda de mequetrefes! —decía.

Por ello, muchos de los que estaban hartos de él y de su actitud tóxica decidieron echarle un somnífero en la bebida y lo ataron para castrarle. Le cortaron el pene y los testículos y, con ello, Agdistis se quedó sin uno de sus sexos, y se convirtió solo en mujer: Cibeles.

La sangre del castramiento cayó a la tierra y dio lugar a un almendro.

Un día, una ninfa llamada Nana estaba recolectando frutos, y se topó con este almendro. Recogió sus frutos, las almendras, y las colocó en su regazo. Pero el fruto atravesó su vientre e inseminó a la ninfa. Así, Nana quedó embarazada y dio a luz a un hijo: Atis.

Nana abandonó a Atis y este fue criado por un carnero. Con el tiempo, Atis se convirtió en un muchacho muy bello.

Por otra parte, Agdistis seguía vivo y había cambiado de forma. Ahora se había transformado en la diosa Cibeles. Un día vio a Atis y se enamoró de él. El problema era que Atis estaba prometido con una princesa de Frigia, posiblemente hija del rey Midas. Otros dicen que era la hija del rey de la ciudad de Pesinunte, sin que sepamos su nombre ni el de su hija.

Y justo cuando se iban a casar, Cibeles lanzó un hechizo que enloqueció a Atis, y este se volvió loco y se cortó los huevos como había hecho su padre. En otro arrebato de locura, el rey también se autocastró. Atis murió desangrado, pero Cibeles le salvó de la muerte

convirtiéndole en un pino.

Dicen que, debido a este mito, los sacerdotes seguidores de Cibeles, los coribantes, se autocastraban. De hecho, los reyes de Frigia solían tener muchos eunucos, que eran sirvientes castrados. Aunque esta castración era para que no se tiraran a las concubinas del rey o para que no intimaran con las reinas. Aun así, con esta historia queda claro que Cibeles es la mayor destrozabodas de las mitologías del mundo.

FILAMÓN, TAMIRIS Y EL RETO A LAS MUSAS

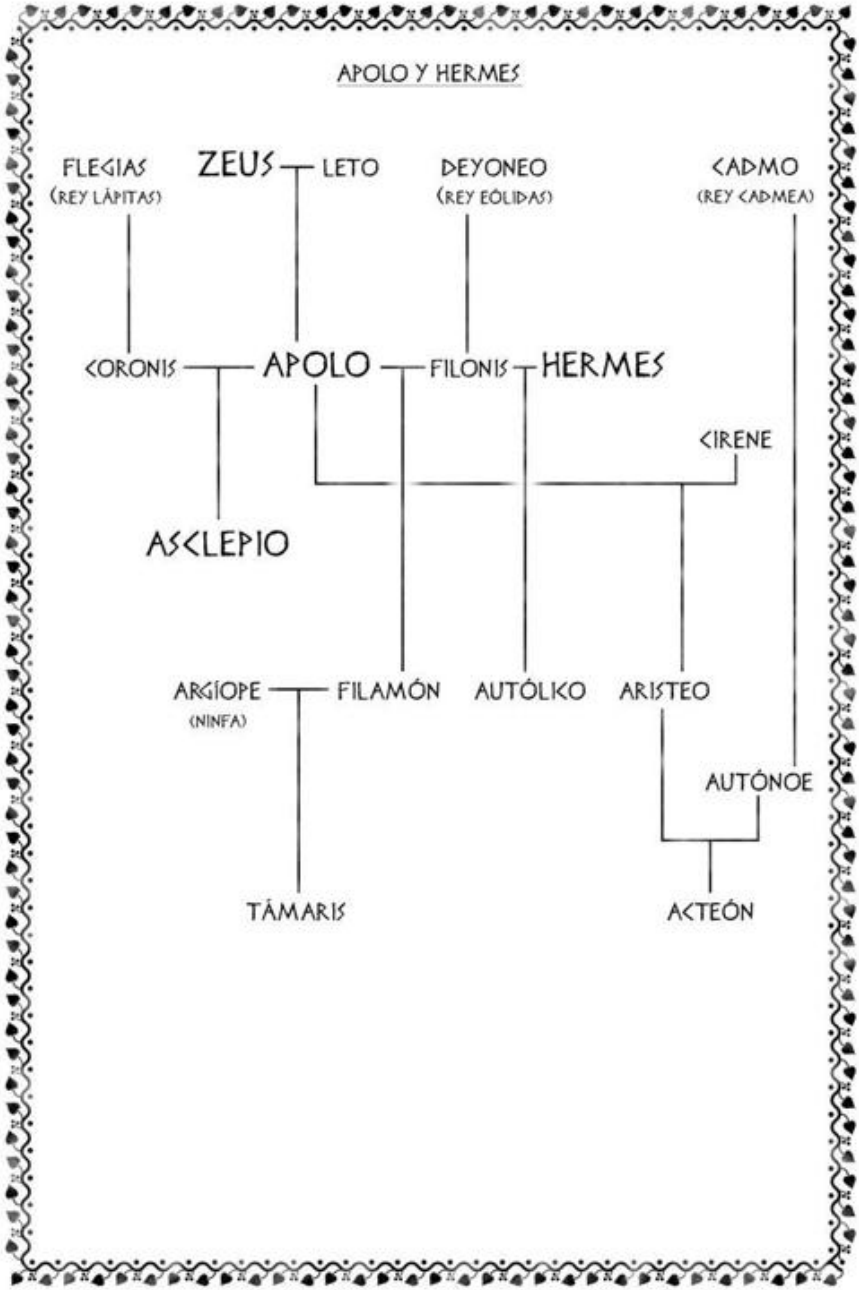
El dios Apolo tuvo una relación con Filonis o Filónide, una princesa de la Fócide hija del rey Deyoneo o Deyón, perteneciente a la estirpe de los eólidas. Ambos tuvieron un hijo llamado Filamón, que heredó muchas cualidades de su padre y se convirtió en un bello muchacho y sobre todo en un gran músico.

Por cierto, se cuenta que Filonis también estuvo enrollada con el dios Hermes, y que ambos tuvieron un hijo llamado Autólico, que se convirtió en un diestro ladrón. De todas formas, según otras versiones, la madre habría sido la ninfa Estilbe o Quíone (hija del viento Bóreas).

Pero bueno, ahora nos interesa Filamón. De él se dice que viajó al monte Parnaso y allí conoció a una ninfa llamada Argíope. Ambos fornicaron y ella quedó preñada. El problema fue que Filamón no quería casarse con ella, y entonces Argíope, avergonzada, se largó de allí y en la costa de Tracia dio a luz al hijo de ambos: Támiris o Tamaris o Támiras.

Fue en Tracia donde este Támiris pasó su adolescencia, y durante esos años se hizo todo un virtuoso de la cítara. La cítara, por cierto, es un instrumento de cuerda que viene a ser como una lira o un arpa pequeñita. La música de Támiris se hizo tan popular que se dice que una tribu escita (habitantes del Cáucaso) le nombró su rey solo por el hecho de tocar y cantar increíblemente bien.

Támiris se convirtió en un aedo. Aedo era el término que designaba a los cantores de la antigua Grecia. Eran una especie de bardos, artistas que cantaban las grandes epopeyas de dioses y héroes con diferentes instrumentos de cuerda. El más habitual era la ya mencionada cítara.



En Grecia también existían los rapsodas, pero estos últimos no solían usar instrumentos y tampoco componían, sino que recitaban poemas ya creados.

De Támiris también se cuenta que fue el primer hombre en tener relaciones homosexuales, y que su primer amante fue Jacinto, un

príncipe espartano.

Sin embargo, ahora llegan los problemas para Támiris. Resulta que se vino muy arriba con esto de la música y el canto y acabó jactándose de poder superar en habilidad incluso a las mismísimas musas. ¿Y qué hicieron estas ante tal afrenta? Pues le dejaron ciego y le quitaron la habilidad de cantar bien. También se dice que le quitaron la memoria.

Así, Támiris aprendió una gran lección. Las musas pueden concederte grandes dones, pero también pueden quitártelos. Nunca hay que perder la humildad.

En una versión posterior, las musas propusieron un concurso a Támiris, y este participó con la condición de que si ganaba podría acostarse con todas ellas. Ellas aceptaron, el concurso tuvo lugar, Támiris perdió, y el pobre músico acabó sin ojos. Por *flipao*.

Tras esto, Apolo comenzó a tontear con el príncipe Jacinto. Aquí se cuenta que Céfiro, dios del viento del oeste, se enamoró del espartano, pero al estar con Apolo sentía una envidia tremenda que no podía soportar. Un día Apolo estaba con Jacinto enseñándole a lanzar el disco. Céfiro entonces usó el poder de su viento para desviar el disco, y lo lanzó contra el cráneo de Jacinto, matándolo al instante. De su sangre nació una nueva flor: el jacinto.

Otra de las grandes lecciones de la mitología griega es que hay que evitar a toda costa resolver los celos con asesinatos. Y es que estas acciones son una constante en todas estas historias.

EL RAPTO DE PERSÉFONE Y LOS MISTERIOS DE ELEUSIS

Sin lugar a dudas, el mito más famoso relacionado con el dios Hades, el dios del Inframundo griego, es el rapto de Perséfone. A Hades ya lo he presentado unas páginas atrás. El dios era un poco huraño y no era muy propenso a salir de sus dominios. La luz del sol parece que no le gustaba mucho.

Sin embargo, un día se enamoró de una muchacha llamada Perséfone, su sobrina, pues era hija de su hermana Deméter, diosa de la agricultura, y de su hermano Zeus. Tanto fue su enamoramiento que Hades se aventuró a la superficie para raptarla. El mito cuenta que la muchacha estaba recogiendo flores cuando Hades hizo aparecer una muy bonita en el suelo, pero era una trampa. Cuando fue a recogerla, la tierra se abrió y apareció Hades en su carro. Así la raptó y se la llevó al Hades para convertirla en la reina del Inframundo.

Deméter, la madre, se quedó muy muy triste. Buscó a su hija durante días, hasta que fue a hablar con Helios, el dios del sol, que tenía fama de que lo veía todo. Y efectivamente. Le contó que su hija había sido raptada por Hades.

Deméter se entristeció tanto que dejó el cargo de diosa y se escondió entre los humanos mortales disfrazada de anciana. Llegó hasta la ciudad de Eleusis y se sentó junto a un pozo. Allí, las hijas del rey de la ciudad, Céleo, la llevaron al palacio y trataron de animarla contándole chistes y cosas así. La reina Metanira le ofreció bebida y un trabajo, y la diosa Deméter le propuso, como recompensa por haberle hecho casito, convertir a su bebé en inmortal. Y durante el ritual ella tenía que poner al niño sobre el fuego. Sin embargo, Metanira se asustó, gritó y Deméter tuvo que parar, regañando a Metanira.

—Tu hijo podría haber sido inmortal, pero ya no, por dramática.

Bueno, también Deméter podría haber advertido a la reina de que poniendo a su bebé a la parrilla no le iba a pasar nada. Esas cosas hay

que avisarlas, creo yo, por educación al menos.

En fin, que debido a la ausencia de la diosa de la agricultura, pronto las cosechas de toda la Hélade comenzaron a volverse infértiles, y el hambre sacudió a los humanos. Y sin comida, no hay sacrificios a los dioses. La situación se estaba poniendo un poco tensa porque Deméter se negaba a volver al Olimpo.

Los dioses se reunieron y buscaron una solución a este gran problema que afectaba a todo el mundo. Al final se llegó a un acuerdo. Perséfone se podría casar con Hades, pero con una condición: un tercio del año (el invierno) lo pasaría con Hades en el Inframundo y el resto del tiempo en el Olimpo con su madre Deméter. O mitad y mitad, según otras versiones. Se cuenta que Perséfone quedó «atada» al Inframundo (al menos temporalmente) debido a que Hades, antes de llegar al trato, le dio una semilla de granada de su reino, algo que la conectaba de forma espiritual a él.

Tras el pacto todo volvió a la calma, pero Deméter se ponía otra vez triste cada vez que su hija se marchaba al Inframundo. Los antiguos griegos interpretaron que esa tristeza de la diosa de la agricultura era la que provocaba los cambios estacionales y, por ende, el ciclo de las cosechas. Era su forma de dar sentido al verano, al otoño, al invierno y a la primavera. El otoño-invierno era, obviamente, la época en la que Deméter estaba triste.

De este mito surgen los famosos Misterios de Eleusis, uno de los rituales más importantes de la antigua Grecia, por no decir el más importante. Eran unas fiestas que celebraban el regreso de Perséfone del Inframundo, y simbolizaban el renacimiento, pues con ella, tras el duro invierno, volvían a la vida las plantas, las flores y las cosechas.

El rapto de Perséfone

Voy a resumir en qué consistían estos Misterios de Eleusis, aunque también hay que saber que, como en cualquier ritual mistérico, los sacerdotes se preocupaban mucho de no revelar casi nada al gran

público, ni de escribirlo en ningún lado, por lo que es complicado conocer todos los detalles.

Los misterios eleusinos menores se celebraban por marzo, y se sacrificaba un cerdo en honor a Deméter. Después los sacerdotes purificaban a los candidatos que iban a tomar parte en el ritual, llevando las reliquias sagradas de Deméter y tomando parte en varios sacrificios animales.

Los misterios eleusinos mayores se celebraban hacia septiembre, y duraban nueve días. Primero se trasladaban objetos sagrados relacionados con estos misterios desde la ciudad de Eleusis hasta un templo situado en la base de la Acrópolis de Atenas llamado Eleusinion. Entonces se sacrificaba también un cerdo y comenzaba una procesión desde Atenas hasta Eleusis con todo el mundo que participaba balanceando ramas por el camino. Luego también había algunos que gritaban obscenidades y chistes guarros en homenaje a una de las mujeres que le había hecho reír a Deméter en el palacio de Eleusis. Algunos la llaman Yambe y otros Baubo.

Una vez en Eleusis se hacía un día de ayuno, conmemorando el que hizo Deméter mientras buscaba a su hija desesperadamente. Este ayuno se rompía tomando ciceón, una bebida hecha de cebada y poleo.

Finalmente, en el clímax de este ritual, los iniciados entraban en una gran sala llamada Telesterion, y mostraban las reliquias sagradas a la estatua de Deméter que allí se alojaba. Era en el Anaktoron, un pequeño edificio de piedra dentro de este Telesterion, donde aquellas reliquias eran guardadas.

Lógicamente, solo los iniciados podían entrar aquí y era como el club de la lucha, cuya principal norma era que no se podía hablar de aquello. Si decías algo, te podían condenar a muerte. Así de en serio se lo tomaban los antiguos griegos.

Hay teorías que dicen que los sacerdotes de los misterios echaban a estos iniciados una sustancia psicoactiva en el ciceón y que empezaban a flipar en colores y a tener visiones.

Tras el colocón, la última parte de los misterios era el *pannychis*, un festín nocturno con danzas, música, poetas y un sinfín de divertimentos. Parece que durante esa noche también se sacrificaba un toro.

¿Recordáis al hijo del rey de Eleusis, que pudo ser inmortal y al final no lo fue? Bueno, pues se llamaba Triptólemo, aunque dependiendo de la versión tiene un origen diferente, como que el niño aquel era Demofonte, su hermano. El caso es que Deméter enseñó a Triptólemo muchísimos trucos de agricultura, y para que pudiera pregonar estos conocimientos a los cuatro vientos por toda Grecia, la diosa le dio un carro alado de una sola rueda tirado por un par de

dragones.

Así, Triptólemo viajó por todas partes lanzando semillas desde el aire, y gracias a él, todos los humanos de Grecia pudieron dedicarse a plantar y a cultivar alimentos.

No a todos les pareció algo genial. Ese era el caso de Linco, el rey de Escitia. Como aquellos conocimientos no le gustaban, ordenó matar a Triptólemo, pero Deméter apareció de pronto y convirtió a Linco en un lince. El rey de los getas, Carnabón, también intentó joder a Triptólemo matando a uno de sus dragones, pero Deméter le dio uno nuevo. Como castigo, Deméter agarró a Carnabón y lo lanzó al cielo con un dragón serpentoso enroscado en su torso. Eso dio lugar a la constelación de Ofiuco para algunos, aunque hay otros mitos que hablan del origen de esta decimotercera constelación.

APOLO Y LOS HIPERBÓREOS

Ya vimos que Apolo era un hijo de Zeus, pero no lo tuvo con Hera sino con Leto. Y ya vimos también lo que le jodían a Hera estas relaciones extramatrimoniales de su marido. Parece ser que su primer intento de cargarse a Leto fue a través de la serpiente Pitón, pero como fracasó decidió enviar a un nuevo matón. Ese fue el gigante Ticio.

Este gigante Ticio logró encontrar a Leto y trató de violarla y asesinarla. Por suerte, pronto aparecieron sus hijos Apolo y Artemisa, y lograron proteger a la madre lanzando flechazos al asesino hasta que Zeus intervino y arrojó a Ticio al Tártaro. Allí fue sometido a un tormento sin igual, muy similar al de Prometeo, con aves que le comían el hígado mientras este se regeneraba continuamente.

Ahora pasemos a hablar de los hiperbóreos, un pueblo con el que Apolo, tras los hechos contados en el párrafo anterior, comenzó a pasar cada vez más tiempo. Parece ser que era el lugar donde había nacido su madre Leto.

Según el mito, los hiperbóreos eran un pueblo que vivía al norte del mundo conocido, en una región prácticamente inaccesible llamada Hiperbórea. Este nombre está relacionado con Bóreas, el dios del viento del norte, pues los hiperbóreos serían hijos suyos. La vida en esta Hiperbórea debía de ser parecida a una utopía. Todos sus habitantes vivían felices, sin conflictos ni guerras, sin enfermedades ni nada similar. Los hiperbóreos se pasaban el día cantando, bailando y bebiendo.

El mito cuenta que todos los otoños el dios Apolo partía de Delfos y se iba a aquel lugar tan alejado a relajarse y a disfrutar del invierno. Los hiperbóreos adoraban a Apolo, incluso instituyeron sacerdotes que le veneraban de forma constante. Cuando Apolo estaba en la Hiperbórea, se montaban grandes fiestas en su honor.

ASCLEPIO Y LA MEDICINA

Ya hemos visto que Apolo era dios de muchas cosas. Una de ellas era la medicina, pero esa labor se la pasó al hijo que tuvo con Coronis o Corónide: Asclepio, o Esculapio para los romanos. Parece ser que Apolo conoció a esa muchacha mientras viajaba por Tesalia. En aquel lugar reinaba Flegias, conocido por ser el rey de los lápitas, un pueblo que habitaba por Tesalia. Pues resulta que Coronis era la hija de este rey. Apolo se enamoró de la chica y empezaron una relación. El problema fue que Coronis fue infiel a Apolo y se lio con un joven mortal del lugar. El nombre de este joven se piensa que era Isquis.

Gracias a un cuervo, Apolo se enteró de todo. En aquella época los cuervos eran blancos, pero Apolo se cabreó tanto por lo que le contó el animalito que los volvió negros a todos, y los convirtió en seres portadores de malas noticias. Pobre cuervo, encima de que le avisa… En fin, que Apolo, a tope de celos, decidió asesinar a Coronis lanzándole una flecha cuando todavía estaba embarazada de Asclepio. En otras versiones, es su hermana Artemisa quien llega al pueblo y empieza a matar a flechazos a todo el mundo, incluyendo a la embarazada Coronis.

Apolo, arrepentido, vio el cuerpo de Coronis y decidió sacar a su hijo Asclepio de allí. Tras esto, el pequeño fue entregado al centauro Quirón para su educación y crianza.

Con el tiempo, Apolo pasó el honor de ser dios de la medicina a este Asclepio, y de él es famoso su símbolo, la vara de Esculapio, un cayado con una serpiente enroscada que tenía la fama de curar todas las enfermedades, el actual símbolo de la medicina. Y es que la serpiente siempre ha tenido mucha relación con el tema de la sanación, pues los antiguos veían su mudanza de piel como una especie de renacimiento o rejuvenecimiento.

Parece ser que la famosa vara, en un principio, lo que hacía era resucitar a los muertos, y luego su poder fue rebajado al de solo curar heridas y enfermedades. De todas formas, se cuenta que Asclepio

comenzó a resucitar a tanta gente que Hades protestó ante el Olimpo diciendo que ya no le llegaban muertos y Zeus castigó a Asclepio lanzándole un rayo y dejándolo *moñeco*. Apolo se volvió loquísimo, pues su padre había matado a su hijo y tenía una rabia que no podía con ella. Sabía que contra Zeus no podía hacer nada, así que se cargó a los cíclopes, los que forjaron el poder del rayo para él. En otra versión, Apolo mata a los hijos de los cíclopes.

Zeus respondió y habría enviado a Apolo al Tártaro de no ser por el ruego insistente de Leto. Zeus se apiadó un poco de la chavala y castigó a Apolo poniéndole como pastor al servicio de un mortal, un tipo llamado Admeto. Este Admeto era hijo del rey de Feras, Fere o Feres. Lo cierto es que ambos se llevaron muy bien, y Apolo le recompensó haciendo que su ganado pariese el doble. De cada parto salían gemelos siempre. Incluso le ayudó a ligar con una chavala, Alcestis, hija de Pelias, rey de Yolco.

El mito cuenta que Admeto llegó a viejo y sabía que moriría pronto, pero convenció a su esposa Alcestis de que muriera en su lugar para él vivir más. Y eso pasó, y Alcestis fue al Inframundo por su marido. Luego parece que Perséfone se apiadó de ella por su sacrificio y la liberó. En otra versión, Heracles salvó a la chavala del Inframundo.

LA HILANDERA ARACNE

Se contaba que en la región de Lidia existía un taller de hilanderas dirigida por una muchacha mortal llamada Aracne. Esta Aracne era hija de Idmón de Colofón, un tintorero proveniente de la ciudad fenicia de Tiro. Los fenicios eran famosos por comerciar por todo el Mediterráneo gracias a sus barcos. Y uno de sus productos estrella era el tinte púrpura que sacaban de unos moluscos del lugar.

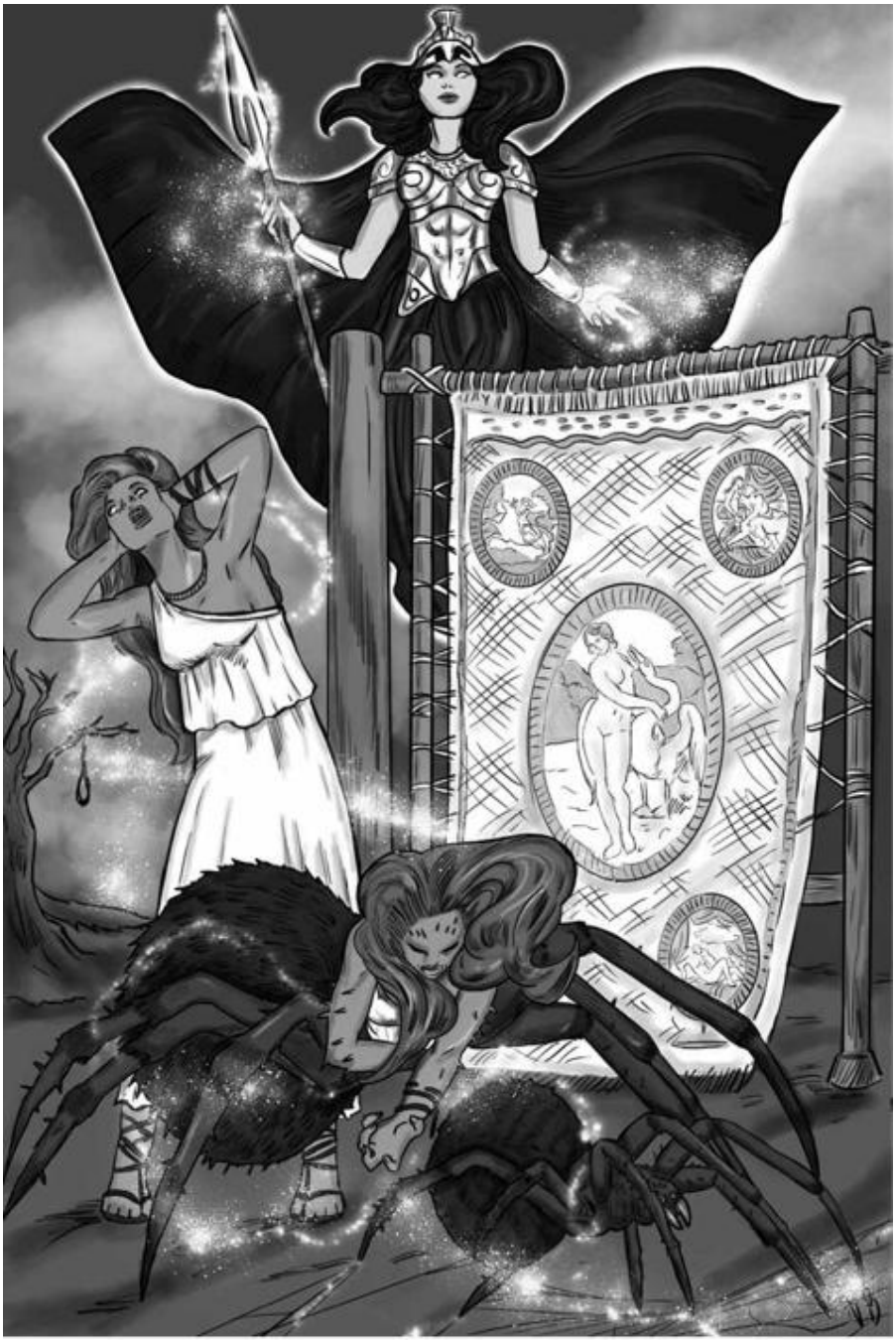
Pero bueno, centrémonos en Aracne. La chica era una auténtica *crack* en el arte de tejer y bordar. Hacía unas prendas increíbles. Todo el mundo le decía que era la mejor, y un día Aracne se vino tan arriba que pecó de engreída. Comenzó a decir que sus habilidades tejiendo eran mejores que las de la mismísima diosa Atenea. Y creo que ya hemos visto qué ocurre cuando esto pasa… Nada bueno.

Atenea, por supuesto, se enteró de lo que estaba diciendo la flipada aquella, y fue a ver a Aracne para darle una lección. La diosa se disfrazó de anciana y le dijo a Aracne:

—He oído que estás yendo muy de flipada, ¿no? Eso de ofender a los dioses está feo, que lo sepas.

Y la reacción de Aracne fue partirse de risa en su cara con notable prepotencia. Tras esto, propuso celebrar un concurso de tejido para poder demostrar su superioridad ante la diosa. Fue entonces cuando Atenea se quitó su disfraz de anciana y decidió participar.

Atenea tejió una escena que representaba su victoria sobre Poseidón por el control de la ciudad de Atenas. Por otro lado, Aracne hizo un tapiz que representaba varios episodios de infidelidades de los dioses mientras estaban disfrazados de animales. Y lo cierto es que Atenea tuvo que admitir que estaba realmente bien hecho, pero le cabreó bastante la temática elegida, y por ello la diosa se enfadó y lo destruyó todo. Y luego golpeó a la muchacha.



La transformación de Aracne

Aracne, avergonzada, se largó del lugar y se propuso acabar con su vida ahorcándose en un árbol. Sin embargo, Atenea reculó y salvó la vida de la chica convirtiéndola en una araña. Un animal que, como

todos sabemos, tiene fama de ser bueno hilando sus propias telarañas. Del nombre de Aracne vendría el término «araña».

LICAÓN Y LOS LICÁNTROPOS

Ahora viajemos a la región de la Arcadia, esa zona situada en el centro de la península del Peloponeso que tenía fama de ser un paraíso en la Tierra. En realidad, esta región al principio no era llamada Arcadia sino Pelasgia. Y este nombre viene por su primer rey: Pelasgo, un héroe famoso por ser muy inteligente y tener gran fuerza. Su origen es incierto, pero un mito dice que habría nacido por una relación entre Zeus y Níobe, la hija de Foroneo (luego sabremos quién es este tipo). Sin embargo, su origen más difundido es que Pelasgo nació de la propia tierra de la Arcadia junto a una raza de mortales sobre los que gobernaría. Estos mortales serían los pelasgos.

Pelasgo enseñó a estos humanos de la Arcadia a construir casas, a recolectar frutos para alimentarse (sobre todo bellotas) y a hacerse su propia ropa.

Pelasgo se casó con la oceánide Melibea y juntos tuvieron a Licaón. Otras fuentes dicen que la madre de Licaón fue Cilene o Deyanira (no la esposa de Heracles).

De Licaón se cuenta que era un rey altamente culto y muy devoto en el ámbito religioso. Era muy *crack* y el pueblo lo amaba. Él y su padre habían sido los responsables de que los humanos de la Arcadia abandonaran la vida salvaje y se civilizaran.

Tras fundar la ciudad de Licosura, Licaón erigió un altar a Zeus. Y empezó con lo típico, haciendo sacrificios de animales y todo guay. Pero su devoción empezó a crecer tanto que acabó haciendo algo terrible. A Licaón se le fue la olla y comenzó a realizar sacrificios humanos al dios celestial.

Había una ley en la Arcadia que decía que había que acoger con hospitalidad a los extranjeros. Bueno, pues Licaón se pasó esta ley por el forro de los cojones y cualquiera que llegaba nuevo a la ciudad era secuestrado y sacrificado en el altar.

Parece que el rey de Arcadia tenía cincuenta hijos, los llamados licaónidas, y eran como él o mucho peores. Se decía de ellos que no

tenían ningún tipo de piedad y eran arrogantes y altivos.

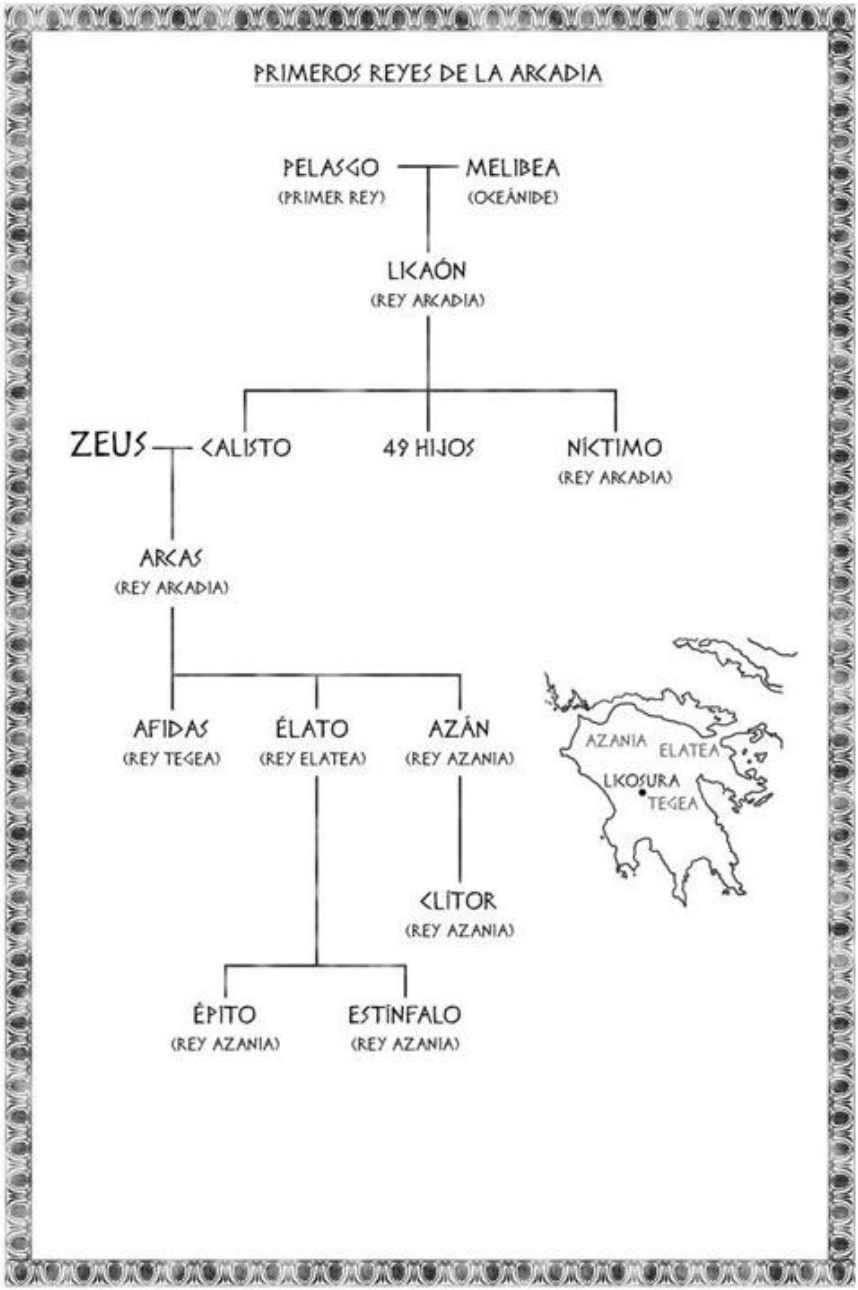
Zeus se enteró de todo y flipó de lo lindo. Aquello le pareció una aberración total. Decidió tomar cartas en el asunto y fue a Arcadia haciéndose pasar por un peregrino. Licaón le hospedó en su palacio como hacía siempre con los extranjeros. Era muy hospitalario hasta que un buen día… ¡zas! Te sacaba de la cama en volandas y te sacrificaba.

Sin embargo, con aquel anciano tuvo algunos reparos. Sus consejeros le decían que creían que era un dios. Por ello, Licaón le puso algunas pruebas. Agarró a un esclavo, lo cocinó y luego se lo sirvió a Zeus. El dios se dio cuenta y se puso en plan Chicote.

—¿Qué es esta mierda, Licaón? Yo sólo quería un sándwich y esto es una maldita cabeza humana.

—Es la especialidad de la casa —contestó Licaón.

Zeus se llenó de furia y le convirtió en lobo. Tras eso incendió todo su palacio y lo redujo a cenizas con sus rayos. Licaón, ahora con forma de lobo, huyó por los prados y bosques de la Arcadia.



Según otra versión, el sacrificado para ser la comida de Zeus fue uno de los hijos de Licaón: Níctimo. Y esto habría sido perpetrado por sus hermanos. Por ello, Zeus también convirtió a todos estos hermanos en lobos. Acto seguido devolvió la vida a Níctimo, quien se convertiría en el nuevo rey de la Arcadia.

Se cuenta que fue durante el reinado de este tipo cuando ocurrió el Diluvio de Deucalión, y que este diluvio fue provocado por la ira de Zeus al enterarse de los sacrificios humanos que hacían Licaón y sus hijos. O puede que también porque vio que los humanos de la Edad de Bronce eran demasiado idiotas. Esta es otra de las grandes contradicciones de la mitología griega.

Níctimo no tuvo hijos, por lo que el trono de Arcadia pasó al hijo de su hermana Calisto: Arcas. De este muchacho vendría el nombre de «Arcadia». En el siguiente capítulo conoceremos su historia.

CALISTO

La diosa de la caza, Artemisa, dedicaba la mayor parte de su tiempo a su afición favorita: la caza. Obvio. Por algo era la diosa de la caza. Todo el día estaba por el bosque con su arco cazando animalitos, especialmente por la región de la Arcadia. La diosa de la caza nunca estaba sola, pues la acompañaba siempre un cortejo compuesto por diferentes ninfas, y estas ninfas tenían que hacer, al igual que la diosa, un voto obligatorio de castidad.

Una de estas acompañantes era Calisto, quien era hija del rey Licaón. Un buen día, Zeus se enamoró de ella y, para seducirla, tomó la forma de Artemisa, o de Apolo, dependiendo de la versión que leas. Ambos se liaron y Calisto quedó embarazada.

Zeus trató de tapar su infidelidad y convirtió a Calisto en una osa, pero Hera lo descubrió todo. Por ello, en su actitud pasivo-agresiva habitual, fue a donde Artemisa y le pidió que durante la siguiente cacería disparase con su arco a una osa. La osa Calisto, aunque ella no sabía que era su amiga. Artemisa cumplió la orden y se cargó a Calisto.

Otra versión cuenta que un día Calisto estaba bañándose en un río y Artemisa se fijó en el tamaño de su barriga. Calisto terminó confesando haber tenido un rollete con Zeus y, al haber roto los votos, Artemisa la convirtió en osa y la expulsó de la Arcadia.

Al final, Zeus, para darle el don de la inmortalidad, la transformó en la constelación de la Osa Mayor. Y también salvó al hijo que estaba gestando en su vientre, y ese fue Arcas o Árcade. Zeus se lo dio en adopción a la pléyade Maya para que lo criase. Dicen que de este Arcas nacería el término «Arcadia» para denominar a aquella región donde vivía y, por supuesto, como ya conté, tras la muerte de Níctimo, Arcas fue coronado rey del lugar.

Bajo su reinado, Arcas enseñó al pueblo de los pelasgos (ahora arcadios) a cultivar, a hacerse panecillos y a tejer, entre otras muchas cosas.

A su muerte, el reino de la Arcadia quedó dividido entre dos de sus hijos: Afidas (o Afidante) se quedó con Tegea, mientras que Élato se quedó con la zona que rodeaba el monte Cilene. En algunas versiones se habla de un tercer hermano llamado Azán que habría heredado una región llamada Azania.

CÉCROPE I Y EL ORIGEN DE ATENAS

Sin duda, la ciudad más importante de toda la Hélade, es decir, de todo el territorio de los griegos, fue Atenas, situada en la región de Ática. ¿Cuándo fue fundada? Realmente no se sabe, pero se cree que durante la época micénica. Sin embargo, si nos atenemos a la mitología griega, la cosa es mucho más liosa.

La leyenda cuenta que el primer rey de Atenas fue Perifante, que era adorado por los atenientes humanos como un dios. Tanto, que estos habitantes dejaron de hacer sacrificios al dios Zeus. Este se cabreó tanto que fue para allá con la intención de agarrarlo y tirarlo al Tártaro, pero el dios Apolo intervino y al final Perifante solo fue convertido en águila, y fue condenado a estar siempre junto a Zeus.

El siguiente rey de Atenas y del Ática fue Ogiges, también conocido como Ógigo. Y no solo fue rey de Atenas, también lo fue de la región de Beocia, donde más tarde se fundaría la ciudad de Tebas, la capital. También se le atribuye la fundación de la ciudad-santuario de Eleusis, en la costa oeste del Ática, cerca de Atenas.

Durante su reinado se dice que ocurrió el Diluvio de Ogiges, una gran inundación ocurrida en aquel lugar en la que murieron miles de personas. Ogiges sobrevivió, pero la región de Ática quedó devastada y Atenas no tuvo rey durante casi doscientos años.

Tras este tiempo, el nuevo rey ateniense fue Acteo. Parece ser que la nueva Atenas reconstruida tras la catástrofe fue llamada Acte, y Actica sería el nombre que ese tipo dio a la región de Ática. Acteo tenía una hija llamada Aglauro, que se casó con Cécrope, a quien también se considera como el fundador de Atenas.

Este Cécrope I también fue conocido como Erecteo, y llegó a ser el cuarto rey de Atenas, aunque muchos le consideran el primero oficial, siendo los tres anteriores como unos caudillos tribales primitivos. De Cécrope se cuenta que nació directamente de Gea y que fue un rey mitad humano y con la parte inferior de su cuerpo de serpiente.

Se habla de Cécrope como un rey civilizador. Introdujo las primeras leyes en Ática, levantó las primeras ciudades de la región, enseñó a los atenienses la escritura e hizo un montón de cosas más.

Pero dejémonos de historias de reyes y centrémonos en la ciudad de Atenas. Atenea fue la patrona de esta ciudad, y una diosa venerada ampliamente en este territorio, sin embargo… ¿cómo llegó a convertirse en la diosa-patrona?

Pues ahora os cuento la historia. En aquella época, los dioses del Olimpo se disputaban diferentes territorios, y el Ática fue disputado por Atenea y Poseidón. Por ello, ambos terminaron en una competición para hacerse con su control cuyos jueces fueron el resto de dioses olímpicos, además del rey Cécrope.

Mientras que Poseidón creó con su poderoso tridente un pozo de agua salada en la Acrópolis para hacerse el machote, Atenea plantó un olivo delante de Cécrope. Este quedó asombrado, pues hasta entonces no existían estos árboles. Se ve que las aceitunas le gustaron una barbaridad y por ello propuso a los olímpicos que Atenea fuera la patrona de la región. Y es que el olivo era algo muy importante para los antiguos griegos, pues el aceite y la aceituna fueron la base de la economía del lugar.

Poseidón se enfadó mucho y comenzó a lanzar amenazas de inundarlo todo, pero Zeus le tranquilizó y al final todo acabó bien. Qué raro.

EL DILUVIO DE DEUCALIÓN

Pasamos ahora a un tema importante no solo a nivel divino sino también para la humanidad: el Diluvio de Deucalión.

¿Recordáis quién era Deucalión? Bueno, no pasa nada, son demasiados nombres. Ya os lo recuerdo yo en un momento. Deucalión era el hijo de Prometeo. Lo tuvo con una oceánide, pero el nombre de esta no se sabe muy bien. Unas fuentes dicen que fue Clímene, otras que fue Hesíone, otras que fue Pronea. No es importante. Lo relevante es saber que Deucalión se convirtió en rey de Ftía, una región al sur de Tesalia.

Deucalión se casó con su prima Pirra, quien era hija de Epimeteo (hermano de Prometeo) y de Pandora. Ya sabéis, la de la cajita con males en su interior. Ella es considerada la primera mujer humana creada por los dioses y su hija Pirra, la primera mujer nacida de forma natural.

Como ya conté, Zeus quería destruir a la humanidad de la Edad de Bronce con un gran diluvio que lo arrasara todo. ¿La razón? La violencia de los hombres de la Edad de Bronce o el pecado de Licaón. O puede que una mezcla de ambas cosas.

Deucalión estaba haciéndole una visita a su padre en el Cáucaso, donde estaba atado mientras un águila le sacaba los higadillos. Y Prometeo, que todavía se enteraba de cosas, le dijo:

—Hijito, ten cuidado porque me he enterado de que Zeus va a liarla pronto enviando un gran diluvio.

—¿Como en la Biblia?

—No sé qué es eso. A ver, tú hazme caso. Construye un arca y sálvate junto con tu esposa.

Deucalión hizo lo que le ordenó su padre y construyó un arca o un cofre para que la pareja pudiera sobrevivir. Pronto comenzó una tremenda lluvia que inundó la mayor parte de la Hélade. Un enorme mar cubrió el mundo conocido por los griegos, solo quedando libres de agua algunas de las cumbres más altas del lugar. Los humanos de bronce perecieron casi todos y solamente algunos lograron ponerse a

salvo en estos lugares altos. Fue similar al relato bíblico, pero sin animales.

El gran diluvio duró nueve días y nueve noches, y cuando pasó, Deucalión y Pirra hicieron un sacrificio en honor a Zeus. El dios del Olimpo envió a Hermes con un mensaje para Deucalión. Por haber sobrevivido le iba a conceder aquello que más desease, y el hijo de Prometeo pidió repoblar la Tierra con una nueva humanidad. Para averiguar cómo lograr esto, la pareja tuvo que visitar el oráculo de Delfos, ahora cubierto de algas marinas. Allí era donde estaba la diosa Temis. Fue esta diosa quien les dijo lo que tenían que hacer.

—Coged los huesos de mi madre y lanzadlos hacia atrás por encima de vuestros hombros.

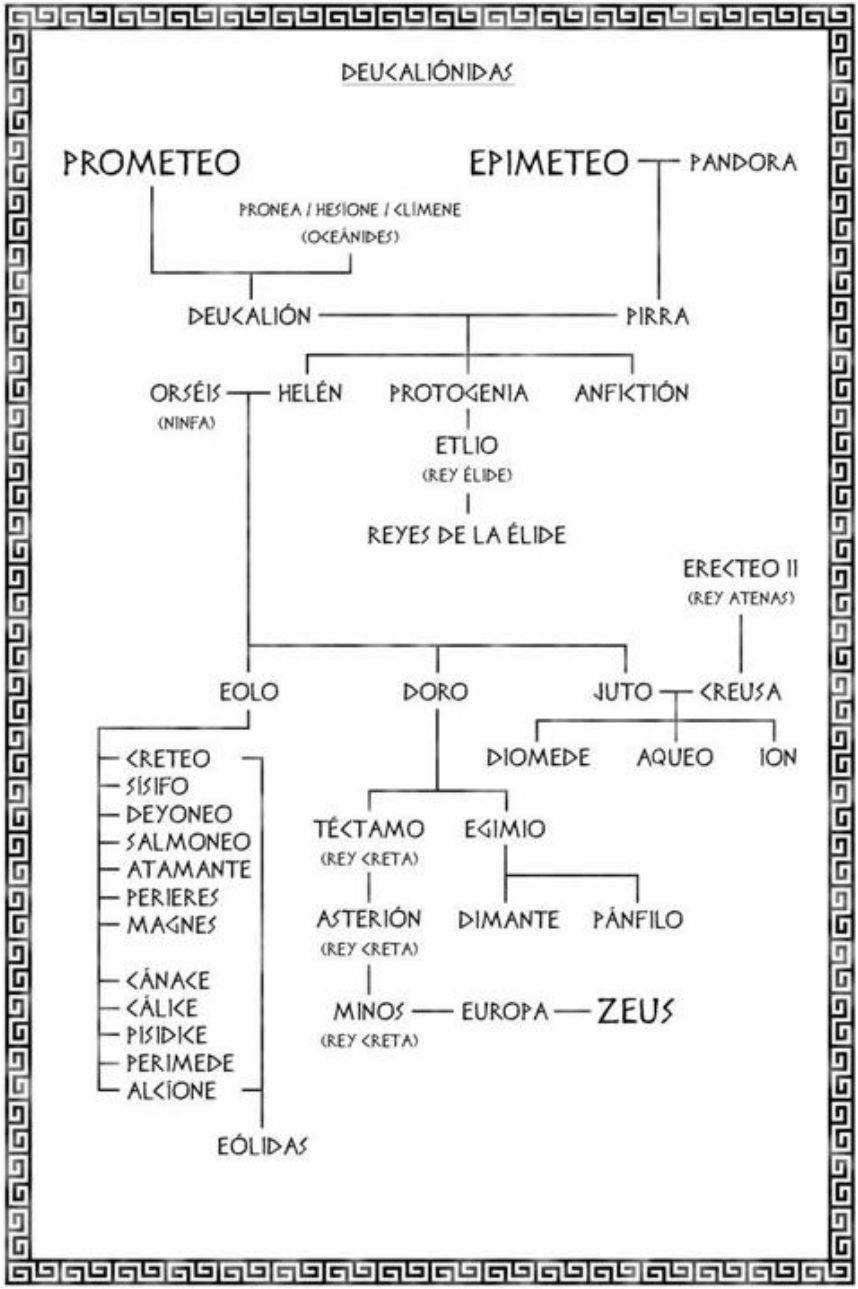
Deucalión y Pirra llegaron a la conclusión de que los huesos a los que se refería eran las piedras, pues la madre de Temis era la diosa Gea. La pareja hizo eso. Agarraron todas las piedras que pudieron y comenzaron a lanzarlas hacia atrás.

Las rocas lanzadas por Deucalión se convirtieron en hombres y las lanzadas por Pirra en mujeres. Esta sería la última raza humana, la llamada raza humana de la Edad de Hierro.

A estos hombres nacidos de las piedras se les llamó litógenas, o léleges. Se dice que esta nueva raza de hombres se originó en la región de la Lócride oriental, al este de Grecia.

Tras estos hechos, Deucalión y Pirra tuvieron tres hijos: Helén, Protogenia y Anfictión, y en otras versiones se añaden dos más: Tía (o Tuya) y Pandora.

Deucalión y Pirra en el oráculo



De Protogenia se dice que fue la primera mujer nacida de mortales. Se ve que eso le dio igual a Zeus y se la tiró, engendrando a Etlio, que en el futuro sería el primer rey de la región de la Élide. Anfictión fue el fundador de la Liga Anfictiónica, una confederación de santuarios que en la época clásica griega tendría mucho poder.

Pero el más importante de estos hijos es Helén, de donde vendría el término Helénico, es decir, griego. Son sinónimos.

Toda esta prole de Deucalión fue conocida como los Deucaliónidas, y fue una familia muy importante en los albores del mundo griego. Y es que los hijos de esta gente se expandieron por las regiones más importantes de la Hélade y sus nombres darían nombre a varias etnias del lugar.

Hablando de familias importantes, además de los deucaliónidas tenemos a los ináquidas, los descendientes de Ínaco, quienes también ocuparían algunas zonas de la Hélade, como veremos más adelante.

LOS REYES LEGENDARIOS DE ATENAS

Unas páginas atrás ya vimos algunos reyes míticos del Ática y la fundación de Atenas por Cécrope I. El segundo rey de Atenas fue Cránao, hijo de este Cécrope I.

Una de sus hijas fue llamada Ática (o Atis), y dicen que de ella vendría el nombre de la región: Ática. Hasta entonces, la región era llamada Actea, en honor al primer rey legendario.

Dicen que durante su reinado (el de Cránao) ocurrió el famoso Diluvio de Deucalión en la región de Tesalia. De hecho, se cuenta que el hijo de Deucalión, Anfictión, llegó a Atenas, se casó con Ática y destronó a Cráneo, convirtiéndose en el nuevo rey del lugar. Otra versión dice que se casó con otra de las hijas de Cránao, Cránae.

Tiempo después, Anfictión instituyó en Delfos una asamblea de griegos para tratar diferentes temas concernientes a política y religión. Por esto, él, sus delegados y sus representantes recibieron el nombre de «anfictiones», y la sede fue conocida como «Consejo Anfictiónico».

Tras unos años de reinado, Anfictión fue depuesto por Erictonio, también conocido como Erecteo I. Según el mito, Hefesto intentó violar a Atenea, quien estaba en su forja buscando un arma, y el semen cayó en el muslo de la diosa. Luego esta se lo quitó con un paño y el semen cayó sobre Gea. De ahí nació este Erictonio, un rey con cuerpo mitad humano mitad de serpiente (igual que Cécrope I).

A pesar de no ser hijo suyo, parece que Atenea se preocupó del pequeño Erictonio. Le recogió y se lo entregó a las tres hijas de Cécrope: Herse, Pándroso y Aglauro. Cuenta el mito que Atenea les entregó al niño metido en una caja y les dijo que jamás la abrieran. Pero las hermanas no hicieron ni caso… y luego pasó lo que pasó. Vieron al niño serpiente, se volvieron locas y se arrojaron desde la Acrópolis de Atenas. En otra versión, no es que el niño fuera mitad serpiente, sino que, para proteger al bebé, la diosa Atenea había introducido en la caja un par de serpientes, las cuales provocaron la locura a las hermanas.

Por cierto, una curiosidad: una de estas hermanas, Aglauro, tuvo

una relación con el dios Ares y juntos tuvieron una hija: Alcipe. Un día, un hijo de Poseidón, Halirrotio, intentó violar a esta Alcipe, y por ello Ares lo mató. Poseidón se enfadó y todos los dioses se reunieron en Atenas, concretamente en una colina al oeste de la Acrópolis, para juzgar al dios de la guerra por asesinato.

Este fue el origen del Areópago, la colina de Ares, un tribunal ateniense de la época de la antigua Grecia donde se juzgaban los delitos más violentos ocurridos en Atenas.

Pero ahora volvamos a la historia principal. Tras este suicidio de las hijas de Cécrope I, Atenea tuvo que hacerse cargo del niño y lo crio ella misma. De hecho, se atribuye a Erictonio el haber introducido el culto a la diosa Atenea en la capital ática, aunque para otros, eso ya lo había hecho Cécrope I.

En lo que sí que coinciden los diferentes relatos mitológicos es en que Erictonio introdujo en la ciudad de Atenas el famoso festival de las Panateneas, en honor a su «madre adoptiva» Atenea. Estas Panateneas eran un ciclo de fiestas religiosas, artísticas y deportivas que se celebraban de forma anual en la ciudad de Atenas.

De estas fiestas podemos destacar las competiciones, a la altura de los Juegos Olímpicos. Había carreras de carros, carreras con antorchas, pugilato, lucha de pancracio, pentatlón, regatas, lanzamiento de jabalina… También había competiciones artísticas, de música, baile y poesía.

El acto más importante de las Panateneas era la procesión, donde una fila gigantesca de personas subía hasta la Acrópolis y dejaba ofrendas a la estatua de la diosa Atenea. Tras eso, la fiesta terminaba con grandes sacrificios de animales, como bueyes y ovejas, y luego la carne de estos animales era devorada por los atenienses en un gran banquete en el demo del Cerámico, es decir, el barrio de los alfareros.

Luego, cada cuatro años se celebraban las Grandes Panateneas, que eran lo mismo, pero duraban más días.

Erictonio, con la náyade Praxitea, tuvo a su hijo y sucesor: Pandión I. De su reinado lo único destacable es que se metió en guerra contra el rey Lábdaco de Tebas por el tema de las fronteras entre Ática y Beocia.

Este Pandión tuvo cuatro hijos con la ninfa Zeuxipe. Fueron dos varones (Erecteo y Butes) y dos mujeres (Procne y Filomela).

Pandión I pidió ayuda a un rey de Tracia llamado Tereo para luchar contra los tebanos. Cuando el ateniense ganó la guerra, ofreció a una de sus hijas a Tereo para que se casara con ella. La «afortunada» fue Procne. En fin, que Tereo y Procne se casaron, se fueron a vivir a Tracia y todo parecía muy bonito, pero no. Procne se sentía sola viviendo allí tan lejos, así que pidió a su marido que trajese de Atenas a su hermana Filomela para que le hiciera compañía.

Tereo así lo hizo y durante el camino, al rey tracio se le fue la olla y violó a Filomela. Ella se enfadó mucho y dijo que lo contaría todo, y para evitarlo Tereo le cortó la lengua, la ocultó en un lugar remoto y luego le dijo a su hermana que había muerto durante el trayecto. Y Procne se lo creyó todo.

El caso es que, poco después, Filomela consiguió tejer un tapiz y se lo hizo llegar a su hermana, y en él le contó todo su sufrimiento. Entonces Procne decidió vengarse de su marido. Mató a Itis, su hijo en común, y se lo dio de comer. Y diréis, ¿qué culpa tenía el niño este? Pues ninguna, pero esto es mitología griega, los daños colaterales están a la orden del día.

Procne escapó y liberó a su hermana, y cuando Tereo se dio cuenta de lo que estaba comiendo se cabreó muchísimo. Cogió la primera hacha que encontró y, como si fuera Jack Nicholson en *El resplandor*, se puso a perseguir a las hermanas. Cuando estuvo a punto de darles alcance, las hermanas rogaron a los dioses por algo de ayuda y los tres acabaron convertidos en pájaros. Procne fue un ruiseñor, Filomela una golondrina y Tereo una abubilla.

De esta época se cuenta otra historia, la de Icario, que era un granjero que recibió la visita de Dioniso, con funestas consecuencias, como viene siendo habitual. El dios se hizo colega del granjero y le instruyó en el arte del vino, y este Icario aprendió todo lo relacionado con la vendimia y la borrachera. Un día, Icario viajó a Maratón y comenzó a repartir su vino entre todo el mundo. Aquella gente nunca había probado aquel tipo de bebida antes, y claro, cuando empezaron a verlo todo doble, pensaron que Icario les había envenenado. Por ello, le agarraron y lo mataron a golpes.

La perra que llevaba, de nombre Mera, volvió a casa, y allí guio a la hija de Icario, Erígone, hasta el lugar donde los borrachos habían enterrado a su padre. Al descubrirlo todo, la chica se ahorcó de un árbol y el perro también murió, de muerte espontánea. Muy dramático todo.

Parece que Dioniso se enteró de la historia, se enfadó, y con sus poderes hizo que varias muchachas de Ática se volviesen locas y empezaran a ahorcarse como había hecho Erígone, y dijo que la cosa continuaría así hasta que los asesinos de Icario fueran ajusticiados. Madre mía, la que lía Dioniso siempre que aparece. Yo lo interpreto como una metáfora de los estragos que puede llegar a causar el exceso de alcohol en una sociedad, aunque no sé yo si los antiguos griegos estarían muy de acuerdo conmigo. El caso es que con esta historia tan trágica entró el vino por primera vez en Atenas.

Ahora volvamos al tema de los reyes de Atenas. Cuando Pandión I murió de pena al enterarse de la muerte de sus hijas, heredó el trono su hijo Erecteo II. Como tenía un hermano gemelo llamado Butes,

ambos decidieron repartirse el poder de la ciudad. Erecteo II se quedó con el poder real y Butes con el sacerdocio de Poseidón y Atenea.

Fue durante esta época cuando tuvo lugar una guerra gorda entre Atenas y la ciudad-santuario de Eleusis, situada cerca, al noroeste de Atenas. Los atenienses buscaban hacerse con el control del santuario, pero los eleusinos querían mantener su independencia, y para defenderse pidieron la ayuda de un rey de Tracia llamado Eumolpo de Tracia, un hijo de Poseidón con Quíone, hija del dios del viento Bóreas.

Erecteo II decidió pedir consejo al oráculo de Delfos para ver cómo podía ganar la guerra, y la contestación no le moló mucho.

—Para ganar la guerra tendrás que sacrificar a una de tus hijas —le dijo la pitonisa.

—Vaya movida, ¿no? —contestó el rey.

Sus hijas eran seis, pero dependiendo de la versión tienen nombres diferentes: Creúsa, Mérope, Pandora, Protogenia, Procris, Oritia, Preusa y Ctonia, y la sacrificada fue esta última. El problema es que, como todas ellas habían llegado a un pacto, compartir el mismo destino pasara lo que pasara, al final las otras hijas acabaron suicidándose.

Pero no hay mal que por bien no venga, y al final Erecteo II ganó la guerra. Algo es algo, dijo un calvo.

Mientras Eumolpo de Tracia trataba de huir, Erecteo logró darle muerte. Esto causó la ira del dios de los mares Poseidón y pidió a Zeus que le castigara fulminándole con un rayo. Y eso pasó. El dios del trueno mandó un rayo mortal a Erecteo II y lo dejó frito. Al final, tanto sacrificio y suicidio colectivo para nada.

En honor a este rey y también a Poseidón, en la Acrópolis de Atenas se levantó un edificio llamado Erecteion o Erecteón.

Ahora había que elegir al nuevo rey de Atenas entre los hijos del rey muerto con Praxitea. Los tres o cuatro hijos eran Cécrope, Pandoro, Eupálamo, Metión, Tespio, Sición y Orneo. Cambian de versión a versión, es un lío tremendo.

Juto, hijo de Helén y de la ninfa Orséis, nombrado árbitro, fue el encargado de elegir a este nuevo rey. Tras mucha deliberación eligió a Cécrope II. Muchos en la ciudad no estuvieron de acuerdo y debido a las protestas Juto tuvo que exiliarse, aunque Cécrope II fue coronado rey igualmente.

Se cuenta que Cécrope II reinó durante cuarenta años, pero durante todo ese tiempo sus hermanos Metión y Orneo no paraban de intentar asesinarle. Al final Cécrope II no aguantó más y decidió huir a la isla de Eubea, donde se unió con su hermano Pandoro. Juntos fundaron una ciudad allí para vivir algo más tranquilos.

Cécrope II se casó con Metiadusa, la hermana de Dédalo, y con

ella tuvo al siguiente rey de Atenas: Pandión II. El problema era que una vez logró coronarse rey de Atenas, el pesado de su tío Metión le desterró para coronarse rey de Atenas él mismo. Pandión II huyó a Mégara, a la corte del rey Pilas, y se casó con una hija de este: Pilia.

El caso es que este rey Pilas tuvo que autoexiliarse por haber asesinado a su tío por movidas que ahora no vienen al caso y entonces Pandión II se convirtió en rey de Mégara.

Pandión II tuvo varios hijos con Pilia: Egeo, Palas (o Palante), Niso y Lico. A su muerte, Niso le sucedió como rey de Mégara, y mientras tanto los demás hijos volvieron a Atenas y expulsaron al usurpador Metión.

Así pues, el nuevo rey de Atenas fue Egeo. Este es famoso por ser el «padre» de Teseo, uno de los mayores héroes de la antigua Grecia, y cuya historia conoceremos muy pronto.

HELÉN Y LOS HÉROES EPÓNIMOS: DORO, JUTO Y EOLO

Helén es el hijo más famoso de Deucalión y Pirra y su nombre es el epónimo de los helenos, es decir, de los griegos. Su descendencia daría origen a las diferentes etnias griegas (dorios, eolios, jonios, aqueos) y el lugar común de estos griegos sería llamado la Hélade.

Helén gobernó sobre la región de la Ftiótida (o Ftía), al sur de Tesalia, y mantuvo una relación con la ninfa Orséis. Con ella tuvo tres hijos: Eolo, Doro y Juto. Estos irían conquistando todo el territorio griego desde Ftía. Bueno, con conquistar me refiero a solo tomar el control junto con los hombres piedras, porque realmente no había nadie a quien conquistar territorio más allá de ninfas y criaturas mitológicas *random*. El Diluvio había hecho borrón y cuenta nueva. Parece que unos pocos humanos de la Edad de Bronce sobrevivieron, pero fueron muy muy poquitos.

El hijo mayor, Eolo, se asentó en la Eólida, que era el nombre antiguo de Tesalia. Con Enárete o Enáreta tuvo varios hijos, entre ellos Creteo o Sísifo. También podrían ser hijos suyos Macareo y Magnes (también llamado Magnete, primer rey de Magnesia). Como la prole de este tipo es bastante importante y liosa, mejor lo vemos todo en un capítulo aparte.

Doro se asentó en el monte Parnaso, junto a Delfos, en una pequeña región montañosa llamada Dórida, y allí fundó la primera comunidad doria. Uno de sus hijos, Téctamo, dirigió una migración junto a eolios y pelasgos a la isla de Creta, donde fue coronado rey. Su hijo fue Asterión, y el sucesor de este el rey Minos, cuya historia conoceremos más adelante.

Otro de los hijos de Doro fue Egimio, coronado rey del norte de Tesalia, pero tuvo conflicto con los lapitas, cuyo rey era Corono, y estos dorios tuvieron que exiliarse a la Tetrápolis, un conjunto de cuatro ciudades en la región de la Dórida, en el sur tesalio. Allí Egimio se hizo amigo de Heracles, y este famoso héroe les ayudó en su lucha

contra los lapitas, quienes tenían su base de operaciones en las faldas del monte Olimpo. El gran héroe griego consiguió matar a Corono, y Egimio y los dorios reconquistaron sus tierras. Egimio tuvo dos hijos: Dimante y Pánfilo. Ambos acabarían ayudando a los heráclidas a conquistar el Peloponeso, pero eso lo veremos dentro de muchos capítulos.

Finalmente tenemos al tercero de los hijos de Deucalión y Pirra, Juto, quien fue exiliado por sus hermanos parece ser que por haber robado la herencia común. Así pues, Juto marchó hacia la región de Ática. Concretamente acabó viviendo en Atenas, lugar donde trabó amistad con el rey de allí, Erecteo II, y le ayudó luchando contra los eubeos. Tras esto, se casó con su hija, la princesa Creúsa, y juntos tuvieron una hija (Diomede) y dos hijos (Aqueo y Ion, o Jon).

Como ya he dicho, de Doro, Juto y Eolo descenderían las diferentes etnias griegas: los dorios, los jutos y los eolos, respectivamente. Faltarían los aqueos, que descienden de Aqueo, y los jonios, que descienden de Ion.

Pero Juto acabó siendo expulsado de Atenas. Pobre, le expulsaban de todas partes. Vale que primero robase la herencia, pero esta segunda expulsión es un tanto absurda. Ya lo conté en unas páginas anteriores. Resulta que cuando murió Erecteo II, Juto tuvo que hacer de árbitro en la sucesión, y le dio el trono a Cécrope II. El resto de hijos se enfadó mazo y le echaron de Atenas. Como veis, el pobre Juto realmente no hizo nada malo. Le dijeron que eligiera sucesor y eso hizo.

Juto acabó asentándose en una región llamada Egíalo, en la península del Peloponeso, que más tarde sería conocida como Acaya. Fue allí donde vivió hasta el final de sus días. El nombre de Acaya vendría por su hijo Aqueo, de quien, como ya he contado, descendía el pueblo de los aqueos.

Tras la muerte de su padre Juto, Aqueo viajó al norte de Tesalia para hacerse con el control del territorio mientras su hermano Ion tomaba para él toda la región de Egíalo. Tiempo después, los aqueos volverían y reconquistarían la zona, pasando a llamarse, ahora sí, Acaya. Ion acabó viviendo en Atenas, pues los atenienses le pidieron ayuda para luchar contra los eleusinos, y así se explicaba que los jonios (de Ion o Jon) fueran la etnia mayoritaria en el Ática.

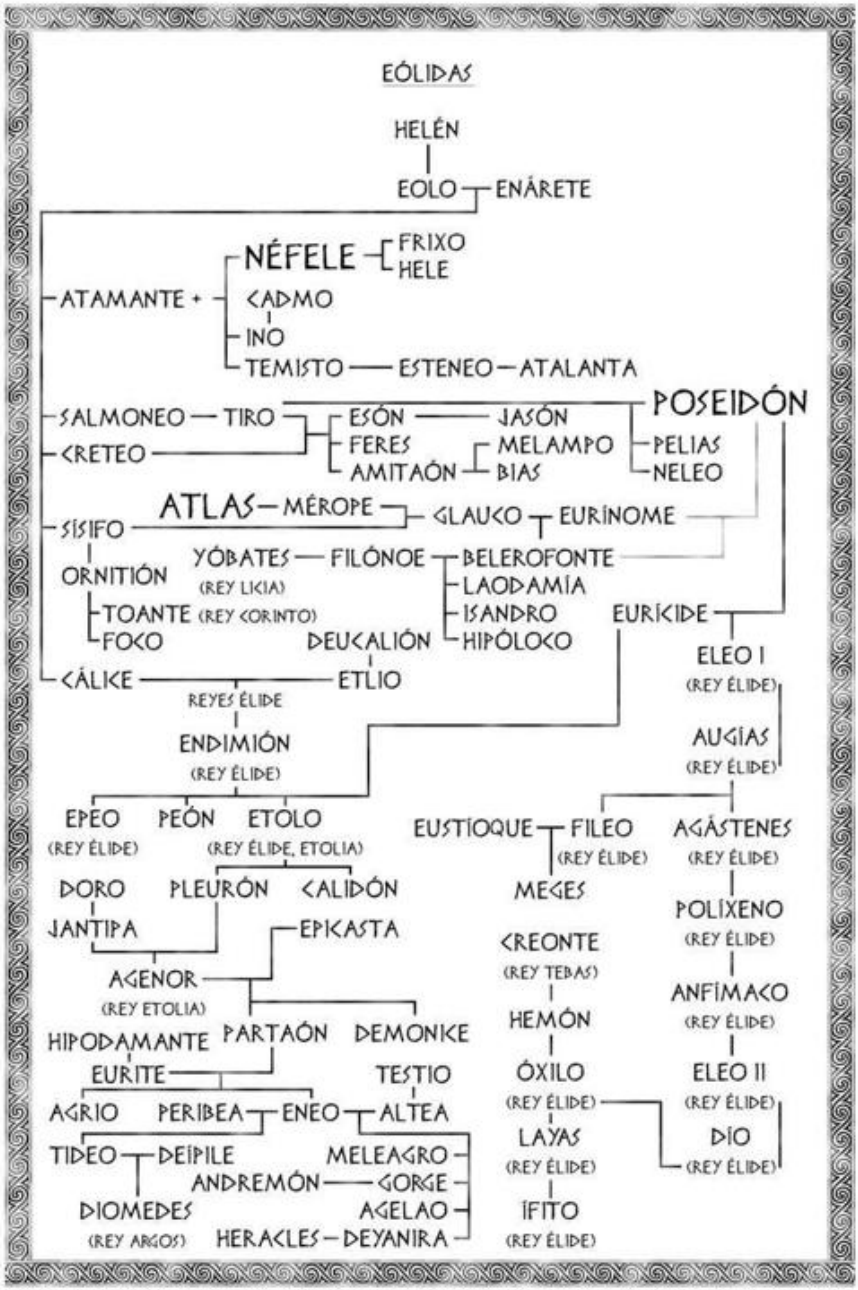
LA DESCENDENCIA DE EOLO

Los hijos más famosos de Helén, el héroe epónimo de los helenos, o griegos, fueron Eolo, Juto y Doro. En el capítulo anterior conté la historia de Juto y Doro, y en este capítulo me voy a centrar más en Eolo y su descendencia, los eolios, que como ya advertí, es algo lioso y complejo.

Eolo, con su esposa Enárete, hija de Dímalo, tuvo siete hijos (Creteo, Sísifo, Deyón, Salmoneo, Atamante, Perieres y Magnes) y cinco hijas (Cánace, Cálice, Pisidice, Perimede y Alcíone).

De la historia de estos hijos varones haré un breve resumen.

Empecemos con Atamante. Este hijo de Eolo gobernó sobre una parte indeterminada de Beocia y tuvo tres matrimonios un tanto complicadetes. Su primera esposa fue la diosa de las nubes, Néfele (o Néfole), y con ella tuvo dos hijos: Frixo y Hele. Sin embargo, poco después de la boda se arrejuntó a una princesa tebana de nombre Ino, hija de Cadmo, fundador de Tebas. En algunas versiones Néfele murió y en otras simplemente fue expulsada.



Ino estaba celosa de sus hijastros y decidió hacerles desaparecer. Provocó una hambruna y le dijo a su marido que el oráculo le había dicho que tenía que sacrificar a sus hijos para que parase. Atamante fue a sacrificarlos, pero Néfele (o su espíritu) envió a un carnero alado y dorado que se los llevó lejos, a la Cólquida. Bueno, en realidad solo

llegó Frixo, porque la pobre Hele se cayó durante el viaje y se ahogó en el mar. Tras llegar a la Cólquida, Frixo sacrificó aquel carnero volador y guardó la piel como un tesoro. Ese fue el origen del vellocino de oro, y hablaré más de esto en el capítulo dedicado a Jasón y los argonautas.

Atamante se coscó de que Ino había preparado la muerte de sus dos primeros hijos, por lo que, en venganza, mató a los otros dos hijos que tuvo con Ino (Learco y Melicertes) e Ino acabó tirándose por un barranco.

Existe otra versión que dice que fue Hera la que causó una locura transitoria a la pareja, y tanto Atamante como Ino se cargaron a sus hijos. Este castigo fue debido a que Atamante cuidó de Dioniso, un hijo ilegítimo de Zeus al que Hera no soportaba.

Tras estos hechos, Atamante fue expulsado de su reino, y encontró un hogar en Tesalia. Allí se casó por tercera vez, con una chavala llamada Temisto, quien era hija de un héroe de la zona llamado Hipseo. Tuvieron varios hijos, entre ellos Esteneo, quien sería padre de la cazadora Atalanta, de la que sabréis más en el capítulo del jabalí de Calidón.

Otro hijo de Eolo fue Salmoneo. Este tipo tenía un ego descomunal. En la Élide fundó la ciudad llamada Salmone en su honor, se hizo rey y comenzó a decir que era un dios tan poderoso como Zeus y que tenía sus mismos poderes. El *show* se le acabó cuando Zeus, enfadado, le lanzó un rayo de verdad y le hizo trizas. Su ciudad también acabó convertida en cenizas, y la única superviviente fue su hija Tiro, que no fue asesinada porque afeaba a su padre que se comparase con el dios supremo.

Creteo también es un hijo de Eolo importante, pues fundó en Tesalia la ciudad de Yolco, o Yolcos, famosa por la historia de los argonautas. Se casó con su sobrina Tiro, la hija de su hermano Salmoneo, y con ella tuvo a Esón (el padre de Jasón), a Feres y a Amitaón. El problema es que antes de aquel Tiro ya había tenido dos hijos con Poseidón, los gemelos Pelias y Neleo. Fue este Pelias quien usurpó el reino de Yolco y el que ordenó a Jasón ir en busca del vellocino de oro.

Amitaón se fue a vivir a Mesania y tuvo dos hijos: Melampo y Bias (o Biante). Melampo es famoso por haber sido un gran adivino y curandero de renombre. Parece que estos poderes los consiguió gracias a Apolo. Se cuenta que su hermano Biante estaba coladito por Pero, la hija de Neleo, pero como la chavala tenía muchos pretendientes, Neleo le dijo:

—A ver, chaval. Si quieres conseguir la mano de mi hija tendrás que superar una prueba muy complicada.

—¿Cómo de complicada? —preguntó Biante.

—¿Qué tal se te da robar vacas?

Resulta que esta «prueba muy complicada» consistía en cometer un delito contra la propiedad privada. Básicamente, Biante tenía que robar las vacas de Fílaco, custodiadas por un perro muy rabioso. Biante se veía incapaz debido al temible chucho, que le daba miedito, así que pidió la ayuda de su hermano Melampo. Este pudo ver el futuro y le aconsejó sabiamente cómo superar al perrete. Gracias a esto, Biante consiguió las vacas y la mano de la chica.

Merced a estos poderes proféticos, los dos hermanos también consiguieron hacerse con parte del reino de Argos. En aquella época reinaba el rey Preto, y tenía un problema, pues sus tres hijas se habían vuelto locas y ahora se creían vacas. Melampo se ofreció a curarlas a cambio de parte de su reino para él y para su hermano. Aunque al principio se negó, al final Preto acabó aceptando. Melampo hizo un ritual, curó a las hijas y el reino de Argos quedó dividido en tres: una parte la conservó Preto, otra fue para Bias y otra para el propio Melampo.

El último hijo importante de Eolo es Sísifo, pero para no alargar esto mucho os voy a contar su historia en el siguiente capítulo.

De las hijas de Eolo, la más importante es sin duda Cálice. Ella se casó con Etlio, nieto de Deucalión, quien fue coronado como el primer rey de la Élide. A esta pareja se la considera como la fundadora de la familia real etolia.

El hijo de ambos heredó el trono. Ese fue Endimión. La leyenda de este rey está muy ligada a la diosa de la luna, Selene. Parece ser que el tipo era tan hermoso que la diosa lunar no podía dejar de pensar en él, y ambos acabaron liados. Pero claro, ella era una diosa, inmortal, pero él no.

Selene rogó a los dioses que le concedieran la vida eterna, pero se lo negaron. Para estar siempre juntos, Endimión decidió caer en un profundo sueño eterno. Así fue como la pareja vivió para siempre. Tener a tu pareja siempre dormida no sé yo si es lo mejor, pero bueno.

Endimión tuvo cuatro hijos: Epeo, Peón, Etolo y Eurícide. Se cuenta que para determinar quién de ellos heredaría el trono les hizo correr por las calles de la ciudad de Olimpia, la capital. Parece que esta carrera entre hermanos fue la semilla de los futuros Juegos Olímpicos, celebrados en aquella ciudad, Olimpia, cada cuatro años.

Por cierto, el ganador fue Epeo, por lo que fue coronado como el siguiente rey de la Élide. Su hermano Peón se enfadó tanto que se autoexilió, y acabó viviendo en Macedonia (o Paonia).

Años más tarde Epeo murió, y le sucedió su hermano Etolo. El problema fue que un día atropelló con su carro sin querer a un hijo de Foroneo, y como castigo tuvo que dejar el trono y exiliarse. Salió del Peloponeso rumbo al norte y en una región en el centro-sur de la

Hélade se cargó a los reyes de la zona y se hizo con su control. Ese territorio sería llamado a partir de entonces Etolia.

Con su esposa Prónoe tuvo dos hijos: Pleurón y Calidón, cada uno de los cuales fundó ciudades con su nombre. Un descendiente de ambos sería Eneo, quien se convertiría en el rey más importante de la ciudad de Calidón. Su historia la conoceremos más adelante.

Ahora volvamos a Olimpia. La única hija de Endimión, Eurícide, tuvo un rollito con Poseidón, y de ahí nació Eleo. Eleo sería el epónimo de aquel territorio, Élide. Pues bien, este es importante ahora, pues sería coronado rey del lugar tras la marcha de Etolo. Dentro de unas cuantas páginas sabremos más de él.

EL CASTIGO DE SÍSIFO

Sísifo era hijo de Eolo y de Enárete. Fue fundador de una ciudad llamada Éfira, que en el futuro sería llamada Corinto.

Se casó con Mérope, una de las hijas de Atlas, y juntos tuvieron a Glauco. Se le atribuye también haber fundado los Juegos Ístmicos, una de las cuatro grandes celebraciones deportivas que tenían lugar en la antigua Grecia. El origen de estos juegos fue porque su cuñada, Ino, la hija de Cadmo, se suicidó tirándose por un acantilado, y se cuenta que su hijo, el jovencito Melicertes, se tiró con ella. El mito cuenta que un delfín llevó el cuerpo del niño al istmo de Corinto y Sísifo lo encontró y lo recogió. Le dio sepultura, le erigió un altar y lo convirtió en el dios marino protector de estos juegos con el nombre de Palemón.

A pesar de que hizo cosas buenas, Sísifo tenía fama de mentiroso y avaro, y se cuenta que, para incrementar su riqueza, llegó a robar y a asesinar a comerciantes que llegaban a la ciudad.

Pero su castigo viene por haber timado en varias ocasiones a los dioses. Por ejemplo, un día, el dios fluvial Asopo dijo que su hija Egina había sido raptada. Sísifo sabía que había sido Zeus porque los había visto pasar por su reino. Así que fue a donde Asopo y le dijo:

—Ey, Asopo, tú que eres un dios de los ríos, te propongo algo. Si haces manar agua de la acrópolis de mi ciudad te digo quién ha secuestrado a tu hija.

—Hecho.

Y Sísifo se chivó del dios del Olimpo. Zeus, como no podía ser de otra forma, se enfadó bastante, y ordenó que detuvieran a Sísifo y lo llevaran al Inframundo. Tánato fue el encargado de atraparle, pero Sísifo se las apañó para librarse y esposar él a Tánato. Como ahora el dios de la muerte estaba secuestrado, nadie murió en la Tierra hasta que llegó Ares y le rescató.

Sísifo fue atrapado, le mataron y fue llevado por fin al Inframundo, pero se guardó un truco bajo la manga. Él le había dicho antes a su esposa que, si moría, no realizara los sacrificios habituales a los muertos. Sísifo, en el Hades, se quejó al dios de los muertos de este

hecho y le convenció de que le dejase volver al mundo de los vivos para castigarla. Hades le dijo *ok*, pero Sísifo no volvió. Y así, otra vez vivo, pudo vivir varios años más en la Tierra hasta que murió de muerte natural.

El problema es que ahora el castigo iba a ser mucho peor. De vuelta en el Inframundo, Hades le obligó a cumplir un castigo muy severo. Consistía en empujar una enorme piedra cuesta arriba por una ladera empinada. Cuando la hubiese subido hasta arriba del todo, hasta la cima, la piedra automáticamente volvía a caer rodando. Sísifo tenía que comenzar el proceso de nuevo, bajar y subir la piedra. Así hasta la eternidad.

Su hijo Glauco fue el padre del famoso héroe griego Belerofonte. Luego conoceremos su historia. Lo que hay que saber de Glauco es que tenía la mala costumbre de alimentar sus yeguas con carne humana, porque decía que así se hacían más fuertes y rápidas. Pero claro, lo que Glauco no esperaba era que se lo comieran a él.

ÍNACO, FORONEO Y LOS REYES DE LA ARGÓLIDA

Ahora pasemos a la historia mítica de Argos, una ciudad-estado situada al este de la península del Peloponeso, en una región conocida como la Argólida.

El primer rey de este lugar fue Ínaco, un oceánida hijo de Tetis y de Océano, es decir, una deidad relacionada con los ríos. De hecho, se supone que Ínaco era la deidad-río más caudalosa de toda la Argólida. De él se cuenta que, tras el Diluvio de Deucalión, ordenó a sus gentes bajar de las montañas y empezar a construir una pequeña ciudad en una llanura. Esa ciudad sería llamada Argos, e Ínaco sería su primer rey.

Este Ínaco es realmente importante, pues de su estirpe saldrían varios reyes que gobernaron Argos, Tebas y también Creta. Saldría el rey Minos, el héroe Perseo y hasta el héroe Heracles. Esta dinastía fue conocida como la de los ináquidas.

Junto con sus hermanos los dioses-río Cefiso y Asterión, Ínaco tuvo que juzgar y mediar en el conflicto entre Hera y Poseidón, pues ambos dioses estaban disputándose el control de la Argólida. Al final, esta competición la ganó Hera, que pasó a convertirse en la diosa-patrona de la región y, lógicamente, el orgulloso Poseidón se enfadó tanto que secó los ríos de estos tres jueces.

Ínaco se casó con la ninfa oceánida Melia, y juntos tuvieron varios hijos: dos varones (Foroneo y Egialeo, o Fegeo) y dos mujeres (Micena e Io).

La historia de Io es bastante conocida. Ella era una sacerdotisa de Hera en el templo de Hera Argiva, pero un día empezó a tener sueños eróticos con Zeus. Y es que el dios más pichabrava del Olimpo estaba intentando seducirla con poderes mentales o alguna cosa así.

Io le contó toda la movida de los sueños a su padre Ínaco, y este consultó a los oráculos qué se podía hacer.

—La situación es grave, Ínaco —le dijo la pitonisa–. O exilias a tu hija Io o Zeus acabará destruyendo con sus rayos a todo tu linaje.

—¿Por una videollamada mental de índole sexual? —preguntó

Ínaco.

—No, porque como Hera se entere aquí va a haber guerra. Exíliala y lo que tenga que pasar que pase lejos de la ciudad.

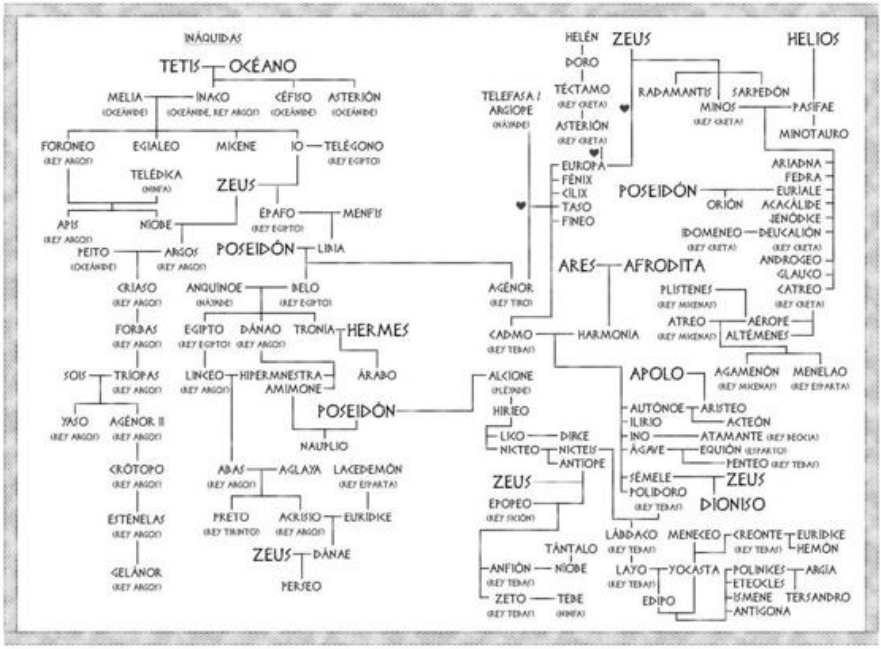
Así que, con mucho dolor, Ínaco no tuvo más remedio que echar a Io de la ciudad.

Fue entonces, durante su exilio, cuando Io y Zeus comenzaron una relación. ¿Cuál fue el problema? Pues el de siempre, lo que se venía venir a la legua, que Hera se enteró y quiso asesinar a la chavala. Para protegerla, Zeus convirtió a Io en una vaca de color blanco.

A pesar del camuflaje zoomórfico, Hera desconfiaba de la vaca y la puso bajo la vigilancia de un gigante de cien ojos llamado Argos Panoptes. Su cuerpo estaba lleno de ojos y se decía de él que nunca se dormía, por lo que era un guardián terriblemente eficaz. Nunca se le escapaba una. La idea era vigilar a la vaca de marras a ver si hacía cosas raras y al final era la amante de su marido. Y si lo era… Hera la mataría de forma cruel.

Zeus ordenó a Hermes que salvara a Io transformada en vaca, y este durmió a Argos Panoptes con una flauta para después cargárselo con una piedra.

Al enterarse de la muerte del gigante y de la huida de la vaca, la diosa Hera envió un tábano o un avispón a por ella, que se arremolinó en los cuernos del animal y comenzó a picarla sin cesar. Debido a este intenso dolor, la vaca Io salió corriendo y no paró de trotar por todo el mundo conocido sin rumbo fijo. Con ello, Hera impidió que Zeus la encontrase, pues la vaca no paraba de moverse por un montón de sitios y era complicadísimo seguirla.



La leyenda dice que recorrió el norte de Grecia, luego Tracia y, tras esto, cruzó el estrecho del Bósforo. Parece que su nombre vendría por este mito, pues Bósforo significaría «pasaje del buey o de la vaca», por donde pasó este animal. Io también acabó cruzándose con Prometeo encadenado en el Cáucaso.

Finalmente, la vaca Io llegó a Egipto, el avispón dejó de picarla y volvió a convertirse en una mujer gracias a Zeus. A orillas del río Nilo, Zeus rozó su cuerpo con la mano y de este acto nació Épafo.

Sin embargo, la venganza de Hera no iba a acabar ahí. La diosa del matrimonio envió a un grupo de curetes a secuestrar al recién nacido. Lograron encontrarlo y una noche se lo llevaron.

Entonces Io comenzó una segunda peregrinación en busca de su hijo Épafo y tras mucho viaje y tras mucha búsqueda, por fin lo encontró en Siria, en la corte del rey Malcandro de Biblo. El mito cuenta que estaba siendo amamantado por Astarté, que es una diosa de Oriente Próximo, y que en esta historia estaba casada con este rey. Por su parte, Zeus se enfadó tanto con la traición de los curetes que los mató a todos.

Mientras tanto, Ínaco se había enterado del acoso de Zeus a su hija, y trató de tomar cartas en el asunto yendo a protestar ante los demás dioses. Zeus, para evitarlo, hizo que la erinia Tesífone le provocase un episodio de locura. Debido a esto, Ínaco se arrojó a un río de nombre Haliacmón y se ahogó, y a partir de entonces ese río pasó a conocerse como río Ínaco en su honor.

Io, una vez con su hijo de nuevo en su poder, volvió a Egipto, donde vivió una vida tranquila. Parece que fue bien recibida por los egipcios, y especialmente por su rey, Telégono, con quien se casó. Podríamos decir que era un faraón, pero según estas historias, el lugar aún no era el Egipto que conocemos. El caso es que Épafo acabaría siendo el siguiente rey de Egipto y fundador de las primeras grandes ciudades de este territorio, mientras que su madre Io acabaría siendo identificada con la diosa egipcia Isis.

Este Épafo se casó con Menfis, que daba nombre a la famosa ciudad egipcia fundada por Épafo (según los griegos, cosa que no es real), y juntos tuvieron a Libia, que dio nombre al territorio libio al oeste de Egipto.

Libia mantuvo relaciones con Poseidón y de aquí saldrían dos líneas de descendientes: la de Belo y la de Agénor. Belo reinaría en Egipto mientras que Agénor migraría al este, donde fundó un reino: Fenicia. O en otras versiones sería solamente rey de Tiro. Pero de las ramificaciones genealógicas que saldrían de estos dos ya hablaré en los siguientes capítulos porque si no va a ser un poco lioso. Ahora sigamos con Argos.

Ya dije que uno de los hijos de Ínaco con Melia fue Foroneo; pues bien, este fue coronado nuevo rey de Argos. Algunos también le consideran rey de todo el Peloponeso. De él se cuenta que actuó un poco como Prometeo, pues se le considera un héroe civilizador y fue quien enseñó el fuego a estos argivos primitivos, que hasta entonces habían estado un poco asilvestrados. De hecho, se dice que fue el primer humano en aprender el poder del fuego sin necesidad de la intervención de ningún dios. También se dice de Foroneo que fundó la ciudad de Foronea, que más tarde sería llamada Argos, y que también introdujo el culto a la diosa Hera.

Foroneo tuvo un hijo con Telédica o Telédice, y ese fue Apis, coronado como tercer rey de Foronea. Estableció sobre la Argólida un gobierno tiránico que cabreó a mucha gente. Dos conspiradores, Telxión y Telquis, le asesinaron y su régimen de terror acabó.

Hay otra versión que dice que simplemente abdicó del poder y se exilió a Egipto, donde fue adorado como dios. De hecho, Apis es un dios taurino solar famoso en el país de las pirámides. Más tarde, los griegos lo sincretizarían con Serapis.

Una de las hermanas de Apis fue Níobe, que tuvo una relación con Zeus. Juntos tuvieron a Argos, el siguiente rey de Foronea. Este rey Argos decidió cambiarle el nombre a la ciudad por el suyo, y así, a partir de entonces Foronea pasó a llamarse Argos.

El hijo de Argos y de la oceánida Peito fue Criaso (o Pirén, Piras o Piranto), que reinó durante cincuenta y cuatro años. Los siguientes reyes no son muy importantes: Forbas, Tríopas, Yaso, Agénor II,

Crótopo, Esténelas… y el último de esta dinastía será Gelánor, del que hablaré más tarde.

EL LINAJE DE BELO

El hijo de Poseidón y Libia, Belo, reinó en Egipto. Con la náyade Anquínoe (hija del dios fluvial Nilo) tuvo dos hijos gemelos: Egipto (que puso nombre al país) y Dánao.

Una versión cuenta que, aparte de estos dos, hubo una hija: Tronía. Esta tuvo sexo con Hermes y de ahí nacería Árabo, de donde vendrían los árabes.

El mito cuenta que, tras la muerte de Belo, Egipto, soberano de las tierras del Nilo, trató de conquistar Arabia. Mientras tanto, su hermano gemelo Dánao gobernaba sobre Libia, que era un territorio mucho más grande que Egipto en sí. Y claro, su hermano estaba celosillo y quiso conquistarle. Se dice que más que por la fuerza, lo que quería Egipto era casar a sus cincuenta hijos con las cincuenta hijas de Dánao, a lo que este se opuso totalmente. Entonces Egipto, viendo que las negociaciones no habían sido fructíferas, decidió tomar Libia por la fuerza.

Dánao y sus cincuenta hijas (las llamadas danaides) tuvieron que huir de allí construyendo un barco, que según el mito fue el primer barco en poder navegar por mar, y con él llegaron a la isla de Rodas. La siguiente parada del viaje fue Epidauro, en la región de la Argólida, y fue bien recibido por los argivos y por el rey de Argos, Gelánor.

Dánao, descendiente de Ínaco, decidió reclamar el trono de la ciudad. Gelánor se negó y ambos discutieron, pero más tarde decidieron que tendría que ser el pueblo de Argos quien decidiera quién era el mejor para ser rey. Y justo al amanecer se produjo una pelea entre animales. Un lobo mató a un toro de la ciudad y los argivos interpretaron que el lobo, el que acababa de llegar, era Dánao, así que le nombraron nuevo rey de Argos.

Una hija de Dánao, Amimone, es famosa porque un día estaba cazando por el bosque, vio un ciervo y trató de lanzarle una flecha, pero con tan mala suerte que acabó dándole a un sátiro. El sátiro se enfadó tanto que trató de violar a la muchacha. Afortunadamente, Poseidón intervino y la salvó, y esta decidió entregar su vida a este

dios. Como agradecimiento por ello, Poseidón mostró a la chica las fuentes de Lerna. Tras la sequía de los tres ríos principales que ya comenté unas páginas atrás, un poco de agua dulce nunca venía mal, y esto les vino genial a los argivos.

Con esta historia, los griegos trataban de explicar por qué la zona central de la Argólida era tan seca mientras que la zona de Lerna estaba llena de manantiales. En otra versión, este manantial de Lerna fue creado por el dios del mar al lanzar su tridente contra unas rocas.

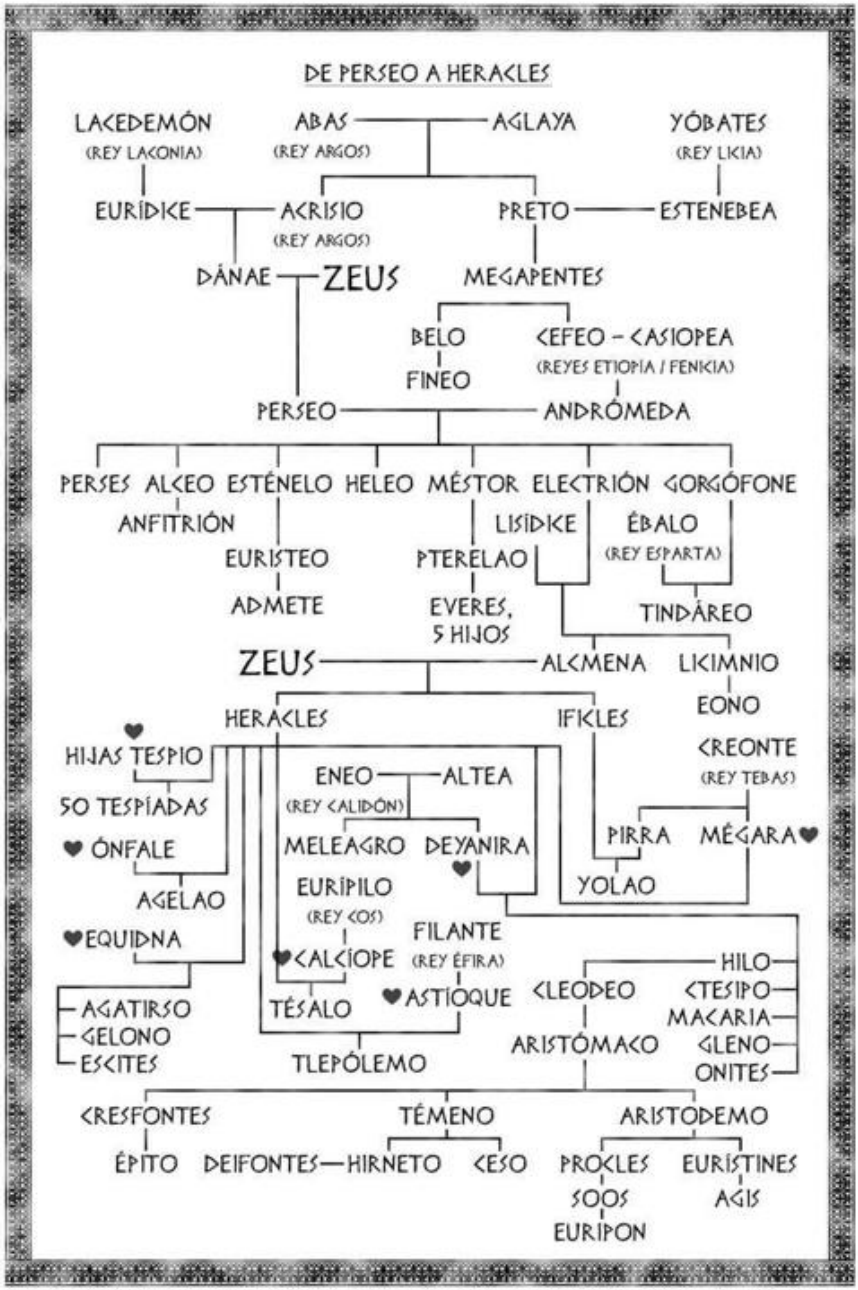
Poseidón y Amimone tuvieron un hijo: Nauplio. Este es famoso por haber fundado la ciudad de Nauplia, o Nauplión, en la costa argiva.

Luego se cuenta que Dánao viajó a Egipto para hacer las paces con su hermano gemelo. O al revés, quizás fuese Egipto quien viajase a Argos a disculparse con Dánao.

—Te pido perdón. Me he equivocado. No volverá a pasar —le dijo Egipto.

El caso es que, para sellar la paz, Dánao aceptó casar a sus cincuenta hijas con los cincuenta hijos de su hermanito.

Y todo guay. Fueron a celebrar la boda, pero lo que Egipto no sabía era que todo aquello era una venganza de Dánao por haberle echado del país tiempo atrás. Y es que a todas sus hijas les dio una daga, y en la noche de bodas, todas matarían a sus respectivos nuevos maridos. Y eso pasó, menos en un caso.



Resulta que otra hija de Dánao, Hipermnestra, perdonó la vida de su marido, Linceo, pues fue el único que no se aprovechó de ella y respetó su voluntad de continuar siendo virgen. Le dejó escapar y Linceo subió a una montaña llamada Lircea y allí encendió un fuego como señal para su amada de que había llegado bien. Hipermnestra

hizo lo mismo desde Larisa, que era como se llamaba a la acrópolis de la ciudad de Argos.

Dánao se enfadó mucho con su hija por haber dejado escapar al príncipe egipcio, y la castigó severamente. De todas formas, el pueblo de Argos la absolvió del crimen.

Por su parte, Dánao decapitó los cuerpos muertos de los príncipes egipcios y lanzó sus restos a los pozos y manantiales de Lerna, que se convirtieron de pronto en un terreno pantanoso y putrefacto. Allí llegaría tiempo después para vivir la temible hidra de Lerna.

A la muerte de Dánao, tanto Linceo como Hipermnestra (o Hipermestra) fueron los siguientes reyes de Argos. Mientras tanto, sus hermanas fueron perseguidas por las erinias debido a la matanza que provocaron, y acabaron arrojadas al Hades. Allí fueron sometidas a grandes torturas, como la de llenar una tinaja de agua. Parece broma, pero el problema era que la tinaja estaba llena de agujeros, por lo que la labor era imposible. Un ciclo infinito de sufrimiento absoluto, en resumen.

El hijo de Linceo e Hipermnestra, Abas (o Abante), fue el siguiente rey de Argos. Sus hijos Preto y Acrisio también reinarían, pero sus disputas acabarían dividiendo el reino en dos. Luego volveré a este asunto, pero un dato interesante es que de la descendencia de este Acrisio saldrían Perseo y Heracles.

EL LINAJE DE AGÉNOR: DE EUROPA A MINOS

Ahora retrocedamos un poco para conocer la estirpe surgida del otro hijo gemelo de Poseidón y Libia: Agénor. Este se marchó de Argos para fundar un reino en Fenicia. Agénor tendría varios hijos, como Cadmo (fundador de Tebas) y Europa (fundadora de una dinastía en la isla de Creta). De Cadmo y la fundación de Tebas hablaré en el siguiente capítulo, mientras que ahora me voy a centrar en su hermana Europa.

La princesa fenicia era muy guapa, y como no podía ser de otra manera, Zeus se coló por ella. Transformado en un toro blanco, el dios supremo se mezcló entre el rebaño del padre de su objetivo, y poco a poco fue acercándose a ella mientras recogía flores en el campo.

El torito atrajo a Europa con su aliento a flores, y la chica comenzó a hacerle carantoñas. Después, el toro bajó las patas e instó a que se subiese a su espalda. Ella lo hizo de buen gusto. Tras esto, Zeus aprovechó la situación para salir corriendo con la chavalilla montada sobre él y sin posibilidad de escapar. En resumen, que Zeus la secuestró. Corrió hacia el mar y se puso a nadar con ella a su espalda. Y nadando y nadando, ambos llegaron hasta la isla de Creta.

El rapto de Europa

Una vez en la costa, Zeus retomó su forma original y ambos se quedaron a vivir en la isla como amantes. Para tenerla contenta, Zeus le hizo varios regalos. El primero fue un collar hecho por Hefesto. El

segundo fue un gigante autómata de bronce llamado Talos, cuya misión era proteger la isla. El tercero fue Lélape, un perro muy obediente y eficaz, que siempre cazaba a su presa. Finalmente le regaló una jabalina que no fallaba nunca.

Un tiempo después, Zeus se dio el piro para buscarse nuevas amantes, y dejó a Europa en la isla con tres hijos: Minos, Radamantis y Sarpedón. Entonces la chica decidió casarse, pero no con cualquiera, sino con el rey de la isla de Creta: Asterión. O Asterio. Era hijo del anterior rey cretense, Téctamo, y este a su vez era hijo de Doro, el epónimo de los dorios. Se cuenta de Téctamo que, mucho tiempo antes, organizó a los dorios para migrar hasta aquella isla de Creta y dominarla.

Pero volvamos a Asterión. Este rey trató a los tres hijos de Europa y Zeus como si fueran sus propios hijos. Tanto que nombró heredero a Minos y acabó convirtiéndose en el rey más conocido de Creta. Fue nombrado rey tras pelearse por el trono con su hermano Sarpedón. Como Sarpedón perdió fue desterrado de la isla.

En otra versión, el motivo del destierro de Sarpedón no fue el trono sino que ambos se enamoraron de un bello muchacho llamado Mileto, quien era hijo de Apolo. Como Mileto dijo que de quien estaba enamorado era de Sarpedón, el rey Minos decidió expulsarles a ambos.

Sin duda, el mito más famoso relacionado con el rey Minos es el del Minotauro. Para empezar con este mito primero tenemos que hablar de Pasífae, la esposa de Minos e hija del dios solar Helios. Ambos tuvieron varios hijos. El nombre de los varones son Deucalión, Androgeo, Catreo y Glauco, mientras que los nombres de las mujeres serían Ariadna, Fedra, Acacálide y Jenódice.

El rey Minos era un legislador muy sabio y convirtió Creta en una gran potencia marítima. Se cuenta que creó una constitución muy buena para Creta con ayuda de Zeus. Para hablar con él quedaban cada nueve años en una cueva del monte Ida y le daba consejos muy buenos.

Zeus y Minos se llevaban muy bien, eran padre e hijo, qué menos. Y una de las cosas que heredó de su padre fue que Minos era muy muy infiel, y tuvo otros vástagos con diversas chavalas.

Pasífae estaba celosísima y decidió hechizar a su marido. Esta maldición fue muy al estilo griego. Minos comenzó a eyacular serpientes y escorpiones cada vez que se acostaba con alguna de sus múltiples amantes. Esta maldición le duró hasta que conoció a una muchacha ateniense llamada Procris. Ella le curó y ambos empezaron una relación adúltera.

Un día, Minos quiso demostrar a su pueblo que contaba con el beneplácito de los dioses, y pidió a Poseidón que le regalase un toro para sacrificarlo en su honor. Poco después un toro muy bonito

apareció por el mar y Minos quedó encantadísimo. Al rey le encantó tanto este animal que decidió hacer un truco de trileros para poder quedárselo. Ordenó a sus sirvientes que escondieran aquel toro entre el ganado y que sacrificaran otro.

Pero Poseidón no era tonto y se dio cuenta del engaño. Entonces hizo que el toro se volviera loco y que Pasífae se sintiera atraída sexualmente por él.

—Hola, guapo… —le dijo Pasífae.

—Muuuuu —contestó el animal.

La reina fornicó con el bello toro salido del mar y ambos engendraron un hijo: el Minotauro. Se trataba de un monstruo con cuerpo de hombre y cabeza y cola de toro.

Ahora tenemos que hablar de Dédalo, un exiliado de Atenas que tenía experiencia como arquitecto e inventor de cosas extrañas. Se cuenta que huyó de Atenas porque asesinó por envidia a su sobrino Talo (o Pérdix), a quien tenía de pupilo. El móvil del asesinato fue que el chaval le superaba en habilidad inventora. Se cuenta que un día Dédalo lo empujó de la Acrópolis de Atenas y Pérdix cayó al vacío. La diosa Atenea lo vio caer y lo convirtió en un pájaro, al que se llamó a partir de entonces «perdiz».

En fin, que Dédalo fue expulsado de Atenas por asesinato, llegó a Creta y allí se hizo amigo del rey Minos. Para él construyó bajo el palacio de los reyes de Creta un enorme laberinto en el que escondieron al minotauro. Sería su morada y también su prisión.

Justo en la misma época, Minos entró en guerra con el rey Egeo de Atenas, y ganó. Y diréis, ¿cuál fue la causa de la guerra? Pues os lo cuento. Como ya dije, uno de los hijos de Minos era Androgeo, uno de los mejores atletas del mundo helénico. El chaval viajó a Atenas a participar en los juegos de las Panateneas, pero como ganaba en todo empezó a ser muy odiado por otros jugadores. Por esa razón, un grupo de estos otros participantes conspiró y le asesinaron en un camino que conducía a Tebas.

De todas formas, existe otra versión de la muerte de Androgeo. En ella, el rey ateniense Egeo le hizo enfrentarse con el temible toro de Maratón, y Androgeo intentó darle muerte, pero no fue rival para el animal. Murió debido a las cornadas recibidas.

Nada más enterarse, Minos comenzó a preparar una flota contra Atenas para vengarse. Primero atacó una ciudad cercana a Atenas: Mégara. La ciudad era gobernada por el hermano del rey Egeo, un tipo llamado Niso. Este rey tenía una peculiaridad, y es que era invulnerable debido a un mechón púrpura que tenía en el pelo.

¿Cómo pudo Minos vencer a alguien invulnerable? Pues gracias a Escila, la hija de este Niso. Resulta que la chica vio a Minos desde las murallas de Mégara y quedó enamoradísima de él. Parece que ambos

tuvieron rollete y Minos convenció a la chavala de que le cortase el mechón púrpura a su padre. Y ella, imbuida por ese amor, hizo lo que Minos le pidió. Gracias al nuevo corte de pelo de Niso, Minos conquistó la ciudad sin muchos problemas. Sin embargo, el amor de Escila no fue correspondido. Minos no quería acostarse con una traidora y la ató a la popa de su barco y dejó que se ahogara. Vaya forma más rara tenía el rey Minos de dar las gracias.

Ahora tocaba conquistar Atenas. Todas las batallas entre ambos contendientes quedaban en tablas, así que Minos pidió ayuda a Zeus para que le diera la victoria.

—Dios Padre Zeus, si me escuchas, ayúdame contra los atenienses.

—Hola, hijo. ¿Qué me das a cambio?

—Pues mazo sacrificios.

—Mola. Te ayudo.

El dios supremo envió contra los atenienses una hambruna tremenda, acompañada de enfermedades. Gracias a ello, los atenienses decidieron llegar a un acuerdo con Minos.

Como castigo, el rey Minos impuso a los atenienses un impuesto un tanto particular. Cada cierto tiempo, un año en casi todas las versiones, Atenas tenía que enviar a Creta un barco con siete chicos y siete chicas jóvenes. ¿Para qué? Pues para que sirvieran de alimento para el temible minotauro.

El hijo del rey Egeo, Teseo, acabaría metido en uno de estos barcos dispuesto a cargarse a esta mítica bestia y acabar con aquel cruento castigo. Pero eso lo dejo para otro capítulo.

CADMO Y EL ORIGEN DE TEBAS

Hablemos ahora del origen de la ciudad de Tebas, la capital de la región de Beocia. Esta Tebas no tiene nada que ver con la ciudad de Tebas del antiguo Egipto, que ahora está dentro de la ciudad de Luxor. Realmente, esta ciudad egipcia se llamaba Uaset, y Tebas fue el nombre que le dieron los griegos.

Pero dejemos Egipto aparte. En los mitos griegos se habla de un tipo llamado Calidno, hijo de Urano, que fundó la ciudad de Calidno, que se suele asociar a Tebas. También se dice que su sucesor fue Ogiges, rey mítico también de Ática.

Sin embargo, el personaje más célebre asociado a la fundación de la ciudad de Tebas, en la región de Beocia, es Cadmo. Cadmo era hijo de la náyade Telefasa y de Agénor (hijo de Libia y Poseidón), reyes de Tiro (en Fenicia). Sus hermanos eran Fénix, Cílix, Taso y Europa, ya sabéis, la raptada por Zeus transformado en toro. Se la llevó a la isla de Creta y juntos tuvieron a Minos y otros hijos.

El rapto de Europa molestó muchísimo a su padre Agénor, que la quería mucho, y por ello obligó a toda la familia a buscarla. Y además les dijo que no volvieran hasta que la encontraran, misión que jamás cumplieron con éxito, por lo que todos acabaron fundando ciudades por diferentes puntos de Grecia y lugares colindantes.

Así pues, Cadmo, sus hermanos y su madre partieron desde su tierra natal en Fenicia hasta las tierras griegas para buscar a Europa y rescatarla de las garras del poderoso dios Zeus.

La familia pasó años y años buscando a la hermana, sin resultados. Fénix fue el primer hermano en rendirse, y decidió fundar un reino junto al de su padre, y creó el reino de Fenicia, que se ubicaría en lo que hoy llamamos Líbano, un poco más al norte de donde reinaba su padre.

Cílix también se rindió y, agotado, se quedó a vivir en los montes Antitauro, situados al sur de la actual Turquía. En aquella zona fundó Cilicia, cuyo nombre vendría de él. Taso también acabó rendido y

fundó una ciudad situada en una isla frente a las costas de Tracia, que fue llamada Tasos por él.

Poco después, a la madre, Telefasa, le dio un chungazo y murió. Había estado todo aquel tiempo embarazada, y antes de morir pudo dar a luz a Fineo.

Cadmo siguió el viaje solo. Tras muchísimo tiempo buscando a su hermana, nuestro protagonista llegó hasta el oráculo de Delfos. Allí, la pitonisa le dijo que dejase de buscar a Europa, que su búsqueda iba a ser infructuosa. Lo mejor era que, entre los rebaños de Pelagonte, rey de la Fócida, buscase una vaca con una marca blanca con forma de luna llena. Tras esto, Cadmo tendría que seguirla hasta que se detuviese exhausta, y en ese punto fundar una ciudad.

Cadmo eso hizo. La vaca se adentró en la región de Beocia y en un valle se tumbó. Aquel era el lugar indicado para fundar su ciudad. Sacrificó la vaca a la diosa Atenea y todo parecía bien. Pero no. El problema fue que, por los alrededores, había un dragón muy fiero que mataba gente, y su nombre era Ismenios, un hijo de Ares. Los dragones griegos tenían más pinta de serpientes que de dragones con patas y alas, que son representaciones más típicas de la Edad Media.

Tras matarlo con su espada, Cadmo fundó una fortaleza en el lugar a la que llamó Cadmea, que sería el origen de la ciudad de Tebas (más concretamente fue el nombre de la Acrópolis). La cosa es que el dios Ares estaba realmente enfadado con Cadmo por haber matado a su dragoncito, y el fenicio tuvo que servir bajo sus órdenes una temporada, que unos dicen que fue un año y otros que un tiempo más.

Finalmente, Cadmo se casó con una hija de Ares y Afrodita, la bella Harmonía, y juntos gobernaron Tebas. A la boda asistieron todos los dioses del Olimpo y Harmonía recibió regalos como una pequeña gargantilla y un bello vestido que le daba poderes.

De Cadmo, como primer rey de Tebas, se cuenta que introdujo el alfabeto en Grecia. Y esto tiene sentido, pues sabemos que el alfabeto griego deriva del alfabeto fenicio.

Cadmo y Harmonía tuvieron varios hijos: un varón, Polidoro, y cuatro chicas, Autónoe, Ino, Sémele y Ágave. De Sémele con Zeus nacerá el dios Dioniso, del que hablaré en breve.

Además, por consejo de Atenea, para aumentar la población de la ciudad, Cadmo plantó en la tierra algunos dientes del dragón de Ares y de ahí brotaron los espartos (*spartoi*, los sembrados), un grupo de tipos duros que nada más brotar de la tierra se mataron entre ellos hasta que sólo quedaron cinco: Equión, Udeo, Ctonio, Hiperénor y Peloro. Estos cinco *spartoi* se convirtieron en los guerreros protectores de la ciudad de Tebas y acabaron formando una clase nobiliaria guerrera.

El más duro de todos los *spartoi* era sin duda Equión, y este se casó

con Ágave, hija de Cadmo, y juntos tuvieron a Penteo, el siguiente rey de Tebas.

Aunque Cadmo y Harmonia vivieron felices durante mucho tiempo, al final de sus días tuvieron que exiliarse de Tebas. La pareja se fue a vivir al norte, a una región poco habitada llamada Iliria. Las razones son un tanto confusas, pero parece que Cadmo había abdicado en Penteo y durante su reinado ocurrieron varias desgracias familiares (que veremos en el siguiente capítulo), y eso provocó que los dos decidieran largarse de allí lo antes posible.

El caso es que Cadmo y Harmonía lograron ganarse el favor de los ilirios y se convirtieron en sus reyes. Además, tuvieron un nuevo hijo llamado Ilirio, que dio nombre al país y que heredaría el trono del lugar.

Cadmo y Harmonía murieron de viejos y, según una versión, sus almas fueron llevadas a la isla de los Bienaventurados, donde residían las almas de los grandes héroes de Grecia. Mientras que otra versión cuenta que ambos acabaron convertidos en serpientes.

EL NACIMIENTO DE DIONISO

Dioniso (no confundir con Dionisio con i) fue el dios de la fertilidad, del vino y del éxtasis. Grandes fiestas se hicieron en honor a este dios, tanto en la antigua Grecia como en la antigua Roma, donde recibía el nombre de Baco. ¿Os suena el término «bacanales», que eran como borracheras con orgías? Pues viene de este dios. También se las conocía en Grecia como «fiestas dionisiacas».

Hablemos de su origen. Ya conté que su padre era Zeus y su madre era la mortal Sémele, hija de Cadmo y Harmonía (hija del dios Ares). Zeus se enamoró de esta Sémele y empezaron a tener encuentros amorosos de vez en cuando. ¿Y qué pasó? Pues que como venía siendo habitual, Hera se enteró de todo.

La diosa del matrimonio bajó del Olimpo y llegó a Tebas, donde se hizo pasar por Beroe, la anciana nodriza de Sémele.

—Oye, me he enterado de tu rollito con Zeus, qué bueno —le dijo en actitud pasivo-agresiva—. Pero ¿estás seguro de que es él?

Esto lo decía porque Zeus siempre bajaba a donde los mortales camuflado o disfrazado de algún animal para no llamar la atención.

A Sémele le empezaron a entrar dudas, y Hera le dijo que si quería asegurarse de que él era Zeus de verdad, que le pidiese aparecer en todo su esplendor de divinidad, su auténtica y radiante forma.

La noche siguiente, Zeus y Sémele volvieron a enrollarse y fue entonces cuando Sémele le propuso lo que le había dicho Hera.

—Venga, Zeus, enséñame tu verdadera forma. Tu forma radiante.

Zeus estaba algo reticente, pero al final fue convencido. La verdadera forma de Zeus surgió entre rayos y centellas, y tal fue la tormenta eléctrica que generó que Sémele acabó completamente carbonizada. Ahora era solo una montañica de cenizas.

Zeus acababa de carbonizar a su amante, pero entonces miró lo poco que quedaba del cadáver y vio que estaba embarazada. El dios, de entre las cenizas, sacó a Dioniso, que era un bebé de cinco o seis meses, todavía apenas desarrollado. Para que pudiese sobrevivir, Zeus

le cosió a su propio muslo y, gracias a ello, logró completar su desarrollo.

Tras esto, al niño lo alejó de Hera y lo dejó al cuidado de las ninfas de Nisa, ninfas de la lluvia; se crio en una montaña legendaria cuya ubicación no se conoce. Más tarde parece que Hermes lo llevó con su tía Ino (hermana de su madre) y su marido, el rey Atamante, que parece que era rey de la ciudad de Coronea, en Beocia. La idea, como siempre, era esconderlo de Hera. Pero Hera le encontró e hizo enloquecer a Ino y a Atamante. La primera, completamente enajenada, lanzó a uno de sus hijos a un caldero hirviendo y ella se lanzó a las aguas, mientras que su marido se cargó por accidente al otro hijo porque lo confundió con una presa animal mientras cazaba.

A pesar de estos trágicos acontecimientos, a Dioniso no le pasó nada y continuó con su vida. Durante su adolescencia, Dioniso descubrió la cultura del vino y empezó a fabricar el suyo propio. Pero Hera le descubrió y le hizo volverse loco (o borrachísimo) y que tuviera que vagar por diferentes partes de la tierra. Fue en Frigia donde fue encontrado por Rea (conocida en aquel lugar como la diosa Cibeles) y le curó de aquella maldición. Con un ibuprofeno, supongo. Ahora Dioniso, completamente curado, podía volver a casa.

Se cuenta que, durante este viaje de regreso, el dios del vino tuvo algunos problemillas con un grupo de marineros. Estos le encontraron en la orilla del mar, y al ver a alguien tan atractivo pensaron que sería un príncipe o algo y lo secuestraron. Sin embargo, Dioniso se convirtió en un león y los mató a todos. Según otra versión, convirtió el mástil y los remos del barco en el que iban en serpientes y comenzó a sonar una flauta. Los marineros, completamente enloquecidos, se tiraron al mar y se convirtieron automáticamente en delfines. Solo sobrevivió un marinero, Acetes, que fue el único que intentó evitar que secuestraran al dios del vino.

A su regreso a Grecia, Dioniso introdujo el conocimiento del cultivo de la vid, y ya la gente pudo empezar a tomarse unos vinitos con la comida. Esto trajo cosas buenas y también cosas malas, pues las borracheras a menudo eran sinónimo de desórdenes. Dentro de unas páginas veremos cómo al rey de Tebas Penteo esto no le hizo mucha gracia y trató de prohibir su culto.

ARISTEO, HIJO DE APOLO, Y ACTEÓN

Apolo tuvo otro hijo con la cazadora Cirene. Esta chica era diferente a otras mujeres de su tiempo, pues no le gustaba el hilado y otras cosas típicas femeninas. Lo que de verdad le molaba era ir al campo y cazar. Se cuenta que Apolo se enamoró de ella al verla luchar a pelo contra un león.

Apolo la raptó y la subió a su carro, y la llevó hasta Libia, donde ambos se enamoraron. Allí fundaron la ciudad de Cirene, una fértil colonia griega en la costa libia. Ambos tuvieron un hijo: Aristeo. A este se le considera el dios patrón del ganado, de la apicultura o cría de abejas, de la caza y de los árboles frutales. Se centró en las actividades más rústicas.

Aristeo se casó con Autónoe, hija del rey Cadmo de Tebas. Ambos tuvieron un hijo muy aficionado a la caza: Acteón. El pobre no vivió mucho, pues, según el mito, mientras cazaba con sus cincuenta perros de caza, vio en un lago bañarse desnuda a la bella diosa Artemisa. Esta pilló a Acteón espiándola y por ello le castigó convirtiéndole en un ciervo. Se cuenta que la diosa le arrojó agua a la cabeza, y por ello le empezaron a brotar cuernos hasta que se convirtió en el ya mencionado venado. Y debido a esto, sus propios perros de caza se lo comieron.

Tras esta tragedia, Aristeo se entristeció muchísimo y comenzó a viajar por el mundo conocido. Su primera parada fue la isla de Ceos. Allí vio que sus gentes estaban sufriendo una plaga por culpa de Sirio, el perro de Orión el cazador. Para solucionarlo instituyó una serie de rituales para calmar la ira del perrete. En otros lugares como Cerdeña y Sicilia introdujo sus truquitos sobre agricultura, ganadería y apicultura, y fue muy aclamado por la gente de allí.

LA JUVENTUD DE TESEO

Para hablar del famoso héroe Teseo antes tenemos que conocer a su «padre»: el rey Egeo de Atenas. Parece ser que el hombre tenía un pequeño problema, y es que no conseguía tener hijos con ninguna mujer. Primero lo intentó con Mélite (o Meta) y después con Calcíope, y nada. Y claro, el hombre tenía miedo de que sus sobrinos decidieran echarle del trono. Estos sobrinos eran llamados los palántidas, y eran unos malosos de la leche, tenían una gran ambición. Desesperado, Egeo decidió acudir al oráculo de Delfos para pedir consejitos.

—No abras la boca de tu odre repleto de vino hasta que llegues a las alturas de Atenas.

Eso fue todo lo que le dijo la pitonisa. Egeo no entendió nada, pero era bastante evidente que el mensaje era «no follar hasta que te reencuentres con tu esposa en Atenas, y de ahí saldrá un hijo». Por cierto, un odre es una bolsa de piel de animal que contiene líquidos. Como una cantimplora, en resumen. Dentro de la simbología de la profecía se refería a su pito.

El confuso rey puso rumbo de vuelta a Atenas, pero hizo una parada en Trecén. Allí le contó al rey de la ciudad, Piteo, hijo de Pélope, la enigmática contestación. Parece que este sí lo vio claro, pero se calló la boca y decidió urdir un plan para que aquel hijo fuese pariente suyo. Por ello decidió emborrachar a Egeo y le hizo acostarse con su hija Etra.

Al día siguiente, Egeo le dijo a la chica:

—Mira, yo no sé si te he dejado embarazada, pero si es así, esconde al chaval hasta que se haga fuerte, porque tengo unos sobrinos muy cabrones que intentarán conspirar contra él.

Tras esto, enterró bajo una enorme piedra su espada y sus sandalias. Cuando el vástago lograra mover aquella roca, sería el momento de que volviese a Atenas a reclamar su puesto como heredero del trono ateniense.

Pasó un tiempo y sí, Etra tuvo un hijo. Ese fue Teseo. El chaval fue

creciendo y aprendiendo a luchar mientras vivía en la corte del rey Piteo. Dicen que en realidad no era hijo de Egeo, sino que justo después del polvo borracho, llegó el dios Poseidón y se tiró a Etra.

En fin, fuera quien fuera el padre, ahora no nos interesa. Lo importante es saber que cuando cumplió los dieciséis años, su madre le contó toda la historia. Tras apartar el enorme pedrolo y hacerse con la espada y las sandalias de su padre, el joven Teseo decidió partir hacia Atenas para reclamar su lugar como príncipe de Atenas.

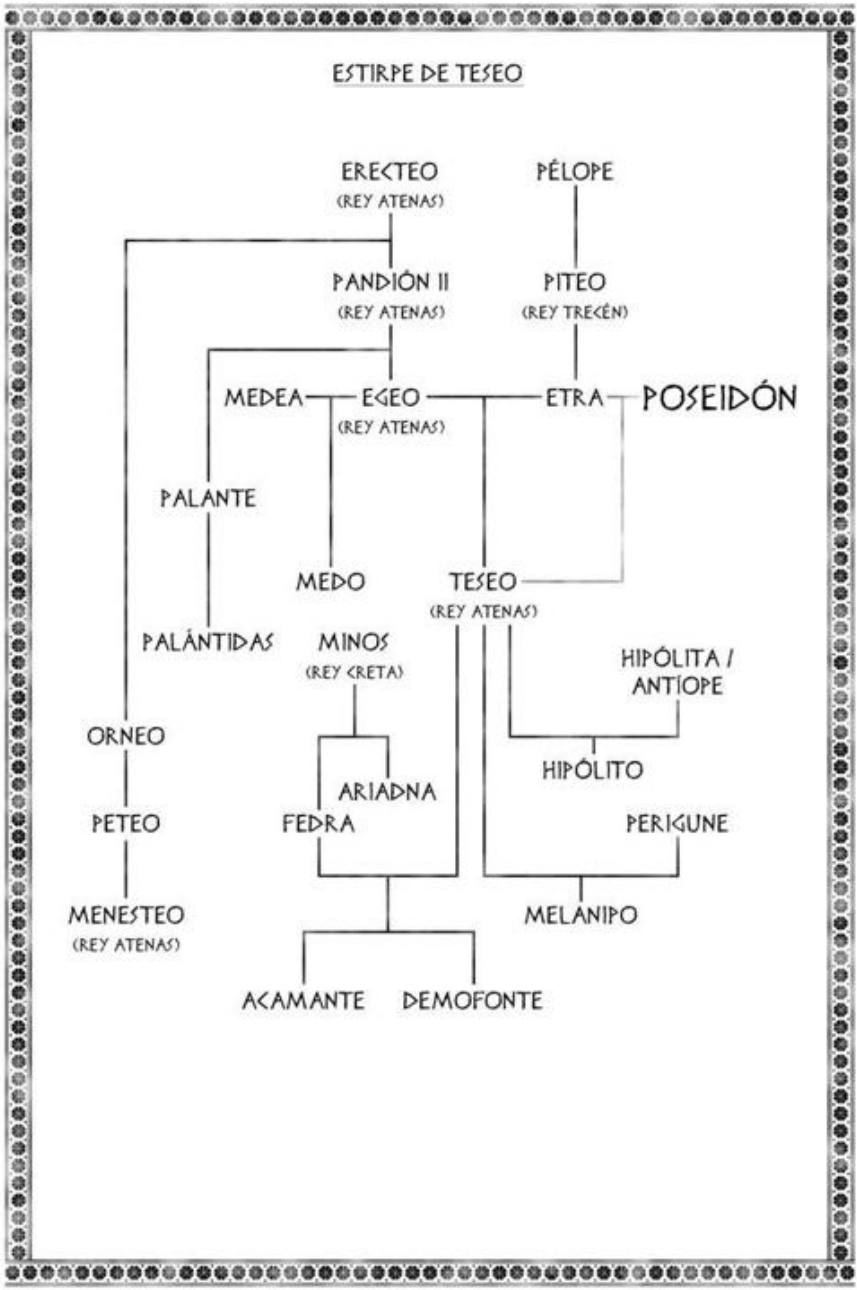
El viaje de Teseo a la región del Ática no fue sencillo, y estuvo lleno de peligros y de enfrentamientos.

El primer obstáculo al que se tuvo que enfrentar fue a Perifetes, un gigante cojo hijo de Hefesto. Vivía cerca de Epidauro y se dedicaba a cargarse a cualquier viajero con el que se cruzaba con una enorme maza de bronce.

El valiente Teseo logró matarlo y se quedó con aquella estupenda arma.

El segundo obstáculo llegó en el istmo de Corinto, y fue otro bandido gigante: Sinis. Este tenía una peculiar forma de matar a sus víctimas. Lo que hacía era doblar dos pinos próximos, atar las extremidades de su víctima a cada copa y luego soltar los árboles hasta que se enderezaban. Con ello hacía que el cuerpo de la víctima quedara completamente desgarrado y partido en dos. En otras versiones obligaba a sus víctimas a doblar un pino y cuando lo soltaba salía disparado como si aquello fuese una catapulta.

Se cuenta que Teseo lo mató sometiéndole a esta misma tortura, y después, como guinda, se acostó con su hija Perigune, y ambos tuvieron un hijo: Melanipo.



Cerca de allí se tuvo que enfrentar con la Cerda de Cromión, una fiera hija de Tifón y de Equidna.

Cerca de Mégara, Teseo se encontró con su cuarto rival: Esciro (o Escirón), un hijo de Pélope. Este también asaltaba a los viajeros que iban hacia Atenas. Primero obligaba a sus víctimas a lavarle los pies y

mientras lo hacían les daba una patada en el culo y los tiraba por un acantilado. Cuando caían al agua, una enorme tortuga los devoraba.

Teseo fingió que iba a lavarle los pies, pero justo en el momento en el que vio venir la patada, le agarró del talón y le lanzó hacia el mar. Esciro cayó al agua y fue tragado por la tortuga asesina.

El quinto rival fue Cerción. A este se lo encontró en Eleusis. Algunas fuentes dicen que Cerción era rey de esta ciudad. Independientemente de esto, se trataba de un tipo que retaba a todo el mundo a luchar contra él, y siempre salía victorioso. Pero claro, se enfrentó al poderoso Teseo y salió perdiendo. Se cuenta que el chaval lo levantó por los aires y acto seguido le estampó contra el suelo. El golpetazo fue mortal.

Finalmente, su sexto enemigo fue Procrustes (o Procusto), otro gigante que además de ser tocacojones regentaba una posada en Erineo. Seducía a los viajeros que veía con una habitación de la leche, pero luego los ataba a la cama y los torturaba. Si la víctima era alta, la ataba a una cama pequeña y le cortaba las piernas y la cabeza por donde sobresalían. Si la víctima era de baja estatura, la ataba a una cama grande y la estiraba hasta la muerte.

Teseo logró atar a Procustes a una cama pequeña y, con la maza de bronce que robó al primer enemigo, le cercenó las piernas y luego también la cabeza. Bastante *gore* todo.

Tras este tortuoso camino lleno de locos, Teseo por fin llegó a Atenas. Allí buscó a su padre, el rey Egeo, pero vio que estaba casado con Medea, la antigua esposa de Jasón, y juntos habían tenido un hijo llamado Medo, quien era ahora el heredero. Vaya palo, ¿verdad?

Desde luego, Teseo no se esperaba aquello, y decidió pasar inadvertido en la ciudad una temporada, a ver si se le ocurría algo.

Como más tarde veremos, Medea era una hechicera bastante *top*, y gracias a sus poderes, averiguó la verdadera identidad del joven Teseo. Por ello, un día en el que el chaval se presentó en el palacio, le acusó de traidor, y le obligó a luchar contra el toro de Maratón. Muchos identifican a este toro con aquel furioso e indomable toro que Poseidón había regalado a Minos y que embarazó a Pasífae. Tras esto, Heracles lo llevó a Maratón en uno de sus famosos trabajos.

El animal era imparable, pero en contra de lo esperado, Teseo logró vencer al animal. Se cuenta que consiguió domarlo y que después lo sacrificó al dios Apolo.

Gracias a esta hazaña, el rey Egeo invitó al joven a un banquete en el palacio, sin saber todavía que era su hijo. Medea obligó a su marido a matar al chaval, y para ello el rey puso veneno en su copa. Sin embargo, mientras comían, Teseo partió el filetillo que le sirvieron con la espada que su padre había ocultado bajo la gran piedra, y entonces Egeo supo que aquel era su hijo.

Tras esto, el rey Egeo le apartó la copa para que no bebiera, y enfadado, exilió a Medea y a su hijo con ella. Así Teseo fue reconocido oficialmente como su hijo y sucesor, y a su muerte heredaría el trono de Atenas.

El problema es que esto no gustó a los palántidas, es decir, los hijos del hermano de Egeo, Palante. Estos tipos se revelaron contra su tío y contra su primo, pero Teseo logró matarlos a casi todos. Los que no acabaron muertos huyeron con el rabo entre las piernas. Ahora sí que sí, Teseo tenía el camino de la sucesión completamente despejado.

De todas formas, Atenas tenía otros peligros. Como ya conté, el rey Minos de Creta se enfadó por la muerte de su hijo Androgeo (causada por atenienses o por el toro de Maratón, dependiendo de la versión), y comenzó una brutal guerra entre ambos. Atenas perdió y tuvo que enviar anualmente siete chicos y siete chicas para que fueran pasto del minotauro. Sin embargo, Teseo pondría fin a esto. Ya lo veremos más adelante.

LOS REYES DE TEBAS, TIEMPO DE USURPADORES

Penteo, el hijo de Ágave, fue el siguiente rey de Tebas. Unos dicen que el rey legítimo era Polidoro por ser hijo de Cadmo, y que Penteo fue un usurpador.

En aquel tiempo, las tres hermanas de Sémele (Ino, Autónoe y Ágave) empezaron a decir que Dioniso no era hijo de Zeus y que su hermana se lo había inventado todo y que por eso Zeus la había carbonizado. Por ello, Dioniso fue a la ciudad enfadado y, con sus poderes, volvió locas a las tres tías y las hizo andar errantes y borrachas por el monte Citerón.

Penteo, el gobernante, también creía que Dioniso era un impostor, así que lo encerró en una prisión y prohibió cualquier culto o rito a su persona. Tras eso, las ataduras desaparecieron mágicamente y Dioniso se liberó sin problemas, y para demostrar su poder, provocó un terremoto.

Luego Dioniso atrajo a Penteo al bosque disfrazado de mujer ligerita de ropa haciéndole creer que se dirigía a alguna de las orgías que el rey había prohibido. Allí, las hijas de Cadmo (en estado de locura) vieron a Penteo subido a un árbol espiando y buscando pruebas de delitos. Pensando que era un animal salvaje, las mujeres le tiraron del pino y le arrancaron los miembros uno a uno de forma salvaje. Ágave, la madre del descuartizado, fue corriendo a Tebas con su cabeza en la mano diciendo que era un león.

Cuando se les pasó la locura y descubrieron que en realidad habían matado al rey, el consejo de la ciudad ordenó el exilio de las tres mujeres de la ciudad, y el culto del dios del vino quedó restituido. Dioniso había ganado y se bebió una copita de vino en su honor.

El siguiente rey de Tebas, o mejor dicho, de Cadmea, fue el hijo de Cadmo: Polidoro. El pobre no duró vivo mucho tiempo. Él y su esposa Nicteis o Nicteide habían tenido un hijo llamado Lábdaco, quien fue el siguiente rey tebano, pero era demasiado joven así que tuvo dos regentes: Nicteo, suegro del anterior rey, y Lico (no confundir este Lico con el Lico hijo del rey de Atenas y Mégara Pandión II). Estos dos

hermanos eran beocios, concretamente hijos del gobernador de la ciudad de Hiria, Hirieo, hijo de Poseidón y de Alcíone. Habían llegado a Tebas tiempo antes buscando fortuna o por haber matado a un rey de la zona llamado Flegias, no se sabe bien. El caso es que, una vez establecidos en la ciudad de Tebas, se hicieron amigos de Penteo. Tanto fue así que la hija de Nicteo, Nictéis, se casó con Polidoro.

Este Nicteo tuvo otra hija llamada Antíope. El problema es que esta chica fue raptada por el rey Epopeo de Sición, hijo de Poseidón, y ahora este monarca de Tesalia buscaba hacerse también con el control de Tebas. Otra versión cuenta que primero Zeus violó a Antíope y quedó embarazada de dos gemelos. Tras esto, avergonzada por aquello, decidió huir a Sición, en el istmo de Corinto, donde este rey Epopeo la recibió con amabilidad.

Se cuenta que Nicteo, como rey regente de Tebas, lideró a los tebanos contra las tropas de Epopeo, pero acabó muerto. Su hermano Lico le sucedió como regente de Tebas y continuó con la guerra. Lico logró herir a Epopeo y este acabó muriendo. El sucesor de este rey tesalio fue Lamedonte, que pidió la paz con Tebas y para ello entregó a Antíope.

La chica ya estaba embarazada de dos gemelos: Anfión y Zeto. Lico sintió vergüenza por ella y abandonó a los bebés con unos pastores en el monte Citerón. Esto lo hizo porque pensaba que eran hijos de Epopeo, pero algunas fuentes dicen que nacieron porque Zeus la violó previamente.

Esta vergüenza de Lico ante Antíope se explica en que la idea que tenía él era casarse con ella una vez hubiese sido devuelta, pero claro, al encontrársela embarazada la repudió. Entonces Lico se casó con Dirce, y se cuenta que esta mujer enclaustró a la pobre Antíope y la maltrató durante años.

Pasó el tiempo y Lábdaco creció lo suficiente para no necesitar regente. Fue nombrado rey de Tebas, pero duró realmente poco. Se metió en guerra contra el rey Pandión de Atenas por un tema de fronteras y acabó perdiendo. Tuvo un hijo llamado Layo, que sería el padre de Edipo y del que luego sabremos más cosas.

En un momento dado, Antíope escapó de las garras de Lico y Dirce y logró encontrar a sus hijos gemelos abandonados. Parece ser que al principio no la reconocieron y la expulsaron de su cabaña y Antíope huyó por el bosque. La mala suerte hizo que Dirce, que estaba buscándola por la zona, se topase con ella. Sin pensárselo dos veces, la agarró y se propuso llevarla a Tebas a rastras. Por fortuna para Antíope, el pastor les contó a los gemelos que aquella mujer era su madre, y los dos salieron a toda leche de la cabaña para buscarla. La encontraron mientras era arrastrada por Dirce y la rescataron. Se cuenta que a Dirce, como castigo por haber torturado a su madre

durante años, le ataron su cabellera a un toro y el animal la pisoteó hasta matarla.

Con tiempo y paciencia, Antíope entrenó a sus hijos para conquistar Tebas y vengarse de Lico. Vieron la muerte del rey Lábdaco como el mejor momento para levantarse en armas. Tras una dura batalla, Lico fue capturado. En unas versiones dicen que lo ejecutaron, y en otras que simplemente fue exiliado de Tebas. El caso es que Anfión y Zeto fueron nombrados nuevos reyes de Tebas.

De Anfión se cuenta que tuvo un rollete con Hermes y este le regaló una lira de oro con la que se convirtió en un gran músico. Por otro lado, Zeto se convirtió en pastor y cazador.

Antíope vivió ya más relajada, pero todo cambió cuando Dioniso se enfadó con ella. ¿Por qué? Pues por haber matado a Dirce, quien era una ferviente seguidora del dios del vino. Con sus poderes, el dios volvió loca a la mujer y la hizo vagar por toda la Hélade hasta que acabó en la isla de Egina. Allí conoció a Foco, hijo del rey del lugar, Éaco, quien la curó del maleficio y juntos se fueron a vivir a la Fócida, donde Foco fue nombrado rey y dio nombre al lugar.

Volviendo a Tebas, Anfión se casó con Níobe, la hija de Tántalo, el rey de Lidia. Zeto se casó con Tebe. Parece que fue en honor a esta muchacha por la que Zeto cambió el topónimo Cadmea por el de Tebas. También se les atribuye a ambos reyes gemelos haber construido las murallas que rodeaban toda la ciudad, de la que se decía que tenía siete puertas.

LOS LACEDEMONIOS, LA DINASTÍA ESPARTANA

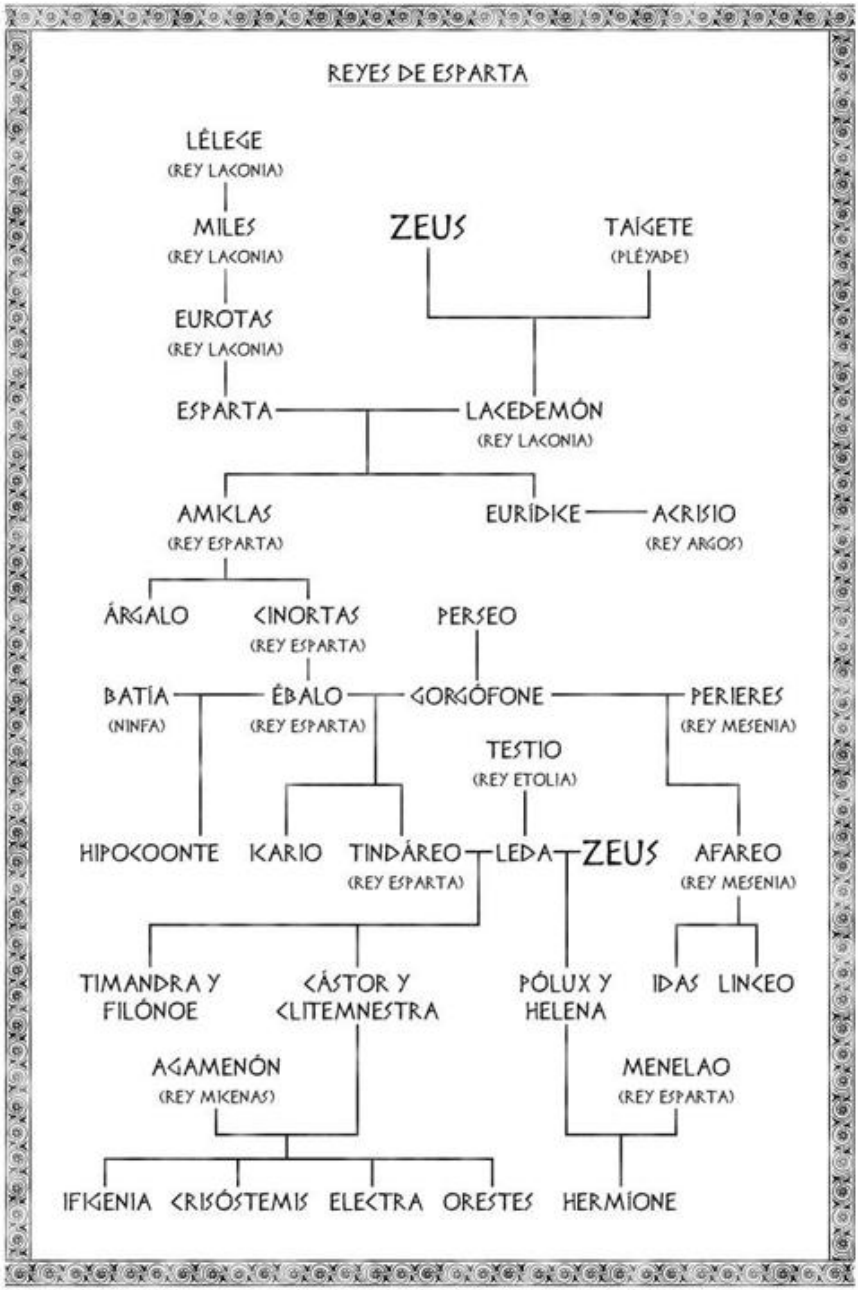
Ahora viajemos al sur de la península del Peloponeso, donde se encuentra una región conocida como Lacedemonia (o Laconia), dentro de la cual está la famosa ciudad de Esparta.

Según los mitos griegos, el primer gobernante de la región fue un tal Lélege. Unos dicen que era hijo de Zeus o Poseidón y otros que era un humano autóctono, uno de los muchos humanos surgidos de las piedras tras el Diluvio de Deucalión.

A su muerte, Lélege cedió el trono a su hijo Miles, y este hizo lo mismo con su hijo Eurotas. El problema es que este último no tuvo hijos varones, por lo que el trono pasó a su yerno, llamado Lacedemón, cuyo nombre se convertiría en el epónimo del lugar.

¿De dónde sale este Lacedemón? Pues era hijo de Zeus y de Taígete, una de las siete pléyades. Obtuvo el trono gracias a que se casó con la hija del rey Eurotas, una princesa llamada Esparta. De ahí vendría el nombre de la capital de esta gente.

El hijo de ambos, Amiclas, fue el nuevo rey de Esparta a la muerte de su padre. Pero aquí también es importante su hermana Eurídice, pues esta se casó con Acrisio, el rey de la ciudad de Argos.



Amiclas tuvo dos hijos: Árgalo, el mayor, y Cinortas, el menor. Como Árgalo murió joven, Cinortas fue el sucesor. Tras él llegó su hijo Ébalo. Lo más importante de este Ébalo es que se casó con una de las hijas de Perseo, Gorgófone. Juntos tuvieron un hijo muy importante llamado Tindáreo. Aparte, con la ninfa Batía tuvo un hijo ilegítimo

llamado Hipocoonte. También se habla de un tercer hermano llamado Icario (quien sería el padre de Penélope, la esposa del héroe Odiseo).

El caso es que estos hermanos se darían de leches por el trono de Esparta. Pero esta historia la veremos un poco más adelante.

LA MALDICIÓN DE LOS ÁTRIDAS: TÁNTALO Y PÉLOPE

En este capítulo vamos a conocer a los átridas, una familia que tiene una saga de bastante importancia dentro de los ciclos tardíos de la mitología griega, pues llegaron a gobernar gran parte de la península del Peloponeso.

El primer personaje al que debemos prestar atención es a Tántalo, hijo de Zeus y de la oceánide Pluto. Fue nombrado rey de Frigia, en la región de Lidia, en Asia Menor. Tenía dos hijos que más tarde serán importantes: Pélope y Níobe. Dicen que Bróteas también era hijo suyo, y que su madre era Dione, hija del titán Atlas.

Pero ahora pasemos al mito que le ha hecho famoso. Resulta que Tántalo, a pesar de no ser un dios, era un rey extremadamente rico que tenía el favor de su padre Zeus, y era invitado regularmente al Olimpo, a los grandes banquetes que celebraban los dioses olímpicos. El problema es que Tántalo, cuando volvía a su reino terrenal, iba de *sobrao*. Se jactaba entre sus súbditos de que los dioses le invitaran a estos convites celestiales, pero no solo eso. Se cuenta que también revelaba secretos que escuchaba durante aquellas comidas, e incluso que también solía robar algo de néctar y ambrosía para repartirlo entre sus amigotes terrestres. Era todo un pillo este Tántalo.

Pero su gran error llegó un día en que decidió organizar él un banquete en el monte Sípilo. Invitó a todos los dioses y estos acudieron a ver qué les tenía preparado Tántalo. Y el banquete iba fenomenal, pero es que los dioses comían mucho, y la comida comenzaba a escasear.

Tántalo quería estar a la altura, no quería quedar mal, y no se le ocurrió otra cosa que agarrar a su pobre hijo Pélope, descuartizarlo, cocerlo, echarle un poco de pimienta y venga, nuevo plato. Los dioses invitados se quedaron flipando.

—¿Qué demonios es esto, Tántalo?

—Bueno, pues… es mi hijo —contestó el rey.

—¡Pero qué cojones!

Se ve que Tántalo no conocía la historia de Licaón.

Ninguno de los dioses comió el plato. Bueno, menos Deméter, que se ve que la chica estaba con ansias y se ventiló el hombro izquierdo de Pélope al minuto de haber sido servido. La diosa parece que estaba tan hambrienta que ni siquiera se fijó en que lo que estaba comiendo era un canelón relleno de carne humana.

En resumen, que aquel plato no gustó a los dioses, y Zeus ordenó resucitar a Pélope. Trajeron su alma desde el Hades mientras los dioses metían todos los pedazos del chaval dentro de un caldero mágico. Además, le reconstruyeron el hombro izquierdo con marfil de marsopa.

Pélope volvió a la vida y su padre fue castigado para toda la eternidad. Aunque también se dice que, aunque cabreó mucho a los dioses, estos decidieron perdonarle, pero con una advertencia, una tarjeta amarilla.

Sin embargo, Tántalo la volvió a liar.

Resulta que un día, a un tipo llamado Pandáreo no se le ocurrió otra cosa que robar un mastín de oro que había cuidado a Zeus durante su infancia. Zeus le tenía mucho cariño a aquel perrete.

Pandáreo fue corriendo a donde Tántalo y le pidió que lo ocultara. Zeus y los demás dioses lo estuvieron buscando durante meses, pero sin resultado. Pasó un tiempo y Pandáreo fue a la corte de Tántalo a recuperarlo, pero se sorprendió de la respuesta del rey.

—Juro por Zeus que nunca he visto a ese perro.

Tántalo acababa de tangarle.

En otra versión es Zeus (o Hermes) quien le interrogaba mientras buscaba al perro. Y como sabía que estaba mintiéndole a la cara, el dios del Olimpo sacó su tarjeta roja y fulminó al mentiroso rey con un rayo eléctrico. Pandáreo también fue castigado y convertido en roca.

El caso es que Tántalo murió y fue a parar al Tártaro, donde sufriría una tortura eterna debido a todas las gilipolleces que había hecho en vida. ¿Cuál fue esta tortura eterna? Pues la cosa consistía en que Tántalo fue abandonado en un lago con el agua llegándole hasta la barbilla. Sobre él había un árbol enorme de cuyas ramas florecían frutas. Cada vez que Tántalo, muerto de hambre y de sed, trataba de agarrar alguna de estas manzanas o de beber algo del agua del lago, estas se apartaban hasta quedar fuera de su alcance.

Se decía que el castigo de Tántalo fue tan duro porque había cometido los tres grandes pecados que un no-dios podía cometer: ofender a un huésped o invitado, hacer daño a un niño, y engañar o desafiar a un dios.

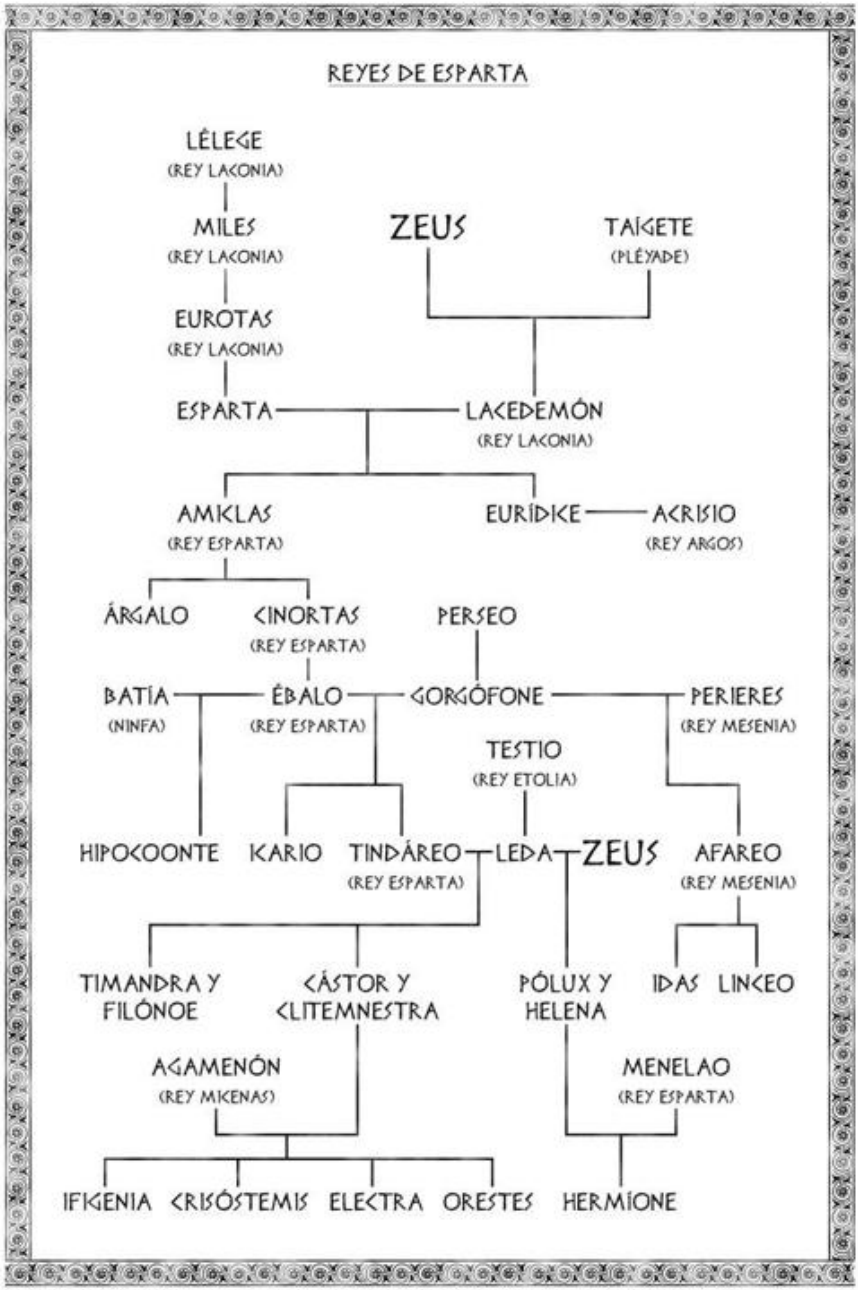
Ahora tenemos que pasar a hablar de Pélope, su hijo resucitado. Resulta que cuando salió del caldero mágico estaba más guapetón que

antes y Poseidón se enamoró de él. Para protegerle, se lo llevó al monte Olimpo y le hizo su amante. Allí le enseñó muchas cosas, como una que será importante en esta historia: conducir su carro divino. De todas formas, cuando Zeus mató a Tántalo por todos sus pecados, también echó del Olimpo a Pélope.

En la Hélade, Pélope empezó a buscar pareja, y hubo una princesa que le llamó mucho la atención: Hipodamía. Esta era la hija del rey Enómao (hijo del dios Ares y la ninfa Harpina), que no se sabe si era rey de Pisa o de Olimpia, ambas ciudades dentro de la región de Etolia. Pero como siempre, la cosa no era tan fácil.

Este rey Enómao sabía por una profecía que un yerno suyo acabaría matándolo y, por ello, cada vez que alguien pedía la mano de su hija le retaba a una carrera de carros y lo mataba.

Pélope no se achantó y decidió retar al padre de Hipodamía. Antes de la carrera fue al mar y pidió la ayuda de Poseidón, y le recordó lo mucho que se amaban. Poseidón se ruborizó, recordó los buenos tiempos con Pélope en el Olimpo y decidió ayudarle. Del mar de pronto surgió un carro tirado por grandes caballos alados.



No conforme con el regalo de Poseidón, y buscando asegurarse la victoria en la competición, Pélope fue a hablar con el auriga (conductor) del carro de Enómao, un tipo llamado Mírtilo, que era hijo del dios Hermes.

—Oye, mira, Mírtilo, te propongo algo. Si me dejas ganar mañana

en la carrera, te prometo regalarte la mitad del reino y que puedas acostarte una vez con Hipodamía.

—Me apunto —dijo el conductor del carro enemigo—. Voy a sabotear mi propio carro.

Al día siguiente tuvo lugar la carrera de carros entre Pélope y el rey Enómao. Todo iba según los planes de Enómao y se puso a la altura del carro de su enemigo para matarle con la espada. Sin embargo, justo en ese momento los ejes de la rueda de su carro se partieron y Enómao cayó. Su pierna quedó enganchada por una correa y murió arrastrado. Mírtilo por su parte logró sobrevivir al accidente.

Gracias a esto, Pélope consiguió la mano de Hipodamía y ambos se casaron. Pélope reinó bastantes años y acabó dominando toda la península del Peloponeso. De hecho, el nombre de Peloponeso viene de él, y significa «la isla de Pélope». La cosa es que no se termina de explicar si es que dominaba de forma efectiva toda la península porque la conquistó a base de espadazos o bien si simplemente era el rey más poderoso de los varios que había y ya. Porque claro, entraría en contradicción con otras historias de otros reyes que en la misma época reinaban por la zona del Peloponeso. Yo me quedo con la idea de que simplemente era el rey más poderoso de la península y ya.

Un día, Mírtilo fue a donde Pélope y le dijo:

—Oye, ahora te toca cumplir tu parte. Déjame acostarme con tu nueva mujer y dame la mitad del reino… Espera, ¿por qué estás sacando la espada?

Mírtilo acabó con la espada de Pélope incrustada en su cabeza. En otra versión, Pélope lo empujó de su carro volador y el exauriga cayó al mar Egeo y se ahogó.

Sin embargo, antes de morir, Mírtilo maldijo a Pélope por haberle traicionado y por no haber cumplido su palabra. Esta maldición acabaría afectando a toda su descendencia, y sus hijos (Atreo y Tiestes) terminarían matándose entre ellos.

LA MASACRE DE LOS HIJOS DE NÍOBE

Níobe era hija de Tántalo y se casó con el rey de Tebas Anfión. Juntos tuvieron un montón de hijos, siete niños y siete niñas. Ante tanta fertilidad, Níobe se vino un poco arriba y comenzó a alardear de ser mucho mejor que Leto, que solo había tenido dos hijos. Estos eran Apolo y Artemisa, y aquellas palabras, como es obvio, no les sentaron muy bien, así que estos dos dioses agarraron sus arcos y sus flechas y se pusieron a matar a todos los infantes de Níobe. Y ahora pasó de tener catorce hijos a no tener ninguno. Vivos, al menos.

Níobe se quedó tan mal que se retiró a Asia Menor, concretamente al monte Sípilo, en la región de Lidia, donde lloró por sus hijos hasta que a Zeus le dio penica la chavala y la convirtió en una estatua de piedra. Era justo lo que necesitaba para aplacar su dolor, sin duda.

Por su parte, Anfión, enfurecido con la masacre de sus hijos, decidió atacar el templo de Apolo. Este dios no iba a permitir aquella afrenta y le disparó una flecha que lo mató en el acto.

Y así acaba esta historia. La moraleja es la de siempre, porque muchas de estas historias se repiten una y otra vez. No hay que fliparse, no hay que ir de puto amo despreciando a los demás, porque puedes acabar realmente mal.

LICURGO CONTRA DIONISO

Licurgo era un rey de Tracia, de los edones concretamente. Su mito es famoso porque prohibió el culto a Dioniso. Y bueno, creo que ya sabemos lo que ocurre cuando alguien prohíbe el culto al dios del vino. Sí, que acaba mal. Muy mal.

Un buen día, Dioniso entró en su reino. Cuando Licurgo se enteró, ordenó encarcelar a las ménades de Nisa, que eran las seguidoras de este dios del vino. También intentó apresar a Dioniso, pero este logró huir y se refugió con Tetis, la ninfa del mar.

Como castigo a Licurgo, Dioniso envió una gran sequía que afectó a toda Tracia. Y también envió una profecía: la tierra seguiría seca mientras Licurgo estuviera vivo.

Obviamente Licurgo comenzó a ver enemigos por todas partes, y la paranoia comenzó a hacer mella en su cabeza. Terminó volviéndose loco, en resumen, y accidentalmente mató a su hijo Driante mientras podaba su jardín al confundirlo con unas ramas. Dicen que lo que estaba destruyendo en su imaginación era una viña, pero como ya digo, en realidad era su hijo, al que cortó en pedazos. También existe otra versión donde Zeus castigó a Licurgo dejándole ciego al lanzarle un rayo.

Poco después, los pobladores de Tracia, completamente desesperados y sin nada que comer, se rebelaron contra él y le asesinaron. Gracias a esto, Dioniso hizo desaparecer la maldición y todos pudieron volver a cultivar.

Por cierto, Dioniso se casó con Afrodita y juntos tuvieron varios hijos. Primero tuvieron a las tres cárites, o las tres gracias. Y después tuvieron a Himeneo y a Príapo.

Himeneo se convirtió en el dios de las ceremonias matrimoniales. Durante las bodas de la antigua Grecia, concretamente durante la procesión de la novia a casa del novio, se cantaban poesías a este dios. El término «himno» procede del nombre de este dios. Y también el término «himen», que es un tejido de la vagina cuya ruptura está

asociada a la pérdida de la virginidad. Esto también está relacionado con este dios.

En cuanto a Príapo, era el dios rústico de la fertilidad, y es muy reconocible porque solía ser representado como un hombre muy feo y con un gigantesco falo erecto. El mito cuenta que esto fue debido a que Hera, la diosa del matrimonio, se enteró de que Afrodita era infiel a Dioniso con Adonis, y por ello castigó a la diosa del amor de esta forma, haciendo que su hijo naciera feo y con la genitalia gigantesca. Por ello, Príapo dejó de tener «glande» y pasó a tener «enolme».

PERSEO CONTRA MEDUSA

Para conocer la historia del héroe Perseo tenemos que retomar el tema de los reyes de Argos. Nos habíamos quedado por la llegada al trono de los gemelos Preto y Acrisio. Ya desde que estaban en el vientre de su madre Aglaya estos dos gemelos se llevaban como el culo y siempre estaban discutiendo y peleándose. Al morir su padre Abante (o Abas), rey de Argos, ambos hermanos lucharon por el trono.

El ganador de la contienda fue Acrisio, y Preto fue desterrado. Sin embargo, Preto seguía queriendo el trono. Durante su exilio llegó hasta la región de Licia, y allí se casó con Estenebea (o Antea), la hija del rey de la región, Yóbates. Entablaron amistad y este le proporcionó un enorme ejército con el que volvió a la Argólida para intentar echar de allí a su insolente hermano gemelo. La batalla entre ambos hermanos fue tan épica que en la región comenzó a celebrarse una festividad conocida como las Daulias, que conmemoraba este combate. También se cuenta que fueron estos reyes quienes inventaron los escudos redondos de bronce típicos de los griegos y que fue en esta batalla la primera vez que se usaron.

A pesar del gran ejército que se había montado Preto, no pudo derrocar a su hermano. Parece que sus fuerzas estaban tan igualadas que a ambos contendientes no les quedó más remedio que pactar la paz. Gracias a esto, Preto pudo hacerse con el control de la ciudad de Tirinto, también en la Argólida, un poquito más al sur de Argos. Amuralló esta ciudad gracias a los cíclopes y se hizo fuerte en ella. Esto hizo que el reino de la Argólida se dividiese en dos y tardaría muchísimo tiempo en volver a unirse.

Aparte del reino dividido, Acrisio tenía otro problema. Él y su esposa Eurídice (hija de Lacedemón, rey de Esparta) tenían una bella hija, Dánae, pero la pareja era incapaz de tener un hijo para que les sucediera en el trono de Argos. Por ello, Acrisio fue a consultar al oráculo de Delfos a ver qué podía hacer para tener ese esperado heredero al trono. Sin embargo, la respuesta que obtuvo no le gustó en

absoluto. El oráculo profetizó que no tendría ningún hijo varón, y que su nieto acabaría matándole.

Acojonado, Acrisio trató de evitar que la profecía se cumpliera. Por ello agarró a Dánae y la encerró en una cámara subterránea de donde no podría salir nunca y donde no podría acostarse con nadie para tener hijos. En otras versiones no es una cámara subterránea sino una alta torre de bronce.

¿Pero qué pasó? Pues Zeus, eso es lo que pasó. Se enamoró de la chica y se presentó ante ella con forma de lluvia dorada. Con esta lluvia, el dios del Olimpo dejó preñada a Dánae y de todo esto nació un bebé: Perseo.

Un día, Acrisio comenzó a escuchar los llantos de un niño cada vez que pasaba cerca de la cámara o de la torre, y acabó enterándose de que su hija había parido un bebé. Acto seguido, Acrisio cogió a Dánae y a Perseo, los metió en un arca de madera sellada y los arrojó al mar. Sin embargo, aunque Acrisio esperaba que ambos murieran, no lo hicieron. Fueron rescatados por un amable pescador de nombre Dictis. En otras versiones, este Dictis era el antiguo rey de la isla de Sérifos, quien había sido destronado por su hermano Polidectes. En otras versiones también Polidectes había ocupado el trono, pero Dictis era cogobernante. El caso es que Dictis los recogió a ambos y los acogió en su casa en Sérifos.

Dánae y su hijo Perseo se hicieron muy *coleguis* de la familia real de Sérifos. Tanto que Polidectes comenzó a lanzar fichas muy descaradas a Dánae. Se enamoró de ella, pero la chavala pasaba un poco del tema. Él insistía en el acoso y Perseo siempre salía en defensa de su madre. Polidectes notó que el joven Perseo era un estorbo en su relación, y buscó quitárselo de en medio.

Polidectes organizó un banquete y anunció su intención de conquistar a la princesa Hipodamía. Esta era la hija de Enómao, rey de Olimpia (o de Pisa), la que luego se casaría con Pélope. Dependiendo de la versión, Polidectes buscaba realmente una boda con Hipodamía, pero en otras era una vulgar excusa para desviar la atención de Perseo y quedarse con Dánae.

Debido a esto, Polidectes pidió a todos los presentes un regalo para poder ofrecérselo a la princesa. Casi todos le dieron caballos y regalos bonitos, pero Perseo no tenía mucho que ofrecer y quedó un poco mal. Pero se vino arriba y prometió que si hacía falta le conseguiría la cabeza de Medusa.

Polidectes sonrió y dijo:

—Vale, si tan valiente eres, Perseo, venga, tráeme la cabeza de Medusa. ¿O no hay huevos?

Y Perseo respondió.

—¿Que no hay huevos? ¿Que no hay huevos? Pues te traigo la

cabeza de Medusa como me llamo Perseo.

Y así comenzó una de las aventuras más célebres de la mitología griega. Por si no os acordáis de páginas anteriores, esta Medusa era una de las tres gorgonas, unas temibles criaturas con pelos de serpiente que te convertían en piedra solo con la mirada.

Perseo no se achantó y decidió aceptar el encargo. Así, este semidiós emprendió un viaje a los confines del mundo para cargarse a Medusa y llevarle la cabeza al rey Polidectes. Afortunadamente, Perseo no estuvo solo en esta complicada empresa, y tuvo ayuda de la diosa Atenea y el dios Hermes. Le dijeron que para encontrar a la gorgona primero tenía que encontrar a las ninfas, pero su localización solo la conocían las grayas, las tres ancianas que tenían un solo ojo y un solo diente para compartir entre ellas.

Perseo las encontró y les robó el ojo. Las grayas protestaron y exigieron que se lo devolviera, pero Perseo les dijo que solo lo devolvería si le decían dónde estaban las ninfas.

Perseo se enfrenta a Medusa

Las grayas acabaron diciéndole la localización de las ninfas, y Perseo llegó hasta el lago donde estas vivían. Las ninfas arroparon a Perseo y le dieron ánimos para llevar a cabo tamaña hazaña, como era

matar una gorgona. Para ayudarle le hicieron varios regalos. El primero fue un zurrón mágico para contener su cabeza cortada sin peligro de convertir a nadie en piedra. El segundo fueron unas sandalias voladoras, con las que podría revolotear y llegar a los sitios más rápido. Y finalmente las ninfas le dieron el casco de Hades, que volvía invisible a quien lo llevase puesto. Por su parte, Hermes le regaló una hoz de acero, de diamante o de adamanto, y Atenea le dio un escudo muy brillante, tan pulido que era casi como un espejo.

Ahora con todo el equipamiento, Perseo estaba listo para enfrentarse con Medusa. Tras un largo viaje, por fin llegó a la cueva donde vivían las tres gorgonas. Se supone que era un lugar remoto, la Hiperbórea según muchas versiones.

La batalla entre Perseo y Medusa comenzó, y tras muchos espadazos y miradas pétreas, Perseo salió victorioso. El mito cuenta que la forma de vencer a Medusa fue que Perseo evitó todo el rato mirar a la mujer serpiente para no convertirse en piedra. En cambio, usó el escudo pulido que le habían regalado para ver cuándo la villana se acercaba a él por la espalda. En el momento oportuno, aprovechó esto para lanzarse a su yugular y cortarle la cabeza.

Una vez con su objetivo cumplido, Perseo se guardó la cabeza de Medusa en su zurrón y salió de allí volando con sus sandalias mágicas. Mientras tanto, del cuerpo muerto de Medusa nacieron dos seres. El primero fue el caballo alado Pegaso, y el segundo fue el gigante Crisaor. Según algunas fuentes, cuando Perseo mató a Medusa, esta estaba embarazada de Poseidón, y estos dos seres serían hijos de ambos.

Las otras dos gorgonas, Esteno y Euríale, las hermanas de Medusa, querían vengarse de Perseo, y lo persiguieron. Sin embargo, gracias al casco de Hades, el semidiós se hizo invisible y pudo escapar.

Perseo viajó volando con sus sandalias con alas durante mucho tiempo y, agotado, tuvo que hacer una parada para descansar. El lugar elegido fue el reino de Atlas, el titán que había sido condenado a sostener la bóveda celeste. En otras versiones Atlas no es el titán sino un pastor guardián que tenía un enorme rebaño.

Parece ser que su ubicación estaba muy cerca del Jardín de las Hespérides y Atlas sabía que un día llegaría al lugar un hijo de Zeus a robarle las manzanitas del jardín, y que debía impedirlo a toda costa. Así pues, Atlas trató de expulsar a Perseo del lugar, y entonces el semidiós sacó de su zurrón la cabeza de Medusa y convirtió a Atlas en una estatua de piedra. Según los griegos, esto dio origen a la cordillera del Atlas en Marruecos.

Por cierto, Perseo no tenía ninguna intención de robar las manzanas del Jardín de las Hespérides. Ese sería Heracles, como luego veremos. Aunque claro, aquí tendríamos otra de esas contradicciones

gordas de la mitología griega, pues en el encuentro entre Heracles y Atlas, este último debería continuar convertido en piedra.

El viaje de Perseo continuó, y el tipo llegó hasta Etiopía o hasta Fenicia. No se sabe bien qué lugar era. El caso es que, sobrevolando aquel sitio, se encontró con una joven encadenada a una roca. Esa era Andrómeda. La muchacha era hija de los reyes del lugar, Cefeo y Casiopea, y ambos la habían atado a una roca para que fuera devorada por el monstruo marino Ceto.

¿Por qué demonios estos reyes querían tal destino para su hija? Pues resulta que Casiopea iba muy de chulita, y decía que ella era más guapa que las nereidas. Las ninfas estas se enfadaron muchísimo, pero el que más se enfadó fue el dios Poseidón, y les dijo a estos reyes que pronto enviaría un monstruo marino, Ceto en este caso, a destruir su reino.

Acojonada, la pareja de reyes fue a consultar al oráculo de Amón del oasis de Siwa, en Egipto, y este les dijo que la única forma de librarse de la maldición era dar en sacrificio a su hija. Y eso hicieron. Pero sus planes no iban a salir como ellos pensaban.

Perseo se quedó enamorado de Andrómeda, y decidió rescatarla. Tras eso, el semidiós logró matar a Ceto petrificándolo usando la cabeza de Medusa.

Con ello Perseo se convirtió en un héroe y Cefeo y Casiopea se quedaron contentísimos. Se habían librado del monstruo enviado por Poseidón y su hija seguía viva. Todo había salido perfecto. Estaban los dos tan contentos que organizaron un banquete de bodas para que Perseo y Andrómeda se casaran.

Ceto en su lucha contra Perseo

Sin embargo, la historia se iba a complicar, pues pronto llegó Fineo, hijo de Belo, hermano de Cefeo y tío de Andrómeda. Resulta que el tipo quería casarse con su prima, y él y sus matones decidieron

enfrentarse a Perseo.

¿Y qué hizo Perseo? Pues lo de siempre. Sacó la cabeza de Medusa y los convirtió a todos en piedra. Así, Perseo y Andrómeda pudieron casarse con tranquilidad y sin que nadie les molestara.

Tras esto, Perseo regresó a la isla de Sérifos. La situación que encontró no le gustó en absoluto. Resulta que, aprovechando su ausencia, Polidectes estaba venga a acosar a Dánae, su madre, y esta se había refugiado en el interior de un templo para no ser violada.

Perseo se presentó ante Polidectes y sacó la cabeza de Medusa, y él y todos sus guardias fueron petrificados. Gracias a esto, rescató a su madre y nombró a Dictis nuevo rey de Sérifos. Perseo devolvió los objetos prestados por los dioses y además entregó a Atenea la cabeza de Medusa. A partir de entonces, esta cabeza de Medusa pasaría a formar parte del escudo de la diosa de la guerra.

Tras su boda con Andrómeda y el rescate de su madre, Perseo decidió regresar a Argos, la ciudad donde nació. Acrisio, su abuelo, quien todavía reinaba en la ciudad, se enteró de que su nieto se dirigía hacia allí y recordó lo de la profecía. Que acabaría destronado. Para evitar que se cumpliera y que su nieto lo matase, huyó a la fortificada acrópolis de la ciudad, Larisa, y allí se escondió un tiempo. Otra versión cuenta que huyó también a Larisa, pero es que Larisa también era el nombre de la ciudad más importante de la región de Tesalia.

Más tarde se celebró en esta Larisa una competición de juegos, y el rey, obviamente, asistió. Lo que no sabía era que su nieto estaba entre los participantes. Perseo estaba compitiendo en el lanzamiento de disco cuando, al lanzar el suyo, el viento desvió la trayectoria y acabó impactando en la cocorota del rey Acrisio, matándolo en el acto. Y así se cumplió la profecía. También se dice que donde le hirió fue en el pie y que eso le provocó una herida mortal.

¿Quién iba a ocupar el trono de Argos ahora? Pues todo apuntaba a Perseo, pero al haber matado a su abuelo, el semidiós se sintió incapaz de aceptar aquel puesto. Lo que hizo Perseo fue intercambiar la corona con su primo Megapentes, que era el hijo de Preto y rey de Tirinto. Es decir, que Perseo fue coronado rey de Tirinto mientras que Megapentes fue el nuevo rey de Argos.

Perseo y Andrómeda tuvieron varios hijos. Uno de ellos fue Perses, que se quedó viviendo con su abuelo Cefeo en Fenicia, y los antiguos griegos decían que de este Perses descendían los reyes de Persia.

Una cosa famosa que hizo Perseo fue fundar la ciudad de Micenas, también en la Argólida, y esta ciudad se convirtió en la capital del territorio que dominaba. La ciudad fue fortificada por los cíclopes a petición de Perseo, y también les ordenó a estos monstruos que fortificaran otra ciudad vecina que controlaba: Midea.

Fue en Micenas donde nacieron sus otros hijos: Alceo, Esténelo,

Heleo, Méstor, Electrión y Gorgófone. De estos, el más importante fue Electrión, que llegó a ser rey de Micenas y de Tirinto y se casó con Lisídice o Anaxo (dependiendo de la versión). Ambos tendrían a Alcmena, quien sería la madre de Heracles, el Hércules de la mitología griega.

Electrión fue rey de Micenas hasta que acabó muerto por un accidente en el que estuvo implicado su sobrino Anfitrión, el hijo de su hermano Alceo. Parece ser que se le estaba escapando una vaca y Anfitrión tiró una maza contra ella con tan mala suerte que le dio al rey Electrión. Por cierto, este Anfitrión estaba casado con Alcmena, y por este hecho, ambos tuvieron que exiliarse a Tebas.

Por su parte, el reino de Micenas recayó en Esténelo, y después lo heredó su hijo, Euristeo, que será importante para cuando cuente las aventuras de Heracles.

BELEROFONTE

El hijo de Sísifo y de la pléyade Mérope era Glauco, quien se convirtió en el rey de la ciudad de Corinto. Su padre le casó con una chavala llamada Eurínome (o Eurímede) y ambos tuvieron un hijo: Leofontes, también conocido como Hipónoo. Aunque otras versiones del mito dicen que el padre fue realmente Poseidón.

Un día, en la ciudad se organizaron unos juegos donde compitieron algunos de los héroes más importantes de Grecia. Entre estos héroes podemos encontrar a los argonautas. El problema fue que el rey Glauco perdió la vida durante una carrera de carros en una de estas competiciones.

En unas versiones murió atropellado por los caballos, y en otra se decía que Glauco alimentaba a aquellos caballos con carne humana, y que durante la carrera no pudo darles carnecita de personas y los caballos lo devoraron a él. La lección que podemos aprender de esta historia es que no debemos alimentar a nuestras mascotas con canelones de carne humana.

Aprovechando el vacío de poder, un tirano llamado Belero usurpó el trono de Corinto. Parece ser que el hijo del rey muerto, Leofontes, lo asesinó, y a partir de entonces le llamaron «asesino de Belero», o Belerofonte. En otras versiones, al que mató era a su hermano. El caso es que, por este hecho, Belerofonte tuvo que abandonar la ciudad de Corinto. Para expiar su pecado llegó a la ciudad de Tirinto, donde se puso al servicio del rey Preto. Este Preto acogió a Belerofonte en su palacio, le dio una habitación, comida y todo lo que quisiera. Le trataba muy bien. Sin embargo, su estancia en Tirinto iba a convertirse en una pesadilla. Resulta que la esposa del rey Preto, Estenebea, o Antea en otras versiones, no paraba de tirarle los tejos. Todos los días intentaba seducirle para acostarse con él, pero Belerofonte siempre la rechazaba. Como Estenebea tenía un orgullo desmedido y no soportaba sus constantes rechazos, decidió vengarse del tipo acusándole falsamente de haber intentado violarla. El rey

Preto se creyó toda la historia y montó en cólera. Quería cargárselo, pero no podía por las leyes de hospitalidad que existían en la antigua Grecia. Eso de cargarse a huéspedes quedaba muy feo. Por ello, Preto decidió eliminarlo de otra forma más sutil.

Preto ordenó a Belerofonte llevar una carta sellada a su suegro, el rey Yóbates de Licia, el padre de Estenebea. Pero le dijo al chaval que no abriese la carta, que eso solo lo podía hacer Yóbates. ¿Y qué decía la carta? Pues era una petición de Preto a Yóbates para que asesinara a Belerofonte por él.

Como Belerofonte no tenía ni idea de todo este plan siniestro, emprendió tan tranquilo el viaje al reino de Licia. Una vez llegó a la corte de Yóbates le entregó la carta, pero lejos de abrirla rápidamente, el rey licio la dejó por ahí y acogió a Belerofonte con gran amabilidad. Y, además, organizó varios festejos que duraron nueve días.

Tras una borrachera infernal, Yóbates por fin abrió la carta y leyó su contenido. Sin embargo, ahora era Yóbates quien no quería matar a su huésped, con el que había estado de fiesta tantos días, por lo que propuso al joven una misión suicida: matar a la Quimera.

Esta Quimera era un ser que tenía cabeza de cabra, cuerpo de león y cola de serpiente, y que encima lanzaba fuego por la boca. Se supone que era hija de Tifón y de Equidna, pero también dicen que era hija de la hidra de Lerna. Los griegos de la zona estaban hasta los huevos de aquella criatura porque se dedicaba a arrasar los campos de cultivo y también se comía las vacas y las ovejas. Un suplicio, en resumen.

Belerofonte tenía ganas de dar muerte a la criatura y demostrar su valía, pero antes decidió consultar a un adivino de nombre Poliido. Este adivino le aconsejó que, para poder matar a Quimera, lo mejor que podía hacer era capturar un caballo con alas llamado Pegaso, que había nacido de Medusa después de que el héroe Perseo la decapitara.

La diosa Atenea se le apareció a Belerofonte porque sabía que buscaba a Pegaso y para ayudarle le dejó una brida de oro para poder domarlo. Con ella, Belerofonte lo tuvo sencillo para domar al caballo volador y con él se dirigió a confrontar a la temible Quimera.

Belerofonte sobrevoló la zona a lomos de Pegaso y cuando avistó a la horrenda criatura comenzó a lanzarle flechas. Tras herirla a base de flechazos, Belerofonte usó su lanza para clavársela a la Quimera. De un lanzazo consiguió clavarle la punta de plomo en la boca, justo cuando la criatura escupía fuego contra él. Este fuego fundió el plomo de la punta de la lanza del héroe y el metal fundido se escurrió por la garganta del monstruo y murió.

Belerofonte volvió a la corte del rey Yóbates como un maldito héroe. Como el muchacho no había muerto, este rey decidió encargarle más trabajitos peligrosos. Por ejemplo, le ordenó combatir

a un pueblo guerrero al que llamaban los sólimos, que estaban muy locos y no paraban de arrasar el territorio.

Belerofonte cumplió con la misión. El tipo seguía vivo, así que Yóbates volvió a encargarle una nueva tarea complicada. Ahora se enfrentaría a las amazonas.

Tras vencer a las amazonas, Belerofonte volvió a la corte de Yóbates. El rey ya estaba desesperado porque el tipo no moría, y tenía que matarlo como le pedía el rey Preto. Por ello decidió tenderle una emboscada. Yóbates escogió a sus mejores soldados para que lo mataran. Sin embargo, el plan salió mal. Belerofonte se los cargó a todos.

Yóbates decidió rendirse y pidió perdón al héroe. Para sellar esta paz, el rey le ofreció la mano de una de sus hijas: Filónoe. Con ella, Belerofonte tuvo tres hijos: Laodamía, Isandro e Hipóloco.

Ahora a Belerofonte solo le quedaba una cosa por hacer: vengarse de las mentiras de Estenebea y sus falsas acusaciones de violación. Así pues, con toda la reputación que se había ganado, volvió a Corinto y fingió estar enamorado de Estenebea. La reina por fin estuvo complacida y ambos decidieron huir juntos a lomos de Pegaso.

Sin embargo, Belerofonte tenía una sorpresita preparada. Sobrevolando la costa griega, el héroe empujó a la reina y esta cayó sobre unas rocas y murió.

Parece ser que Belerofonte había ganado tanta fama entre los griegos que cometió el grave pecado de fliparse demasiado y planeó retar a los dioses. A lomos de Pegaso comenzó a ascender a los cielos, rumbo al monte Olimpo. Sin embargo, Zeus no vio esto con buenos ojos. Solo los dioses podían estar en el Olimpo y no un mortal, por muy semidiós heroico que fuera. Bueno, a no ser que te invitasen, como en el caso de Tántalo o Pélope.

En resumen, que Zeus le lanzó un tábano o avispa y esta picó a Pegaso. El caballito se volvió loco, Belerofonte fue incapaz de domarlo y acabó cayendo al vacío. Y así fue como el héroe Belerofonte murió.

En otra versión, Belerofonte consiguió sobrevivir a la caída, pero resultó muy gravemente herido. Quedó ciego y cojo y pasó el resto de sus días vagando por la llanura de Aleya.

Pegaso, en cambio, continuó ascendiendo y los dioses lo inmortalizaron como una constelación en el firmamento nocturno: la constelación de Pegaso.

Como Belerofonte nunca tuvo intención de regresar a Corinto para reclamar el trono de la ciudad, este pasó a otro nieto de Sísifo: Toante (hijo de Ornitión). Se dice que este Toante no se movería del trono de aquella ciudad hasta la llegada del heraclida Aletes y sus amigos los dorios.

TESEO Y EL LABERINTO DEL MINOTAURO

Como ya conté en un capítulo anterior, el rey Minos de Creta había impuesto un tributo a Atenas que consistía en entregar de forma anual siete chicos y siete chicas jóvenes para meterlos en el laberinto del Minotauro y que este ser con cabeza de toro los devorara sin compasión.

En aquella época, el rey de Atenas era el rey Egeo, y obedeció este mandato de los cretenses durante años. Sin embargo, un día, su hijo Teseo se hartó del asunto y decidió que ya había llegado la hora de que las cosas cambiaran.

Teseo le contó a su padre que tenía un plan, y se presentó voluntario para ser uno de los jóvenes enviados a Creta. Con esto le metieron en un barco y pocos días después llegó a esta isla. Por cierto, los barcos que eran enviados con los jóvenes a Creta llevaban velas negras en señal de luto y, sin embargo, Egeo le pidió a su hijito que, si su plan tenía éxito, a la vuelta no olvidase cambiar el color de las velas de negro a blanco, así él sabría antes de su regreso que estaba vivo.

—Claro, papá, sin problema, no me olvidaré —le contestó Teseo.

Spoiler. Sí se olvidó.

Parece que en el barco de ida iba el propio rey Minos, ya que se cuenta que era él mismo quien elegía a los jóvenes que iban a servir como tributo. El caso es que él y Teseo tuvieron una pequeña confrontación durante el viaje. Un duelo de machos. Resulta que Minos se enamoró de una de las jóvenes atenienses, una tal Eribea o Peribea, y trató de forzarla. Teseo se lo impidió y Minos se enfadó con él.

—Cuidado conmigo, chavalín, que yo soy hijo de Zeus —le amenazó Minos, y acto seguido hizo caer un par de rayos desde el cielo.

—Pues yo soy hijo de Poseidón, así que también cuidadito conmigo, ¿eh? —contestó Teseo, chulesco.

—Ni de coña —respondió el rey cretense.

Para probarle, Minos tiró uno de sus anillos de oro al mar y retó a Teseo para que lo encontrase. El joven se lanzó al agua y fue ayudado por los delfines, que lo ayudaron a llegar al fondo. Allí se encontró con Anfítrite, la esposa de Poseidón, y le dio el anillo para demostrar su filiación. Gracias a esto cerró la boca a Minos.

Hay una versión que dice que otro objeto que le dio Anfítrite fue una corona de oro.

En fin, que el barco llegó a Creta y los catorce jóvenes que iban a ser sacrificados fueron desfilando por la ciudad de Cnossos hasta el palacio real, en cuyo sótano se encontraba el famoso laberinto del Minotauro, creado por Dédalo.

Minos invitó a los sacrificados a un banquete, para que se empacharan en su último día y que el Minotauro tuviese carnecita extra. Allí, Teseo conoció a Ariadna, la hija del rey Minos, y ambos se enamoraron. En la mitología griega la gente se enamora rapidísimo, hasta el punto de hacer unas locuras enormes y traicionar a sus progenitores. Yo alucino bastante.

Y es que Ariadna decidió ayudar al joven Teseo a cargarse a la bestia taurina. A cambio le pidió que la sacara de la isla de Creta, la llevase a Atenas y se casase con ella. Teseo decidió aceptar. No era mala oferta. Lo que yo me pregunto es cuál sería el plan original de Teseo, porque si no llega a ser por Ariadna probablemente hubiese muerto.

¿Cómo ayudó Ariadna a Teseo? Pues le dio un ovillo, con un hilo larguísimo, y Teseo ató uno de los extremos a la entrada al laberinto. Esto lo hizo para no desorientarse, pues el lugar era gigantesco, y si no te mataba el Minotauro, perderse y morirse de hambre era también muy probable.

Teseo se enfrenta al minotauro

También se cuenta que le dio una espada, y gracias a esta arma, Teseo logró acabar con la vida del Minotauro en un enfrentamiento épico. Luego fue tirando del hilo del ovillo y logró encontrar la salida

y reunirse con Ariadna.

Otra versión menos conocida cuenta que en vez de un ovillo, Ariadna le regaló una corona enjoyada que iluminaba el oscuro laberinto, y que gracias a él logró salir de allí con vida. El caso es que ambos salieron juntos del palacio, rescataron a los demás jóvenes atenienses, robaron un barco y pusieron rumbo a Atenas.

Antes de llegar a la capital ática, la pareja hizo una pequeña parada en la isla de Naxos. Y aquí Teseo abandonó a Ariadna por razones un poco ambiguas. En unas versiones fue idea suya, quizás porque era muy pesada, y en otras versiones fue un mandato de los dioses. Parece ser que el destino de Ariadna era acabar casada con el dios Dioniso, y juntos vivieron muchas juergas en aquella isla y tuvieron multitud de hijos.

Bueno, pues Teseo volvió a poner rumbo a Atenas y, como ya conté, se olvidó por completo de cambiar el color de las velas. Las dejó negras, y su padre, el rey Egeo, cuando vio su barco acercándose con las velas de luto pensó que todo había salido mal y se suicidó lanzándose por un acantilado al mar. Un mar que, a partir de entonces, sería llamado Mar Egeo en su honor. De todas formas, mira que hay que ser dramático… ¿Qué le costaba esperarse un poquito?

Debido a esta muerte tan absurda, Teseo se convirtió en rey de Atenas. Pocos años después se casó con Fedra, una de las hermanas de Ariadna.

DÉDALO E ÍCARO

Ya dije que Dédalo era un arquitecto que estaba al servicio del rey Minos y había construido el laberinto del Minotauro, su obra más famosa. Con una esclava de Minos llamada Náucrate tuvo un hijo: Ícaro.

Sin embargo, después de que Teseo lograse escapar con Ariadna tras haber matado al Minotauro, Minos se enfadó mucho. Averiguó que Dédalo había aconsejado a Ariadna sobre cómo escapar del laberinto, y por ello decidió encerrar tanto a Dédalo como a su hijo Ícaro en una prisión.

Unas versiones dicen que esta prisión era subterránea y otra que era una torre, igual que en el mito de Dánae y Perseo. El caso es que Dédalo quería escapar con su hijo de aquel encierro, pero era complicado. Creta era una isla, y también una talasocracia, y los navíos del rey patrullaban todo el rato los mares alrededor del lugar. La única escapatoria era por aire.

Por ello, el inventor se puso manos a la obra y creó unas alas para él y para su hijo. Fueron confeccionadas con cera y con plumas. ¿Dónde encontró aquel material si estaba encerrado? No se sabe. Lo hizo un mago. El caso es que con aquellas alas podrían salir volando y llegar hasta Sicilia.

Cuando todo estuvo listo para la fuga, Dédalo le recordó a su hijo algo muy importante.

—No vueles demasiado alto o el calor del sol derretirá la cera de las alas. Tampoco vueles bajo porque la espuma de mar puede mojar las plumas.

—Genial —contestó el hijo—. Tendré toda esta información en cuenta.

Spoiler: no la tuvo en cuenta.

Ambos, padre e hijo, salieron volando con aquellas alas artificiales, y todo iba genial en su huida. Sin embargo, el chaval se lo estaba pasando tan bien que se olvidó de la única cosa de la que tenía

que acordarse. Voló a demasiada altura y el calor del sol comenzó a derretir sus alas. Pronto se vio cayendo irremediablemente contra el mar. Murió por el golpe o ahogado.

Dédalo quedó tan entristecido con este hecho que llamó a una isla cercana Icaria en su honor.

De todas formas, la historia de Dédalo continúa. Él logró escapar de Minos, y llegó hasta Sicilia, donde pidió protección al rey del lugar, Cócalo, que reinaba sobre la ciudad de Cámico.

El rey Minos ordenó encontrar a Dédalo, que sabía que se escondía en alguna isla cercana. Se cuenta que fue isla por isla preguntando a todos los reyes a ver si le habían alojado. Aunque no lo preguntaba tal cual, sino que simplemente Minos llegaba y proponía a cada rey un acertijo que sabía que solo Dédalo lograría resolver. A cambio, Minos prometía una suntuosa recompensa.

Este acertijo consistía en que Minos les daba a estos reyes una caracola espiral y lo que tenían que hacer era enhebrar un hilo a través de sus circunvoluciones. Pues bien, cuando llegó a Cámico habló con Cócalo y le propuso el acertijo.

—Ten esta caracola y busca una forma de enhebrar un hilo sin romperla. Si logras resolver este acertijo te daré una fortuna. Tienes veinticuatro horas. Te esperaré en la costa tomando una caipiriña.

El rey Minos se fue, y el rey Cócalo pidió ayuda a Dédalo, quien se escondía en su palacio. Este resolvió el acertijo untando el interior de la caracola con miel y dejando que una hormiga atada al hilo llegase hasta el fondo. Cuando le comunicó la respuesta a Minos, el cretense supo que Dédalo se escondía allí, en su corte.

—Sé que escondes a Dédalo, entrégamelo —exigió entonces Minos.

Cócalo le pidió calma, y le dijo que vale, que sí que lo escondía y que se lo entregaría.

—Pero antes… ¿por qué no te tomas un bañito caliente que he preparado? —sugirió Cócalo al rey cretense.

Y este aceptó, pero era una trampa, pues Cócalo no tenía ninguna intención de entregar a Dédalo. Cuando Minos se metió al *spa*, las hijas del rey siciliano lo quemaron con agua hirviendo. Y así acabó la vida de este mítico rey de Creta. Por su parte, Dédalo fue libre y se quedó a vivir en Sicilia.

El reino de Creta quedó en manos del primogénito de Minos: Catreo. El oráculo le dijo a Catreo que moriría a manos de uno de sus hijos, así que a su hijo varón (Altémenes) le pidió que se exiliara a Rodas, y a sus tres hijas (Clímene, Apemósine y Aérope) las vendió como esclavas.

Esta Aérope es importante, pues acabó casada con el rey de Micenas Plístenes. A su muerte se casó con su hermano Atreo, y juntos

tuvieron a dos reyes famosos: Menelao y Agamenón.

El caso es que Catreo vivió sin problemas y, cuando ya estaba muy viejito decidió ir a Rodas a buscar a su hijo para que le sucediera en el trono. Sin embargo, los rodinios los confundieron a él y a su corte con un grupo de piratas y los apedrearon, y su hijo Altémenes lo mató clavándole una jabalina. Cuando Altémenes se dio cuenta de lo que acababa de hacer pidió que se lo tragara la tierra, y eso pasó.

A la muerte de Catreo le sucedió su hermano Deucalión, y tras la muerte de este, su hijo Idomeneo se convirtió en el rey de Creta. Durante su reinado ocurrió la guerra de Troya.

AFRODITA Y ADONIS

Adonis fue un joven extremadamente hermoso nacido de Biblos y Chipre. Estos dos nombres, aparte de ser los padres de este personaje, también designan una ciudad fenicia y una isla del Mediterráneo oriental, respectivamente. Dicen que es probable que este mito viniese de Oriente Próximo, que sea de origen semítico y que más tarde fuera adaptado por los antiguos griegos, pero bueno, es algo que ahora mismo no importa demasiado.

Existen muchas versiones del nacimiento de Adonis. Para unos era hijo de Fénix y de Alfesibea. Para otros era hijo de Metarme y Cíniras, rey de Pafos, una ciudad de la isla de Chipre.

Sin embargo, el mito más común cuenta que la diosa Afrodita instó con sus poderes mágicos a Mirra (o Esmirna) a mantener relaciones con su padre. ¿Por qué? Pues porque esta princesa Mirra se negaba a adorar a la diosa de la belleza y el amor. Este padre era Tías, el rey de Esmirna, territorio que podía haberse identificado antiguamente con Siria o Asiria.

Mirra se coló en la alcoba de su padre por la noche y ambos mantuvieron sexo a oscuras. Y así durante doce noches. El padre pensaba que a quien se estaba tirando era a una esclava o algo así. Sin embargo, un día Tías descubrió el engaño gracias a una lámpara de aceite, y trató de matar a su hija con una espada o un puñal.

Mirra entones clamó al cielo que la apartasen de la vista de los humanos y Afrodita completó su venganza convirtiéndola en un árbol. Un árbol de mirra, concretamente. Este árbol era común en Oriente Próximo y desde luego en la Antigüedad era muy valorado precisamente por la mirra, que era su resina. Con esta mirra se hacían perfumes, ungüentos, medicinas y también incienso. Era tan codiciado que, de hecho, fue uno de los regalos que le hicieron los Reyes Magos a Jesusito al nacer este. Según la tradición cristiana, claro está.

El caso es que Adonis nació cuando Tías lanzó el puñal contra el árbol en el que se había convertido su hija. También hay otra versión

que dice que Adonis nació del mismo árbol cuando un jabalí golpeó la corteza con sus colmillos.

El caso es que Adonis nació y el niño era lo más hermoso que Afrodita había visto en su vida. Quedó completamente embelesada por su belleza. Así pues, lo encerró en un cofre y se lo entregó a Perséfone para que lo guardara mientras crecía. Eso sí, le dijo que nunca abriera la caja.

En la mitología griega, nadie hace caso a las advertencias de los dioses. Todos abren la maldita caja que les han dicho que no abran. Pues bien, Perséfone la abrió y también quedó prendada del niño guapetón. Tanto que se negó a devolvérselo a Afrodita.

Las dos diosas se pelearon y Zeus tuvo que poner orden. Este estableció que Adonis pasaría cuatro meses con Afrodita y cuatro meses con Perséfone, y los otros cuatro meses con quien eligiera el propio Adonis. Adonis eligió pasar esos cuatro meses de su elección con Afrodita, que era la diosa que le hacía más tilín.

Sin embargo, el amor entre Afrodita y Adonis no duró mucho, pues el muchacho fue asesinado por un jabalí loco durante una cacería. Unos dicen que fue un accidente y otros que hubo una conspiración detrás.

Una versión narra que el jabalí era realmente Ares, dios de la guerra y amante de Afrodita. Su motivación serían los celos, obviamente. Otra versión pone de asesina a Artemisa, que quería vengarse de Afrodita porque esta mató a su amado Hipólito. Resulta que este Hipólito, hijo del héroe Teseo y una amazona, veneraba a Artemisa y odiaba a Afrodita. Esta, como venganza, hechizó a su madrastra Fedra para que se enamorara de él. Afrodita siempre usaba el mismo *modus operandi*: parece ser que el incesto le encantaba como venganza. Él la rechazó y Fedra se suicidó. Pero Afrodita, a través de la nodriza de Hipólito, escribió una tablilla que dejó en la tumba de Fedra que decía que Hipólito había intentado violarla.

Cuando Teseo se enteró de todo esto, montó en cólera y pidió ayuda a Poseidón. Este envió un monstruo marino de los suyos contra Hipólito, a quien no le quedó más remedio que tratar de huir. Sin embargo, la mala suerte hizo que se cayera de su carro, y acabó arrastrado por sus caballos, lo que le provocó la muerte.

Pero bueno, volvamos al mito de Adonis. Afrodita fue corriendo a socorrer a su amado tras haber sido golpeado por el jabalí loco, y por el camino se hirió con unas zarzas. Las gotas de sangre que cayeron al suelo se transformaron en unas flores similares a rosas llamadas «adonis». Luego se quedó junto al cadáver de Adonis y roció sobre él un néctar, y esto hizo que su sangre se transformase en una flor roja llamada anémona, que al igual que las «adonis» son similares a las rosas.

ORIÓN

Seguramente os suene «el cinturón de Orión», que son tres estrellas que forman parte de la constelación de Orión, el cazador. Pues ahora voy a hablar del mito griego relacionado con esta constelación.

Resulta que Orión era un hijo de Poseidón y de una hija de Minos, Euríale. De él se cuenta que tenía el poder de andar sobre las aguas, por lo que podía viajar fácilmente de isla en isla por el mar Egeo.

En uno de sus viajes acabó en Quíos, una isla famosa por su vino. Allí se emborrachó y acabó altamente perjudicado. En su estado de embriaguez vio paseando por allí a Mérope. Pero no la pléyade, sino la hija del rey de aquella isla de Quíos, Enopión. Enopión era, por cierto, el hijo que tuvieron Dioniso y Ariadne después de que esta hubiera sido abandonada por el héroe Teseo.

Pero volvamos a la historia. Como siempre pasa en la mitología griega, nuestro protagonista se enamoró de la chica. Borracho como iba, Orión se lanzó a por Mérope y la violó.

En otra versión se cuenta que el objetivo de Orión era casarse con Mérope, y para ganarse el favor de su padre Enopión decidió comenzar a matar animales a flechazos por toda la isla. Pero Enopión vio todo aquello como un acto propio de un bruto y un *colgao* y pasó bastante de él.

El caso es que Enopión se enteró de la violación de su hija (o del exterminio de su fauna autóctona) y se enfadó tanto que cegó a Orión mientras dormía. Tras eso, lo expulsó de la isla.

Entonces, el cazador, sin poder ver un carajo, decidió dirigirse como pudiera hacia Lemnos, para hacerle una visita al dios Hefesto.

—¿Cómo me curo de mi ceguera, Hefesto? —le preguntó Orión.

—Tienes que viajar hasta Oriente, por donde sale el sol. Mi criado Cedalión te guiará hasta allí subido a tu chepa. Una vez llegues, habla con Helios, él podrá curarte.

Orión puso rumbo al nacimiento del sol y finalmente acabó curándose gracias a los rayos mágicos del astro rey. Una vez con la vista recuperada decidió vengarse de Enopión, y viajó a Quíos. Sin

embargo, el rey Enopión fue listo y se escondió bajo tierra, por lo que el cazador fue incapaz de atraparlo.

Luego se cuenta que Orión viajó a la isla de Creta, y allí trabó amistad con la diosa Artemisa y su madre Leto. Parece que los tres participaron en una cacería, y que Orión logró acertar a muchas presas. El problema es que se vino muy arriba.

—Joder, qué bueno soy. Soy el amo. ¡Soy el amo! ¿Me oís? El puto amo. Es que yo solito podría matar a todos los animales del mundo de tan puto amo que soy.

A Gea, la diosa madre de la Tierra, no le gustaron nada estas palabras. Por ello, decidió enviarle un regalito envenenado. Ese regalito era un escorpión gigante con orden de asesinarlo. Orión se defendió y luchó contra aquella criatura, pero la bestia acabó picándolo y murió. Zeus recogió su cuerpo y lo colocó entre las constelaciones del cielo, al igual que al escorpión, el cual se convertiría en la constelación de Escorpio. Y la gracia está en que la constelación de Orión se oculta en el cielo justo cuando aparece la de Escorpio, como una metáfora de esta historia.

LOS INICIOS DE HERACLES

El más famoso de todos los héroes y semidioses griegos fue sin duda Heracles, al que más tarde los romanos llamaron Hércules, aunque en el momento de su nacimiento fue llamado Alcides o Alceo, en honor a su abuelo Alceo. El nombre de Heracles vendría más tarde, luego lo cuento. Ahora lo mejor es comenzar la historia por el principio.

Como vimos en un capítulo anterior, Alcmena era una nieta de Perseo e hija de Electrión, rey de Micenas. Y vivía felizmente en Micenas siendo una princesa. Los problemas empezaron cuando llegaron seis personas montando bronca. Eran seis hermanos, hijos de Pterelao, rey de los tafios, descendientes de Méstor, que era un hermano de Electrión. El caso es que esos seis hermanos tafios reclamaban el trono de Micenas, y Electrión se negó a dárselo. Entonces los hermanos le robaron todas las vacas y el ganado que pudieron, por lo que, en respuesta, los hijos de Electrión fueron a por ellos. En aquella batalla campal murieron todos los hijos de cada rey menos uno: Licimnio por parte de Electrión y Everes por parte de Pterelao. Este último logró escapar con el ganado y se lo vendió a Políxeno, rey de la Élide e hijo de Augías, un tipo que será importante en esta historia más adelante.

Entonces entró en escena Anfitrión, quien era un sobrino del rey Electrión (Alceo, su padre, era hermano de Anfitrión). Anfitrión prometió al monarca que él lograría recuperar el ganado robado, pero a cambio solo quería una cosa: la mano de su bella hija Alcmena. Electrión estaba desesperado, así que aceptó.

Anfitrión cumplió su parte y logró recuperar el ganado. Lo llevó de vuelta a Micenas y todo guay, pero en la ciudad una vaca se le escapó y lanzó una maza para detenerla. La mala suerte hizo que aquella maza acabara incrustada en el cráneo del rey Electrión. Ya hace falta tener mala suerte.

Micenas se había quedado sin rey, y el hermano de Electrión, Esténelo, tomó el poder por la fuerza. Aunque había sido un accidente,

Anfitrión fue acusado de asesinato y fue exiliado del lugar junto con su ahora novia Alcmena.

La pareja tuvo que comenzar una nueva vida en la ciudad de Tebas. Allí, el rey Creonte purificó a Anfitrión de su pecado; sin embargo Alcmena se negó a casarse con él hasta que no hubiera vengado la muerte de sus hermanos.

Así pues, Anfitrión fue a guerrear contra los tafios (o telebeos) con ayuda de las tropas del rey Creonte de Tebas. Esta ayuda se la prestó a cambio de que Anfitrión matase a un terrible zorro conocido como zorro de Teumeso, pues tenía su guarida en este monte cercano a Tebas. De este zorro se decía que su destino era no ser cazado jamás. Casualmente por Tebas apareció Céfalo, quien era dueño de un perro del que se decía que nunca dejaba escapar una presa. Anfitrión pidió su ayuda para cazar al zorro y, lógicamente, esto dio lugar a una paradoja entre los destinos de ambos animales. Al final Zeus intervino y convirtió a ambos seres en piedra. O también se dice que al zorro lo convirtió en piedra y al perrete lo convirtió en la constelación de Can Mayor.

En fin, que Anfitrión ya tenía montado su ejército, y tuvo la ayuda también de este Céfalo y de Heleo, hijo de Perseo. Fueron a atacar la isla del rey Pterelao, pero era complicadísimo porque estaban bajo la protección de Poseidón, que era abuelo de este rey. Se decía de Pterelao que tenía un cabello dorado que le hacía inmortal.

Sin embargo, Anfitrión ganó la guerra gracias al amor. Resulta que la hija de su enemigo, Cometo, se enamoró de él, y este la usó para que arrancara la cabellera dorada mágica de su padre, lo que provocó su muerte. Cometo, habiendo cumplido lo prometido, se declaró a Anfitrión y este la traicionó cortándole la cabeza. ¿No os suena esta historia? Sí, pasó exactamente lo mismo con la historia del rey Niso de Mégara. Los griegos también le daban mucho al reciclaje de relatos.

En fin, que Anfitrión logró grandes éxitos en su guerra. Mientras tanto, Alcmena estaba en su nueva casita de Tebas. Y aquí entra en la historia nuestro querido semental olímpico, Zeus. El dios se disfrazó de su marido y se acostó con ella. Anfitrión volvió victorioso de la guerra varios días después y él también se acostó con ella, por lo que, al final, Alcmena quedó embarazada de mellizos. Uno fue el más célebre héroe griego, Heracles, y el otro fue Ificles, que no lo conocen ni en su casa.

En el Olimpo, Zeus no paraba de alardear de que pronto nacería un hijo suyo que gobernaría sobre la Argólida y que acabaría ayudando hasta a los mismísimos dioses de tan poderoso que era. Su esposa Hera, que ya hemos visto que era razonablemente celosa, trató de hacer a Heracles el mayor número de putadas posible incluso antes

de nacer. Quería evitar a toda costa tener que aguantarle. Con sus poderes retrasó el parto de Alcmena e hizo que el primo de aquellos gemelos, Euristeo, también de descendencia perseida, naciese antes, por lo que años después fue coronado nuevo rey de Micenas. Este sería quien más tarde le mandaría hacer los famosos doce trabajos.

La idea de la diosa Hera era evitar aquel parto, y mientras tanto, Alcmena se retorcía de dolor. Suplicaba la ayuda de la diosa de los partos Ilitía, pero esta no venía porque Hera le había dicho que como asistiera aquel parto lo pagaría caro.

Según otra versión de los hechos, en aquel parto sí que estaba Ilitía, pero fingiendo que hacía algo. En realidad, solo seguía las órdenes de Hera.

De esto se dio cuenta la sirvienta pelirroja de Alcmena, Galantis. Dedujo que la diosa Hera estaba detrás de aquel parto que no acababa, y entonces se le ocurrió probar algo.

—Ya ha nacido el niño —dijo la sirvienta.

Claro, eso no se lo esperaba Ilitía, y se asustó y abrió las manos, liberando por fin a los dos gemelos del vientre de su madre. Ahora ya sí, ambos nacieron.

Galantis se burló de la diosa Ilitía, pero esta se vengó de ella convirtiéndola en una comadreja. Y por si te lo estás preguntando, parece que sí, que las palabras «comadreja» y «comadrona» tienen relación etimológica. Según el Centro Virtual Cervantes «el origen de este vocablo podría obedecer al uso de un nombre cariñoso destinado a ganarse las simpatías de este fiero animal».

Bueno, el caso es que Heracles (o Alcides) e Ificles habían nacido. Del pobre Ificles tampoco vamos a saber mucho, así que lo mejor es centrarse en Heracles. El chaval fue creciendo y ya desde que era un enano dio muestras de tener una fuerza increíble.

Como siempre, Hera trató de matarlo en diversas ocasiones. Por ejemplo, mientras Heracles era solo un bebecito, la diosa envió dos serpientes mientras dormía en la cuna. Sin embargo, cuando ya estaban a punto de morder al chaval, este despertó y estranguló a ambas con sendas manos.

Otra anécdota que se cuenta es que un día Zeus engañó a Hera para que le diese el pecho a Heracles. Parece ser que mientras la diosa dormía, Zeus le dijo a Hermes que colocase al bebé Heracles en su regazo para que mamara de su teta mágica y que aquello le diese la inmortalidad. Así pues, el semidiós fue amamantado por la diosa sin que esta se enterase, pero pronto despertó y se dio cuenta de que ese bebé era el mismísimo Heracles, por lo que apartó rápidamente su pecho. Del pezón mágico de Hera salió un lechazo (también mágico) que viajó hasta la bóveda celeste, formando una enorme mancha en el firmamento. Eso sería llamado por los griegos Vía Láctea.

Pasó el tiempo, y el chaval y su hermano fueron creciendo. Heracles se convirtió en un adolescente rebelde al que le encantaba hacer pellas para no asistir a clase. Aun así, tuvo maestros excepcionales. Su maestro de arco fue Éurito, nieto de Apolo; mientras que el de lucha cuerpo a cuerpo fue Autólico.

La clase que menos gustaba a Heracles era música. El maestro de esta disciplina era Lino, y Heracles siempre intentaba sacarle de quicio. Parece ser que un día le enfureció tanto que Lino golpeó al chaval y Heracles respondió lanzándole una lira, con tan mala suerte que dejó *moñeco* al profesor. Le cascó el cráneo y catapún.

El jovencito Heracles fue llevado a juicio por asesinato y el juez decidió absolverlo porque vio que había sido en legítima defensa. Como si un golpe entre un semidiós y un humano normal fueran equiparables. Huele a tongo. Heracles, aparte de inmortal, era inimputable, en diez días salió. Empieza bien la historia del mayor héroe de Grecia, ¿verdad?

Anfitrión temía que su hijo (adoptivo) la liase más, así que lo envió una temporada al campo, a las montañas, para que no molestase tanto. Allí Heracles se hizo amigo de un escita de nombre Téutaro, que le educó en el arte de la guerra y le enseñó a manejar el arco. Porque resulta que las tribus escitas eran los mejores arqueros que podías encontrar en aquellas tierras.

Gracias a sus habilidades de combate, cuando cumplió dieciocho años Heracles fue capaz de acabar con un temible león que no paraba de matar a pastores de la región de Beocia. Ese fue el león de Citerón. No lo confundáis con el león de Nemea, del que luego hablaré. Tras matar a este león, lo desolló y se vistió con su piel, con la cabeza del animal como «casco». Ese fue uno de los rasgos característicos del atuendo de Heracles.

Además, durante su cacería se hizo amigo del rey Tespio, monarca de la ciudad de Tespias. Este tenía cincuenta hijas y soñaba con tener un nieto (o nietos) ultrapoderoso como Heracles, por lo que alojó al héroe en su palacio y le hizo acostarse con todas sus hijas. Cuenta el mito que Tespio, cada noche, le hacía acostarse con una hija diferente. En algunas versiones se dice que Heracles pensaba que siempre era la misma, pues las cincuenta hijas eran igualitas. En otras, Heracles se acostó con todas a la vez en una orgía desenfrenada. También se cuenta que una de estas hijas negó querer acostarse con Heracles y fue forzada a permanecer siempre virgen sirviendo como sacerdotisa en el templo de Heracles en Tespias.

El caso es que, tiempo después, de esas relaciones salieron varios varones muy fuertes, los llamados cincuenta tespíadas. Pero de los hijos de Heracles hablaremos en otro capítulo.

Tras estos hechos, Heracles se topó con unos tipos que no le

cayeron nada bien. Eran emisarios del rey Ergino, de la ciudad de Orcómeno, también localizada en la región de Beocia. Este rey Ergino había derrotado tiempo atrás a los tebanos, y Tebas debía pagarle cada cierto tiempo una serie de tributos.

La historia es la siguiente. Unos años antes, el padre de Ergino, el rey Clímeno, había asistido a un festival en honor a Poseidón en la ciudad de Onquesto. Sin embargo, durante la celebración lo mataron. Existen dos versiones. Una dice que se metió en una bronca chorra con unos tebanos y otra que el padre de Creonte, Meneceo, lo mató sin querer con una piedra que rebotó durante una carrera de carros. Por esto, Ergino decidió invadir el reino de los tebanos.

Heracles era tebano, y no soportaba a estos opresores de Orcómenos, así que peleó contra ellos y les cortó la nariz, las manos y las orejas, se las ató al cuello y los envió para su casa. Les dijo que entregaran un mensaje: «Este es el único tributo que vas a recibir, Ergino, ten *cuidao* conmigo».

Ergino decidió enviar un ejército contra Tebas, pero Heracles venció a sus soldados, mató al rey opresor y convirtió a Orcómenos en vasalla de Tebas.

El rey tebano Creonte se alegró tanto que recompensó a Heracles con la mano de su hija, la princesa Mégara. Mientras tanto, su hermana pequeña, Pirra, fue casada con el mellizo sin poderes de Heracles, Ificles.

HERACLES Y LOS DOCE TRABAJOS (PARTE 1)

Como ya conté, Heracles se casó con Mégara, hija del rey Creonte de Tebas, y juntos tuvieron varios hijos. El número varía desde dos hasta ocho.

A su vez, su hermano Ificles se casó con la hermana pequeña de esta Mégara, Pirra, y también tuvieron hijos. Sin embargo, esta no va a ser una historia feliz, pues Hera seguía enfadada y buscaba joder al semidiós.

Un buen día, Hera decidió provocar a Heracles un ataque de ira, y fue tan fuerte que empezó a destruirlo todo con sus superpuños, incluyendo a su mujer, a sus hijos y a dos de sus sobrinos. El único sobrino que logró escapar fue Yolao, que luego le ayudaría en sus aventuras. En unas versiones se cuenta que los mató a puñetazos, en otras que los cagó a flechazos, y en otras que los arrojó a una hoguera.

Cuando Heracles salió de aquel modo *berserker* y descubrió lo que había hecho, cayó de rodillas y gritó:

—¡Noooooooo!

Todo muy dramático.

Heracles decidió apartarse del mundo y comenzó a vivir en el campo, alejado de todo, como un ermitaño. Su hermano Ificles le encontró y le convenció para que fuera al oráculo de Delfos a ver si había alguna manera de solucionar el daño que había hecho y expiarse de todo aquello.

Heracles se presentó ante la pitonisa y esta le dijo que aún era posible la redención, pero la penitencia iba a ser muy dura. Le ordenó que fuera a solicitar trabajo a Euristeo, tío de Heracles, que reinaba en Micenas. Si lo recordáis, fue a quien Hera favoreció el parto para que fuera coronado rey del lugar. Heracles odiaba a Euristeo, pero si era necesario ponerse a su servicio para expiar sus pecados, así lo haría.

Bueno, pues ya ante Euristeo, este le dijo que tenía que realizar para él diez trabajos muy complicados. Diez trabajos que luego se convirtieron en doce, pues dos de ellos quedaron invalidados. También, como ya conté, hasta ese momento, Heracles se llamaba

Alcides, pero decidió cambiarse el nombre a Heracles, que significa «Gloria a Hera», para intentar ganarse su favor y que no le putease tanto.

Ahora, sin más dilación, pasemos a conocer los famosos trabajos de Heracles.

Trabajo 1: matar al león de Nemea

El primer trabajo que tuvo que realizar Heracles fue matar a un furibundo león asesino que no paraba de cargarse a gente por el valle de Nemea, al noroeste de la región de la Argólida. La criatura de marras tenía fama de invencible, pues su piel era tan dura que cualquier flecha rebotaba. No había forma humana de acabar con él.

Hecacles llegó al lugar y lo atacó primero con flechas, luego con su espada de bronce, y finalmente probó con un garrote hecho con el tronco de un olivo. Sin embargo, nada hizo mella en el león, que seguía en perfecto estado.

El semidiós se escondió y pensó un plan alternativo. Siguió al león a escondidas y encontró su guarida. Tenía dos salidas. Entonces se le ocurrió un plan para matarlo. Taponó una de las salidas y se metió en la cueva, donde pudo acorralarlo fácilmente. Y en vez de usar armas, decidió usar sus bíceps de semidiós. Rodeó su cuello con ellos y apretó hasta dejar sin oxígeno al león de Nemea. Lo estranguló y así pudo acabar con él.

Los doce trabajos de Hércules (primera parte)

Heracles recogió el cadáver del monstruo y se lo llevó a Euristeo a su palacio de Micenas. Este pegó un brinco al verlo y se enfadó con Heracles. Le dijo que jamás volviera a entrar en su ciudad, por lo que,

de ahí en adelante, sus reuniones postrabajo tendrían lugar fuera de las murallas. A veces, también se dice que Euristeo puso un intermediario, el heraldo Copreo.

Tras haber cumplido con el trabajo, Heracles decidió despellejar al león, pero como su piel era impenetrable, fue incapaz. Por suerte, se le apareció Atenea disfrazada de anciana y le dio un buen consejo:

—¿Has probado a desollarlo usando las propias garras del animal?

Heracles probó y *voilà*. Ahora tenía una piel de león que era como un escudo antibalas, y como había hecho tiempo antes con el león de Citerón, Heracles se hizo un traje con la piel de este león de Nemea.

Trabajo 2: matar a la hidra de Lerna

La hidra de Lerna era un terrorífico monstruo acuático, hija de Tifón y de Equidna, y parece que el león de Nemea era su hermano. Se trataba de una especie de serpiente o dragón gigante que tenía muchísimas cabezas. En unas fuentes se dice que tenía desde tres hasta cien. Eso son muchas cabezas. Y es que parece ser que la habilidad que más caracterizaba a esta criatura del averno era que si una de sus cabezas era cortada, le crecían dos más. Vivía en los pantanos de Lerna, al sur de la ciudad de Argos, y parece que custodiaba una de las entradas al Inframundo.

Para cumplir con esta tarea, Hércules tuvo la inestimable ayuda de su sobrino Yolao, uno de los hijos de Ificles que no murió. Ambos se adentraron en aquella ciénaga tenebrosa con la boca tapada con trapos, pues el lugar era ultratóxico, debido al aliento del monstruo.

Cuando lograron dar con la bestia el combate comenzó. Heracles empezó lanzándole una lluvia de flechas de fuego para hacerla salir de su escondrijo, y cuando estuvo cerca le cortó varias cabezas con su espada. Sin embargo, como ya he adelantado, cada vez que el héroe cortaba una cabeza, dos nuevas crecían y aquella lucha parecía no tener fin.

Además, en una versión se cuenta que la diosa Hera quiso complicarle más la vida a Heracles y por ello envió un cangrejo de nombre Carcinos para que le pinzara en los pies y le molestase mientras tenía lugar el combate. Pero fue un problema menor y Heracles se libró de él rápido, tan solo bastó con aplastarlo con el pie. El cangrejo murió y Hera lo convirtió en la constelación del cangrejo, es decir, Cáncer.

Se cuenta que Atenea ayudó a nuestros héroes y le dio una idea a Yolao para derrotar a la hidra. Luego Yolao le contó la idea a su tío.

—Me ha dicho Atenea que, si cortamos uno de los cuellos del

bicho y luego cauterizamos la herida, ya no le volverán a crecer más cabezas allí.

—¡Qué buena idea! ¡Voy a probar!

Así pues, Heracles y Yolao comenzaron a cortar cabezas a la hidra, y según las cortaban iban quemando las heridas abiertas hasta que no quedaron más cabezas que cortar. Finalmente, la hidra acabó muerta y sin poder regenerarse.

Hay una versión alternativa (de otro de los multiversos, por supuesto) que dice que la última cabeza de la hidra de Lerna estaba protegida por una armadura y que era inmortal. Heracles la separó del cuerpo a espadazos, pero no podía morir, por lo que solo tuvo que enterrarla bajo una gigantesca piedra y fin del problema. Luego restregó sus flechas en la sangre tóxica de la criatura, algo que tendrá importancia más adelante.

Heracles llegó hasta donde Euristeo, muy contento por haber cumplido con el segundo trabajo, pero la celosa Hera le chivó que realmente había sido Yolao quien había tenido la idea que acabó con la hidra. Así pues, Euristeo invalidó este segundo trabajo.

Trabajo 3: capturar a la cierva de Cerinea

Este nuevo trabajo no va de matar, ahora la misión era simplemente capturar una cierva. Pero no una cierva cualquiera, sino la cierva de Cerinea. De ella se decía que tenía pezuñas de bronce y la cornamenta de oro.

Según el mito, la diosa de la caza, Artemisa, la hermana de Apolo, había intentado capturar algunas ciervas excepcionales para que tiraran de su carro. Capturó cuatro y esta quinta se le escapó, así que imaginaos lo rápida que era.

Heracles estuvo un año entero tratando de atraparla, pero no había forma humana de darle alcance. Esta persecución acabó en el país de los hiperbóreos, la Hiperbórea, una región situada al norte del mundo conocido. Fue allí donde Heracles logró capturarla cuando la cierva se puso a beber agua de un lago.

Parece que el método que usó fue lanzarle una flecha que atravesó sus dos patas traseras, lo cual paralizó al animal. El mito decía que la sangre de aquella cierva tenía unas cualidades únicas, y que era capaz de matar hasta a los dioses. Por ello, para no derramar nada de sangre del animal, Heracles apuntó con su arco a huesos y tendones.

En fin, que Heracles volvió a Micenas y esta vez ni Hera ni Euristeo pudieron invalidar el trabajo. Había salido perfecto, aunque hubiese costado tanto.

Trabajo 4: capturar al jabalí de Erimanto

En el macizo montañoso de Erimanto, situado entre la Arcadia y la región de la Élide, vivía un enorme jabalí que podía arrancar árboles con sus colmillos y que devoraba a personas de un solo bocado. También se decía que podía provocar terremotos. En resumen, que los pobladores estaban hasta las narices del animal y querían que alguien acabara con él.

Heracles llegó a la zona con la intención de capturarlo, pero por el camino decidió hacer una visita a un amigo suyo. Este amigo era Folo, un centauro con el que había tenido buena relación en el pasado. Folo se alegró tanto por su visita que decidió abrir el ánfora del mejor vino que tenía. El problema fue que sus amigos centauros se enteraron y montaron en cólera, porque no les había consultado lo del vino.

Heracles al principio intentó quedarse al margen, pero los centauros le cabrearon tanto que se lio a espadazos con ellos. Mató a varios de estos seres con sus flechas impregnadas en veneno de la hidra y el resto acabó huyendo.

Folo cogió una de estas flechas, sorprendido. No se explicaba cómo una punta tan pequeña podía haber acabado tumbando a un centauro de un solo golpe. Entonces la flecha se le resbaló de las manos y se clavó en su pie. Folo murió y Heracles se cagó en todo. Lo enterró al pie de un monte y este llevaría su nombre: Foloe.

Tras esto, Heracles se puso a rastrear al jabalí. Subió a la montaña de Erimanto, que estaba nevada, y fue allí donde dio con el animal. Este, al ver al pechudo semidiós, decidió huir, pero Heracles le siguió. Finalmente le dio alcance y le saltó al lomo, y gracias a una red consiguió reducirlo. Lo llevó a Micenas y otro trabajo concluido.

Trabajo 5: limpiar los establos de Augías en un solo día

Ya os dije que el ganadero Augías volvería a salir en la historia. Este Augías había conseguido ser nombrado rey de la Élide, y de él se cuenta que tenía el mayor número de ganado de toda la Hélade. Tenía cientos, o puede que miles de vacas y de cabras. Además de doce toros regalados por el dios Helios, que parece ser que era su padre.

Y como os podéis imaginar, cada vaca y cada cabra se dedicaba a cagarlo todo. Por supuesto, los establos de Augías estaban hechos un cristo, porque el tipo jamás los había limpiado. Era el lugar más cerdo que os podríais imaginar. Y uno de los trabajos de Heracles fue limpiarlos. Nada de cazar animales ni matar monstruos. No, ahora la

tarea era limpiar caca de vaca.

Parece que la intención de Euriteo era ridiculizarle lo máximo posible y ponerle a limpiar cagarros era la mejor forma de reírse de él. Además, para cumplir la misión le puso una pequeña condición: tenía que limpiar los establos en un solo día.

—Eso es imposible —respondió Heracles.

—¿A mí qué me cuentas? —contestó Euristeo.

En fin, que Heracles pensó modos rápidos de limpiar aquel desastre. Sin embargo, pronto se le ocurrió algo. Un plan comenzó a brotar de su cerebro. Un plan que podría funcionar.

Lo que hizo Heracles fue desviar el cauce de dos ríos, el río Alfeo y el río Peneo. A través de un canal que construyó los días anteriores pudo dirigir toda esa masa de agua hacia los establos, y la riada arrastró y eliminó toda la porquería del lugar. Y así Heracles consiguió completar su quinto trabajo.

El problema que no se esperaba Heracles fue que tanto Euristeo como Augías invalidaron la prueba. Euristeo alegó que el trabajo era inválido porque no había usado sus manos para limpiar los establos, sino el curso de unos ríos. Por su parte, también protestó el ganadero, pero sobre todo por una razón particular. Augías había prometido regalarle a Heracles una buena parte de sus vacas si cumplía, y no quería darle nada aunque ahora tenía el establo limpio.

Heracles se enfadó con Augías y lo llevó ante los tribunales. En el juicio se contó con el testimonio del hijo del ganadero, Fileo, que testificó a favor de nuestro héroe favorito. Augías, enfadado, entregó las vacas prometidas a Heracles, pero a su hijo lo desterró por traidor. Pero el destierro de Fileo le pareció fatal a Heracles, y declaró la guerra a Augías. ¿No podría haberle llevado otra vez a juicio? Parece que no. Heracles montó un ejército y fue a por él.

El ejército de Augías fue liderado por dos generales muy famosos, los moliónidas, dos hermanos siameses unidos por el costado llamados Ctéato y Éurito, quienes eran unos *cracks* en el combate. De hecho, eran hijos de Poseidón y de una mujer llamada Molíone, quien era la esposa del hermano de Augías, Áctor.

Durante la guerra, un día Heracles se puso pachucho y no le quedó más remedio que firmar una tregua con estos hermanos gemelos. Sin embargo, de tregua nada. Los dos moliónidas violaron el acuerdo y atacaron por sorpresa el campamento de Heracles. En este ataque se contaron muchos muertos y uno de ellos fue el hermano del semidiós, Ificles.

Entonces llegaron los corintios y trataron de poner paz entre ambos bandos. Se estaban celebrando los Juegos Ístmicos y se suponía que durante la celebración de los juegos no podía haber hostilidades. Así pues, hubo paz, pero Heracles buscaba venganza, y esta llegaría

tres años después.

En un festival en honor a Poseidón celebrado cerca de Cleonas, Heracles montó una emboscada y asesinó a los gemelos moliónidas y a uno de los hijos de Augías que también había sido general en la contienda.

Ahora, sin sus mejores generales, el rey de la Élide Augías estaba completamente desprotegido. El semidiós volvió a formar un ejército potente y fue a por él. Saqueó su ciudad y después encontró a Augías y lo mató. Ahora la Élide estaba en poder de Heracles, y decidió crear sus propios juegos en la región, que se celebrarían cada cuatro años, y ese fue el origen de los Juegos Olímpicos, llamados así porque se celebraban en la capital de la región de la Élide, Olimpia. De todas formas, ya dije páginas atrás que existe otra versión diferente sobre el origen de los Juegos Olímpicos.

Tras estos hechos, el héroe griego puso en el trono del lugar a Fileo, el hijo de Augías que había sido desterrado y que le había ayudado en el juicio.

Trabajo 6: matar a las aves del lago Estínfalo

Estínfalo había sido el nombre de un antiguo rey de la Arcadia. La historia se resume de la siguiente manera. ¿Os acordáis de Licaón? Era un rey de la Arcadia que fue convertido en lobo por Zeus por hacer sacrificios humanos. Su hijo Níctimo fue nombrado nuevo rey de la Arcadia, y fue durante su reinado cuando Zeus mandó el Diluvio de Deucalión.

El siguiente rey fue su sobrino Arcas o Árcade, hijo de Calisto (hermana de Níctimo) y de Zeus. Como ya conté, este tipo es considerado el héroe epónimo de los Arcadios, es decir, que el nombre de la región viene del nombre propio del rey.

Con diferentes esposas fue padre de Élato, Afidas y Azán. Como Arcas no sabía a quien dar el trono decidió dividirlo entre estos tres hijos. A Azán le dejó la región de Azania; a Afidas, la región de Tegea, y finalmente a Élato le dio la región de Elatea.

De Azán hay que saber que fundó la ciudad de Licosura y que se convirtió en su capital. Además, tuvo un hijo que le sucedió en el trono: Clítor. Como su padre, también fundó una ciudad a la que llamó Clítor. Como no tuvo descendencia fue sucedido por su primo Épito, hijo de Élato.

Élato, por su parte, acabó emigrando a la región que hoy llamamos Fócide y fundó una ciudad en su honor: Elatea. Con Laódice, una princesa chipriota, tuvo varios hijos, entre los que

encontramos al ya mencionado Épito y al que nos interesa ahora: Estínfalo.

Cuando Clítor murió, Estínfalo y su hermano Épito heredaron Azania, y gracias a esto pudieron reunificar en un solo reino aquellos tres reinitos en los que se había dividido la Arcadia. Los dos reyes gobernaron la región juntos, y eso era muy bonito. Por cierto, ¿por qué los tres reyes estos tenían nombres de partes bajas? No sé, pero seguro que no es casualidad.

El caso es que pronto llegaron los problemas. Resulta que Pélope, quien se proclamó rey de todo el Peloponeso, les declaró la guerra. Fueron batallas duras, pero los arcadios lograron vencer. Pélope fingió que se rendía, y se ganó la confianza de Estínfalo. Y Pélope esperó al momento óptimo para asesinarlo y luego despedazarlo. Por este terrible asesinato, toda la Hélade comenzó a sufrir terribles epidemias y hambrunas. Solo Éaco, rey de la isla de Egina, pudo solucionar el desaguisado con sus piadosas oraciones.

Debido a estos problemas, en Arcadia, concretamente en el lago Estínfalo, que controlaba el antiguo rey del mismo nombre, aparecieron de pronto unos pájaros bastante cabrones. Tenían picos, alas y garras de bronce y se dedicaban a atacar el ganado y a los campesinos. Y por si fuera poco, su caca era tóxica, y cuando cagaban por los cultivos arruinaban las cosechas. Una de las versiones del mito dice, de hecho, que estos pájaros del demonio serían hijas de Estínfalo.

Una vez que Heracles llegó al lago, buscó a los pájaros del demonio. Cuando los tuvo en su punto de mira comenzó a lanzarles flechas, y con ello derribó a varios. El problema era que había demasiados pájaros, y a él se le estaban acabando las flechas. No podría contra todos.

Desesperado por no poder acabar con aquellos pájaros asesinos que parecían infinitos, estuvo a punto de tirar la toalla. Sin embargo, de pronto se le apareció Atenea y le dio un cascabel mágico, o una campana pequeña de bronce o unas castañuelas, no se sabe muy bien.

—Tú toca estas castañuelas mágicas en lo alto de esa colina y ya verás qué rápido te ventilas a los pajarracos —le dijo la diosa.

Heracles así lo hizo y, efectivamente, con el sonido de aquel instrumento los pájaros se asustaron un montón. Levantaron el vuelo y se perdieron por el cielo. ¿A dónde fueron? No se sabe. Una versión del mito dice que desaparecieron y jamás se les volvió a ver, y otra dice que algunas de aquellas aves acabaron en Micenas picoteando a sus ciudadanos. Euristeo se refugió en su palacio hasta que Heracles llegó y volvió a hacer sonar sus castañuelas mágicas. Había cumplido con éxito su sexto trabajo.

Trabajo 7: capturar al toro de Creta

Como conté en la parte de Teseo, el toro de Creta fue un animal muy bello que creó Poseidón cuando el rey Minos de aquella isla prometió hacerle sacrificios. El rey había jurado sacrificarlo en su honor, pero le gustó tanto que lo escondió entre su rebaño y sacrificó otro en su lugar.

Poseidón, al darse cuenta del ardid, se agarró un cabreo de narices e hizo que la esposa del rey, la reina Pasífae, se enamorara del toro y mantuviera relaciones sexuales con él. De ahí nació el Minotauro. Por su parte, el toro de Creta se volvió loquísimo y se perdió por la región. Encontrártelo era peligrosísimo, porque a la mínima te atacaba y además de coces y cornadas, también lanzaba fuego por los orificios nasales.

En virtud de su séptimo trabajo, Heracles se presentó en la corte de Minos y le dijo que él capturaría al torito loco. Minos aceptó, pues estaba jodiendo a los cretenses y era necesario deshacerse de él. Heracles fue a por el toro y logró engancharse a su lomo, ponerle de rodillas y atarle las patas. Con cuerdas pudo conducirlo atravesando el mar Egeo hasta la ciudad de Micenas, donde le esperaba Euristeo. Este rey quedó embelesado con el bello toro que le había traído Heracles, y lo quiso sacrificar a su diosa Hera. Sin embargo, esta dijo que era demasiado feroz, que mejor que lo dejara suelto por ahí.

Y así, Heracles completó su séptimo trabajo, pero para nada, porque tuvo que liberar al toro. Un toro, repito, completamente loco. Por suerte se alejó de la Argólida, pero siguió causando problemas por un montón de sitios. Parece que, durante unos juegos deportivos, el toro de marras mató al hijo de Minos y que aquello provocó una invasión tremenda de Atenas por los poderosos cretenses. Es decir, que Atenas se convirtió en vasalla de Creta, y ahora estos atenienses tendrían que pagar de forma anual un lote de jóvenes para que fuesen devorados por el Minotauro.

Pero volviendo al tema del toro loco, finalmente Teseo se lo cargó en la llanura de Maratón, cerca de Atenas. Ahí se acabaron los problemas.

Y ahora, para evitar que este capítulo se haga demasiado largo, cambiamos de tema y ya más tarde retomaremos la narración de los últimos trabajos de Heracles.

LOS ASÓPIDAS

Los asópidas eran una familia que descendía del dios-río Asopo, situado en la península del Peloponeso. Se cuenta que Asopo y Métope, su esposa, hija del dios-río Ladón, tuvieron un montón de hijas, muchas de las cuales fueron raptadas por Zeus para tener descendencia.

Una de estas hijas era Egina. Como ya conté, fue raptada por Zeus, hecho del que fue testigo el rey Sísifo de Corinto. Este se lo chivó a Asopo, a cambio de que hiciera brotar agua de su acrópolis. Sin embargo, Zeus se enteró de la traición de Sísifo y como sabemos lo castigó obligándole a subir una gigantesca roca por una montaña para toda la eternidad.

Egina y Zeus acabaron chingando en una isla a la que se llamaría isla de Egina, situada entre el Peloponeso y Ática. De esta relación salió Éaco, quien es considerado primer rey de Egina.

Éaco tuvo fama de ser un rey muy justo y muy certero juzgando a la gente. Se decía que, cuando había alguna disputa, Éaco siempre encontraba la mejor forma de solucionarla. Era como el Salomón de la mitología griega.

Con Endeide tuvo dos hijos: Telamón y Peleo. Sin embargo, más tarde tuvo un escarceo extramatrimonial con una nereida llamada Psámate, y juntos tuvieron a Foco. El nombre le viene porque Psámate no quería nada de sexo, pero Éaco la persiguió. Para intentar zafarse, la nereida se convirtió en foca, pero el rey se lanzó sobre ella y se agarró con fuerza. Así concibió al mencionado Foco. Y es que, en griego, foca se dice *phoke*, pronunciado «foque». Por si tenéis curiosidad, la palabra «foco», es decir, el instrumento que da luz en un plató, por ejemplo, viene del latín «focus», que vendría a significar «fuego del hogar».

Volviendo a la historia, resulta que poco a poco fue surgiendo una rivalidad malsana entre los hermanos, y Telamón y Peleo conspiraron para asesinar a Foco. Dicen que lo mataron lanzándole un disco a la

cabeza. Éaco se enfadó tanto con sus asesinos hijos que los expulsó de la isla de Egina.

Durante su exilio, los dos hermanos se separaron y se convirtieron en reyes de diferentes lugares. Telamón no viajó muy lejos, y se instaló en una isla cercana conocida como Salamina. El rey del lugar era un familiar suyo, un asópida llamado Cicreo (nieto de Asopo). Como no tuvo hijos, cedió el trono a Telamón y este se convirtió en rey de Salamina. Tras estos hechos, Telamón conoció al héroe Heracles y se hicieron muy amigos. También participó en la aventura de Jasón como uno de los argonautas y participó en la caza del jabalí de Calidón.

Por otra parte, Peleo viajó muy lejos, hasta la región de Tesalia. Concretamente llegó hasta Ftía, un lugar situado en la parte sur de esta región de Tesalia. El rey Euritio (hijo de Áctor y nieto de Mirmidón) controlaba el lugar.

Como Euritio no tuvo hijos varones, ofreció a Peleo la mano de su hija Antígona y una parte de su reino. El problema fue que, durante la cacería del jabalí de Calidón, Peleo mató sin querer a Euritio y fue exiliado.

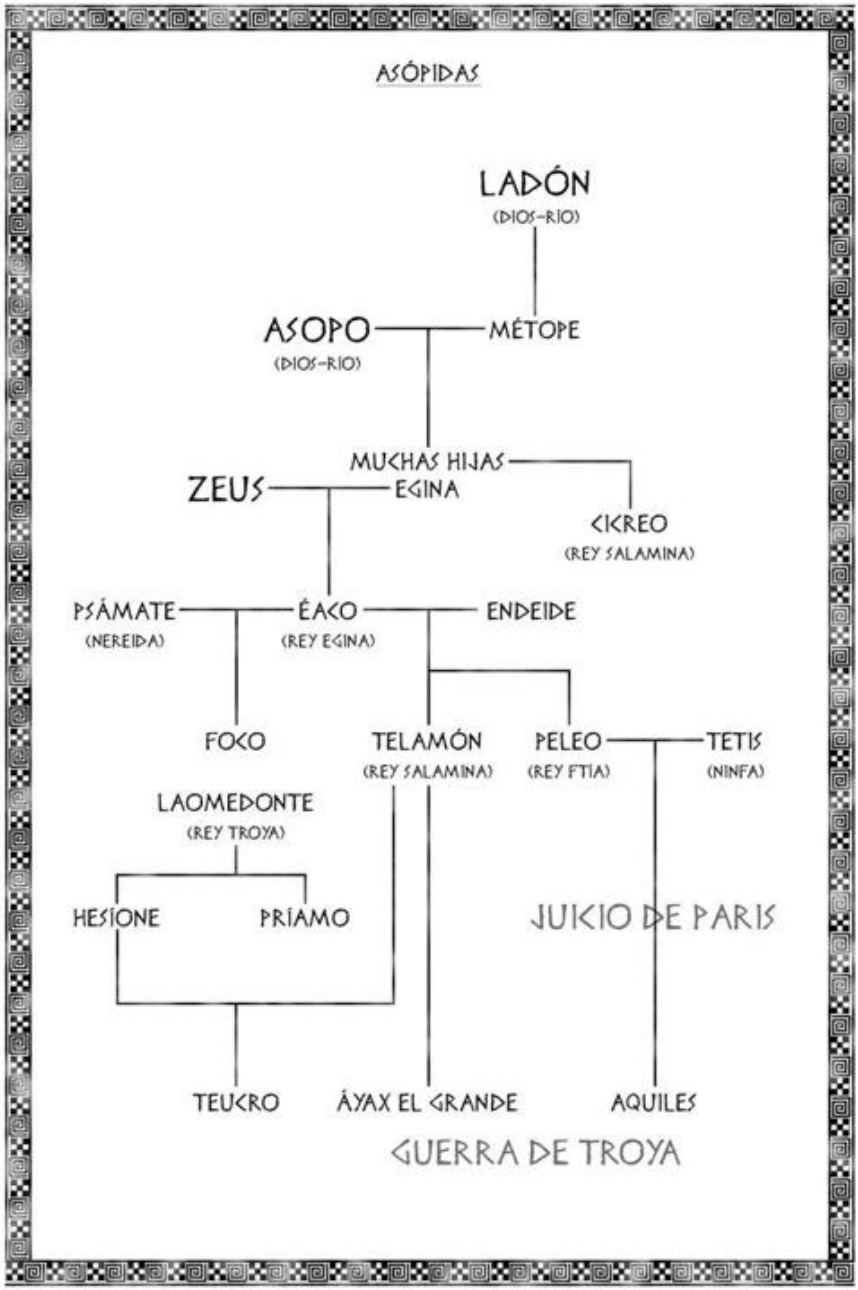
Peleo acabó encontrando un hueco en la corte de Yolco, donde fue purificado por su rey Acasto.

Todo parecía guay, pero un buen día, la esposa del rey Acasto, Astidamía, trató de seducir a Peleo. Al ser rechazada, esta fue a donde su marido y le dijo:

—Peleo ha intentado violarme. Castígale.

—No puedo —contestó Acasto—. Las leyes de hospitalidad me lo impiden. Pero tengo una idea. Voy a organizar una cacería de bestias salvajes en el Pelión, fijo que ahí muere.

No murió. Al contrario. Peleo cazó a muchísimas bestias. Muchas más que cualquiera de sus competidores.



Como aquello no estaba funcionando, mientras dormía en el bosque, Acasto le robó sus armas y le dejó tirado, esperando que fuera asesinado por algún centauro. Y efectivamente, cuando despertó, unos centauros salvajes casi se lo cargan, pero Quirón le salvó *in extremis*.

Como venganza, Peleo entró en Yolco y la conquistó, matando a

Acasto y a su esposa. Después de eso, regresó a Ftía con todos los tesoros de la ciudad conquistada y se erigió como nuevo rey. Además, se casó con la ninfa Tetis, boda en la cual tendría lugar el famoso Juicio de Paris, que luego será importante por todo el tema de la guerra de Troya.

Según los mitos griegos, el famoso héroe Aquiles era hijo de Peleo y la ninfa Tetis. Por otro lado, otro gran héroe de la guerra de Troya, Áyax el Grande, fue el hijo de Telamón.

TESEO COMO REY DE ATENAS

El famoso héroe Teseo se convirtió en rey de Atenas cuando su padre, el rey Egeo, se suicidó despeñándose por un acantilado por el tema de las velas del barco tras el episodio del laberinto del Minotauro.

Su ascenso al trono fue un poco movido, pues Palas (o Palante) y sus cincuenta hijos, los palántidas, se levantaron contra él reclamando el trono de la ciudad. Este Palas era el hermano pequeño de Egeo, es decir, el tío de Teseo. El héroe pudo vencerlos a todos.

Teseo gobernó durante muchos años, y pasaron diversos acontecimientos de importancia en lo que viene a ser la historia mitológica de la antigua Grecia. Quizás no tan famosos como lo de matar al Minotauro, pero vitales para entender ciertas cosas futuras. Para empezar, parece que los antiguos griegos atribuían al rey Teseo el haber unificado la región de Ática, que se convirtió en un fuerte estado con capital en la ya mencionada ciudad de Atenas. También se cuenta que Teseo fue el primer rey ateniense en acuñar moneda propia, los dracmas. Las monedas atenienses en principio tenían el símbolo de un buey, pero luego pasarían a tener una lechuza, que se convirtió en el símbolo más célebre de Atenas.

Como contaré en el siguiente capítulo sobre los trabajos de Heracles, Teseo ayudó a este héroe a conseguir el cinturón de la amazona Hipólita. Durante el transcurso de esta aventura, Teseo secuestró a la amazona Antíope (que en otras versiones se llama Melanipa o sería la misma Hipólita) y se la llevó a Atenas para casarse con ella.

Existe otra versión que dice que Teseo secuestró a Antíope tiempo después de la aventura de Heracles, y que viajó a Temiscira en compañía de su mejor amigo: Pirítoo. Lo demás es igual: se la llevó a Atenas para casarse con ella.

El problema es que las amazonas llegaron a saco a la ciudad y la liaron para rescatar a su amiga. Los atenienses vencieron y Teseo se

casó finalmente con la mencionada Antíope. Con ella tuvo un hijo llamado Hipólito.

La cosa es que poco después Teseo abandonó a Antíope y se casó con Fedra, una de las hermanas de Ariadna. Este matrimonio fue un ofrecimiento del rey cretense Deucalión para mejorar las relaciones entre Atenas y Creta. Teseo y Fedra tuvieron dos hijos: Acamante y Demofonte. Existe una versión de la historia que dice que las amazonas en realidad invadieron Atenas en venganza por esta afrenta y, lideradas por una despechada Antíope, trataron de evitar la boda entre Teseo y Fedra, pues ella estaba verdaderamente enamorada del héroe. En todas las versiones, las amazonas acabaron fracasando.

Hipólito fue creciendo y se distinguió como un gran cazador. La diosa a la que más veneraba era Artemisa, y por el contrario despreciaba a Afrodita. Esta diosa, por supuesto, se sentía ofendida por ello, por lo que hizo que la madrastra del chaval, Fedra, se sintiera atraída sexualmente por él. Liadita buena.

Aprovechando que Teseo estaba de viaje, la mujer trató de seducir al chaval. Sin embargo, Hipólito la despreció, por lo que Fedra se ahorcó del disgusto y dejó una nota acusando a Hipólito de intento de violación. Teseo volvió de su viaje y cuando leyó la nota montó en cólera. Pidió a Poseidón que castigara a su hijo, y el dios de los mares envió un toro que surgió del mar, aunque hay otra versión que dice que fue un monstruo marino de los suyos.

Hipólito iba tranquilamente en su carro tirado por caballos por la costa de Trecén cuando se topó con este toro o monstruo loco. El carro volcó, pero uno de sus pies quedó enganchado a unas cuerdas y el chico fue arrastrado por sus propios caballos durante varios kilómetros, golpeándose con el suelo y las rocas hasta que finalmente murió.

Como ya dije, el mejor amigo de Teseo fue Pirítoo. ¿Cómo se conocieron? Pues Pirítoo había oído hablar de la fama de Teseo, y para comprobar si aquellos rumores eran ciertos decidió robarle el ganado. Lo típico.

Teseo lo buscó y lo persiguió con gran enfado, pues quería recuperar sus vacas, y ambos estuvieron a punto de llegar a las manos, pero por alguna razón se cayeron bien y así empezó una bonita amistad. Inesperado, desde luego.

Tan grande fue su amistad que los dos juntos participaron en varias aventuras, como la de las amazonas (dependiendo de la versión). También participaron en la expedición de los argonautas con Jasón y en la caza del jabalí de Calidón.

En otra historia, ocurrida en la región de Tesalia, Pirítoo se fue a casar con la princesa lapita Hipodamía, pero durante la boda unos centauros borrachos llegaron al lugar para secuestrar a las mujeres.

Juntos, Pirítoo y Teseo destrozaron a espadazos a estos seres mitológicos.

Con el paso del tiempo los dos amigos se quedaron viudos. Por ello decidieron casarse con hijas de Zeus, a ver si estas les duraban más. A Teseo le gustaba mucho una niña pequeña de nombre Helena, una princesa de Esparta, y los dos amigos juntos la secuestraron. Sí, lo sé, esto es muy turbio. Ya os advertí de que la mitología griega tiene cosas como estas.

El caso es que lograron secuestrar a Helena, y una vez con la niña en su poder, la llevaron a Atenas y la dejaron al cargo de Etra, la madre de Teseo.

Por otro lado, a Pirítoo le gustaba mucho Perséfone, la reina del Inframundo, esposa de Hades. El problema era que para raptarla había que atravesar la tierra de los muertos y eso era harto complicado. Pero a estos valientes amigotes se la sudaba todo, no le tenían miedo a nada. Ambos viajaron al Inframundo, pero lo que no sabían era que Hades ya estaba enterado de sus planes y les tendió una trampa. Los invitó a un banquete, y cuando los sentó en sus asientos, nuestros queridos protagonistas comenzaron a notar algo extraño. Y es que no se podían mover. Sus cuerpos se habían pegado a los asientos y era imposible despegarse de ellos. En otra versión del mito, de las sillas salieron serpientes que se enroscaron a sus brazos y piernas, y en otra fueron atados con cadenas.

El pobre Teseo no sería liberado hasta el último trabajo de Heracles. Este había bajado al Inframundo buscando al perro Cerbero, y se encontró con sus dos amigos atrapados en asientos pegajosos. Heracles pudo salvar a Teseo, pero no tuvo tanta suerte con Pirítoo, pues en cuanto lo movió del asiento todo comenzó a temblar, y Heracles y Teseo tuvieron que salir de allí cagando leches.

Cuando Teseo regresó a su ciudad se encontró un panorama desolador. Resulta que, durante su ausencia, los dioscuros, los hermanos de Helena, habían entrado en Afidnas, la ciudad donde Teseo había ocultado a la niña, y habían liberado a su hermana. Y no solo eso. También habían secuestrado a su madre Etra y habían hecho huir a sus hijos: Demofonte y Acamante. Ahora el trono de Atenas estaba ocupado por Menesteo, el hijo de Péteo, un pariente de Teseo.

Teseo no pudo recuperar el trono de Atenas y huyó a Esciro, donde fue recibido por sus habitantes con gran júbilo. Sin embargo, el rey de aquella isla, Licomedes, tenía envidia de él y pensaba que podía intentar quitarle el trono. Por ello decidió que lo mejor era cargárselo. El mito cuenta que le invitó a un paseo, le subió a la cima más elevada del lugar y finalmente lo despeñó por un precipicio. Ese fue el final de Teseo, uno de los más grandes héroes de la antigua Grecia.

El rey Menesteo participó en la guerra de Troya y murió, por lo

que los hijos fugados de Teseo aprovecharon y lograron recuperar el trono ateniense.

HERACLES Y LOS DOCE TRABAJOS (PARTE 2)

Trabajo 8: robar las yeguas de Diomedes

Diomedes era un gigante rey de Tracia, hijo del dios Ares y de Cirene. Vivía a orillas del mar Negro y gobernaba la tribu de los bistones. Este tipo era famoso por tener cuatro yeguas encadenadas a las que les gustaba comer carne humana. Sus nombres serían Podargo, Lampón, Janto y Deino. Parece ser que Diomedes, de vez en cuando, les daba de comer los huéspedes que se alojaban en la zona, o secuestraba a gente que pasaba por ahí. Menudo cabronazo.

Así pues, el siguiente trabajo de Heracles fue quitarle esos caballos asesinos. El rey Diomedes tenía un fuerte ejército, así que Heracles reunió a unos cuantos guerreros voluntarios para que le ayudaran. Entre ellos estuvo su amigo Abdero, quien era hijo del dios Hermes.

Se produjo un combate entre ambos bandos. Abdero trató de raptar a las yeguas, pero estas fueron contra él y se lo comieron. Pobre Abdero, siempre en nuestros corazones.

Más tarde Heracles fundaría la ciudad de Abdera en su honor, y creó en ella unos juegos en los que había muchas pruebas deportivas, pero las carreras de carros estaban prohibidas. En esas pruebas había caballos y eso le recordaba mucho a Abdero y le ponía triste.

Los doce trabajos de Hércules (segunda parte)

Al final de la batalla, Heracles salió vencedor. De un garrotazo logró matar a Diomedes, y su cuerpo cayó junto a las yeguas carnívoras. Sin pensárselo dos veces, aquellos animales se comieron el

cuerpo del rey gigante. Y lo curioso es que, tras comer su carne, las yeguas se volvieron normales y se amansaron. Debía de estar malísimo el Diomedes de las narices. Eso facilitó enormemente la tarea de Heracles de llevar a los animales hasta Micenas. Allí se las entregó a Euristeo y este se las regaló a la diosa Hera.

Se cuenta que, tras esta aventura, de camino a casa, Heracles se topó con Hesíone, la hija del rey de Troya Laomedonte. La rescató cuando estaba a punto de ser devorada por un monstruo marino y se la llevó a su casa, hasta la ciudad de Troya, en la costa occidental de Asia Menor. ¿Por qué su padre Laomedonte la quería sacrificar a un monstruo marino?

Pues la historia comienza cuando Hera, Poseidón y Apolo conspiraron contra Zeus. El dios supremo de los rayos se enteró de todo este complot y castigó a los tres. A Apolo y a Poseidón los puso al servicio de este rey de Troya Laomedonte para que construyeran las murallas de la ciudad. Una vez acabadas, Laomedonte dijo que no les iba a pagar nada porque el trabajo lo tenían que hacer sí o sí. El *simpa* cabreó a Poseidón y dijo que le enviaría un monstruo marino cada cierto tiempo hasta que pagara lo que le debía. Que yo me pregunto… ¿para qué quiere Poseidón dinero? ¿Tiene deudas de juego? ¿Hay tiendas para dioses? No se sabe.

El caso es que el rey Laomedonte consultó al oráculo y este le propuso hacerle un sacrificio al monstruo para calmar «las aguas», nunca mejor dicho.

Bueno, pues los padres fueron a sacrificar a su hija, la ataron a unas piedras en la costa y todo parecía ir bien, pero justo entonces llegó Heracles.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Heracles—. ¿Es alguna clase de *performance*?

—No —le contestó Laomedonte—. Estoy sacrificando a mi hija para que se la coma un monstruo marino y Poseidón deje de tocarme las bolas.

—Oye, tu hija es muy guapa… —contestó el pillín de Heracles—. Si fuera fea te dejaba tranquilo, pero como es guapa creo que prefiero salvarla.

—Pero… ¿y el monstruo?

—Tranquilo, yo me encargo —contestó Heracles, seguro de sí mismo.

—Estupendo… Si consigues matarlo te regalaré unos caballos geniales de mi reino troyano.

Esos caballos troyanos habían sido un regalo de los dioses a un rey troyano en la compensación del rapto de Ganímedes. Luego explicaré en detalle esto.

Lo importante es que Heracles se enfrentó al monstruo marino y lo

mató. Salvó a la chica y todo bien. Sin embargo, como venía siendo habitual, Laomedonte le hizo un *simpa*. Ya no quería pagar la recompensa. Heracles tuvo que irse con las manos vacías, sin la recompensa prometida, pero juró venganza y que volvería.

Y mucho tiempo después, tras acabar los doce trabajos, Heracles volvió al frente de un pequeño ejército. Todos juntos atacaron Troya. El sitio de la ciudad duró varios días y gracias a Telamón, compañero de Heracles y padre de Áyax, lograron penetrar los ciclópeos muros. Dicen que, como Telamón fue el primero en cruzar los muros de la ciudad, Heracles se enfadó, pero, para apaciguar su ira, el guerrero levantó un altar en su honor, y Heracles ya se calmó un poco.

En la batalla también participó Oícles, padre de Anfiarao, quien se quedó al cuidado de los barcos. Supuestamente aquella era la parte aburrida, pero es que Laomedonte envió a su flota a atacar estas naves, y en el combate Oícles acabó muerto.

Heracles llegó ante Laomedonte y lo mató a él y a todos sus hijos. Bueno, a todos no. A uno lo dejó vivo. Ese era Podarces. Parece ser que su hermana Hesíone intercedió por él y rogó que le perdonaran la vida a cambio de que ella fuera tomada como botín, y en algunas versiones pagó con su velo. Así, Podarces adoptó el nombre de Príamo, término que vendría de «comprar», y Hesíone acabó de concubina de Telamón, y ambos tuvieron un hijo: Teucro.

Por su parte, Príamo se convertiría en el nuevo rey de Troya, y este sería el rey durante la famosa guerra de Troya de la que hablaré más adelante.

En el viaje de vuelta se cuenta que Hera levantó una tempestad y los barcos del héroe griego acabaron cerca de la isla de Cos, en el mar Egeo. La población local pensó que eran piratas, y trataron de alejarlos de sus costas a pedradas. Heracles y los suyos se enfadaron y tomaron la isla a espadazos, y finalmente mató a su rey Eurípilo, hijo de Poseidón y de Astipalea.

La hija de este rey, Astíoque, se acostó con Hércules y tuvieron un hijo: Tésalo, cuya estirpe gobernaría la isla de Cos y sus hijos lucharían en la guerra de Troya.

Trabajo 9: robar el cinturón de Hipólita

Lo primero de todo: ¿quién es Hipólita? Pues Hipólita, recordémoslo, era la reina de las amazonas. Su padre, el dios Ares, le había regalado un cinturón mágico. Pero ¿quiénes eran estas amazonas? Pues se trataba de un pueblo guerrero compuesto solo por mujeres. Los antiguos griegos ubicaban su reino en la zona de Escitia o Sarmatia, donde vivían tribus de jinetes arqueros como los escitas o los

sármatas.

El rey Euristeo preguntó a su hija Admete qué le gustaría que le regalase, y ella respondió que el cinturón de la reina amazona Hipólita. Por ello, Euristeo encargó aquella peligrosa tarea a su chico de los recados: Heracles.

Nuestro héroe favorito cogió un barco y navegó hasta la ciudad de Temiscira, donde vivían las amazonas. Y no fue solo, sino que lo acompañó el héroe Teseo. En Temiscira se reunieron con esta reina amazona, Hipólita, y hablando, la chica aceptó darles el cinturón. Todo parecía bien, ¿no? Sencillo y para toda la familia. Pues no. Hera llegó y se disfrazó de amazona para malmeter y complicar todo el asunto. Comenzó a esparcir el rumor entre las amazonas de que el recién llegado, Heracles, tenía a Hipólita secuestrada. Fue entonces cuando todas las amazonas comenzaron a atacar el barco en el que habían llegado los héroes, y Heracles tuvo que hacerles frente. También comenzó a combatir contra la amable Hipólita porque pensaba que todo había sido una trampa suya para matarle. En fin, que todo se fue de madre en cuestión de minutos. Tras combatir contra las amazonas, Heracles dio muerte a Hipólita y se quedó con su cinturón.

Existe otra versión en la que Heracles logró tomar de rehén a Melanipa, hermana de Hipólita, y exigió el cinturón como rescate. Se lo dieron y Heracles liberó a la amazona. También parece que Heracles robó a Hipólita su hacha de guerra.

Por su parte, se cuenta que Teseo secuestró a otra hermana de Hipólita, Antíope. Puede ser que ambos se enamoraran durante el combate y acabaran volviendo juntos a Atenas. Una vez allí, ambos pensaron que sería una muy buena idea casarse.

Sin embargo, las amazonas supervivientes se presentaron en aquella boda por sorpresa con ánimo de rescatarla. Las amazonas atacaron Atenas con gran violencia; sin embargo, no consiguieron su objetivo y estas guerreras fueron derrotadas. Según una versión del mito, Hipólita quedó tan avergonzada por no haber podido vencer que se exilió a Mégara, donde murió de penica.

Teseo y Antíope tuvieron un hijo, Hipólito, llamado así en honor a su tía. Unos dicen que Antíope murió en el parto y otros que Teseo la dejó para casarse con Fedra, la hermana de Ariadna, a la que también había abandonado. Teseo tuvo dos hijos con Fedra: Acamante y Demofonte.

Trabajo 10: robar el ganado de Gerión

Para el décimo trabajo, Heracles tuvo que viajar hasta tierras lejanas. La misión que tenía por delante era llegar hasta la isla de Eritea (o Eritía), que algunos piensan que era la ciudad de Cádiz, pues decían de ella que estaba más allá de las Columnas de Hércules (o de Heracles), que se identifican con el estrecho de Gibraltar.

¿Y qué había en Eritea? Pues un ganado de bueyes rojos que había que robar. El problema es que aquel ganado estaba custodiado por un gigante llamado Gerión. Hijo de Crisaor y de Calírroe, Gerión era un monstruo de gran altura formado por tres cuerpos, como si fuera un triple siamés. Tenía tres cabezas, seis brazos y seis piernas.

Heracles empezó el viaje e hizo una paradita en Libia. Pero el lugar era tan seco y hacía tanto calor que nuestro héroe favorito comenzó a disparar flechas al sol para llamar la atención del dios Helios. Este le pidió que parara de una vez de tirar flechas de los huevos, pero Heracles le dijo que le hiciera un poco de casito.

—Pararé de lanzar flechas si me haces un favor, Helios.

—¿Qué favor quieres?

—Una copa dorada que sé que tienes que usas para cruzar el mar todas las noches para volver a salir por el este.

—Venga, va, te la dejo. Pero no me la rayes.

Así, Heracles consiguió un barquito con forma de copa. Con él navegó hacia Eritía, pero entonces se encontró con un paso cerrado por rocas. Sin embargo, aquello no era nada para el musculoso Heracles, y con su fuerza comenzó a separar las rocas formando el estrecho de Gibraltar, o Columnas de Heracles o de Hércules, como se las llamó a partir de entonces.

Heracles llegó por fin a la isla de Eritía y observó el lugar. El ganado que buscaba estaba metido en una cabaña, pero no estaba solo. Había un perro de dos cabezas custodiando el sitio. Ese perro era Ortro, el hermano de Cerbero. Además, cerca también había un pastor de nombre Euritión, hijo de Ares y de la hespéride Eritía.

Heracles salió de su escondite y cagó a flechazos a ambos enemigos. Fue fácil y rápido. Pero entonces llegó Gerión, que fue un enemigo más complicado de abatir. Heracles pudo con él dividiéndolo en sus tres cuerpos con el poder de su espada.

Una vez sin enemigos por el lugar, Heracles cogió a los bueyes rojos y los metió todos en el barco con forma de copa que le había prestado el dios Helios.

Durante su viaje de vuelta hubo algunas aventuras más. Por ejemplo, en una parada en lo que hoy es Reggio Calabria, al sur de Italia, uno de los bueyes escapó y atravesó el estrecho de Mesina hasta llegar a Sicilia. Heracles estuvo un tiempo preguntando a la población local a ver si habían visto a su buey o ternero. Y es que ternero en las lenguas itálicas antiguas era *vitali*, y dicen que *italii* o «italiano», y por

ende, «Italia», vendrían de esta leyenda del ternero desaparecido de Heracles.

Cuando Heracles llegó a Sicilia, vio que el rey de la zona, Érix (o Érice), había atrapado al buey perdido y lo había juntado con su ganado. Heracles lo pidió de vuelta, pero este monarca se negó.

—¿Buey? ¿Qué buey? —el rey se hacía el longuis.

—Te reviento —contestó Heracles con su cachiporra en la mano.

—Bueno, bueno… Tranquilo. Hacemos una cosa, yo te lo devuelvo si logras vencerme en un concurso de lucha.

Heracles, que no podía decir que no a este tipo de ofertas, decidió aceptar. Así pues, ambos lucharon y, como no podía ser de otra manera, Heracles ganó y recuperó su buey.

Los romanos incluyeron en su mitología un nuevo episodio que decía que Heracles hizo una parada en Roma, concretamente en el monte Aventino. Allí, un gigante llamado Caco le robó parte del ganado mientras Heracles dormía y salió corriendo con él. Para despistar, hizo que los bueyes fuesen hacia atrás agarrándoles del rabo y que las huellas confundieran al héroe. Luego metió a todos en una cueva y cerró la entrada con una enorme roca.

Al día siguiente Heracles buscó desesperadamente a los animales, y siguió su rastro, pero no logró dar con ellos. Desesperado, estuvo a punto de tirar la toalla. Por fortuna para el semidiós, la hermana del ladrón, llamada Caca, le ayudó y Heracles logró recuperar a los bueyes rojos y mató al ladrón Caco.

Y sí, en España solemos llamar a los ladrones «cacos» de forma muy informal. Pues que sepas que llamar «caco» a un ladrón viene de este mito; de hecho, *kakos* en griego es «malo».

En otra versión, Caca no existe y es Heracles quien escucha el mugido de los bueyes tras la pared de roca. Por cierto, «caca» como sinónimo de mierda no tiene nada que ver con esta Caca. Viene del latín *cacare*, cagar.

Al haber matado al temible Caco, el gobernante de aquella región, un arcadio llamado Evandro, le felicitó y levantó un altar en su honor: el Ara Máxima, el altar mayor del Foro Boario de Roma.

Tras esto, Heracles continuó el viaje con sus bueyes y, cuando iba por Tracia, como venía siendo habitual, Hera la lio. Envió un avispón de los suyos a picar a los animales, y esto hizo que se dispersaran por todo el territorio. La diosa también desbordó un río para evitar que Heracles reuniera de nuevo al ganado. Sin embargo, este logró su objetivo apilando piedras cerca del río y construyendo un camino elevado. El héroe logró recuperar la gran mayoría de los bueyes, pero no todos, y algunos se quedaron por la zona de Tracia y vivieron en libertad.

El camino continuó, pero de pronto, mientras Heracles iba por

Escitia, se le apareció Equidna, que era una mujer medio humana medio serpiente, y le robó el ganado. Dijo que se lo devolvería a cambio de sexo. Heracles se folló a la mujer reptiloide y de aquí saldrían Agatirso, Gelono y Escites. Heracles se fue, pero antes le dio a Equidna su arco y su cinturón. Luego le dijo:

—Aquel de estos tres hijos que en el futuro logre tensar más el arco y ponerse correctamente el cinturón será el rey de estas tierras.

Equidna así lo hizo, y el elegido fue Escites, cuya descendencia daría lugar al pueblo de los escitas, famosos por ser muy buenos jinetes y por tener gran habilidad lanzando flechas con el arco.

Tras esto, Heracles continuó hasta Micenas y le volvieron a robar el ganado. No, es broma, ya no se lo robaron más. Sería el colmo. Una vez los bueyes rojos entregados en Micenas, Euristeo los sacrificó en honor a la diosa Hera y el trabajo número diez terminó.

Trabajo 11: robar las manzanas del Jardín de las Hespérides

Las doradas manzanas del Jardín de las Hespérides eran muy codiciadas pues daban la inmortalidad a quien comiera de ellas. Sin embargo, aquel jardín estaba muy protegido. Principalmente por las ninfas hespérides, pero también por Ladón, un dragón de cien cabezas, cada una de las cuales hablaba un idioma diferente.

El trabajo número once de Heracles fue conseguir una de estas manzanas de oro. Sabía que estaban en el Jardín de las Hespérides, pero muy pocos conocían la localización de este lugar. Por ello, para averiguar su ubicación exacta, Heracles capturó a Nereo, el anciano del mar, y le exigió que le dijera dónde estaba aquel mítico lugar.

Con la información en su poder, Heracles fue para allá. En una de sus paraditas acabó en el Cáucaso, y allí conoció al titán Prometeo, que seguía encadenado mientras todos los días un águila le comía su hígado, el cual volvía a crecer. Heracles decidió cargarse al águila de un flechazo y liberarle. En agradecimiento, el titán le dijo que si iba en busca de las manzanas de las hespérides lo mejor era que no las arrancara del árbol directamente con las manos, ya que podría morir, mejor que buscase otra forma de hacerlo.

La siguiente parada de su viaje fue en Egipto, pero allí reinaba el temible rey Busiris. Este tipo se dedicaba a sacrificar a sus dioses a todos los que pasaban por allí, así que sus soldados agarraron a Heracles y lo encerraron. Pero el semidiós rompió las cadenas y se enfrentó contra todo este régimen del terror. Mató a Busiris y rescató a todos los prisioneros.

En otras de sus paradas se enfrentó a un gigante llamado Anteo,

que se peleaba con todo aquel que se cruzara con él para poder construir un templo a Poseidón (su padre) a base de cráneos humanos. Parece ser que el tipo era invencible pues tomaba energía de su madre Gea, la Tierra, y siempre que estaba en contacto con ella regeneraba sus fuerzas.

Debido a esto, para poder vencerle, Heracles le agarró y le alzó, evitando que tocara la tierra del suelo, y una vez así, lo estranguló con sus manos. Anteo murió y Heracles siguió con su aventura.

Tras esto, Heracles estaba a punto de llegar al Jardín de las Hespérides, pero entonces vio a Atlas, el famoso titán que había sido castigado a sostener la bóveda celeste toda la eternidad. Meterse en el jardín a coger las manzanas era peligroso, así que Heracles le dijo a Atlas a ver si podía cogerlas por él, ya que Atlas tenía permiso, multipase, pues era un titán. A cambio, Heracles le ofreció ponerse en su lugar sosteniendo la bóveda celeste durante un ratito.

Eso le sonó a Atlas muy bien, porque estaba realmente cansado de tanto peso durante tantos años, imaginaos sus lumbares. Un poco de descanso no le venía nada mal. Atlas aceptó y Heracles cambió el puesto con él, y ahora el semidiós pasó a sostener la bóveda celeste mientras Atlas se metía en el jardín y buscaba algunas manzanas.

Regresó con unas cuantas, pero se vio tan liberado de todo el peso del cielo que decidió que no iba a volver a quedarse allí sosteniendo nada. Ahora era libre de ir a donde quisiera. Eso no eran buenas noticias para los planes de Heracles, así que trató de engañar al titán.

—Mira, Atlas —le comenzó a decir Heracles—. Tienes todo el derecho a ser libre. Yo me comprometo a sustituirte y quedarme aquí sosteniendo la bóveda, pero solo hazme un favor, ¿vale?

—Sí, claro —contestó Atlas.

—Solo quiero que me sujetes el cielo un segundín nada más para poder colocarme en una mejor postura.

—Claro, sin problema, socio.

Y cuando Atlas sostuvo de nuevo la bóveda celeste, Heracles se escaqueó y pilló las manzanas doradas. Y Atlas volvió a quedarse sosteniendo el cielo. Se la habían *colao*. Heracles se marchó, las llevó a Micenas y su trabajo acabó. Solo quedaba uno por completar y con ello expiaría sus pecados.

De todas formas, en una versión de esta historia quizás más antigua, fue el propio Heracles quien mató al dragón Ladón y recogió las manzanas. Tras entregárselas a Euristeo, este se las devolvió a Heracles para que a su vez se las devolviera a Atenea, y que volvieran al jardín.

Trabajo 12: capturar a Cerbero

En su último trabajo, Heracles tenía la misión de capturar al perro de los infiernos, el mismísimo Cerbero, que protegía las puertas del Hades y que tenía tres cabezas y cola de serpiente.

Obviamente, para conseguir secuestrar al perro tenía que internarse en el Inframundo, y solo podía hacer eso de una forma: iniciándose en los Misterios de Eleusis. Allí aprendió cómo entrar en el Hades sin haber muerto, y también aprendió otra cosa importante: cómo salir de él vivo.

Tras mucho buscar, al final Heracles encontró una entrada al Inframundo en el cabo Ténaro, al sur de la región de Laconia. Se adentró por aquellas tenebrosas cavernas y convenció al barquero Caronte para que le condujera por el río Aqueronte hasta la entrada al Hades.

Según pasaban por el Inframundo, todos los espíritus de los muertos rehuían de su presencia. Sin embargo, dos no lo hicieron. Uno fue el espectro de Meleagro, hijo de Eneo, rey de Calidón y de Altea. Meleagro había sido famoso en vida por cazar el jabalí de Calidón, pero a pesar de ser casi inmortal, su vida dependía de un tizón de leña. Debido a un agravio familiar, su madre Altea se enfadó y lanzó aquella madera al fuego, lo que provocó la muerte del muchacho. Heracles se emocionó mucho con la historia y se le cayeron unas lagrimitas. Meleagro le dijo que debería visitar a su hermana Deyanira y tomarla como esposa, algo que Heracles haría tiempo después.

Otro espíritu con el que se encontró fue con el de Medusa, que al principio parecía amenazante, pero luego vio que era solo un fantasma sin poder alguno.

Se cuenta que por el camino también se topó con Teseo y con Pirítoo, quienes habían sido apresados por el dios Hades mientras trataban de raptar a Perséfone. Y es que resulta que el amigo de Teseo, el Pirítoo este, se había encaprichado de aquella diosa y la quería para él.

El dios del Inframundo, como castigo por tal ofensa, les había pegado a un banco. Con un pegamento mágico, por supuesto. Pero no estaban muertos, sino que todavía eran humanos.

Heracles trató de liberar a Teseo tirando de él y lo consiguió, pero al arrancarlo del asiento parte de sus muslos se quedaron pegados allí. Heracles luego fue a liberar a Pirítoo. Sin embargo, la tierra comenzó a temblar y tuvo que dejarle allí.

Heracles siguió con su misión y por fin llegó a las puertas del Hades. Allí se encontró con el dios Hades, y este le dejó amablemente llevarse al perrito a condición de que no le hiciera daño. Heracles y Cerbero abandonaron el Inframundo de forma tranquila y todo acabó bien.

Sin embargo, existe otra versión en la cual Heracles comenzó

disparando flechas al dios Hades hasta que lo dejó noqueado. Tras eso batalló con el perro de tres cabezas y ganó. Logró capturarlo y lo sacó del Inframundo a través de una cueva de nombre Aquerusia. De allí a Micenas, y fin. Los doce trabajos completados. Ahora Heracles había expiado sus pecados y era libre de la servidumbre de Euristeo.

OTRAS AVENTURAS DE HERACLES

Una vez que Heracles estuvo libre de obligaciones decidió comenzar una nueva vida, y para ello tenía que buscar una nueva esposa. Un día escuchó el rumor de que el rey de Ecalia (o Eubea) Éurito ofrecía la mano de su hija Yole (o Íole) a quien le venciera a él y a sus hijos en un concurso de tiro con arco. No sé si os acordaréis, pero Éurito fue uno de los profesores de arco del pequeño Heracles, y era un genio en este ámbito. De hecho, era nieto de Apolo, pues su padre era Ménalo, hijo de este dios.

Heracles no se achantó lo más mínimo y fue a probar suerte. Llegó a Ecalia, y nada más ver a aquella joven princesa, Yole, se enamoró perdidamente de ella. El concurso tuvo lugar y Heracles ganó a todos.

¿Cuál fue el problema? Que el rey Éurito conocía muy bien a Heracles, y sabía todo su pasado. Y cuando digo pasado me refiero, obviamente, al hecho de haberse cargado a su antigua mujer y a todos sus hijos en un ataque de locura. Por esto, Éurito le dijo que no le iba a entregar a su hija ni loco. Todos sus hijos se pusieron de su lado menos uno, Ífito, que dijo que un trato es un trato, y si Heracles había ganado se merecía tener la mano de Yole.

De todas formas, Éurito no cedió y Heracles tuvo que largarse de allí con un cabreo bastante notable y juró vengarse de esta afrenta.

Casi al mismo tiempo, los caballos del rey Éurito fueron robados. Dicen que la identidad del ladrón pudo ser Autólico, uno de los ladrones más famosos de la Hélade. El caso es que, antes de marcharse, Ífito pidió a Heracles que le ayudase a encontrar aquellos caballos robados, y Heracles decidió aceptar.

Los dos los buscaron durante varios días, pero aquella investigación no daba sus frutos. Heracles, cansado, se fue a Tirinto, donde comenzó a residir de forma habitual.

Sin embargo, Ífito no dejó el caso. Siguió con la investigación, y un día encontró unas huellas que parecían ser de sus caballos. Comenzó a seguirlas y el rastro le condujo hasta Tirinto, y más

concretamente hasta la casa de Heracles. Y cuando Ífito investigó su residencia… ¡allí estaban todos los caballos!

¿Los había robado el semidiós como venganza? Bueno, eso es lo que dice una de las versiones. Otra dice que simplemente se los compró al ladrón Autólico. Sobre las murallas de la ciudad, Heracles e Ífito discutieron acaloradamente por el asunto, pero el semidiós, en uno de sus ataques de ira, empujó a Ífito y este cayó y se partió el pescuezo.

Otra vez Heracles había matado a una persona inocente. Tuvo que volver al oráculo de Delfos para que le fuera impuesta una nueva penitencia. El problema es que la Pitia, o Pitonisa, le vio tan «manchado de pecado» que se negó a decirle nada. Heracles se enfadó y saqueó el sagrado templo de Delfos, llevándose consigo el trípode sobre el que se sentaba la adivina. Con esto Heracles quería fundar un oráculo propio. Apolo no iba a permitir eso y se dispuso a matar a Heracles y recuperar el trípode, pero Zeus intervino lanzando un rayo entre ambos.

Zeus dijo que Heracles debía recibir una respuesta del oráculo. ¿Cuál fue el precio para expiar sus pecados? Pues Heracles sería vendido como esclavo en una subasta organizada por Hermes, y el dinero que sacasen por él sería entregado al rey Éurito (aunque luego no lo aceptó por ser dinero impuro).

¿Y en manos de quién acabó Heracles? Pues durante los siguientes tres años su dueña pasaría a ser Ónfale, una reina de Lidia hija de Yárdano. Su marido Tmolo había fallecido recientemente y ahora estaba viuda.

El tiempo que Heracles pasó al servicio de Ónfale debió de ser altamente humillante para su masculinidad, pues le obligaba a hacer trabajos de mujer, como tejer vestidos, y a llevar ropas femeninas. En cambio, ella le había cogido su túnica hecha con la piel del león de Nemea y le daba órdenes con ella puesta y con su maza de olivo en las manos, con la que le daba azotes.

Pero no todo debió de ser malo, pues después de tres años de servicio, Heracles y Ónfale se casaron y él le dio como dote el hacha robada de la amazona Hipólita. Parece ser que a Heracles le había acabado molando ese rollito de mandona *dominatrix* que tenía su dueña, e incluso ambos tuvieron un hijo, llamado Agelao, o Lamo en otras versiones.

Además, durante estos años, Heracles también luchó contra algunos malvados de la zona de Lidia. Uno fue Litierses, un hijo ilegítimo de Midas que retaba a todos los viajeros extranjeros que se encontraba para competir con ellos recolectando los frutos y hortalizas de sus huertas. El problema es que luego los mataba a todos con una guadaña. Heracles compitió, lo ganó y luego lo mató a él.

Otro villano parecido era Sileo, que obligaba a los viajeros con los que se cruzaba a trabajar en sus viñedos. Heracles también lo mató y le quemó las vides.

Luego estaban los cércopes, que eran unas traviesas criaturas de los bosques, de aspecto simiesco, que se dedicaban a hacer trastadas. Un día que Heracles estaba durmiendo en el bosque, estos cércopes le fueron a robar las armas, pero Heracles les pilló con las manos en la masa y les colgó cabezabajo de un palo que se echó al hombro.

Lo gracioso de la historia es que la madre de estos seres les dijo que evitaran robar a un tipo que tuviera «el culo negro», y al ser capturados boca abajo y llevados a cuestas por Heracles, los bichos estos pudieron ver que, efectivamente, el tipo tenía el culo ultrabronceado de tanto exponerlo al sol. O también puede ser que el culo fuera tan peludo que fuera completamente negro. Los cércopes se rieron y Heracles con ellos, y al final le cayeron simpáticos y los liberó.

En otra de sus aventuras, Heracles se enfrentó a Neleo, rey y fundador de la ciudad de Pilos, en la región de Mesenia. Era hijo de Poseidón y de Tiro, y hermano gemelo de Pelias. Este rey Neleo se había casado con Cloris y tuvo una hija, Pero, y doce hijos, siendo los dos más importantes Néstor, que era muy pequeño todavía, y Periclímeno.

Parece ser que Heracles estaba muy enojado con Neleo porque, tras el asesinato de Ífito, él se había negado a purificarle. Por este agravio, Heracles dirigió tiempo después un ejército contra él.

La batalla fue muy reñida, sobre todo por Periclímeno. Cuenta el mito que Poseidón le había regalado el don de metamorfosearse. Es decir, que podía convertirse en cualquier cosa. Para vencer a Heracles se convirtió en diferentes animales, como un león, luego una serpiente y finalmente una abeja. Sin embargo, gracias a Atenea, Heracles lo venció, pues la diosa le chivó qué forma tenía en cada momento. Una de las versiones dice que Periclímeno fue atravesado por una flecha de Heracles mientras trataba de huir con forma de águila. En otra murió de un mazazo al convertirse en una mosca.

Al final del combate, Heracles logró matar tanto a Neleo como a once de sus hijos, y se hizo con el control de la ciudad de Pilos. Néstor fue el único superviviente, pues era demasiado crío para coger una espada. Por ello, Heracles decidió nombrarle rey de la ciudad.

El siguiente rey a por el que fue Heracles fue Hipocoonte, rey de Esparta, otro de los que se habían negado a expiarle de sus pecados. Para conocer esta historia retrocedamos unos años. Ébalo era rey de Esparta, y se casó con la hija de Perseo, Gorgófone. Juntos tuvieron dos hijos: Tíndaro (o Tindáreo) e Icario. Sin embargo, Ébalo tuvo otro hijo con la náyade Batía. Ese fue Hipocoonte, quien por muchos era

considerado un hijo ilegítimo, y no podía heredar el trono de Esparta. Ébalo murió y el nuevo reino de Esparta fue para Tíndaro y para Icario, quienes reinaron juntos, pero Hipocoonte ambicionaba el trono y lo usurpó. Hipocoonte tenía doce hijos, los llamados hipocoóntidas, y otro motivo de resquemor de Heracles hacia ellos era porque se habían cargado a su primo Eono (el hijo de Licimnio).

La historia es la siguiente. Resulta que un día Eono estaba en Esparta viendo el palacio de los hipocoóntidas, y de pronto un perraco se le abalanzó todo furioso. Eono reaccionó y lo mató de una pedrada, pero como el perro era el guardián del palacio o algo así, pues estos hijos de Hipocoonte asesinaron a Eono.

El caso es que Heracles le tenía muchísimas ganas a este rey espartano y fue con su ejército a matarlos a él y a sus hijos. Para ello contó con la ayuda de Cefeo, rey de Tegea, y de sus veinte hijos. Todos ellos murieron durante el combate. A pesar de estos daños colaterales, que ya comenté que en estas historias no son importantes, Heracles salió victorioso y mató al rey espartano y a sus hijos. Tras esto restituyó en el trono a Tíndaro.

JASÓN Y LOS ARGONAUTAS

En este capítulo os voy a contar las grandes aventuras del héroe Jasón a bordo de su barco Argo y de sus fieles compañeros, los llamados argonautas.

Para empezar… ¿quién era Jasón? Pues era el hijo de Esón, el rey de Yolco, una ciudad situada en la costa este de Tesalia. Sobre su madre no se sabe mucho. En unas fuentes se llamaba Alcimede y en otras Polimede. De todas formas, no es relevante para la historia.

El rey Esón era hijo de Creteo, el fundador de Yolco, y descendía de Eolo y de Deucalión. Tenía un hermano llamado Pelias, que un buen día lo destronó y lo encerró en una prisión de la ciudad. Parece que Pelias y Esón compartían madre (Tiro) pero no padre. Se cuenta que este villano era hijo de Poseidón.

De hecho, existe otra versión que dice que el heredero al trono de Yolco era Esón por ser el mayor, pero nunca llegó a ser rey porque Pelias, aunque menor, al ser hijo de Poseidón, era como que tenía más nivel. Por cierto, Pelias tenía un hermano gemelo llamado Neleo, pero no es importante.

Jasón tardó en enterarse del golpe de Estado contra su padre porque cuando ocurrieron estos hechos él estaba lejos de allí. Resulta que años antes había sido enviado a ser educado por el centauro Quirón. De todas formas, pronto le llegaron las malas noticias y decidió vengarse y reclamar el trono.

Al mismo tiempo, un oráculo le dijo a Pelias que tuviese mucho cuidado con un hombre que llevase solo una sandalia, que le causaría muchos problemas y provocaría su caída.

Pasaron los años y Pelias ya era bastante viejito. Un día decidió organizar un gran sacrificio en honor a su padre Poseidón, e invitó a mucha gente de ciudades y aldeas de toda Tesalia. Jasón no se iba a perder aquel evento, que le daría la oportunidad de acercarse a su malvado tío, pero por el camino, mientras atravesaba un río, perdió una de sus sandalias.

Tras esto entró en la ciudad y Pelias se dio cuenta de aquel

detalle. Vio a Jasón (al que en principio no reconoció) sin sandalia y se acordó de aquella profecía que le había contado el oráculo tiempo atrás.

Jasón visitó a su padre en prisión y estuvo con él varios días, y después fue a donde Pelias y le confesó que él era Jasón, hijo de Esón, y que había llegado a Yolco para reclamar el trono de la ciudad, pues le correspondía a él de forma legítima.

Pelias se acercó al muchacho y le dijo:

—Si supieras que una persona fuera a destronarte… ¿qué harías con ella?

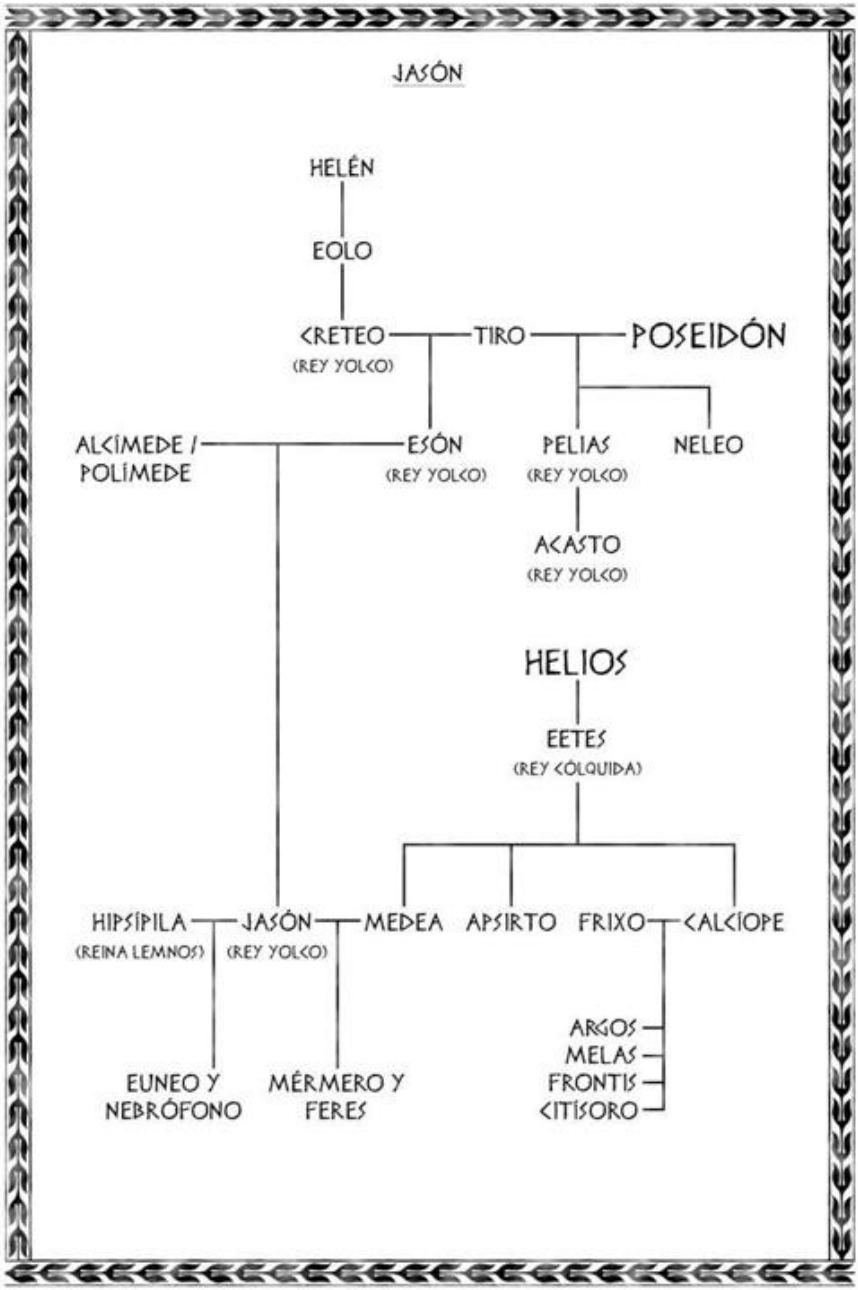
—Yo, sinceramente, la enviaría a una misión suicida, como por ejemplo… ir a buscar el vellocino de oro.

Eso fue lo que contestó Jasón, sin saber que era justo la misión que le iba a encomendar Pelias.

—Si lo consigues, el trono es tuyo.

—Hecho.

Sinceramente, creo que era más fácil arrebatarle el trono que ir a hacerle un encargo atravesando medio mundo, pero bueno. La mitología griega tiene estas cosas curiosas.



En fin, ahora creo que sería un buen momento para explicar qué es el vellocino de oro. Realmente ya lo expliqué hace muchos capítulos, pero seguro que con tantas historias y tantos nombres lo habéis olvidado. No os preocupéis; os haré un resumen rápido. Un vellocino es la piel de un carnero, pero este vellocino de oro del que

hablo tenía poderes mágicos. La leyenda cuenta que, tiempo antes de la historia de Jasón, un rey de la ciudad de Orcómeno (en Beocia) llamado Atamante (hijo de Deucalión y Pirra) se ligó a una diosa nube de nombre Néfele. Juntos tuvieron una hija y un hijo: Hele y Frixo, respectivamente.

El problema es que Néfele murió y Atamante se casó con Ino, quien era una de las hijas de Cadmo, el fundador de Tebas. Ino era una chavala muy celosa y planeó matar a estos hijastros porque le caían fatal. Parece ser que su plan consistía en aprovechar una hambruna que estaba ocurriendo en la zona (o que ella misma había causado gracias a un hechizo) y decir que el oráculo le había dicho que la única forma de apaciguarla era sacrificar a estos niños.

Por suerte, antes de que ocurriera el sacrificio, el espíritu de Néfele (o Hermes en otras versiones) se les apareció a sus hijos y les trajo un carnero alado cuya lana era de oro. Ese sería el vellocino de oro famoso, un regalo del dios Hermes. Néfele ordenó a sus hijos que montaran en él y huyeran lejos, donde nadie pudiera encontrarlos. Hele y Frixo así lo hicieron, y el carnero volador salió disparado hacia el este.

¿Cuál fue el problema? Pues que, durante el camino, Hele cayó al mar y se ahogó, y el lugar donde cayó fue llamado Helesponto en su honor. Actualmente se sigue llamando así a aquel lugar, el estrecho del Helesponto, o «mar de Hele». Frixo sobrevivió y el carnero logró llevarle hasta su destino final, que era la región de la Cólquida, que era como los antiguos griegos llamaban a una región del Cáucaso, concretamente a la zona este del mar Negro.

Una vez en su nuevo hogar, Frixo fue recibido por el rey Eetes de la Cólquida, un hijo del dios del sol Helios, y le casó con su hija Calcíope. Como agradecimiento, Frixo sacrificó a aquel carnero dorado, que se convirtió en la constelación de Aries. Luego el rey colgó su piel de las ramas de un árbol, donde fue custodiado por un dragón del que se decía que nunca dormía.

Frixo y Calcíope tuvieron cuatro hijos (Argo, Melas, Fróntide y Citisoro) que, cuando se hicieron mayores (y a la muerte de su padre), decidieron coger un barco y volver a Grecia para reclamar lo que era suyo. Sin embargo, los cuatro quedaron varados en una isla del mar Egeo y no pudieron completar su propósito.

Ahora volvamos a la historia de Jasón. Jasón tenía que recuperar aquel vellocino de oro y traérselo a su tío para recuperar su trono. El problema es que el viaje a la Cólquida era muy peligroso, e iba a necesitar ayuda. Parece que Jasón tenía algunos contactillos, y pidió la ayuda de Argo, un famoso constructor de barcos hijo de Arestor (no confundir con uno de los hijos de Frixo). Gracias a la ayuda de la diosa Atenea, el hombre logró construir el barco más grande jamás

construido: el Argo. Se dice que el lugar donde lo construyó fue en Págasas, que era el puerto de Yolco.

Ahora solo faltaban los argonautas (*Argonautai*), o tripulantes que ayudarían a Jasón en la misión. Jasón envió mensajeros a todas las regiones de la Hélade para buscar a los mejores héroes. Según las fuentes, los argonautas varían tanto en número como en nombres. Fueron entre 45 y 70 aventureros. Generalmente se suele decir que fueron cincuenta para redondear.

Entre estos reclutas que acudieron a la llamada de Jasón tenemos a Heracles, Meleagro, Orfeo y Teseo. También se menciona a los dioscuros (Cástor y Pólux) y a los boréadas (Zetes y Calais). De todas formas, como ya digo, varía mucho de una versión a otra.

Cuando todo estuvo preparado, el grupo partió hacia el este, rumbo a la Cólquida. Por ello, a continuación, voy a relatar en orden todas las aventuras que vivieron.

La primera parada de los argonautas fue la isla de Lemnos. En aquella isla solo vivían mujeres y estaban gobernadas por una reina llamada Hipsípila. Resulta que aquellas mujeres habían sido castigadas por la diosa Afrodita porque decidieron dejar de rendirle culto, y claro, se enfadó y las maldijo haciendo que oliesen fatal. Como olían a huevos podridos, este nauseabundo tufillo hizo que todos los hombres de la isla las rechazaran y las cambiaron por mujeres tracias esclavas. Las mujeres pestilentes mataron a todos los hombres, como represalia, y se quedaron a vivir en la isla por su cuenta.

De todas formas, a Jasón y los argonautas no les importó el mal olor y acabaron haciendo orgías y demás. Incluso Jasón llegó a tener dos hijos con la reina Hipsípila, llamados Euneo y Nebrófono (o Toante).

Jasón y los argonautas

Cuando los argonautas se cansaron de follar reemprendieron el viaje.

La segunda parada la hicieron cerca del Helesponto, en una isla

gobernada por Cícico, rey de los doliones. Estos doliones tenían un conflicto territorial con unos gigantes de seis brazos llamados terrígenos, o también se les puede llamar gegenees. Estos monstruos atacaron a los argonautas. Sin embargo, Heracles logró cargarse a varios a flechazos. Luego llegó el resto de argonautas y terminaron de masacrar a estos gigantes llenos de brazos.

Esa noche se despidieron de Cícico y partieron del puerto. Sin embargo, el viento les llevó de nuevo a la misma isla de estos doliones. El problema fue que los doliones pensaron que eran otros enemigos suyos, los macrieos, y les atacaron.

Los argonautas, confundidos por la noche y la marejada, se cargaron a varios doliones, entre los que se incluía al rey Cícico. No fue hasta el amanecer cuando todos se dieron cuenta de que la habían cagado. Por ello, ambos grupos estuvieron tres días de luto. La viuda del rey, Clite, no se tomó nada bien la situación y se ahorcó.

La tercera parada del Argo fue en Misia, la tierra de los misios. Heracles había roto su remo y aprovechó la parada para adentrarse en un bosque y fabricarse uno nuevo con algo de madera del lugar. Le acompañaba Hilas, un joven héroe que acabó siendo raptado por una ninfa de un manantial de allí. Lo arrastró al agua y desapareció. Los argonautas escucharon sus gritos, pero jamás hallaron su cuerpo.

El Argo partió sin él, y parece que también sin Heracles, pues decidió quedarse a buscarlo. De todas formas, existe otra versión que dice que, como los argonautas no sabían qué hacer, hubo bronca en el barco. De pronto surgió del mar el dios Glauco (el hijo de Poseidón) y ordenó que Heracles dejara aquella aventura, pues tenía que seguir con sus trabajos.

La cuarta parada de los argonautas fue en la región de Calcedón, concretamente en el país de los bébrices. Allí gobernaba un tipo llamado Ámico, que tenía fama de violento y déspota. Tenía la costumbre de retar a un combate de pugilato a cualquiera que asomara un pelo por sus costas, y en esa ocasión les tocó a los argonautas. Pólux decidió participar y acabó matando a Ámico a base de puñetazos. Los demás bébrices saltaron al terreno de juego cabreados por la muerte de su rey y lucharon contra los argonautas. Sin embargo, no fueron rivales para ellos, y Jasón y sus muchachos los mataron a todos.

La verdad es que esta gente va causando genocidios allá por donde pasa, madre mía con los héroes griegos.

Una de las aventuras más famosas de los argonautas es la ocurrida en Salmideso, ya llegando al mar Negro. En aquel lugar remoto se encontraron con un hombre ciego llamado Fineo, quien parece que tenía algún poder de tipo clarividente gracias al dios Apolo. Sin embargo, había usado mal este poder y el pobre había acabado

maldito. El tipo quería comer y todos los días aparecía un gran banquete en una construcción de la zona, pero justo cuando iba a alimentarse aparecían las temibles harpías.

Las harpías eran unos monstruos voladores parecidos a buitres, con alas y garras, pero que tenían rostro de mujer. Ellas se comían toda la comida y no dejaban nada al pobre Fineo.

Los argonautas decidieron luchar contra aquellas criaturas y lograron abatirlas a todas. Parece ser que los dos que se cargaron a las harpías fueron los gemelos Zetes y Calais, los boréadas, pues eran los dos únicos argonautas que tenían alas y podían volar. Así dieron alcance a las harpías y las atravesaron con sus espadas.

En otra versión no las mataron, pues apareció la diosa Iris y les prometió que, si dejaban en paz a las harpías, ellas no molestarían más a Fineo.

Fineo, que llevaba el pobre varios años con el estómago vacío, pudo por fin comer algo. En agradecimiento les indicó a los argonautas una ruta más sencilla hacia la Cólquida, y también un truquito para superar un nuevo peligro: las Simplégades, dos gigantescas rocas situadas en el extremo norte del estrecho del Bósforo que chocaban entre sí de forma constante, y que si cruzabas por ellas con el *timing* incorrecto te aplastaban el barco.

Fineo les dijo que, llegados a aquel punto, debían soltar una paloma. Si las rocas la hacían trizas era mejor no cruzar, pero si cruzaba sin que las rocas la destruyeran, era el momento de atravesar aquel estrecho. Siguiendo el consejo de Fineo, los argonautas lanzaron a una paloma y las rocas se cerraron, pero no mataron al ave. En ese momento, mientras las rocas se separaban de nuevo, los argonautas comenzaron a remar como si no hubiera un mañana. Finalmente lograron superar el obstáculo y continuaron hacía su destino.

Antes de llegar a la Cólquida los argonautas hicieron una pequeña parada en la tierra de los mariandinios, en donde más adelante se levantaría la ciudad de Heraclea Póntica, y allí fueron recibidos afablemente por el rey Lico. Este rey estaba contento por su visita, pues esta gente se había cargado a sus enemigos, los bébrices. Durante su estancia en aquel lugar falleció el timonel Tifis de una enfermedad, y también el adivino Idmón, asesinado por un jabalí loco.

Tras descansar, los argonautas retomaron la marcha y, poco después, pararon en la isla de Ares, donde vivían unos pájaros que disparaban plumas como si fueran flechas. ¿Cómo sobrevivieron a aquellos animales? Pues gracias al ruido que provocaron haciendo chocar sus escudos. Las ahuyentaron a todas. Tan terroríficas no eran, por lo que se ve. Fue en esa isla donde los argonautas se encontraron a los hijos de Frixo, a los cuales recogieron para llevarlos de nuevo a la Cólquida.

Tras unos pocos días más de viaje, Jasón y sus amigos llegaron por fin a la Cólquida, concretamente a la ciudad capital, llamada Ea. Como ya conté, el lugar estaba regido por el rey Eetes, y de aquí es importante saber que este rey tenía una hija llamada Medea, que acabaría casándose con nuestro héroe.

El rey Eetes sabía del vellocino de oro que estaba en su reino. Cogerlo no era fácil, pues estaba custodiado por un dragón. Sin embargo, Eetes le dijo a Jasón que podría llevárselo a cambio de que le hiciera un favor.

La prueba a la que le iba a someter Eetes era juntar a dos toros locos de los que emanaba fuego, atarlos el uno junto al otro y, con ellos, arar la pradera de Ares. Una vez arado el campo, tendría que sembrar unos dientes que tiempo antes le había entregado la diosa Atenea. Se supone que estos dientes eran del dragón de Ares que mató Cadmo.

Durante su estancia en el palacio real de Ea, Jasón y la princesa Medea tuvieron tiempo de intimar, y ambos se enamoraron. Por ello, Medea, que era hechicera y experta en las artes mágicas, decidió ayudar a Jasón a cambio de que le llevara con él a Yolco.

Gracias a un ungüento mágico creado por esta Medea, Jasón pudo llevar a cabo todas las tareas casi sin despeinarse. Capturó a los toros de aliento ígneo untándose aquella pomada ignífuga, aró los campos con ellos y después sembró los dientes de dragón, de donde surgieron cientos de *spartoi*, o espartos, que ya vimos que eran guerreros nacidos de estos dientes sembrados. Jasón tuvo que luchar contra todos ellos, pero les venció sin problema gracias a los truqui-consejos mágicos de Medea. Ella le había dicho que arrojase una piedra frente a estos *spartoi* sin que le vieran. Jasón así lo hizo y todos estos guerreros corrieron como locos a donde había sonado la piedra al golpear contra el suelo y se chocaron entre ellos. Tras eso, fruto de la confusión y de que no eran unos seres especialmente listos, se empezaron a matar entre ellos. Cuando solo quedaron unos pocos, Jasón salió de su escondite y les dio matarile.

Finalmente, Jasón tuvo que enfrentarse a la prueba final, vencer al dragón que protegía el árbol donde estaba el vellocino de oro. Con otra pócima, Medea logró dormir al animal, y Jasón pudo acercarse lo suficiente como para robar el vellocino.

Una vez con el preciado objeto en su poder, todos los argonautas salieron corriendo de vuelta al barco Argo y se alejaron de la Cólquida cagando leches. Medea se incorporó a la tripulación, y también el hermano pequeño de esta, Apsirto, que era un crío todavía.

El rey Eetes se enteró de que Jasón había tenido éxito y se agarró un rebote de la leche. Ordenó a todos sus barcos que lo persiguieran. Sin embargo, Medea logró librarse de sus perseguidores, aunque no

haciendo magia, sino siendo mala gente. Básicamente agarró a su hermano Apsirto y lo despedazó para luego tirar sus restos al mar. Eetes recogió el cuerpo de su hijo y se quedó tan jodido que no pudo seguir el ritmo a los argonautas.

Existe otra versión menos dramática y menos *gore* donde Apsirto era ya adulto, y no estaba en el barco, sino que era uno de los perseguidores que logró alcanzarlos. Esto ocurrió en una isla donde Jasón comenzó a negociar con él, pero todo era una trampa. Mientras Medea distraía a Apsirto, Jasón aprovechó para emboscarle y acabar con su vida.

Ahora es el momento de comentar las diferentes aventuras que vivieron los argonautas en el viaje de vuelta, que también fueron unas cuantas. Al contrario que en el viaje de ida, en esta ruta de vuelta es complicado racionalizar el trayecto que siguieron y poner sobre un mapa cada lugar donde supuestamente ocurrieron estos hechos. Cada autor tiene su propia versión, pero se cuentan cosas que realmente serían imposibles o no tienen sentido geográficamente hablando.

Unos dicen que la ruta de vuelta fue a través del río Istro, que hoy conocemos como Danubio. A través de él llegaron hasta el mar Adriático, entre Italia y los Balcanes. Lógicamente, esto es imposible porque el Danubio no desemboca en el Adriático. A no ser que Medea, con sus poderes, le haya puesto alitas al barco durante un breve trayecto por el norte de los Balcanes, algo que no se menciona, pues queda raro.

El caso es que, debido al asesinato de Apsirto, Zeus se enfureció y ordenó a Hera que les mandara una tormenta de la leche. La única opción que tenían los argonautas era llegar a la isla de Circe (una diosa hechicera tía de Medea) y a través de un ritual purificarse y quitarse el pecado del asesinato de encima. Según el relato racional, los tipos tuvieron que atravesar el río Po y luego el Ródano, algo también imposible porque los ríos no están conectados, pero en la época no se sabía. Los argonautas lograron volver al Mediterráneo y llegar a aquella isla. Tras varias ofrendas y algunos rezos, lograron obtener el perdón. Y la tempestad acabó.

Después de estos hechos, pasando por el sur de Italia, Jasón y los suyos acabaron atravesando una zona donde había sirenas. Las sirenas en la mitología griega no eran mujeres con cola de pez, sino aves con cabeza humana. Con sus cantos atraían a los marineros hacia las rocas, encallaban y luego se los comían. ¿Cómo lograron evitar sus cantos? Pues todo fue gracias a Orfeo, que ahogó los cantos de estas criaturas tocando la lira.

La siguiente aventura tuvo lugar en el estrecho de Mesina. Allí se enfrentaron a dos monstruos marinos llamados Escila y Caribdis. A Escila se la describía como un ser monstruoso y gigante con doce patas

y seis cabezas, cada una con unos enormes dientes, que mordía las embarcaciones y se tragaba a los marineros. Caribdis era otro monstruo pero que vivía en las profundidades y se dedicaba a tragar agua, creando un remolino gigante. Cada uno estaba situado en una orilla opuesta del estrecho, y era muy difícil pasar sin que ninguno de los dos monstruos atrapara tu barco. Los argonautas pasaron más cerca de Escila, pues era más sencillo esquivarlo, aunque tuvieron que defenderse con espadas y lanzas para que las diferentes cabezas dentadas no los alcanzaran. Eso no pudo evitar que muchos argonautas acabaran devorados, pero da igual porque solo murieron varios que no son importantes.

Tras esta dura prueba, en una nueva isla, Medea y Jasón se casaron. Descansaron varios días, celebraron fiestas y jolgorios, y poco después reemprendieron el viaje. Sin embargo, una fuerte tempestad los arrastró contra la desértica costa de Libia. Sin poder volver al revuelto mar, los argonautas tuvieron que cargar con el barco a hombros durante doce días y doce noches por el desierto hasta llegar al lago Tritónide. Allí, el dios Tritón se les apareció y les indicó el lugar donde estaba la costa.

Finalmente, los argonautas llegaron a la isla de Creta. El problema era que la isla estaba protegida desde hacía mucho tiempo por un gigante autómata de bronce llamado Talos. La estatua intentó matar a los argonautas aplastándolos con sus enormes patas o arrojándoles rocas. Su punto débil eran los tobillos, donde se encontraba su única vena, por la que corría un fluido que podríamos denominar sangre. Sangre de robot o algo así. Medea invocó fantasmas que distrajeron al gigante y él mismo se rompió el tobillo recogiendo una roca. Se desangró y fin de la amenaza.

Tras sortear todos estos peligros, Jasón y los argonautas lograron regresar a Yolco. Tras entregarle el vellocino de oro a Pelias, este dijo que eso de devolverle el trono era una broma, y continuó siendo rey.

Jasón se sintió traicionado, pero Medea lo tranquilizó.

—Tengo un plan, jeje —dijo la hechicera.

Básicamente, Medea convenció a las hijas de Pelias para que lo mataran.

—Conozco un hechizo para hacer que vuestro padre recupere la juventud, ¿queréis que os lo cuente?

—Claro, dinos, dinos —dijeron las hijas de Pelias.

—Pues mira, es fácil. Le agarráis entre todas, le despedazáis sin piedad, y luego cogéis los trozos y los ponéis a hervir con estas hierbitas mágicas.

—Ah, pues tiene sentido.

Y las hijas hicieron eso y adiós al rey usurpador de Yolco. Gracias a esto, Jasón fue coronado rey de la ciudad, y reinó feliz y contento

junto con su esposa Medea.

Su padre Esón parece que llevaba ya una temporada muerto. Dicen que se suicidó en prisión bebiendo sangre de toro. De todas formas, sí que existe una versión donde sobrevivió, pero estaba ya muy muy anciano. Medea usó sus trucos mágicos para rejuvenecerle. Para ello le cortó la garganta y metió su cadáver en un caldero lleno de agua mágica. Y funcionó. Esón volvió a ser joven. Según esta versión, esto ocurrió antes de la muerte de Pelias, y Medea les dijo a sus hijas que haría lo mismo con su padre, el rey, pero después de que las chavalas le cortaran la garganta, Medea se hizo la longuis y no le resucitó.

De todas formas, esta historia no acaba aquí. Resulta que el hijo de Pelias, Acasto, logró expulsar a Jasón y a Medea del trono de Yolco. En otra versión, fue el propio Jasón quien cedió el trono a Acasto para irse de viaje con Medea y vivir la vida a tope.

En resumen, nuestra querida parejita acabó viajando hasta la ciudad de Corinto, y allí pasaron la siguiente década bastante felices, sin muchas preocupaciones. Hasta tuvieron dos hijos: Mérmero y Feres.

Pero como en la gran mayoría de matrimonios, empezaron a surgir roces y Jasón pidió el divorcio. El tipo se había encaprichado de la princesa Creúsa (o Glauce), la hija del rey de Corinto Creonte. ¿Pensáis que la hechicera Medea iba a dejar las cosas estar? No. Quería sangre. Por ello mató a Creúsa y después acabó con la vida de los dos hijos que tuvo con Jasón.

Jasón se puso muy triste, y tras un tiempo de luto decidió que había llegado la hora de regresar a Yolco y volver a recuperar su trono. Con la ayuda de Peleo y de los dioscuros atacó al rey Acasto y le derrocaron. Jasón volvió a ser el rey de Yolco.

No se sabe cuánto tiempo reinó allí, ni tampoco las fuentes se ponen de acuerdo sobre cómo murió este famoso héroe griego. Unos dicen que acabó suicidándose por el asesinato de su mujer y sus hijos, y otros que, mientras dormía, le cayó en la cocorota un trozo de madera podrida del barco Argo. Bastante indigno, todo sea dicho.

Por su parte, Medea acabó en Atenas y se casó con el rey Egeo, el padre de Teseo. Se cuenta que se ganó su favor curándole de su impotencia. Juntos tuvieron a Medo, que acabaría dando nombre a los medos, una tribu irania asentada en la actual Irán. Llegaría a esta región llamada Media tras ser expulsado junto a su madre por el joven Teseo.

LA CAZA DEL JABALÍ DE CALIDÓN

Etolo había fundado la región de Etolia tiempo atrás, erigiéndose rey, y sus hijos fundaron las ciudades de Pleurón y Calidón. Unas pocas generaciones después, el trono fue a parar a Eneo, hijo de Partaón (o Portaón) y de Éurite. Durante el reinado de este señor tuvo lugar un mito muy famoso dentro de la mitología griega, la caza del jabalí de Calidón.

Si tuviéramos que encontrar alguna similitud con nuestros mitos de ficción actuales, podríamos decir que este episodio sería como *Los Vengadores 1*. Luego, la guerra de Troya ya vendría a ser como *Infinity War-Endgame*. Una reunión espectacular de los mayores héroes que pululaban en aquellos tiempos por la Hélade.

Antes de meternos en la cacería, es mejor conocer un poquito mejor a Eneo. Se casó con Altea, y juntos tuvieron unos cuantos hijos: Toxeo, Clímeno, Meleagro, Gorge y Deyanira. Esta última, por cierto, acabaría casándose con el héroe Heracles. Y también acabaría provocando su muerte. A veces mucho amor puede matar.

El hijo más importante iba a ser Meleagro. Se cuenta que cuando era niño, las moiras se le aparecieron a su madre, y le dieron un tizón de leña.

—La vida de tu hijo Meleagro está unida a este trozo de madera —le dijeron—. Si se consume en el fuego, él morirá. Mientras eso no pase, Meleagro será invulnerable a los golpes.

Para que no le pasara nada, Altea guardó aquel tizón en un cofre de madera y lo escondió. Esto será importante luego. Por cierto, Meleagro también formó parte de la tripulación del Argo en las aventuras de Jasón y los argonautas.

Una historia que se cuenta de Eneo es que un día recibió la visita de Dioniso, el dios del vino. Durante su estancia en su palacio dio muestras de querer mantener relaciones sexuales con su esposa, Altea, y Eneo, en vez de protestar, decidió ausentarse del palacio y dar vía libre al dios. Parece que de aquel polvo entre Dioniso y Altea nació

Deyanira. Como recompensa por haberle dejado follarse a su esposa, Dioniso regaló al rey un olivo y le instruyó en el arte del vino. Menudo caradura.

El caso es que, como todos los años, el rey Eneo hizo un sacrificio a los doce dioses olímpicos. Sin embargo, por cosas de la vida, se le olvidó nombrar a Artemisa, y bueno, se lio parda. La diosa de la guerra se sintió afrentada y por ello decidió enviar a Etolia un gigantesco jabalí que comenzó a devastar el territorio. A este animal se le conoció como el jabalí de Calidón.

El rey no se achantó y decidió frenar a aquella bestia de la naturaleza. Hizo un llamamiento por toda Grecia para convocar en su reino a los héroes más cachas y pechudos que existiesen. El problema es que todas las fuentes difieren en la lista de personajes que participaron. Los que más se repiten son Teseo y su amigo Pirítoo, los dioscuros (Cástor y Pólux), Peleo y su hermano Telamón, Meleagro, Atalanta, Anceo, Jasón, Euritión, Anfiarao y Admeto.

La cacería fue un poco desastre porque todos los héroes competían entre ellos para atrapar a la presa en vez de luchar conjuntamente. De hecho, se cuenta que Peleo mató accidentalmente a Euritión, rey de Ftía. Esto provocó aún más roces entre los participantes.

La cazadora Atalanta fue clave para abatir a la bestia. La mujer era una arquera excepcional. Se cuenta que su padre, el rey de Beocia Esqueneo, la había abandonado al nacer porque él solo quería tener hijos varones. La chica fue rescatada por la mismísima diosa Artemisa y la cuidó y amamantó con forma de oso. Luego, un grupo de cazadores la encontró en un bosque y la criaron. Dicen que la propia diosa Artemisa la envió a la caza del jabalí de Calidón para generar tensiones entre los participantes.

Y es que resulta que algunos héroes, como Anceo, se negaron a compartir aquella lucha con una mujer, pero Meleagro les convenció para que se quedaran. Este hijo de Eneo fue poco a poco conociendo a Atalanta, y entre los dos hubo un flechazo. Y no porque fueran cazando con arcos, sino porque se enamoraron. Y eso a pesar de que Meleagro ya estaba casado con una chavala de nombre Cleopatra. Pero igual daba.

Durante la cacería, el jabalí también sufrió un flechazo de Atalanta, pero esta vez literal, y quedó bastante malherido. Hasta aquel momento (habían pasado seis días), ninguno de los héroes había podido siquiera rozar al escurridizo y fiero animal. Es más, el jabalí ya se había cargado a dos participantes: Agelao, hermano de Meleagro, y Anceo, un guerrero acadio que llevaba dos hachas. En otras versiones mueren más.

Poco después, Meleagro logró rastrear con éxito al jabalí herido y lo remató. Por fin la amenaza había acabado.

Meleagro, coladito por Atalanta, decidió ofrecer el premio (su piel y sus colmillos) a la cazadora, lo que provocó muchas protestas. Los que más alto protestaron fueron sus tíos, los hermanos de su madre, Altea, los hijos de Testio. Veían fatal que el premio lo recibiera una mujer, y que la cacería era solo cosa de hombres y blablabla. El caso es que decidieron arrebatar a la joven cazadora el premio.

Debido a esto, Meleagro se enfadó tanto que se cargó a golpes a estos familiares protestones. Cuando salió de su estado iracundo se dio cuenta de que se había pasado un poco, pero daba igual, el premio era para Atalanta y se lo devolvió.

Su madre, Altea, se tomó bastante mal que su hijo hubiese matado a sus hermanos, por lo que echó mano del cofre secreto, lo abrió, cogió el tizón y lo arrojó al fuego. Esto provocó la muerte de Meleagro. Con esto concluyó la venganza de Artemisa contra el rey Eneo.

Debido a los remordimientos derivados de haberse cargado a su hijo, Altea se ahorcó. Tras su muerte, Eneo volvió a casarse, esta vez con Peribea. Esta era la hija de Hipónoo, rey de Óleno, una ciudad de la región de Etolia. Parece ser que ambos se conocieron porque ella fue un botín de guerra tras su victoria contra su padre. El caso es que ambos tuvieron un hijo: Tideo. Este Tideo es famoso por ser uno de los *siete contra Tebas*.

Pasaron los años y el rey Eneo ya estaba muy viejito y débil. Aprovechando la situación, sus sobrinos, los hijos de su hermano Agrio, comenzaron a conspirar a sus espaldas para intentar arrebatarle el trono. Tideo se enteró y los mató, y por esta razón fue exiliado. En otras versiones mató a un pariente suyo por razones poco claras.

Tras esto, Tideo acabó en la corte del rey de Argos Adrasto, y se casó con su hija Deípile. Juntos tuvieron a Diomedes, un guerrero que luchó en la guerra de Troya. De momento, Diomedes volvió a Calidón y rescató al rey Eneo con ayuda de Alcmeón, el líder de los epígonos.

Juntos lograron matar a casi todos los sobrinos del rey que le habían arrebatado el poder. Cuenta el mito que solo sobrevivieron dos de estos hijos de Agrio, llamados Onquesto y Tersites.

Diomedes colocó en el trono de Calidón y de Pleurón a Andremón, el marido de su tía Gorge. Mientras tanto, se llevó a Eneo a Argos, donde estaría más seguro, porque ya era muy mayor como para gobernar. Durante el camino, los dos hermanos hijos de Agrio que quedaban les tendieron una emboscada, y lograron asesinar a Eneo. Diomedes sobrevivió al ataque y enterró su cuerpo en la Argólida, en una zona conocida desde entonces como Énoe.

LOS ÁTRIDAS: ATREO CONTRA TIESTES

Como ya vimos, Pélope e Hipodamía tuvieron varios hijos. Estos fueron Atreo (quien da nombre a la dinastía), Tiestes y Crisipo. Otros que parece que eran hijos de Pélope fueron Piteo, quien se convirtió en rey de Trecén (en la Argólida) y fue padre de Etra, la madre del héroe Teseo; y Alcátoo, quien acabaría siendo rey de la ciudad de Mégara. De este último se dice que fue capaz de vencer al león de Citerón en Beocia. Parece que, aparte de estos, Pélope tuvo un montón de hijos más, pero son poco importantes y solo dieron nombre a diversas localidades de toda la península. Y ya bastantes nombres tenemos en esta historia como para añadir nuevos que encima no aportan nada.

Todo apunta a que Crisipo era el mayor y el favorito de su padre, así que iba a heredar el trono de Pélope. Sin embargo, los gemelos Atreo y Tiestes decidieron asesinarlo. Así lo hicieron, le agujerearon a puñalada limpia, pero les pillaron, por lo que ambos hermanos homicidas fueron exiliados de la Élide. Por su parte, su padre el rey Pélope los maldijo.

—¡¡Todos vuestros descendientes se matarán entre ellos por vuestra ambición!! —los gritó su padre mientras les expulsaba de Pisa.

Los dos hermanos se refugiaron en el reino de Micenas. Este reino había sido gobernado primero por el héroe Perseo, luego por sus hijos Alceo, Electrión y Esténelo, y luego el trono pasó al hijo de este último: Euristeo. Euristeo era, pues, nieto de Perseo. Seguramente os suene porque fue quien ordenó a Heracles realizar sus famosos doce trabajos.

El caso es que, tras la muerte del gran héroe de Grecia, Heracles, Euristeo tuvo que ausentarse de su reino para luchar contra los heráclidas, los hijos de Heracles, que reclamaban su reino.

Aprovechando la situación, los gemelos Atreo y Tiestes se hicieron con el poder de Micenas. Parece ser que Euristeo les dejó que gobernaran su reino durante su ausencia, pero solo de forma temporal.

El problema es que poco después este señor murió durante el transcurso de una batalla junto a sus hijos. Con esto, la dinastía de los ináquidas se fue a la porra y los ciudadanos de Micenas tuvieron que elegir a uno de estos pelópidas como su nuevo rey.

Fue entonces cuando los dos hermanos empezaron un conflicto por el trono que iría escalando en violencia.

Para ganarse el favor de la diosa Artemisa, Atreo juró que iba a buscar el cordero más bonito que hubiese en Micenas para sacrificarlo en su honor. Pronto encontró uno muy bello y de lana dorada. Pero era tan bello que decidió esconderlo, matarlo y guardar su vellón dorado para él en un cofre secreto. La única persona (aparte de Atreo) que sabía de la existencia de aquel nuevo vellocino de oro era su esposa Aérope.

Por cierto, por estas fechas, Atreo y Aérope tuvieron dos hijos que más tarde serán importantes: Agamenón y Menelao, y también una hija llamada Anaxibia. Estos van a ser importantísimos en el capítulo de la guerra de Troya.

Pero volviendo a la trama principal, lo que no sabía Atreo era que su esposa Aérope tenía una aventura con su hermano y rival Tiestes. La mujer robó el vellón del cordero dorado y se lo entregó a su amante.

Poco después hubo una reunión del consejo de la ciudad de Micenas, y con toda la ciudadanía reunida, Tiestes dijo:

—Pues yo creo que debería ser rey quien tenga un vellocino dorado —y Tiestes se volvió hacia Atreo—. ¿Qué opinas, hermano?

Atreo rio.

—Me parece una idea fantástica, Tiestes, hagamos eso.

Lo que Atreo no sabía era que su vellocino había sido robado, y en la siguiente reunión fue Tiestes quien se presentó con él. Por esto fue nombrado rey de Micenas.

Atreo se cagó en todo. Le habían tangado y estaba cabreadísimo.

—Has hecho trampas, Tiestes —le dijo Atreo—. El trono me pertenece a mí. Por favor, dámelo.

—Mira, solo te daré el trono el día en el que el sol vaya al revés, es decir, que salga por el oeste y que se ponga por el este.

Esto Tiestes lo dijo como una bravuconada, como decir «cuando las vacas vuelen», pero Atreo consiguió convencer a Zeus de que obrara el milagro. Gracias a que el sol se movió aquel día en dirección contraria, Tiestes tuvo que devolver el trono.

Atreo volvía a ser rey de Micenas. Lo primero que hizo fue desterrar a su hermano. Lo segundo que hizo fue vengarse de su adúltera mujer, ya que se había enterado de que Aérope le había estado poniendo los cuernos con Tiestes y que ella había sido la que le había robado el vellocino.

Para vengarse, agarró a los hijos que había tenido de Tiestes (Áglao, Orcómeno y Calileonte) y los hirvió para luego emplatarlos y servirlos. Los comensales fueron Tiestes y Aérope, y cuando se dieron cuenta de qué habían comido empezaron a vomitar como si no hubiera un mañana. En otras versiones, Aérope ya fue asesinada por Atreo antes de estos hechos.

Ahora era Tiestes quien quería vengarse de su hermano por haberle dado de comer purrusalda de hijos, por lo que acudió al oráculo de Delfos. Esto fue lo que le dijo la pitonisa:

—Si te tiras a tu hija Pelopia tendrás un hijo. Este nuevo hijo matará a Atreo.

Siguiendo aquel consejo, Tiestes se acostó con su propia hija y de ahí nació Egisto. Pelopia, tras el parto, se sintió tan avergonzada de aquel acto incestuoso que abandonó al bebé. Un pastor lo encontró y se lo llevó a Micenas, entregándoselo al rey Atreo.

El rey Atreo crio a Egisto como si fuera su propio hijo (sin saber que era de su hermano), pero cuando alcanzó la madurez pasó algo que lo cambió todo. Resulta que Atreo envió a sus dos hijos, Agamenón y Menelao, en busca de su hermano Tiestes. Una vez lo encontraron, lo atraparon y lo encerraron en una prisión de la ciudad.

Atreo puso una espada en la mano de Egisto y obligó a matarlo. Sin embargo, Tiestes le contó toda la verdad.

—Egisto… Yo… yo soy tu padre.

—¡¡Noooooo!!

—Ese Atreo que te ha cuidado es tu tío, y él asesinó a nuestra familia.

Entonces Egisto se enfadó y asesinó al rey Atreo. Con esto, la profecía del oráculo se cumplió.

Una vez la venganza fue concluida, Egisto liberó a su padre y juntos dieron un golpe de Estado en Micenas, siendo Egisto el nuevo rey. Agamenón y Menelao fueron expulsados del reino.

Ahora habría que pasar a hablar de Agamenón y de Menelao. ¿Qué pasó tras su exilio? Ambos estuvieron un tiempo deambulando por el Peloponeso hasta que llegaron a la ciudad de Esparta, donde fueron acogidos por su rey, Tindáreo.

Vale, pausemos un momento el relato aquí para conocer más de este Tindáreo y sobre su descendencia, que es importante. Al parecer su madre era Gorgófone, hija de Perseo y Andrómeda, y su padre era Ébalo, quien fue un anterior rey de Esparta.

Tindáreo tenía un hermanastro llamado Hipocoonte, que fue quien heredó el trono de Esparta a la muerte del padre. Lo primero que hizo fue expulsar a sus hermanastros Tindáreo e Icario, que eran los que podían poner en peligro su estabilidad. Estos huyeron a Etolia y se refugiaron en el reino de los pleuronios, en Etolia, en la corte del

rey Testio.

Tindáreo se enamoró de su hija Leda y tuvieron varios hijos. En una primera tanda tuvo a Timandra y Filónoe, y en la segunda tanda a Cástor y a Clitemnestra. Estos dos últimos fueron concebidos la misma noche en la que Zeus, disfrazado de cisne, se la tiró también. La joven Leda parió dos huevos. De aquí salieron Pólux (o Polideuces) y Helena. Los gemelos Cástor y Pólux serían conocidos como los dioscuros. Helena, por su parte, sería considerada la mujer más bella del planeta, y sería la razón por la que comenzaría la guerra de Troya.

Cuando la pobre Helena tenía unos diez años, fue secuestrada por Teseo y por su amigo Pirítoo para que el primero se casase con ella. Teseo la dejó al cuidado de su madre Etra, pero los dioscuros, los hermanos de Helena, la salvaron y se llevaron también a Etra, que se convirtió en la sirvienta personal de la chavala.

Los dioscuros (Cástor y Pólux) fueron dos héroes que ganaron bastante fama durante los años anteriores a la guerra de Troya. Estos tuvieron una disputa gorda con su primo Afareo. ¿Y quién es Afareo?, os preguntaréis.

Afareo era un rey que gobernaba en Mesenia, y era hijo de Gorgófone (hija de Perseo) y de Perieres, el anterior rey mesenio. Este tenía dos hijos: Idas y Linceo, conocidos como los afarétidas.

El mito cuenta que estos hermanos y los dioscuros se unieron para robar un ganado en la región de Arcadia, pero tras robarlo discutieron por el reparto. Idas y su hermano lo reclamaron todo y se llevaron a las vacas a Pilos, la capital de Mesenia.

Pero los dioscuros no iban a dejar las cosas así, y fueron a por ellos. Los gemelos acabaron matando a estos chavales. Esto hizo que el rey Afareo se quedara sin herederos, y a su muerte, el trono de Mesenia y de la ciudad de Pilos fue a parar a Néstor, hijo de Neleo.

En otra versión, el conflicto entre los dos grupos de hermanos ocurrió porque los dioscuros secuestraron a las novias de estos dos hermanos, hijas de Leucipo, llamadas Hilera y Febe.

Por otro lado, Hipocoonte y sus doce hijos cabrearon a los heráclidas y estos le dieron muerte, por lo que Tindáreo fue coronado como nuevo rey de Esparta.

Y ahora ya podemos volver a la historia que estaba contando. El rey Tindáreo acogió a los hermanos exiliados Agamenón y Menelao y los casó con dos de sus hijas. Agamenón se casó con Clitemnestra y Menelao con Helena. Menelao, por cierto, heredó el trono de Esparta. Poco después, Menelao y Helena tuvieron una hija: Hermíone.

Volviendo a Micenas, Agamenón y Clitemnestra tuvieron varios hijos: Ifigenia, Crisótemis, Laódice (o Electra) y Orestes. Tras esto, Agamenón decidió que tenía que buscar un reino en el que reinar, y la mejor opción era Micenas, de donde había sido exiliado años antes.

Parece que armó un ejército y logró expulsar del trono micénico a Tiestes y a Egisto. Después de que Agamenón se apoderase del reino de Micenas conquistó Sición y con ello se convirtió en el rey más poderoso de la Hélade en aquella época. Una época que iba a estar marcada por un conflicto muy potente conocido como la guerra de Troya.

LA ISLA DE CHIPRE Y PIGMALIÓN

Ahora viajemos a la isla de Chipre, donde existía un fuerte culto a la diosa Afrodita. Y es que, según el mito, aquel lugar fue el primero que pisó la diosa nada más nacer de la espuma del mar.

Sobre la genealogía de esta diosa se cuenta lo siguiente. Con Faetón (hijo del dios Helios) tuvo un hijo de nombre Astínoo. Este tuvo a Sándoco, y este a Cíniras, que es el personaje que nos interesa ahora.

Todos estos habían vivido en Siria, pero fue Cíniras quien llegó a la isla de Chipre y fundó un reino, instalando su capital en la ciudad de Pafos. Allí construyó un templo en honor a Afrodita, convirtiéndose Cíniras en su primer sacerdote.

Quizás la historia más célebre de Cíniras le relaciona con la guerra de Troya. Los aqueos llegaron a la isla pidiendo que se uniera a la guerra con ellos, aunque Cíniras no tenía muchas ganas de conflictos:

—Ah… sí, lo de la guerra. Mira, vamos a hacer una cosa. A ti, Agamenón, te voy a regalar un peto protector de la leche. Y además os voy a enviar cincuenta barcos en los próximos días.

—Genial —contestó Agamenón.

Pero el chipriota no cumplió su palabra. Bueno, técnicamente sí, pero no como los aqueos esperaban. Cíniras envió un solo barco normal, y cuarenta y nueve hechos de arcilla, por lo que se hundieron rápidamente.

Ahora hay que hablar de Pigmalión, que algunos dicen que era hijo de Cíniras, aunque la genealogía aquí es un tanto confusa y otros dicen que era abuelo de Cíniras. Pero eso da igual. Lo importante es saber que Pigmalión era el rey de Chipre y llevaba bastante tiempo soltero. Las mujeres que había a su alrededor no le atraían mucho.

Por ello, un día este rey decidió esculpir en marfil a la mujer perfecta. Poco a poco, se fue volviendo loco y comenzó a tratarla como si estuviera viva. La hablaba, le ponía ropita, le hacía regalos… y pronto comenzó a liarse con ella.

Durante una celebración, Pigmalión hizo un montón de sacrificios

a Afrodita y le pidió que le consiguiese una mujer como la estatua aquella. La diosa del amor lo que hizo fue dar vida a la estatua, y así nació Galatea. Este mito ha inspirado multitud de historias posteriores como, por ejemplo, Pinocho.

LA TRAGEDIA DE EDIPO

Volvamos al reino de Tebas. Lo último que conté sobre Tebas es que los gemelos Anfión y Zeto fueron nombrados nuevos reyes de Tebas tras haberle arrebatado el poder al cruel Lico. La madre de estos gemelos era Antíope, pero sobre el padre existen muchas dudas. Unos dicen que eran hijos del rey Epopeo de Sición mientras que otros dicen que eran hijos de Zeus.

Sin embargo… ¿qué pasó con Layo? Este era el hijo del anterior rey legítimo, Lábdaco. ¿Dónde estaba? Pues parece ser que, tras el golpe de los gemelos, Layo fue exiliado y acabó en la corte del rey Pélope, al oeste del Peloponeso, concretamente en una localidad llamada Pisa (o puede que Olimpia), en la región de la Élide.

El pobre Layo tuvo que esperar pacientemente hasta la muerte de Anfión y de Zeto para poder volver a Tebas y convertirse en rey. Allí conoció a una chavala maja llamada Yocasta y ambos se casaron. Pasó el tiempo y el reinado iba bien, el problema es que la pareja era incapaz de concebir un hijo. Layo estaba ya cansado de no poder tener un heredero, por lo que fue al oráculo de Delfos a ver si le daban alguna pista de lo que tenía que hacer.

La respuesta del oráculo fue un poco regular.

—Tendrás un hijo, Layo, pero cuidado con el chaval porque a ti te matará y se acostará con tu mujer, su madre.

—¿Pero qué coj…? —fue la respuesta de Layo.

Esta maldición no fue algo gratuito. Resulta que años atrás Layo había violado a un joven llamado Crisipo, hijo ilegítimo del rey Pélope, y el chaval había acabado ahorcándose en un árbol. En otra versión se clavó su propia espada. Fue entonces cuando Pélope decidió maldecir a Layo y esta movida que le contó la pitonisa fue el resultado. Muchos llaman a esto la maldición de los labdácidas, ya que no solo afectó a Layo, sino a toda su descendencia.

Layo volvió a Tebas, y cuando Yocasta le preguntó qué le había dicho la pitonisa, este dijo que nada que pudiera entender. Se hizo el

tonto, vamos.

Volvió a pasar el tiempo, y en una noche loca, Layo y Yocasta follaron. La mujer acabó embarazada y de ahí nació Edipo. Pero claro, Layo recordó lo que le había dicho la pitonisa, que aquel hijo lo mataría, por lo que decidió abandonarlo para evitar que la profecía se cumpliera. Con unas fíbulas o clavos, el rey atravesó los pies del bebé y se lo dejó a un pastor que estaba por el monte Citerón. Pensaba que con los pies mal no sería querido por nadie y no llegaría a nada.

Sin embargo, contra todo pronóstico, el bebé Edipo sobrevivió. El pastor le cuidó y luego se lo pasó a un conocido de Corinto que se lo llevó a esta ciudad. En fin, que al final el bebé Edipo acabó viviendo en la corte del rey Pólibo de Corinto, y criado por su esposa Peribea, llamada en otras versiones Mérope. Fue ella quien le llamó Edipo, nombre que significaría «pies hinchados», por las heridas que le hizo su padre.

Pasaron los años. Edipo se convirtió en adolescente y comenzó a escuchar rumores que decían que no era hijo del rey Pólibo, sino que había sido adoptado. Tratando de buscar respuestas sobre su verdadera identidad acudió al oráculo de Delfos. Allí recibió la siguiente respuesta:

—Tu destino es matar a tu padre y tirarte a tu madre.

—¿Pero qué coj…? —contestó el joven Edipo.

A pesar de los rumores, siguió pensando que Pólibo y Peribea eran sus padres, así que, para evitar su destino, decidió largarse de Corinto y alejarse lo más posible de ellos para no joderles la vida. Lo que Edipo no sabía era que estaba cumpliendo a la perfección el plan que el destino le tenía preparado.

Por el camino, cerca de la ciudad de Tebas, por el poder de la casualidad, Edipo se encontró con una comitiva real que se dirigía hacia Delfos. Era un viejo que iba sobre un carro (Layo) acompañado por cinco sirvientes.

Uno de estos sirvientes, concretamente el palafrenero, el que se dedicaba a llevar el caballo cogido del freno, Polifonte, le dijo de malas maneras a Edipo que se apartara del camino y le dejara adelantarle. Edipo reaccionó tarde, y el heraldo, de malas formas, le echó del camino por la fuerza. Edipo se enfadó y lo golpeó, y tras eso, siguió su camino.

Sin embargo, cuando el carro de Layo le alcanzó de nuevo, el rey golpeó en la cabeza al chaval con la vara que usaba para guiar a los bueyes. Aquel golpe cabreó muchísimo a Edipo, y lanzó su cayado contra el rey de Tebas y lo mató. Y tras eso, se cargó a cuatro de los cinco sirvientes. Después Edipo huyó.

Mientras tanto, en Tebas se enteraron de lo sucedido y los tebanos dieron el trono al cuñado de Layo, Creonte, quien era el hermano de

Yocasta. Técnicamente fue nombrado regente hasta que se encontrase un heredero legítimo, aunque obviamente, con Layo muerto, aquello iba a ser complicado.

En esa época, la diosa Hera había enviado a la zona un monstruo llamado Esfinge. Se trataba de una criatura con cuerpo de león, alas de pájaro y rostro de mujer. Y mataba a gente, pero la particularidad es que mataba si no acertabas sus acertijos. Unos acertijos muy complicados. Como no dieses la respuesta correcta, este monstruo te estrangulaba con sus patas. En otras versiones simplemente te comía. La razón por la que la diosa había enviado a esta criatura a joder a los tebanos fue porque, sabiendo el crimen que había cometido Layo (la violación de Crisipo), no habían hecho nada para solventarlo.

El rey de Tebas Creonte ofreció una recompensa para quien matara a aquella criatura. Edipo, sin nada que perder, decidió probar suerte. Se plantó ante la esfinge y le dijo que aceptaba el desafío.

Este fue el acertijo que le planteó el monstruo:

Edipo ante la esfinge

—¿Cuál es el ser vivo que cuando es pequeño anda a cuatro patas, a dos cuando es adulto y que cuando se hace mayor anda a tres patas, y cuantos más pies utiliza para moverse más débil es la velocidad de

sus miembros?

Edipo se lo pensó un momento y finalmente dio con la respuesta.

—El humano, porque gatea a cuatro patas cuando es un bebé, camina de forma bípeda de adulto, y cuando ya es mayor necesita de una cachaba, que sería esa tercera pata.

Edipo dio la respuesta correcta. Habiendo fracasado, la esfinge se suicidó lanzándose al vacío. Para ser una fiera devoradora de personas, la pobre era muy sensible.

Creonte agradeció a Edipo su victoria sobre la criatura y acabó nombrándole rey de Tebas. Así pues, Edipo se casó con la reina, con Yocasta, quien no era otra que su madre, aunque eso aún no lo sabía. Juntos tuvieron dos hijos, Polinices y Eteocles, y dos hijas, Ismene y Antígona.

Pasó el tiempo, y todo parecía muy bonito. Al menos hasta que un buen día sobre Tebas cayó una terrible plaga que afectó a los cultivos de todo el reino. El rey Edipo decidió investigar el asunto y envió a Creonte al oráculo de Delfos para que solucionara el entuerto. Allí Creonte averiguó que aquella especie de maldición era porque el asesino del anterior rey, Layo, seguía vivo y en Tebas, y que la epidemia no cesaría hasta que los tebanos lo expulsaran de la ciudad.

Claro, Edipo no sabía que el tipo que se había cargado en el carro por el camino años antes era aquel rey Layo.

Al final, Edipo acudió a donde Tiresias, un adivino ciego de Tebas que era bastante famoso. Era un descendiente de Udeo, uno de los *spartoi* que surgieron de los dientes del dragón Pitón sembrados por Cadmo. De Tiresias se cuenta que vivió durante unas siete generaciones, que tenía el poder de ver el futuro y que se convirtió temporalmente en mujer por golpear unas serpientes.

Dice el mito que como había sido hombre y mujer, Hera y Zeus le preguntaron a ver qué género disfrutaba más con el sexo, porque estaban discutiendo sobre esa cuestión. Tiresias dijo:

—Del uno al diez en la escala de placer que me acabo de inventar, el hombre disfruta una parte… pero la mujer disfruta nueve o incluso diez.

Hera se enfadó con él por la respuesta y le dejó ciego. Para compensar, Zeus le dio el poder de la clarividencia.

Resulta que este Tiresias acusó a Edipo de ser el hombre que buscaban, y Edipo contestó que eso no era posible, que él no había matado a Layo. Entonces acusó a Creonte de estar esparciendo rumores sobre él para apartarlo del poder, y Creonte respondió que eso no era cierto.

La discusión fue tan fuerte que la reina Yocasta se acercó a ver qué pasaba. Edipo le contó que el vidente le había acusado de asesinar a Layo y ella le tranquilizó diciéndole que aquello no era posible, que

un superviviente de la masacre contó que Layo había sido asesinado por un salteador cuando iba en su carro en un lugar donde se cruzaban tres caminos.

Al oír eso, Edipo se cagó de miedo. Recordó que él había matado a un señor viejuno que iba en un carro en un cruce de tres caminos. Empezaba a creer que las acusaciones del vidente eran verdad.

Para colmo, justo llegó un mensajero de Corinto anunciando que el rey Pólibo había muerto y que ofrecían a Edipo el trono de aquella ciudad. Ese mensajero no era otro que el pastor que había salvado la vida de Edipo cuando era un bebé. Fue este mensajero quien reveló todo. Y la confirmación total llegó cuando fue convocado en palacio aquel superviviente de la masacre en los tres cruces.

Ya no había duda. Edipo era el hijo de Layo y también su asesino; y Yocasta, su esposa, era también su madre. El destino que había predicho el oráculo de Delfos se había cumplido.

Al enterarse de la verdad, Yocasta decidió ahorcarse en el palacio. Cuando el rey vio su cuerpo, decidió coger sus broches y sacarse los ojos con ellos. Tras eso, unos dicen que huyó hasta perderse por el horizonte y otros que fue exiliado por sus dos hijos varones.

Parece que hacia el final de sus días fue acogido por el héroe Teseo en la ciudad de Colono, muy cerquita de Atenas, y fue allí donde falleció. Dicen que antes se casó con Eurigania y que tuvieron varios hijos. En otras versiones, vivió junto con su hija Antígona.

LOS SIETE CONTRA TEBAS

Como ya conté, la violación de Layo a Crisipo generó una maldición de la que serían víctimas tanto él como su hijo Edipo. Y también quedaron malditos los hijos que tuvo este con su madre Yocasta. El episodio de los siete contra Tebas o de las guerras tebanas es la continuación de la tragedia de Edipo.

Tras esta tragedia, Creonte, el hermano de Yocasta, volvió a convertirse en el rey de Tebas, mientras Edipo era exiliado. Pero Creonte solo podía ser regente, y había que elegir un nuevo rey.

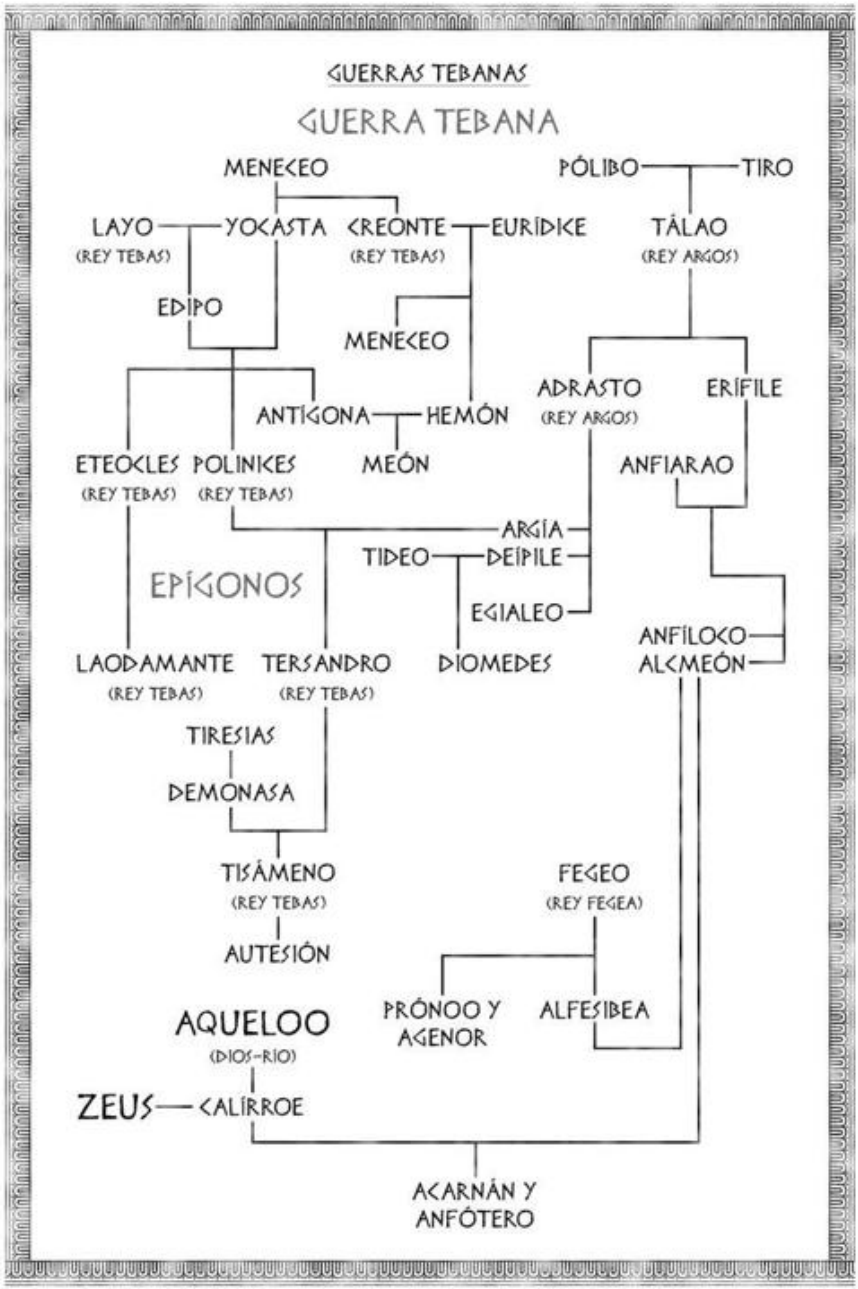
La cosa estaba entre los dos hijos varones de Edipo, Eteocles y Polinices, quienes se llevaban bastante mal. ¿Cuál de los dos iba a ser elegido nuevo rey? Pues al final, tras mucha discusión, se llegó a un pacto. Ambos hermanos se alternarían cada año en el poder de Tebas.

Así pues, Eteocles comenzó gobernando y cuando pasó el año se negó a dejarle el trono a su hermano. Para deshacerse de él ordenó su destierro y Polinices tuvo que abandonar la ciudad.

Existe otra versión que dice que Eteocles le dijo a Polinices:

—Mira, te dejo elegir. O eres rey o te quedas con las joyas de la familia (la gargantilla y el vestido de Harmonía) y te vas a vivir a otra parte.

Y Polinices eligió lo segundo.



Parece ser que la versión más canónica sería la primera, la de la alternancia en el gobierno que salió mal. Polinices estaba exiliado en contra de su voluntad, pero no iba a dejar las cosas así. Comenzó a buscar aliados para enfrentarse a su hermano. Según cuenta el mito, Polinices acabó durante esta búsqueda en la ciudad de Colono y hasta

pidió ayuda a su padre Edipo. Sin embargo, este se negó por el trato tan feo que recibió por parte de ellos dos cuando salió a la luz todo su drama personal años atrás. Parece ser que Edipo había maldecido a los dos hijos con pelearse por el poder y a matarse entre ellos como venganza por haberle encerrado en una prisión y por haberle exiliado de Tebas.

Polinices pasó de su padre y viajó a la rica ciudad de Argos, donde reinaba el rey Adrasto. Este rey acogió al tebano en el palacio y en un principio fue reacio a comenzar una guerra contra Tebas, pero la cosa cambiaría pronto gracias a, cómo no, el oráculo de Delfos.

Resulta que el rey Adrasto tenía dos hijas solteras llamadas Argía y Deípile. Su padre, obviamente, quería casarlas con dos hombres de gran poder, pero le daba miedo que estos matrimonios generaran dos alianzas con dos reinos pero a la vez convirtieran el resto de reinos de la Hélade en enemigos. Al rey no le quedó otra que pedir consejo de la pitonisa de Delfos, y esta le aconsejó que casara a sus hijas con un león y un jabalí que luchasen en su palacio.

Adrasto se quedó un poco atolondrado por la respuesta. ¿Significaba eso que tenía que casar a sus hijas con dos animales? ¿En qué ayudaba aquello a su reino? Sin embargo, pronto comprendió que todo era un poco más simbólico.

Resulta que justo esa noche hubo una pelea en su palacio de Argos. Dos de sus huéspedes se pelearon. Uno era Polinices y otro Tideo. Tideo era un príncipe desterrado de la ciudad de Calidón. La causa de su destierro era por haber matado accidentalmente a algún pariente del rey de allí durante una cacería.

El rey Adrasto sabía que tenía que casar a sus hijas con ellos dos, pues el símbolo de los escudos de Tebas era un león (o la esfinge) y el de Calidón era un jabalí. La profecía estaba clara. Así pues, Polinices se casó con Argía y Tideo con Deípile.

El problema fue que aquellos dos maridos tenían algo en común (aparte de ser muy animales), y es que no eran reyes de nada. Ambos habían sido exiliados y no tenían ningún poder, pero eran reclamantes legítimos. Fue en ese momento cuando Adrasto de Argos decidió apoyar la causa de Polinices y ayudarle a recuperar el trono de Tebas. Lo mismo le prometió a Tideo con su ciudad, Calidón.

Así pues, el rey Adrasto preparó un poderoso ejército liderado por siete paladines. Sus nombres fueron el rey Adrasto y su cuñado Anfiarao, Polinices y Tideo, y finalmente Hipomedonte (en otras versiones Mecisteo o Etéoclo), Capaneo y Partenopeo.

Su primer objetivo fue Tebas, debido a que estaba más cerca. Todos los comandantes argivos aceptaron el plan menos uno, Anfiarao, quien predijo que aquello era mala idea. Resulta que el tipo tenía antepasados videntes y él había heredado cierto poder para

prever desgracias.

—He tenido un sueño —dijo el general Anfiarao—. Si asediamos la ciudad de Tebas todos moriremos menos Adrasto. Yo lo siento… pero me bajo del carro. Yo no lucharé.

Ante la negativa a participar en la contienda, el rey Adrasto se enfadó con él y ambos tuvieron una gran pelea de espadas. El rey estuvo a punto de matarlo, lo que habría ocurrido de no haber llegado Erífile. Esta muchacha era la hermana del rey y la esposa de Anfiarao. Gracias a ella, los dos dejaron de luchar y decidieron que, si volvían a pelearse por alguna cosa de estas, sería Erífile quien tomase la decisión definitiva y desempatase el asunto. Ambos aceptaron. Finalmente, Adrasto cedió y decidió hacer caso a la advertencia premonitoria de su cuñado y no hubo ataque a Tebas.

El problema fue que Polinices y Tideo no vieron esto bien, pues ansiaban con toda su alma recuperar los tronos que les pertenecían y comenzaron a conspirar. Los dos decidieron que la mejor manera de que hubiera guerra era sobornar a Erífile para que convenciera a su marido de que diera luz verde al ataque. Para realizar este soborno le prometieron regalarle aquella gargantilla mágica que Afrodita regaló a Harmonía por su boda.

Erífile no pudo resistirse, pues ansiaba ese collar. La leyenda decía que quien lo poseyera sería siempre bella y Erífile empezaba a verse mayor. El caso es que la mujer aceptó el soborno y convenció a su marido de que comenzara la guerra contra Tebas.

Así pues, los siete paladines marcharon contra Tebas, siendo conocidos como los siete contra Tebas.

Por cierto, Anfiarao y Erífile tenían dos hijos: Alcmeón y Anfíloco. Como Anfiarao sabía que probablemente moriría en aquella guerra, dijo a sus hijos que si a él le pasaba algo, cuando fueran más mayores matasen a su madre, pues ya no era de fiar y había caído en la corrupción. Esto será importante más adelante.

La expedición de los siete hizo una parada en la localidad de Nemea, lugar donde pidieron al rey Licurgo que les diese algo de beber. El rey Licurgo encargó la tarea a una de sus sirvientas, Hipsípila, quien cuidaba del recién nacido del rey, Ofeltes. La chica condujo a los siete hasta un manantial donde pudieran descansar y refrescarse el gaznate, pero cometió un error. Dejó al pequeño bebé en el suelo y una serpiente venenosa lo mordió.

El pequeño Ofeltes murió, y el rey Licurgo se llenó de tristeza. Anfiarao dijo que aquello era una señal de mal presagio. Adrasto trató de quitarle hierro y, para evitar aquel mal presagio, ofrecieron organizar un magnífico funeral.

Además, los siete también instauraron en Nemea los famosos Juegos Nemeos. Estos eran unos juegos deportivos celebrados cada

cuatro años y que constaban de siete pruebas. En esta primera competición, cada uno de los siete paladines venció en sendas pruebas. En estos juegos, los sacerdotes que actuaban de árbitros se vestían de negro en señal de luto, ya que los juegos se hacían en honor al fallecido Ofeltes.

Tras estos hechos, los siete llegaron por fin ante las murallas de la ciudad de Tebas dispuestos a asediarla. Antes de nada, Tideo trató de convencer a Eteocles, el rey tebano, hermano de Polinices, de que se rindiera. Eteocles se negó. Ahí comenzó la guerra.

Lo primero que ocurrió es que Tideo desafió a un combate singular a todos los tebanos que quisieran luchar contra él. Varios decidieron participar y Tideo los mató a todos uno a uno. Cuando ya no hubo ningún valiente tebano dispuesto a luchar contra él, cada uno de los siete paladines se plantó delante de una de las siete puertas de la ciudad y trataron de derribar los portones con sus respectivas tropas.

Eteocles estaba acojonado, y pidió consejo al ciego vidente Tiresias. Este le dijo que lo tenían bastante complicado, pero que existía una oportunidad para vencer.

—Si un príncipe de la casa real se inmola en sacrificio a Ares, venceremos.

Creonte se ofreció voluntario para sacrificarse por la ciudad, pero su hijo Meneceo se le adelantó. Con este sacrificio alimentaron a los dioses y se ganaron su favor.

Así pues, cuando los siete paladines tenían la sartén por el mango, llegó Zeus con sus rayos y se cargó a uno de ellos, Capaneo. Al parecer esto ocurrió porque durante el asedio se vino arriba y dijo algo en este plan:

—Voy a entrar en esta ciudad quiera o no quiera Zeus…

Y záscata.

Esta ayuda del cielo dio esperanzas a los tebanos, que cogieron las armas que pillaron por ahí y fueron contra los invasores. Lucharon ferozmente contra las tropas argivas y mataron a Partenopeo y a Hipomedonte.

Otro que murió fue Tideo, y la historia de su muerte es curiosa y muy loca. Fue herido mortalmente durante la batalla por un tebano llamado como su hermano, Melanipo. La diosa Atenea se apiadó de Tideo porque le caía bien y fue a ayudarle con un elixir de curación. El problema fue que Anfiarao se percató de esto. A pesar de estar en el mismo bando, Anfiarao odiaba a Tideo por haberle hecho participar a regañadientes en aquella campaña suicida, y decidió evitar que Atenea lo salvara.

Antes de que la diosa llegara hasta donde él, Anfiarao se cargó a Melanipo y fue con su cabeza hasta donde el herido Tideo.

—Te he traído la cabeza de tu agresor —le dijo Anfiarao—, he oído que si te comes su cerebro te recuperarás de tus heridas.

—Tiene sentido —contestó el herido Tideo—. Venga, dame esa cabeza.

Tideo se puso a sorber el cerebro de la cabeza cortada de su agresor y cuando Atenea vio la escena quedó tan horrorizada que tiró el elixir y se piró de allí. Y Tideo murió, claro está.

Como Polinices vio que todo estaba perdido, decidió retar a su hermano Eteocles a un combate singular. El ganador se quedaría con el trono. Sin embargo, ninguno ganó. Los dos se atravesaron el pecho con sus espadas y murieron allí mismo.

Creonte volvió a convertirse en rey regente de Tebas y terminó la guerra. Tebas había resistido y ganado la contienda, mientras que los argivos se vieron obligados a retirarse.

Se cuenta que el rey Adrasto huyó a lomos de un caballo alado que tenía, de nombre Arión, mientras que Anfiarao logró sobrevivir gracias a que Zeus abrió la tierra con un rayo y evitó que las tropas tebanas se lo cargaran a espadazos. En otras versiones la tierra se lo tragó, muriendo como había sido previsto por la profecía.

Creonte declaró traidor al difunto Polinices y a todos sus seguidores, y ordenó que dejaran sus cuerpos allí, tirados en el campo de batalla, para que se pudrieran, entre ellos el del mismo Polinices. Sin embargo, pronto llegó su sobrina Antígona, hermana del difunto e hija de Edipo. Ella se apiadó del cuerpo de su hermano Polinices y comenzó a extender algo de polvo sobre el cuerpo para enterrarlo. Sin embargo, los guardias tebanos le hicieron pillote y la arrestaron.

El rey Creonte se enfadó con ella y ordenó que fuera enterrada viva. Sin embargo, el hijo del rey, el príncipe Hemón, estaba enamorado de ella y se negó a hacerle ningún daño. Al final ambos se fugaron juntos y vivieron escondidos en los bosques. Tuvieron un hijo llamado Meón. En contra de lo que pudiera parecer, este muchacho no tenía el superpoder de orinar con fuerza contra sus enemigos.

Al mismo tiempo, el rey Adrasto pidió ayuda al rey Teseo, que gobernaba Atenas. Le rogó que le ayudara contra los tebanos, pues lo único que quería era recuperar los cadáveres de sus paladines caídos en batalla y darles un entierro digno. Teseo aceptó y, con sus tropas, marchó hasta Tebas. Tras derrotar a los tebanos, los argivos pudieron recuperar los cadáveres de sus héroes, que fueron enterrados en grandes funerales junto con sus familiares. Se cuenta que Evadne, la esposa del caído Capaneo, sintió tanta pena por la muerte de su marido que no quiso vivir sin él y se arrojó a la pira funeraria.

La historia del mito de los siete contra Tebas acaba con el asesinato del rey Creonte. Y es que existe otra versión de la historia que dice que el príncipe Hemón y Antígona nunca se fugaron. Hamón

intentó convencer a su padre Creonte de que la soltara, y este acabó aceptando cuando el vidente Tiresias le dijo que los dioses estaban bastante enfadados con él por no haber permitido enterrar aquellos cuerpos. Debido a esto, Creonte decidió liberar a Antígona, pero cuando fueron a su celda resulta que la chavala ya se había ahorcado, pues prefería eso que ser enterrada viva. Hemón, enfadado, asesinó a su padre y luego se quitó la vida. En otra versión, Creonte llegó a la celda solo para ver a Hemón con el cadáver de Antígona en sus brazos, y el chaval se volvió loco y trató de asesinar a su padre el rey. Pero falló y acabó suicidándose. Tras esto, Eurídide, la esposa del rey y madre de Hemón, se suicidó en el palacio. Y Creonte se quedó más solo que la una, con una tristeza infinita.

De todas formas, la historia de las guerras tebanas todavía no ha acabado. Y es que, diez años después de la victoria de Tebas sobre los siete paladines, aparecieron los epígonos. Estos eran los hijos de estos argivos muertos en batalla.

ALCMEÓN Y LOS EPÍGONOS

Como ya conté en el capítulo de los siete contra Tebas, los hijos de los siete paladines muertos durante la guerra argivo-tebana, los llamados epígonos, decidieron vengarse. Esta venganza se concretó en la segunda guerra contra Tebas, o guerra de los epígonos.

La situación era la siguiente. En Tebas reinaba Laodamante, el hijo de Eteocles. Mientras tanto, en Argos seguía reinando Adrasto, el único superviviente del intento de toma de Tebas diez años atrás.

Su general Anfiarao había muerto, y sus hijos Alcmeón y Anfíloco se quedaron solos con su madre, Erífile. Estos dos juntaron a varios de los hijos de los guerreros muertos en aquella guerra para vengar la muerte de sus padres y conseguir lo que ellos no lograron una década antes: tomar la ciudad de Tebas.

Los epígonos eran los siguientes:

Alcmeón era hijo de Anfiarao, el general que tuvo visiones, y Erífile, la hermana del rey argivo Adrasto. Este Alcmeón fue nombrado el jefe de los epígonos debido a que el oráculo de Delfos dijo que si le nombraban líder tendrían la victoria asegurada.

Anfíloco era su hermano, como ya dije.

Diomedes era hijo de Tideo.

Egialeo era un príncipe de Argos e hijo mayor de Adrasto.

Esténelo era hijo de Capaneo y Evadne y en el futuro sería rey de Argos.

Euríalo fue un hijo de Mecisteo.

Y finalmente estaba Tersandro, hijo de Polinices y de Argía.

Bueno, es cierto que, dependiendo de la fuente, hay algunos que cambian, pero en esencia eran estos que menciono.

El mito cuenta que, en un principio, Alcmeón no quería participar en esta venganza, pero Tersandro sí, pues su padre era Polinices y él era el heredero legítimo al trono tebano. Y para convencer a Alcmeón hizo como su padre, usó la técnica del soborno. Si su padre había sobornado a Erífile con la gargantilla mágica de Harmonía, ahora

Tersandro la sobornó con el vestido mágico para que convenciera a Alcmeón de que asumiera el mando de esta segunda expedición contra Tebas.

Y eso ocurrió, y Alcmeón y los epígonos lucharon contra los tebanos. Durante la contienda, el príncipe argivo Egialeo murió a manos de Laodamante, pero Alcmeón logró dar muerte al rey tebano. Con esto, Tebas se quedó sin rey y fue derrotada. La venganza se había completado.

Sin embargo, esta victoria resultó amarga, pues el rey de Argos Adrasto se quedó sin su hijo y acabó muriendo de la pena.

De todas formas, gracias a esta victoria, uno de los epígonos fue nombrado rey de Tebas: Tersandro. Y tiene sentido pues él era el hijo de Polinices y, por tanto, nieto de Edipo. Mientras que la gran mayoría de habitantes de Tebas escaparon y huyeron (algunos dicen que a Tesalia), sus nuevos habitantes, venidos de Argos, se dedicaron a saquear la ciudad y a derrumbar sus murallas. Así Tebas dejó de tener la importancia que tuvo en tiempos pasados.

Alcmeón volvió a Argos victorioso, pero luego se enteró de que el soborno de su madre había sido la razón por la que le había instado a participar en aquella guerra, por lo que la mató, cumpliendo con lo que le había prometido a su padre.

Se cuenta que este acto volvió loco al pobre Alcmeón, y las erinias, diosas de la venganza que perseguían a aquellos que habían cometido crímenes, comenzaron a atormentarle.

Para librarse de ellas y de su sentimiento de culpa decidió viajar a la región de Arcadia; concretamente se refugió en la casa de su abuelo Oícles, pero aquello no dio resultado y las erinias lo encontraron y siguieron atormentándolo. Después Alcmeón se dirigió a Fegea o Psófide, donde reinaba el rey Fegeo. Este lo purificó y le quitó de encima a las pesadas de las erinias, y además lo casó con su hija, que en unas versiones se llama Arsínoe y en otras Alfesibea. A ella, Alcmeón regaló la gargantilla y el vestido divino de Harmonía.

El problema es que pronto comenzó una hambruna en aquel reino, y Alcmeón supo que aquello era debido a que su penitencia todavía no había concluido.

El oráculo le dijo que tenía que refugiarse en un territorio que no estuviera maldito, es decir, una tierra en la que el sol no hubiera brillado en el momento del asesinato de su madre. Aquel lugar era la desembocadura del río Aqueloo, en la entrada del golfo de Corinto, siendo este el dios-río más poderoso de todos, situado en Etolia.

Alcmeón abandonó a su esposa y llegó hasta ese lejano territorio. Allí conoció a Aqueloo y este le dio a su hija Calírroe en matrimonio. Y durante un tiempo vivieron felices y tuvieron hijos.

El problema fue que la chavala, un buen día, exigió poseer la

gargantilla y el vestido de Harmonía, y que si no le pediría el divorcio. Aquellas joyas divinas estaban en posesión de la ex de Alcmeón. Debido a esto, el tipo tuvo que viajar de vuelta al reino de Fegeo y le pidió la devolución de aquellos objetos.

—Mira, Fegeo, siento haber abandonado a tu hija, pero para librarme de las erinias necesito la gargantilla y el vestido para un ritual en Delfos.

Lógicamente, Alcmeón le estaba mintiendo. No le iba a decir que eran para su nueva esposa. Fegeo finalmente accedió a la devolución de las joyas y Alcmeón se marchó a toda leche.

Sin embargo, pronto el rey Fegeo, que no era tonto, acabó enterándose de toda la movida. Y se enfadó, con razón. Por ello, envió contra él a sus hijos Prónoo y Agénor, aunque en otras versiones se llaman Témeno y Axión. Su misión era matarlo y recuperar los objetos divinos.

Estos dos hermanos lograron alcanzar a Alcmeón y lo mataron. Cuando Calírroe se enteró, envió a sus dos hijos a vengarse de aquellos asesinos. Estos dos chavales se llamaban Acarnán y Anfótero. Eran todavía pequeños, pero dado que Calírroe ahora se estaba enrollando con Zeus, le pidió el favor de que les hiciera crecer un poco más rápido para que pudieran vengarse del asesinato de su padre.

Zeus así lo hizo. Convirtió a los dos niños en unos machotes y fueron a cargarse a los hijos del rey Fegeo. Ambos estaban al sur de la Arcadia, en el palacio de otro rey de la zona llamado Agapenor. Y es que resulta que, como Arsínoe había protestado por el asesinato de su marido, sus hermanos la llevaron con este rey para que la tuviera como esclava.

El caso es que justo llegaron Acarnán y Anfótero y se liaron a espadazos contra los otros hermanos. Tras matarlos, los dos se dirigieron al norte, al palacio de Fegeo, y también lo ejecutaron.

Tras volver a casa con su madre Calírroe y su abuelo Aqueloo decidieron dedicar la gargantilla y el vestido mágico de Harmonía al templo de Apolo en Delfos.

Para acabar este capítulo deberíamos volver a Tebas. Como ya dije, tras la segunda guerra tebana, el nuevo rey de la ciudad de Tebas fue Tersandro, hijo de Polinices y nieto de Edipo.

De Tersandro se cuenta que iba a participar en la famosa guerra de Troya, pero fue asesinado antes de llegar. Su asesino fue Télefo, rey de Misia, ya que los tebanos atacaron su reino por error pensando que era Troya.

Antes de morir se había casado con Demonasa, la hija del vidente de la ciudad Tiresias. Juntos tuvieron al siguiente rey: Tisámeno. Su nombre parece que significaba «vengador», en honor a la gran victoria que habían conseguido los epígonos en la segunda guerra contra

Tebas.

De todas formas, como Tisámeno aún era pequeñito, como regente gobernó una temporada Peneleo, un descendiente de Beocio. Como curiosidad, Peneleo fue uno de los argonautas, y también participó en la guerra de Troya. De la guerra de Troya hablaré más adelante, pero en ella murió Peneleo, y tras su muerte ya gobernó con todas las de la ley Tisámeno.

Tras él gobernó su hijo Autesión. Sin embargo, las maldiciones relacionadas con su familia comenzaron a atormentarlo. Por ello decidió acudir al oráculo de Delfos para pedir consejo, y debido a ello acabó abandonando el trono, yéndose al extranjero y pasó a vivir con los heráclidas y dorios mientras tomaban el Peloponeso. Acabó sus últimos días residiendo en Esparta. Tuvo dos hijos: Teras se casó no se sabe bien con quién, mientras que a su hermana, Argía, la casaron con el heraclida Aristodemo.

Como el trono de Tebas había quedado vacante, sus habitantes se reunieron y decidieron nombrar como rey al hijo del antiguo regente Peneleo; ese fue Damasictón. Su hijo Ptolomeo reinó tras él y lo mismo pasó con el hijo de este, Janto.

Janto se metió en guerra con la Atenas del rey Timetes por las fronteras entre sus territorios. Para evitar una masacre de soldados, Janto propuso a Timetes un duelo a muerte con cuchillo. Timetes dijo que ni de coña, que prefería el método tradicional. Al final, quien luchó contra Janto fue Melanto, un antiguo rey de Mesenia que había sido expulsado y había acabado refugiado en Atenas. Este Melanto ganó el combate a muerte (con un poco de trampitas, todo sea dicho), mató a Janto y finalmente logró coronarse como rey de Atenas.

Estos hechos ocurrieron, según los cálculos de Jerónimo de Estridón, en el año 1127 a. C. De todas formas, por mucho que se intente fechar todo esto, no quita que estas historias no pasen del mito. No podemos saber si algo así ocurrió de verdad porque no hay registros escritos de esa época.

Como ya digo, Janto acabó muerto, y se le considera el último rey mitológico de la ciudad de Tebas, pues tras su reinado, la monarquía fue abolida y se cambió a un sistema oligárquico. Históricamente, es cierto que, a partir de estas fechas, año 1100 a. C., muchas monarquías griegas fueron expulsando poco a poco a sus reyes y democratizándose. Hacia el año 776 a. C., cuando comienza la historia de la antigua Grecia en su periodo arcaico, prácticamente ya no quedaban monarquías en la Hélade.

ORFEO Y EL RESCATE DE EURÍDICE

La historia del músico Orfeo y su amada Eurídice es quizás uno de los relatos más famosos de la mitología griega, y también uno de los más trágicos.

Orfeo y Eurídice estaban casados y eran felices, y como todos sabemos, que un personaje sea feliz en la mitología griega no puede ser y es necesario destrozarle la vida.

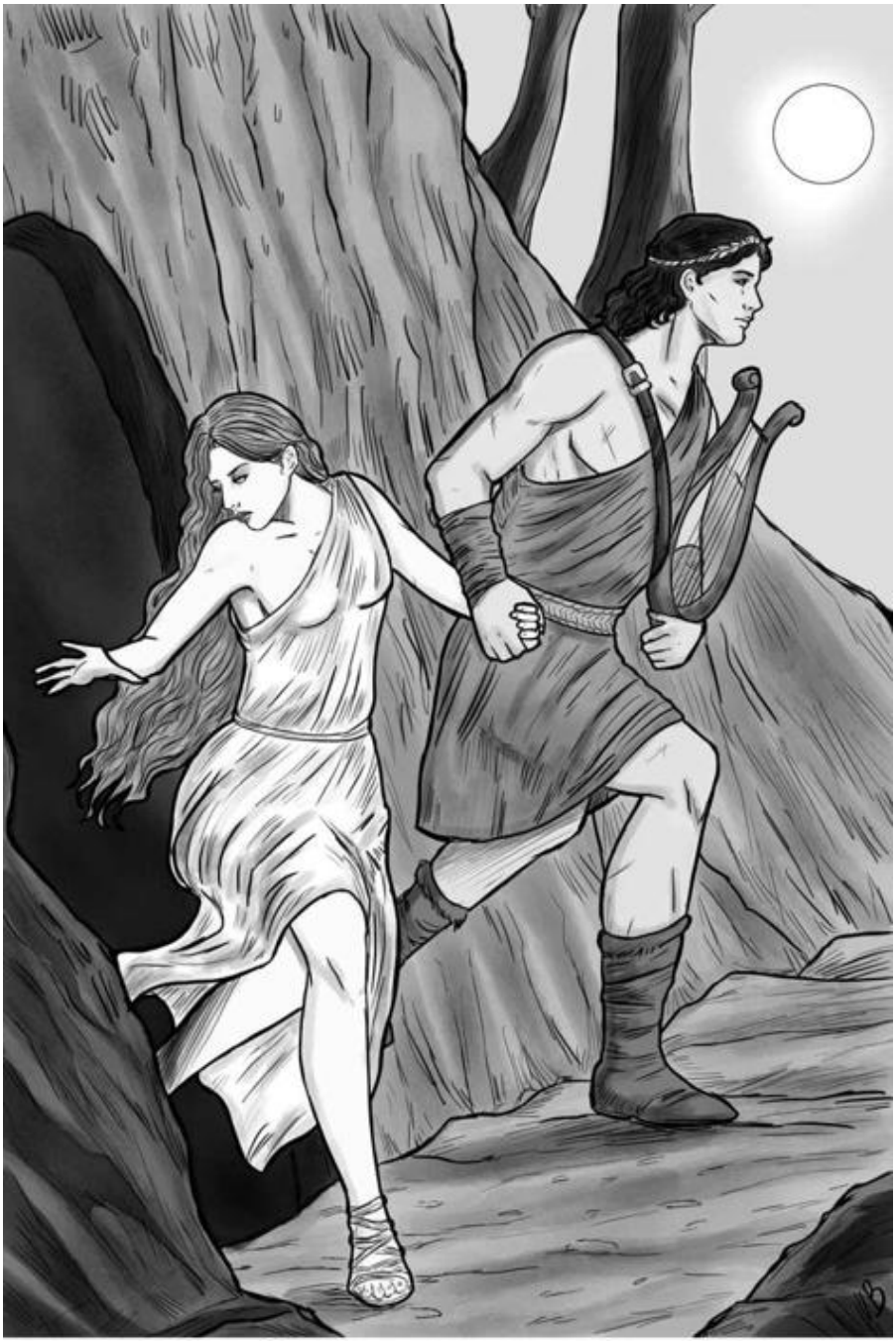
Como ya digo, Orfeo y Eurídice eran felices, pero un día, mientras la chica paseaba por un bosque, fue atacada por Aristeo, un hijo que tuvo Apolo con la cazadora Cirene. Eurídice comenzó a huir, porque parece que este tipo quería violarla. La mala suerte hizo que una serpiente le mordiera en un pie, y la chica murió.

El alma de Eurídice partió hacia el Hades y Orfeo se quedó muy deprimido. Junto a un río, todos los días tocaba canciones tristes con su lira.

Aquella música tan melancólica llamó la atención de ninfas y dioses, que se apiadaron de él y le recomendaron ir a recuperar a su amada al Inframundo. Orfeo, viendo esperanza, se animó y partió rumbo a la entrada del Hades.

Tras recorrer gran parte del Inframundo, Orfeo por fin llegó ante Hades y Perséfone, y les pidió que le devolviesen a su amada Eurídice. Estos le dijeron que no, pero entonces Orfeo comenzó a tocar sus canciones tristes y logró convencerlos.

—Vale, tío, no toques más esas canciones tan deprimentes —le dijo Hades—. Te devolveré a tu chica, pero deja de taladrarme la cabeza, por favor.



Orfeo y el rescate de Eurídice

Hades liberó a Eurídice y ambos tortolitos por fin se reencontraron. Pero su retorno al mundo de los vivos se haría bajo una única condición.

—Esta es la única condición que te pongo, Orfeo —le dijo Hades—. Puedes llevarte a Eurídice a la superficie, pero tú tienes que ir delante y durante todo el camino no debes mirarla. Así aprenderás a no ser un ansia viva. Hasta que los rayos del sol no bañen a la chica, no vuelvas la mirada. ¿Entendido?

—Todo *ok* —contestó Orfeo.

La pareja caminó como les había dicho Hades, él primero y ella detrás, y él sin poder mirarla. Atravesaron todo el Inframundo y de pronto, al final del camino, vieron por fin la luz solar que indicaba la salida.

Y ya en el último momento, justo antes de salir, el ansia pudo con Orfeo y giró su cabeza para mirar a Eurídice. Pero ella todavía no había terminado de salir de la gruta infernal. Parece que le faltaba un pie por sacar, y claro, su cuerpo comenzó a descomponerse y desapareció entre polvo. Orfeo se quedó de nuevo sin su esposa y ya jamás la recuperaría.

Parece ser que Orfeo intentó entrar en el Inframundo varias veces más, pero sin éxito. Luego se retiró a unas montañas y evitó mantener relaciones con nadie. Siguió cantando sus canciones ultradeprimentes con su lira, pero sin molestar al resto de gente.

Aun así, había seres a los que les gustaba su música, como a las bacantes tracias, unas ninfas adoradoras de Baco. Estas le pidieron mantener relaciones, pero Orfeo rechazó la invitación. Como estas ninfas no aceptaban un no por respuesta, se enfadaron y apedrearon a Orfeo hasta la muerte. Ah, y después despedazaron su cuerpo.

Hasta al dios Dioniso esto le pareció una actitud horrible y decidió convertir a las locas de sus seguidoras en árboles. Estas locas asesinas de Orfeo son llamadas las ménades.

De todas formas, esta historia tiene un final feliz, pues tras su muerte, el alma de Orfeo se reencontró con la de Eurídice en el Inframundo y se volvieron inseparables.

LA MUERTE DE HERACLES

De los últimos años de vida del héroe Heracles se cuenta que, tras haber conquistado Esparta y vencido a su rey Hipocoonte, abandonó el Peloponeso para vivir una vida tranquila en Etolia. Concretamente fue a la ciudad de Calidón, donde gobernaban el rey Eneo y su esposa Altea.

Allí, Heracles conoció a la princesa Deyanira, hija de estos reyes y hermana de Meleagro, a quien el héroe conoció durante su viaje en el Inframundo. Concretamente vio su espíritu, y este le recomendó que se casara con su hermana, que era un partidazo.

El problema fue que el dios-río Aqueloo también estaba enamorado de Deyanira y quería su mano. Pero a Deyanira no le gustaba porque siempre aparecía por el palacio con forma de toro o de hombre con cabeza de toro, y Deyanira era antitaurina.

Heracles luchó contra este Aqueloo por el amor de la princesa. En cuestión de segundos, el semidiós logró vencerle y partirle un cuerno. Heracles le devolvió el cuerno roto a cambio de un cuerno mágico conocido como el cuerno de Amaltea, o cornucopia, o cuerno de la abundancia, que tenía el poder de proporcionar toda la comida imaginable.

Así pues, Heracles y Deyanira se casaron y vivieron felices en Calidón durante varios años. Juntos tuvieron varios hijos. Algunos fueron Hilo, Ctesipo y Macaria.

En un momento dado, Calidón entró en guerra contra un pueblo conocido como los tesprotos, que vivían al sur de la región de Epiro. Heracles decidió luchar contra ellos para que dejaran de molestar. Tras unas pocas batallas conquistó Éfira, la capital de estos nuevos enemigos, y también capturó a su rey, Filante. Con su hija Astíoque engendró un nuevo hijo: Tlepólemo. Con esto, todo volvió a la calma.

Los problemas para Heracles en la corte de Calidón llegaron cuando un paje le echó agua de una forma un poco torpe para que se lavara, Heracles se enfadó, le dio un puñetazo y lo mató. Aunque el

rey Eneo estaba dispuesto a perdonarlo, Heracles dijo que necesitaba exiliarse una temporada, y él, su esposa y sus hijos viajaron a otra parte.

Dicen que el lugar al que viajaron fue al sur de la región de Tesalia, y que todos comenzaron una nueva vida en la ciudad de Traquis, cuyo rey era su amigo Ceice, o Ceix. Por cierto, esta ciudad de Traquis en el futuro sería conocida como Heraclea, en honor a este héroe.

Durante su estancia en Traquis, Heracles recibió la visita de Egimio, el hijo del rey Doro, rey del pueblo de los dorios, quienes vivían en el norte de Tesalia. Le pidió ayuda para vencer a sus enemigos los lapitas. Heracles aceptó y se cargó al rey lapita Corono. Egimio le había prometido al héroe recompensarle con un fragmento de su reino, pero Heracles lo rechazó y le dijo que se lo diese más adelante a sus hijos, los llamados heráclidas. Este hecho va a tener su importancia luego.

Durante el camino de vuelta a Traquis, se dice que Heracles se tuvo que enfrentar a Cicno, un hijo de Ares que retaba a todos los viajeros a peleas y usaba sus cráneos para construir un templo en honor a su padre. Heracles lo venció, por supuesto, con el consiguiente cabreo del dios de la guerra.

En otra ocasión, Heracles decidió vengarse del rey Éurito de Ecalia. Si no lo recordáis, era quien organizó un concurso de tiro con arco y el premio era su hija Yole. Heracles ganó, pero Éurito se negó a darle el premio. Bueno, pues Heracles fue a Ecalia para darse de leches con el rey. Heracles era como un elefante, nunca olvidaba una afrenta a su honor, por muchos años que hubieran pasado.

Tras una batalla dura, Heracles mató a Éurito y a todos sus hijos. El bando del semidiós también tuvo sus pérdidas: Argio y Melas (dos hijos de su tío Licimnio) y también Hípaso, hijo de Ceix. Heracles cogió a Yole como premio y se la llevó con él a Traquis. ¿Y qué dijo Deyanira? Pues nada, se enfadó un poco pero claro, si su marido quería tener una concubina, no podía hacer nada.

Tiempo después Deyanira recibió un mensaje de su hermano Meleagro, que estaba en el Inframundo. En él decía que la echaba de menos, y que a ver si podían hacerle una visitilla. Heracles dijo que molaría, así que eso hicieron.

Heracles y Deyanira se pusieron en marcha para viajar al Inframundo, y por el camino se vieron obligados a cruzar un río llamado Eveno, que era muy caudaloso. De pronto se les apareció un centauro de nombre Neso, y les dijo que se ofrecía a ayudarles a cruzar el río.

—Yo no necesito ayuda —contestó el chulo de Heracles—. Pero mi esposa sí. Ayúdala a cruzar.

El centauro así lo hizo, y alzó a la muchacha sobre sus hombros para cruzar el río. Fue aquí cuando Neso se enamoró de ella. Tanto fue así que, cuando llegó a la otra orilla, Neso salió huyendo con la chica. La había secuestrado y su intención era violarla.

Heracles cogió una de sus flechas untada con sangre tóxica de la hidra de Lerna y disparó a Neso. Su brillante puntería hizo que le acertara en pleno corazón, y Neso murió y Heracles recuperó a su esposa.

Sin embargo, Neso no murió en el acto, y mientras Heracles se acercaba, el centauro pudo decirle unas últimas palabras a Deyanira.

—Me estoy desangrando, pero no pasa nada. Tú coge un poco de mi sangre, hazme caso. Mi sangre es una pócima de amor. Si alguna vez notas que tu marido deja de quererte… que la beba. Con mi sangre, él te amará para siempre.

Y luego se murió.

Deyanira hizo caso a Neso y tomó a escondidas un poco de su sangre. Sin embargo, su sangre ya se había mezclado con la sangre de la hidra de Lerna y ahora era un poderoso veneno.

Pasó un tiempo y Deyanira empezó a ver que Heracles estaba dejando de amarla, especialmente cuando trajo a la ciudad a Yole tras su campaña en Ecalia. Los rumores decían que el semidiós estaba enamoradísimo de esta Yole, y claro, Deyanira se puso muy muy celosa.

Debido a esto, la mujer decidió usar la «pócima de amor» de Neso. La untó por toda la túnica de su marido, y cuando Heracles se la puso para hacer un ritual en honor a Zeus, comenzó a sentirse mal. La prenda empezó a provocarle quemaduras en el cuerpo.

El héroe cogió a su amigo Licas, quien le había traído la túnica, y pensando que lo había traicionado lo arrojó por un acantilado, y se convirtió en una roca.

Deyanira, arrepentida por lo que había hecho, se suicidó ahorcándose en un árbol, aunque según otras versiones se clavó un puñal en el pecho.

Mientras tanto, Heracles seguía vivo, pero sufriendo por las continuas quemaduras de su cuerpo, las cuales se expandían más y más. Trató de buscar una cura, pero parece ser que descubrió que lo único que podía hacer era subir al monte Eta y construir una pira funeraria para él. Con ayuda de sus amigos e hijos la construyeron y pidió que le prendieran fuego. Sin embargo, nadie se atrevió.

El que finalmente prendió el fuego fue Peante, un tipo que justo pasaba por allí buscando a su rebaño perdido. Él cogió una antorcha y prendió fuego al gran héroe griego, quien murió consumido por las llamas. Antes de esto, Heracles le regaló su arco y sus flechas. En el futuro, el hijo de Peante, Filoctetes, se convertiría en un gran arquero.

Tras la muerte de Heracles, este subió al Olimpo y la diosa Hera se reconcilió con él. Gracias a esto, le permitió casarse con su hija Hebe, la diosa de la juventud.

LOS HERÁCLIDAS CONTRA EURISTEO

Tras la muerte del héroe Heracles, el maloso de Euristeo, rey de Micenas, el que le había encargado los doce trabajos, decidió cargarse a los cuatro hijos varones que el semidiós tuvo con Deyanira. Estos hijos eran los llamados heráclidas, siendo el mayor de todos ellos Hilo. Luego estaban Gleno, Onites y Ctesipo. Y también habría que añadir a la única chica: Macaria.

Básicamente Euristeo no les quería tener cerca porque sabía que eran muy poderosos y que un día podrían reclamarle el trono, pues todos descendían de Perseo, el héroe fundador de Micenas.

Estos heráclidas buscaron refugio en Traquis, pero su rey Ceix dijo que no podía asegurar su protección, por lo que los chavales tuvieron que ir al sur, a Atenas. Allí reinaba Teseo (o su hijo Demofonte en otras versiones), quien decidió armar un ejército para protegerles de Euristeo.

Cuenta el mito que el oráculo les dijo que la victoria sobre el poderoso Euristeo estaría asegurada si sacrificaban a Macaria. Y parece que los heráclidas eso hicieron. Sacrificaron a su hermana en una pira de fuego y, gracias a ello, lograron derrotar a Euristeo y a sus hijos. Todos estos hijos acabaron palmando en batalla y Euristeo trató de huir, aunque se cuenta que Hilo pudo darle alcance en el istmo de Corinto y cortarle la cabeza.

Los heráclidas habían vencido a Euristeo y a sus hijos y ahora vieron que tenían vía libre para invadir y reclamar el trono de todos los reinos del Peloponeso, ya fuera por ser descendientes de Perseo (como la Argólida) o también porque anteriormente su padre había conquistado esos territorios (como Mesenia o Laconia, donde estaban respectivamente las ciudades de Pilos y Esparta).

Sin embargo, esta invasión tendría que esperar unas décadas, pues entre medias ocurrió la guerra de Troya. ¿A qué se debió este retraso? Realmente no se sabe bien. Unas fuentes dicen que sí que intentaron invadir la península tras la muerte de Euristeo, pero ambos ejércitos se

vieron muy igualados.

Por ello, para evitar un derramamiento de sangre innecesario, Hilo decidió enfrentarse en un combate singular cuerpo a cuerpo con el mejor luchador del bando peloponesio. Ese luchador fue el rey de Tegea Équemo. El caso es que Hilo salió derrotado, y según lo acordado, él y sus hermanos se mantendrían lejos de la península durante cincuenta o cien años.

Estos heráclidas pasaron a vivir con los dorios en el norte de Grecia, la región conocida como Dóride y fueron teniendo descendencia, a la cual también se les considera heráclidas. Pasado ese plazo de cincuenta o cien años, estos heráclidas protagonizarían una nueva invasión de la que saldrían victoriosos. Luego lo veremos.

LA ESTIRPE REAL TROYANA

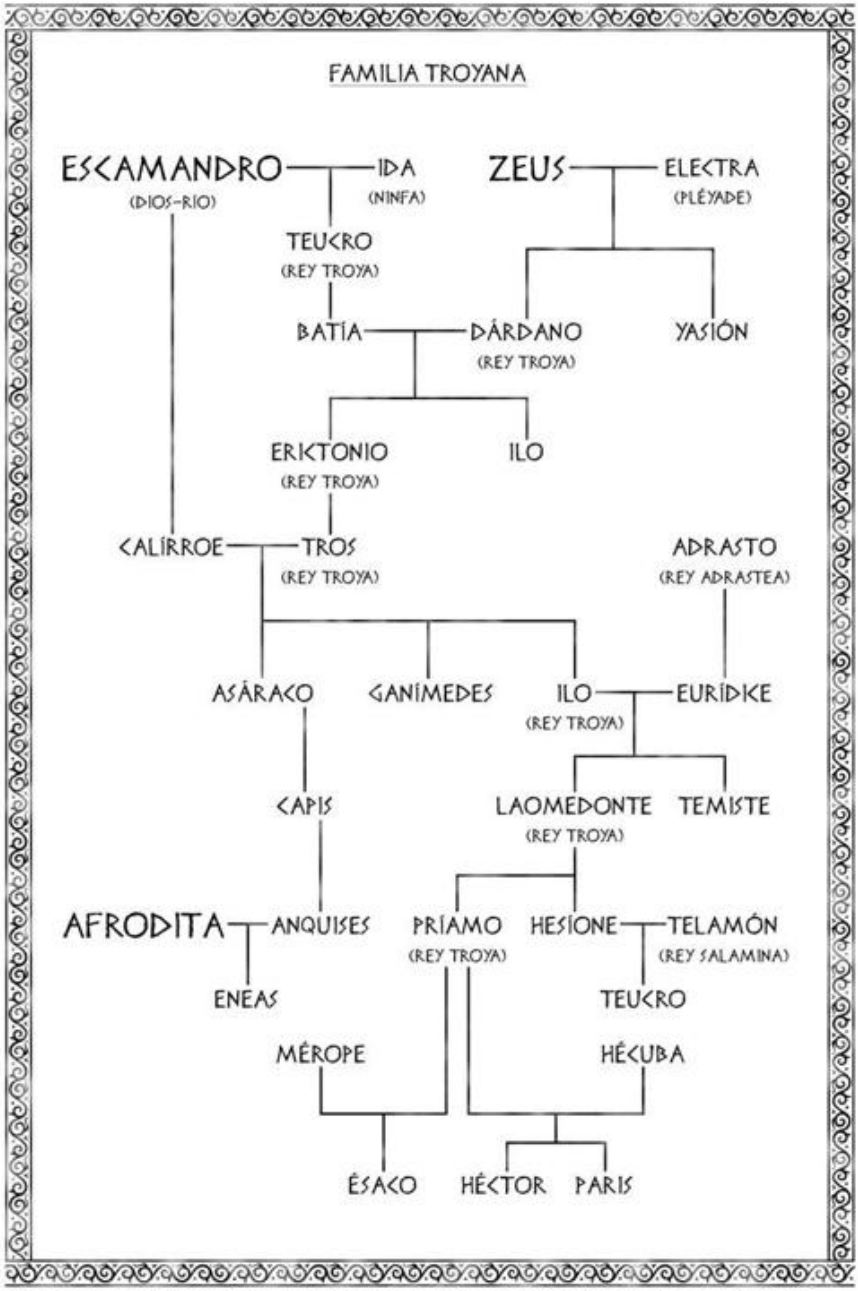
Ahora toca hablar de la famosa guerra de Troya, pero antes tenemos que conocer algunas cosas para poder entender bien esta historia. Troya, o Ilión (de ahí Ilíada), era una ciudad de la costa oeste de la actual Turquía. Estaba situada justo en la entrada del estrecho de los Dardanelos, acceso al mar Negro.

De la región de la Tróade, donde se encontraba esta ciudad, se habla de un rey mítico de nombre Teucro, hijo del dios-río Escamandro y de la ninfa Ida.

Sin embargo, la estirpe troyana surgió de un hijo entre Zeus y la pléyade Electra: Dárdano. Parece ser que este Dárdano vivía en la Arcadia, pero en la región hubo una gran inundación y él y su hermano Yasión (o Jasión) huyeron navegando de allí. Llegaron a Samotracia, pero cuando Yasión intentó seducir a la diosa Deméter, Zeus lo mató arrojándole uno de sus rayos.

Luego Dárdano viajó a la Tróade y fue acogido por Teucro, que le casó con su hija Batía (o Batiea). Finalmente, a la muerte de Teucro, Dárdano heredó el trono troyano.

Luego Dárdano fundó una ciudad llamada Dárdano (o Dardania), que más adelante sería conocida como Troya; el nombre del estrecho de Dardanelos viene por él.



Dárdano y Batía tuvieron dos hijos: Erictonio e Ilo. Erictonio heredó el trono, y tiempo después le sucedió su hijo Tros. Este tuvo varios hijos con Calírroe (hija de Escamandro): Ilo, Asáraco y Ganímedes. Como ya he dicho, los nombres de Troya e Ilión son sinónimos, y vendrían de este Tros y de su hijo Ilo, respectivamente.

De su reinado es interesante la historia de su hijo Ganímedes. Este Ganímedes fue raptado por Zeus porque se enamoró de él debido a su inconmensurable belleza, y se lo llevó al Olimpo. Allí lo convirtió en copero, es decir, que servía copas a los dioses. Aparte de ser su amante, claro.

En el Olimpo caía bien a todos menos a Hera, que estaba celosa del muchacho. No solo por ser amante de su marido, sino también por pertenecer a una estirpe (la troyana) surgida de una relación adúltera de Zeus. El chaval tenía todas las papeletas para acabar mal, además por partida doble.

Tros echaba de menos a su hijo y Zeus decidió recompensarle por haberle secuestrado. Le dijo que el chaval estaba contento y feliz viviendo en el Olimpo, y a Tros, para que se olvidara un poco del tema, le regaló dos caballos divinos tan veloces que podían correr sobre el agua. Esto luego será importante.

Ilo acabó de rey de Troya y se casó con Eurídice, la hija de Adrasto. Juntos tuvieron un hijo (Laomedonte) y una hija (Temiste). Según su mito, Dardarnia no era exactamente Troya, pues esta ciudad sería fundada por él. Dardania sería, pues, una ciudad bastante cercana a la auténtica Troya.

Como dice este mito, Ilo fue a unos juegos deportivos organizados en Frigia y ganó el concurso de lucha. Por ello le premiaron con 50 muchachos y 50 muchachas, y además también le dieron una vaca moteada.

—Donde se pare y se tumbe esta vaca, funda una ciudad —le dijeron.

Ilo así lo hizo, y donde se tumbó fundó la ciudad de Ilión, o Troya.

Un día, Ilo salió de su tienda de campaña como cada mañana mientras estaban construyendo la ciudad. Enfrente de él se encontró una efigie de madera de la diosa Atenea. Se supone que fue un regalo de los dioses. A esta estatua se la llamó Paladio, y sería adorada por los troyanos como una especie de talismán de protección. En torno a ella se levantó un magnífico templo.

Por otra parte, su hermano Asáraco fundó una ciudad en las faldas del monte Ida, cercano a Troya. De su hijo Capis salió Anquises, y de este (con la diosa Afrodita) nacería un personaje llamado Eneas. En la mitología griega, Eneas no es tan importante como sí lo es en la mitología romana, pues de su estirpe surgirían Rómulo y Remo, fundadores de Roma. Más tarde llegaremos a este asunto.

Laomedonte sucedió a su padre en el trono troyano. Este rey es famoso porque reinó durante la época en la que Apolo y Poseidón fueron castigados y obligados por Zeus a construir las murallas de Troya, tema del que ya he hablado en el libro dos veces.

El problema fue que, tras su construcción, el rey se negó a

pagarles nada a los dioses. Parece ser que se había establecido que tenía que pagarles treinta dracmas troyanos, pero Laomedonte se negó porque realmente aquello había sido un castigo impuesto por Zeus.

—No tengo por qué pagaros y como me sigáis rallando os vendo como esclavos —les increpó el rey troyano.

También es curioso que los dioses necesiten dinero, pero bueno. Existe otra versión, que yo creo que tiene más sentido, que dice que realmente Apolo y Poseidón se sometieron a él durante un año para poner a prueba su arrogancia. Y no pasó la prueba, claro está.

El caso es que Apolo se enfadó y mandó una peste y una hambruna a la ciudad, mientras que Poseidón enviaba un maremoto y un monstruo marino que devoraba a la gente que salía de las murallas de la ciudad.

Laomedonte, aconsejado por el oráculo, fue a sacrificar a una de sus hijas, Hesíone, a la cual ataron a unas rocas junto al mar. Sin embargo, antes de ser devorada por el monstruo marino, fue rescatada por el héroe Heracles, que pasaba por ahí. La casualidad…

Unas fuentes dicen que estaba de paseo con los argonautas y otra que se dirigía al país de las amazonas para robarle el cinturón a Hipólita.

Hesíone le contó toda la historia al héroe griego y este le dijo a su padre que se ofrecía a matar a aquel monstruo a cambio de unos caballos divinos que el rey de Troya guardaba en su ciudad. Estos caballos eran la compensación que Zeus le hizo al rey Tros por haber raptado a su hijo Ganímedes tiempo atrás.

Laomedonte aceptó y Heracles mató al monstruo junto con dos amigos suyos, Telamón y Oícles. Lo que pasa es que luego el rey no cumplió su palabra, y en vez de darle los caballos divinos, le dio unos normales y mortales. Por esta razón, Heracles se enfadó con el rey y atacó Troya con un pequeño ejército.

La ciudad fue sitiada, y finalmente el gran héroe griego asesinó a Laomedonte y a su familia. Los únicos que quedaron vivos fueron Hesíone (a la que había salvado antes) y Podarces (luego llamado Príamo, quien no estaba de acuerdo con su padre). Hesíone se casó con el amigo de Heracles, Telamón (rey de Salamina), y tuvieron un hijo llamado Teucro.

Príamo sería el siguiente rey de Troya, y durante su mandato se hizo con gran parte de Asia Menor, convirtiendo Troya en toda una potencia a la que tener en cuenta.

Se casó primero con Arisbe, con quien tuvo a Ésaco, y después la abandonó para casarse con Hécuba. Con ella se dice que tuvo unos cincuenta hijos. Los más importantes fueron Héctor y Paris.

La historia de origen de este Paris es curiosa. Resulta que su madre Hécuba soñó durante el embarazo que su ciudad era consumida

por las llamas, así que, cuando nació, fue abandonado por el rey en un descampado. El bebé Paris fue recogido por un pastor y criado en una granja. Cuando creció se enteró de que en la ciudad de Troya se estaban celebrando unos juegos, y fue para allá a demostrar su valía.

Luchó contra todos sus hermanos (sin saber que eran todos familiares) y les venció en cada una de las pruebas. Estos se enfadaron porque no soportaban haber sido vencidos por un simple plebeyo, y trataron de matarle. Paris se refugió en un templo y allí conoció a Casandra, su hermana. Esta Casandra tenía ciertos poderes proféticos y adivinatorios, y enseguida supo que Paris era hermano suyo. Así lo dio a conocer y Príamo lo reconoció como hijo suyo.

En el siguiente capítulo veremos cómo Paris secuestró a la princesa espartana Helena y con ello estalló la guerra de Troya. Al final sí que la ciudad acabaría en llamas debido a ese bebé…

LA GUERRA DE TROYA Y LA *ILÍADA*

Toca hablar de un tema bastante complejo en la mitología griega: la guerra de Troya. La mayor parte de esta guerra está contada en una obra conocida como la *Ilíada*. ¿Ocurrió de verdad? ¿Es todo ficción o pudo estar basada en hechos reales? La mayoría de investigadores cree que la guerra entre aqueos (o griegos) y troyanos pudo haber ocurrido de verdad y que tuvo lugar hacia el año 1200 a. C., durante la época de las migraciones de los pueblos del mar, también conocida como la época del Colapso del Bronce Final. De todas formas, los conflictos y personajes parecen ser más fantasía que realidad.

Ya comparé unas páginas antes este conflicto con *Los Vengadores: Infinity War/Endgame*. Y es que esta historia es una reunión bastante potente de los héroes más grandes de Grecia que hasta entonces habían tenido historias individuales o con poco contacto con los demás. Y otro parecido a destacar es que el villano no sería otro que Zeus, pues todo el conflicto habría sido un plan maestro suyo para reducir la población de la Hélade. Sería lo más parecido a Thanos.

¿Cuál fue el germen de este conflicto? Pues el juicio de Paris. Este famoso juicio ocurrió durante la boda entre el rey Peleo y la ninfa Tetis. Ambos serían padres del famoso héroe Aquiles, pero eso ahora no es importante.

A la boda fueron invitados todos los dioses que existían en el mundo mitológico griego. Bueno, todos menos una, Eris. Si recordáis lo que dijimos muchas páginas antes, Eris era la diosa de la discordia. Consejo: no enfadar a la diosa de la discordia o traerá eso… discordia. Y una discordia entre dioses el día de tu boda no es algo bonito.

Eris se presentó en el bodorrio sin avisar, con ganas de liarla. Con ella traía una manzana dorada y dijo que aquella manzana sería «para la más hermosa». Tres diosas reclamaron aquella fruta mágica: Hera, Atenea y Afrodita. Hubo discusiones y disputas, algún que otro empujón y muchas malas caras.

Zeus decidió intervenir y nombró árbitro a Paris, un príncipe

troyano hijo de Príamo. Las tres diosas trataron de sobornar a Paris de diferentes maneras.

—Si me eliges a mí, ganarás todas las batallas en las que luches —le prometió Atenea.

—Si me eliges a mí, tendrás todo el poder político de la Hélade en tus manos —le prometió Hera.

—Si me eliges a mí, tendrás el amor de la mujer más bella del mundo conocido: Helena de Esparta, hija del rey Tindáreo de Esparta —prometió Afrodita.

Técnicamente Helena era hija de Zeus, porque como ya conté, Zeus se tiró a su madre Leda disfrazado de cisne.

¿Y qué decisión tomó Paris? Pues dio la manzana a esta última, a Afrodita, y con ello Helena quedó enamoradísima del príncipe troyano. Y aquí viene el problemón. Y es que Helena ya tenía novio: Menelao, a quien Tindáreo había cedido también el reino de Esparta. El hermano de Menelao, Agamenón, se había casado con la hermana de Helena, Clitemnestra, y era el rey de Micenas, el más poderoso de Grecia en aquella época.

Bueno, pues el tiempo pasó y Menelao tuvo que hacer un viaje a Creta, por lo que abandonó el trono de Esparta. Paris sabía que allí estaba la bella Helena, así que fue a hablar con ella a escondidas. Con la ayuda de la diosa Afrodita, Paris se coló en el palacio y se presentó ante ella. Y no se sabe si Paris la sedujo o si directamente la secuestró, pero la metió en su barco y juntos pusieron rumbo a Troya.

Cuando Menelao volvió y se enteró del «rapto» de su esposa, entró en cólera. Llamó a todos los reyes de la Hélade y les pidió ayuda para recuperar a su esposa de las garras de los troyanos. Los más grandes reyes y héroes de la época le juraron fidelidad a Menelao y partieron de Áulide (en Beocia) con una gran flota de mil naves hasta la ciudad de Troya. Así dio comienzo la guerra de Troya.

Uno de los héroes que no tenía mucha gana de participar en aquella guerra era Odiseo, que en la mitología romana sería conocido como Ulises. Era el rey de Ítaca, una isla de la costa occidental de la Hélade. Se había casado con una mujer llamada Penélope y tenía un hijo de nombre Telémaco, que en aquellos años solo era un niño.

Para librarse del servicio militar, Odiseo fingió estar loco y se puso a arar sus campos con un buey y un caballo. De Odiseo se cuenta que era bastante inteligente e ingenioso, y que no le faltaban escrúpulos para llevar a cabo sus planes.

El héroe Palamedes de Argos, hijo del rey Nauplio, quien también era bastante avispado, notó que había algo raro en el comportamiento de Odiseo. Por ello decidió poner a Telémaco frente al arado conducido por su loco padre. Como Odiseo no quería matar a su hijo, se apartó y así se reveló que no estaba loco. Con el truco desvelado,

los aqueos lo metieron en un barco rumbo a la guerra.

Aquiles frente a Troya

Ahora hay que hablar de Aquiles. Se cuenta que cuando Aquiles nació, su madre Tetis quiso volverle invulnerable al daño, y para ello sumergió su cuerpo en la laguna Estigia. El problema fue que lo metió al agua agarrándole por un tobillo, y el agua de la laguna no tocó esa parte. De ahí que Aquiles tuviera su punto débil en el talón, el único lugar de su cuerpo que podía recibir daño.

El caso es que existía una profecía que decía que los aqueos (o griegos) perderían la guerra si Aquiles no participaba. Por otro lado, Tetis sabía que si su hijo participaba en aquella guerra moriría, por lo que le disfrazó de mujer y le ocultó en la corte del rey Licomedes, en Esciro. Durante su tiempo escondido entre la corte, Aquiles mantuvo relaciones con la princesa Deidamía, y juntos tuvieron un hijo llamado Neoptólemo. Más tarde llegó Odiseo, lo descubrió y lo convenció para participar en la guerra.

Finalmente hay que destacar al rey Néstor, gobernante de Pilos (en Mesenia) y sus hijos, Antíloco, Trasimedes y Pisístrato. Se le considera el más sabio y anciano de los griegos que combatieron en la guerra de Troya.

Con todos los héroes preparados, los griegos partieron hacia Troya. Sin embargo, por cosas del destino, erraron el rumbo y acabaron en Misia, una región al sur de la Tróade que estaba regida por un hijo de Heracles: Télefo. Los aqueos pensaron que aquel lugar era Troya y se pusieron a asediar la ciudad. Ambos grupos batallaron y este rey Télefo fue herido por una lanza de Aquiles. Logró ser rescatado por los suyos, pero su herida no cicatrizaba.

Por otro lado, nuestros héroes griegos ya se dieron cuenta de que aquel lugar no era Troya y volvieron a sus barcos para retomar el rumbo hacia el lugar correcto, pero una gran tempestad se lo impidió y parece que les hizo retroceder hasta las costas de la misma Grecia. Y también se cuenta que el siguiente intento de expedición a Troya no ocurriría hasta diez años después de estos hechos.

Pero no nos olvidemos del rey Télefo, cuya herida seguía sin cerrarse. Por ello, este monarca viajó hasta el oráculo de Delfos y recibió el siguiente mensaje:

—El mismo que te hirió tiene que curarte o la palmas, macho.

Por ello, Télefo se disfrazó de mendigo y buscó a Aquiles, quien estaba en aquel tiempo en la ciudad de Argos. El rey le pidió que le curara de su herida.

—Yo no sé de medicina, señor, suélteme el brazo —le dijo pasando bastante de él.

Entonces Télefo agarró de una cuna del palacio a un bebé llamado Orestes, que era el hijo pequeño de Agamenón. Con un cuchillo amenazó con matarlo si no le curaban la herida.

El hijo de Heracles les contó lo que le había dicho el oráculo, y

Odiseo, que estaba también allí, lo entendió todo.

—A ver, no es que te tenga que curar Aquiles, sino que la única forma de curarte es con el objeto causante de tu herida: la lanza.

Y Aquiles pasó su lanza por la herida de Télefo y se curó mágicamente. En agradecimiento, el rey misio les indicó el camino correcto para llegar a Troya y todo quedó en paz.

Ahora los griegos ya podían partir nuevamente hacia la ciudad enemiga. Sin embargo, la segunda salida hacia Troya no iba a ser sencilla. Resulta que cuando la flota se dispuso a zarpar de nuevo, los vientos desaparecieron, y los barcos ya no podían moverse. ¿Qué había pasado? Pues que Agamenón había matado a un ciervo sagrado en un bosque cercano y eso cabreó a la diosa Artemisa.

El vidente griego Calcante (o Calcas) advirtió que la única forma de apaciguar su ira era sacrificar a la hija más bella de Agamenón, Ifigenia. El rey le dijo a su mujer Clitemnestra que necesitaban a la chavala para casarla con Aquiles, pero era falso; se la iban a cargar. Agamenón colocó a su hija Ifigenia en un altar dispuesto a sacrificarla, pero justo en el último momento apareció Artemisa y la sustituyó por un ciervo. A la joven princesa se la llevó volando y la convirtió en una sacerdotisa en un templo dedicado a esta diosa. Esta es la versión bonita, pero en otra sí que muere sacrificada. El caso es que, con esta muerte, los vientos volvieron, y la flota pudo volver a poner rumbo hacia Troya por el mar Egeo.

Ahora hay que hablar de otro héroe de la flota aquea: Filoctetes. Era el hijo del rey Peante, quien gobernaba en Melibea (Tesalia). Era famoso porque tiempo atrás Heracles le había regalado su arco y sus flechas tras aceptar encender la pira funeraria donde iba a morir. La cosa es que el hombre tuvo mala suerte. En la isla de Lemnos (o en la de Ténedos) fue mordido por una serpiente y se puso tan malo que pensaron que iba a morir, y para empeorar las cosas, de la herida salía un hedor inaguantable. Por ello, los griegos lo abandonaron en aquella isla durante diez años, y durante todo ese tiempo Filoctetes pudo sobrevivir a base de comer frutos de la zona y de cazar pajaritos. De todas formas, este personaje tendrá una importancia vital al final de la guerra, ya veréis.

Dicen que aquella serpiente había sido enviada por la diosa Hera por haber ayudado a su tan odiado Heracles, aunque supuestamente la diosa del matrimonio y el semidiós ya habían hecho las paces.

En fin, la flota griega llegó a la ciudad de Troya. Pero los espadazos no iban a ocurrir tan rápido. Menelao y Odiseo se acercaron a la ciudad a hablar con Príamo y con sus hijos Paris y Héctor.

—Devolvednos a Helena y no os atacaremos —dijo Menelao.

—No —contestó Príamo.

Y con esto, ya sí, la guerra comenzó.

La flota desembarcó en las costas troyanas y las tropas del rey Príamo trataron de impedirlo, sin éxito.

El primer héroe griego en morir en esta guerra fue Protesilao, hijo de un rey de Tesalia. Su asesino fue Héctor, príncipe de Troya y el más poderoso de los guerreros troyanos. Y es que una profecía decía que el primer griego que pusiera un pie sobre la arena de la costa troyana acabaría muerto. Pues le tocó a este Protesilao. Cuando se enteró de su muerte, su esposa Laodamía (hija de Acasto) se suicidó de pena. Por su parte, el hermano del fallecido, Podarces, decidió sustituirle e ir a la guerra a luchar en su honor.

Otro que murió, pero del bando troyano, fue Cicno, quien parece que era un hijo de Poseidón. Se cuenta que, como era invulnerable, Aquiles acabó con él estrangulándolo con la correa de su casco.

Una vez con la playa tomada, ahora había que tomar la ciudad de Troya, que estaba bien amurallada. Recordemos que las murallas las habían construido Apolo y Poseidón. Es decir, que eran murallas de calidad. Fijaos lo complicado que fue, que los griegos estuvieron durante nueve intensos años sitiando la ciudad y nada.

¿Qué pasó durante estos nueve años de intenso asedio? Pues que los griegos estuvieron saqueando otras ciudades cercanas, y también mataron a algún que otro héroe troyano. Por ejemplo, Aquiles se cargó al príncipe Troilo, otro de los hijos de Príamo. A Licaón, que era otro hijo de Príamo, lo capturó mientras cortaba madera de un bosque fuera de las murallas, y Aquiles le perdonó la vida y lo vendió como esclavo. De todas formas, más adelante los troyanos lo rescatarían y acabaría muerto en batalla a manos de Aquiles, que esta vez no se apiadó de él.

Entre los aqueos también hubo movidas internas. Por ejemplo, Odiseo estaba hasta la p*** de aquella guerra. Él quería volver con su esposa y con su hijo. Odiseo recordaba día y noche al culpable que le había metido en aquel marrón: Palamedes. Era quien le había descubierto mientras fingía locura. Por ello urdió un plan para acabar con él y vengarse.

Odiseo obligó a un prisionero frigio a escribir una carta que supuestamente habría recibido del rey troyano, diciendo que había sobornado a un aqueo. Luego Odiseo ocultó una bolsa de oro bajo la tienda de campaña de Palamedes, y se chivó de la carta y del dinero. Palamedes quedó como un traidor y los griegos lo mataron a pedradas. Y Odiseo se echó unas buenas risas a su costa.

Los griegos fueron castigados por el dios Apolo con una plaga. La razón fue que Agamenón tomó como esclava a Criseida, la hija de Crises (un sacerdote de Apolo en la ciudad de Crise, perteneciente a los troyanos). Cuando Crises intentó pagar un rescate para que se la devolvieran, los griegos le trataron fatal y le pegaron. Luego el

troyano rogó a Apolo un castigo contra estos aqueos que estuviese a la altura del agravio. Ese castigo fue la enfermedad anteriormente mencionada.

Para parar aquella plaga, Aquiles consultó a un adivino, y este les reveló que debían devolver a Criseida a su padre y ofrecer un sacrificio.

Agamenón hizo caso a Aquiles y devolvió a Criseida a su padre, pero a cambio exigió a Aquiles que le diese a la esclava que se había quedado él: Briseida, la prima de Criseida. Esto le sentó como un tiro al héroe griego, pues parece que la amaba bastante. Aquiles tiró su espada al suelo y se negó a participar más en aquella guerra. Y claro, si recordáis, la profecía decía que sin Aquiles el bando aqueo estaba perdido.

Pues bien, tras la retirada de Aquiles, los griegos comenzaron a perder un combate tras otro. Poco a poco, las tropas de Agamenón fueron retrocediendo hasta la orilla de la playa, donde levantaron una pequeña fortificación.

Los principales héroes y príncipes griegos que estaban participando en la contienda acabaron heridos y sin poder luchar. Solo uno quedó ileso: Áyax, el primo de Aquiles e hijo de Telamón, rey de Salamina, hermano de Peleo y uno de los argonautas. Se dice de él que tenía un tamaño descomunal, aunque sin llegar a ser un gigante. Mediría unos dos metros, más o menos. Este tipo se convertiría en uno de los guerreros más valerosos de toda la guerra.

También es conocido como Áyax el Grande, para diferenciarlo de Áyax el Menor, hijo del rey Oileo de Lócrida, que fue otro guerrero que participó en el conflicto.

Agamenón, desesperado, pidió a Odiseo, a Fénix (un viejo tutor de Aquiles) y finalmente a Áyax el Grande que hablasen con el picajoso de Aquiles para que volviera al combate, que les estaban dando bien *pal* pelo. Estos tres fueron a donde el héroe griego y le dijeron que Agamenón estaba dispuesto a devolverle a Briseida, a casarle con una hija suya y a regalarle más cosas, pero no hubo manera de que Aquiles entrara en razón.

—Lo único que haría volver a replantearme ayudaros sería que atacaran los barcos —dijo Aquiles.

Y justamente, poco después, los troyanos dirigidos por Héctor atacaron duramente a los griegos y comenzaron a quemar sus barcos. Por suerte, Áyax aguantó como un machote y logró impedirlo. Tuvo la ayuda de Patroclo, que llegó poco antes desde la Hélade dispuesto a echar una mano. Este Patroclo era un viejo amigo de Aquiles. En el relato de la *Ilíada* se intuye que podrían haber sido amantes.

Aquiles por fin volvió al combate, y para evitar que su gran amigo Patroclo cayese herido le cedió su armadura. Luego le animó a

encabezar las tropas contra Troya.

Se cuenta que Patroclo fue capaz de cargarse a un aliado licio de los troyanos llamado Sarpedón. No es el Sarpedón hermano del rey Minos sino otro, hijo de Zeus y de Laodamía (hija de Belerofonte). Este Sarpedón fue a Troya a ayudar a los troyanos junto con su primo Glauco.

El problema es que, durante esa batalla, Patroclo no hizo caso a Aquiles y tras rechazar el ataque troyano a las naves decidió continuar la lucha y seguir a los guerreros que se retiraban hasta las puertas de Troya. Fue aquí donde el pobre Patroclo recibió un espadazo de Héctor y acabó muriendo. El príncipe troyano además le robó la valiosa armadura que le había regalado Aquiles.

Aquiles se cabreó muchísimo al enterarse de lo sucedido, y juró que acabaría con Héctor y con los troyanos. Pidió a su madre Tetis una nueva armadura, y esta se le apareció poco después con una armadura de gama *megatop*, forjada por el dios Hefesto.

Aquiles atacó con rabia a los troyanos y se cargó a muchísimos. Poco después, él y Héctor se enfrentaron cara a cara en un duelo en las puertas de la muralla de la ciudad. Durante el duelo, Héctor fue herido por el griego, y después recibió un lanzazo mortal en el cuello.

Aquiles ató su cadáver a un carro y lo arrastró alrededor de las murallas de la ciudad dando tres vueltas. Tras eso, dejó el cuerpo de su enemigo tirado en el campamento aqueo mientras él oficiaba un funeral en honor a Patroclo. Durante once días el cadáver de Héctor fue maltratado por Aquiles, hasta que llegó de nuevo su madre Tetis y le dijo que tenía que parar aquel sadismo malsano y devolver el cuerpo a su familia.

Y es que el rey troyano Príamo quería el cuerpo de su hijo de vuelta, y la diosa Iris le dijo que fuese al campamento aqueo para rogar por ello. Esa misma noche allá que fue.

Aquiles acabó ablandándose ante las palabras de aquel anciano rey, y le dijo que *ok*, que podía llevarse el cuerpo de Héctor y que le daría una tregua de doce días para que pudiesen celebrarle un funeral.

Los troyanos no eran tontos y aprovecharon esos días de tregua para pedir refuerzos. Pronto llegaron sus nuevos aliados listos para combatir contra los aqueos que quedaban.

Aquiles y sus amigos fueron los encargados de ir derrotándolos a todos.

El primero de estos nuevos enemigos fue el rey tracio Reso. Unos dicen que era hijo del rey Eyoneo y otros que era hijo del dios-río Estrimón. Se cuenta de estos tracios que llegaron a Troya en caballos blancos y con brillantes armaduras metalizadas. Odiseo y Diomedes estaban en una de sus patrullas de reconocimiento típicas cuando se encontraron a un troyano cobarde llamado Dolón. Lo interrogaron y

Dolón les confesó dónde estaban las tropas de Reso. Luego lo mataron. Los dos héroes aqueos fueron al campamento tracio y tendieron una emboscada nocturna a las tropas enemigas. Gracias a sus habilidades de lucha, lograron acabar con todos, incluyendo a su rey, que fue asesinado por Diomedes.

Después Aquiles se cargó a una reina amazona llamada Pentesilea. Se trataba de una hija de Ares y Otrere, la antigua reina amazona. O puede que Otrere siguiera siendo reina y Pentasilea no fuera más que una princesa amazona. También otros la consideran hermana de Hipólita. El caso es que la chavala empezó matando griegos a saco, como a Macaón, que suena a pasta italiana, pero en realidad era el hijo del dios de la medicina Asclepio. Sin embargo, la suerte de la amazona acabó cuando Aquiles atravesó su pecho con su lanza. De todas formas, el ver cómo la mujer se estaba muriendo junto a él le moló de alguna forma incomprensible y acabó enamorado. Mal momento para enamorarse de alguien, la verdad.

Un guerrero griego llamado Tersites se burló de él por haberse enamorado de una enemiga en su lecho de muerte, y más chulo que un ocho, empezó a mutilar el cadáver de la amazona. Aquello cabreó tanto a Aquiles que se cargó a Tersites de un soplamocos. Para ser perdonado por los dioses por haber matado a un aliado tuvo que viajar a la isla de Lesbos para ser purificado.

El siguiente enemigo de los griegos fue el rey Memnón de Etiopía, sobrino de Príamo e hijo de Titono (hijo del rey Laomedonte) y de la diosa de la aurora Eos, o diosa del amanecer. Este rey etíope mató a Antíloco cuando este trataba de rescatar a su padre Néstor, cuyo caballo había sido saeteado por Paris. Antíloco y Aquiles se habían vuelto muy amigos, y como venganza, Aquiles fue a por el rey etíope y lo mató. Se cuenta que la diosa Eos quedó muy afligida por la muerte de su hijo y ordenó a sus hermanos, los cuatro vientos, que recogieran su cadáver y se lo llevaran al más allá.

Estas dos últimas historias no se cuentan en la *Ilíada*, sino en un relato posterior conocido como la *Etiópida*. Vendría a ser como un DLC de la historia de la guerra de Troya.

Todo parecía ir bien para los griegos. Gracias a Aquiles volvían a ganar terreno y no perdían ni una sola batalla. Sin embargo, eso iba a cambiar, pues el siguiente en caer muerto, como ya se había profetizado, sería Aquiles. Su asesino fue Paris, el hermano pequeño del fallecido Héctor. Parece ser que, mientras Aquiles perseguía a los troyanos que huían tras una batalla, Paris logró acertarle con una flecha en su único punto flaco, el talón. El héroe griego se desangró y terminó muriendo. Fue Áyax el Grande quien recogió su cuerpo del campo de batalla y cargó con él hasta el campamento aqueo.

Aquiles había sido un fiero guerrero del bando griego, y a pesar de

sus idas y venidas en el campo de batalla, se organizaron unos espectaculares juegos funerarios en su honor.

De todas formas, estos juegos fueron manchados por una nueva disputa entre aqueos. Resulta que Odiseo y Áyax se pelearon por quién se iba a quedar la increíble armadura de Aquiles. Ambos compitieron usando la retórica, tratando de convencer a los demás diciendo quién había sido más fiero y valiente en batalla. El ganador fue Odiseo. Áyax se lo tomó realmente mal, se volvió loco y juró que mataría a todos sus compañeros. Sacó un cuchillaco y se puso a degollar un rebaño de ovejas pensando que eran griegos, y tras eso se suicidó dejándose caer sobre la espada que había pertenecido a su enemigo Héctor.

Tras el funeral de Aquiles, era evidente que Paris recibiría su merecido. Quien acabaría matando al príncipe troyano sería Filoctetes. Os acordáis de Filoctetes, ¿no? Bueno, probablemente no. Tampoco os culpo. Era un tipo que, como ya conté, había sido abandonado en una isla diez años atrás porque le picó una serpiente y pensaron que iba a morir más pronto que tarde. Bueno, pues resulta que el vidente griego Calcante dijo a los griegos que la única forma de ganar la guerra era con el arco y las flechas de Heracles. ¿Y dónde estaban esos objetos? Pues la última vez que los vieron los tenía Filoctetes. Por esta razón, Odiseo y Diomedes viajaron a la isla donde le habían dejado y, oh, sorpresa, se lo encontraron vivo aunque aún con síntomas de envenenamiento por el veneno de serpiente. Los dos lo rescataron con su barco y lo llevaron a Troya con sus armas todavía intactas.

Gracias a Podalirio (hijo de Asclepio, dios de la medicina, o en otra versión Macaón) le curaron de la picadura de la serpiente y Filoctetes pudo volver al combate.

Con su arco, Filoctetes fue capaz de acertarle un flechazo a Paris y acabar con su vida.

Con la muerte de Paris, la secuestrada Helena ya no tenía esposo troyano. Dos de los hermanos del difunto, Deífobo y Héleno, también hijos del rey Príamo, se pelearon por casarse con Helena, y el que ganó fue Héleno, mientras que su hermano se retiró de la ciudad. En otra versión el ganador es Deífobo, y por ello, Héleno abandonó la ciudad para irse a vivir al monte Ida, que estaba cerca de Troya.

De Héleno se decía que tenía poderes adivinatorios. Eso era un peligro, así que los griegos lo secuestraron en su nueva residencia y le obligaron a contar cómo tomar la ciudad de Troya de una vez por todas.

—Hay que hacer varias cosas —contó Héleno—. Tenéis que traer los huesos de Pélope, robar la estatua troyana de Palas Atenea (conocida como Paladio) y también que Neoptólemo, el hijo de Aquiles, participe en la guerra.

En otra versión, en vez de los huesos de Pélope, lo que aconsejó Héleno fue ir a rescatar a Filoctetes en Lemnos por el tema de su arco.

Los griegos le hicieron caso y cumplieron los tres objetivos.

Odiseo recogió a Neoptólemo en la isla de Esciros y juntos fueron a derrotar a un nuevo aliado de los troyanos: el rey misio Eurípilo, hijo de Télefo y nieto de Heracles. Parece que este rey de Misia mató a Macaón y también al guerrero beocio Penéleo, pero encontró la muerte luchando contra Neoptólemo.

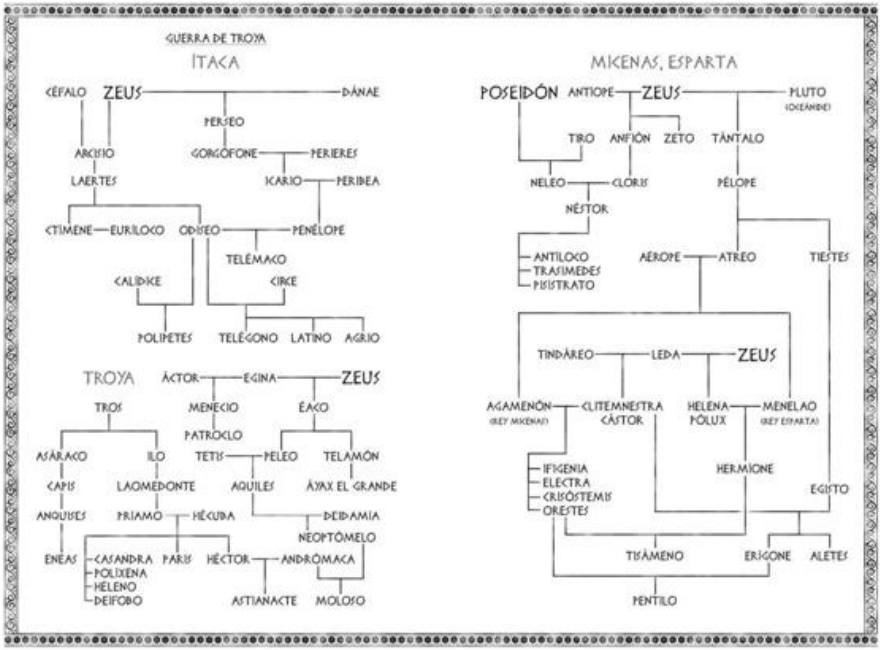
Justo después de esta victoria, Odiseo se las arregló para entrar en la ciudad de Troya por la noche y en sigilo (disfrazado de mendigo) y robar el ya mencionado Paladio, el talismán protector de la ciudad. Se cuenta que Helena le descubrió, pero no dijo nada porque tenía unas ganas locas de largarse de aquella ciudad sitiada.

Ahora hay que hablar de la parte más mítica de la guerra de Troya: el Caballo de Troya. Curiosamente, este relato no se cuenta en la *Ilíada*, sino en la *Odisea*.

Y es que este brillante plan fue ideado por Odiseo.

—¿Y si construimos un enorme caballo de madera, nos escondemos dentro, hacemos que nos rendimos y ofrecemos como tributo el caballo para que nos metan en la ciudad? Una vez dentro, salimos por la noche y abrimos las puertas para que entren todas nuestras tropas. Es un plan perfecto, sin fisuras.

Y oye, la estrategia coló a las mil maravillas. Las naves griegas se retiraron de la costa y los troyanos se creyeron la rendición de los aqueos. Debido a esto dejaron entrar el gran caballo de madera al interior de sus murallas.



Parece ser que quien les convenció de todo esto fue Sinón, un griego que formaba parte del plan, quien se había rendido a los troyanos diciendo que era un desertor y que ahora odiaba a los aqueos. Les dijo que la construcción del caballo ocurrió por una maldición de la diosa Atenea, causada por haber robado el Paladio. Y claro, si ahora los troyanos destruían el caballo, la maldición les afectaría a ellos.

El único que vio que aquello era un poco raro fue Laocoonte, un sacerdote de Poseidón.

—A mí esto de que nos hayan dejado un enorme caballo de madera me huele muy mal —decía el tipo.

De todas formas, los troyanos no le hicieron ni caso y aquella noche, después de meter al caballo tras sus murallas, hicieron una gran celebración.

Se cuenta que Laocoonte insistió cada vez más enfurecido en que dentro de aquel caballo podía haber aqueos escondidos y que lo mejor era quemarlo. Por esta razón comenzó a lanzar contra él palos en llamas. Y aquí hay dos versiones. En una los troyanos le pararon y le apedrearon, y en otra fue la diosa Atenea quien envió dos enormes serpientes para que devoraran a sus hijos. Esta escena fue inmortalizada en la escultura de Laocoonte y sus hijos, creada por los escultores griegos Atenodoro, Polidoro y Agesandro. El nombre de esas serpientes sería Caribea y Porce. Laocoonte trató de luchar con aquellas bestias de la naturaleza y también se lo comieron a él.

Cuando la cosa se hubo calmado, y mientras los troyanos dormían, los soldados aqueos escondidos en el interior del caballo de madera salieron y, en sigilo, llegaron hasta las puertas de la ciudad. Las abrieron de par en par y todo su ejército invadió el lugar. Troya fue saqueada sin piedad.

Mientras tanto, el hijo de Aquiles, Neoptólemo, se dirigió directo al palacio real troyano. Buscó al rey Príamo y se lo cargó de un lanzazo mientras el anciano buscaba refugio en un templo.

Por su parte, el rey Menelao de Esparta buscaba desesperadamente a su esposa Helena. Por ello fue a la casa del actual marido, el hijo de Príamo Deífobo. Tras asaltar su residencia, el espartano mató a su enemigo y recuperó a su esposa tras muchos años de estar separados.

Con Helena estaba Etra, su doncella y también madre de Teseo. Fue llevada como prisionera y luego liberada cuando se dieron cuenta de quién era.

Neoptólemo también capturó a Andrómaca, la viuda de Héctor, quien estaba con su pequeño hijo Astianacte. No se sabe por qué, pero en un momento dado, Neoptólemo agarró al crío y lo lanzó desde una torre. Lógicamente, el chaval se partió el cráneo y murió. Supongo que se darían cuenta de que aquel niño era el heredero legítimo de Troya y, si continuaba vivo, podría reclamar el trono en el futuro. Mal asunto.

Otro troyano que murió asesinado durante este asalto fue Polidoro, el hijo menor del rey Príamo. Parece que su asesino fue el rey Polimestor de Tracia, que luchaba en el bando griego.

Ahora tocaba repartir el botín de guerra, en el que se incluía a las mujeres importantes del reino troyano.

Como ya dije, Neoptólemo secuestró a la viuda de Héctor, Andrómaca, y se casó con ella.

Odiseo se quedó con la reina Hécuba (o Hécabe), la esposa de Príamo. De todas formas, no duró viva mucho más tiempo. Unos dicen que se suicidó y otros que, al enterarse de la muerte de sus hijos, comenzó a aullar de rabia y dolor y los dioses del Olimpo la convirtieron en un perro rabioso. Murió al saltar al agua.

Su hija Casandra trató de buscar refugio en un templo durante la noche del saqueo y se agarró a una estatua de Atenea. Áyax el Menor la vio y fue a capturarla. La cogió de un pie y comenzó a arrastrarla, tirando la estatua sagrada, lo que cabreó a la diosa Atenea. Aquel sacrilegio acabaría haciendo que Atenea matase a Áyax un poco después, en el viaje de vuelta en barco, junto con muchos de sus guerreros.

También se cuenta que el cabreo de la diosa Atenea con Áyax el Menor fue porque este violó a Casandra en el interior de aquel templo,

junto a aquella estatua sagrada. Algo sacrílego, desde luego.

De todas formas, Casandra acabó en manos de Agamenón y se convirtió en su concubina. Tiempo después, ya en Micenas, la joven princesa troyana sería asesinada por Clitemnestra, la esposa de Agamenón.

Finalmente, Políxena, también hija de Príamo y Hécuba (o Hécabe), no fue para nadie. Su destino sería algo más funesto, pues fue sacrificada sobre la tumba de Aquiles. Dicen que para que se convirtiera en su novia en los Campos Elíseos.

EL RETORNO DE LA GUERRA DE TROYA

La guerra de Troya había acabado. Pero… ¿qué ocurrió después? De eso es de lo que vamos a hablar en este capítulo. Para muchos de los héroes que participaron en la guerra el camino de regreso fue una auténtica locura llena de aventuras, y para otros el llegar a casa fue una pesadilla. Solo unos pocos tuvieron un final feliz. ¿Y por qué muchos tuvieron un destino funesto? Pues por la ira de Atenea. Recordemos que Áyax el Menor había cometido un acto sacrílego en su templo durante el saqueo de Troya, y no fue castigado por sus aliados griegos. Eso enfureció sobremanera a la diosa de la guerra.

Como ya conté en el capítulo anterior, Menelao había recuperado a su esposa Helena y, al igual que Néstor o Diomedes, tenía unas ganas locas de volver a la Hélade. Sin embargo, su hermano Agamenón no quería, pues decía que antes de partir era una buena idea hacer unos sacrificios a Atenea. Ambos hermanos discutieron y el primer grupo se largó de Troya.

Menelao y la mitad del ejército aqueo salieron con prisas rumbo a Grecia. Con él iban Néstor, Diomedes y Odiseo. Lo que pasó es que hicieron una parada en la isla de Ténedos y discutieron sobre el rumbo a seguir y acabaron dividiéndose.

Odiseo decidió volver hacia Troya, mientras que Néstor y Diomedes pusieron rumbo directamente a la Hélade. La flota de Menelao siguió de cerca de estos últimos.

Cerca de la isla de Eubea, el trayecto del rey Menelao de Esparta iba a dar un giro de 180 grados. Los fuertes vientos arrastraron la nave de Menelao y cuatro más a las costas de Egipto, donde quedaron atrapadas durante siete u ocho años.

Los náufragos no podían volver a surcar los mares porque no había viento de ningún tipo. Los griegos vivieron en la costa egipcia dedicándose a la pesca, hasta que un día se les apareció una ninfa del mar. Era Idotea, y les dijo:

—Mirad, os he estado observando y me estáis dando bastante

penita. Os ayudaré y os diré dónde está mi padre Proteo, que él sabe cómo escapar de aquí.

Idotea les guio hasta una cueva donde Proteo, el viejo del mar, un diosecillo marino con poderes de adivino, solía echar la siesta. Siguiendo los consejos de Idotea, el rey Menelao y sus marineros lograron atraparlo.

—Por favor, Proteo, dinos qué sacrificios debemos hacer para que los dioses nos dejen seguir navegando —le rogó el espartano.

Proteo les contó lo que tenían que hacer, Menelao y los suyos le hicieron caso y finalmente recuperaron el rumbo. Tras siete u ocho años atrapados en Egipto, Menelao y Helena por fin volvieron a Esparta. Y justo se enteraron del asesinato de Agamenón y de la venganza de Orestes, algo que voy a contar a continuación.

Antes podríamos hablar del viaje de Áyax el Menor, el sacrílego al que Atenea tenía manía tras la movida en el templo. A este se lo cargó sin compasión enviándole una tormenta y hundiendo su barco en una zona conocida como las rocas Giras o Gireas. En un primer momento parece que sobrevivió y se refugió sobre una roca. Sin embargo, se jactó de su suerte y de que había sobrevivido a los intentos de los dioses por matarle. Eso molestó a Zeus y destruyó la roca con sus rayos, y Áyax se ahogó. Fin de la historia.

Pasemos ahora pues a la historia de Agamenón. El rey de Micenas terminó sus sacrificios en Troya y puso rumbo hacia su casa. Sin embargo, en su ausencia, su esposa Clitemnestra había comenzado una relación con Egisto, el hijo de Tiestes y primo del rey. Recordemos que este Egisto había arrebatado, junto con su padre, el trono a su tío Agamenón tiempo atrás, pero fue expulsado poco después. Ahora quería venganza, y por ello sedujo a Clitemnestra para liarla parda.

Clitemnestra estaba bastante enfadada con su marido no solo por el hecho de haber estado diez años fuera luchando en una guerra que le daba bastante igual, sino también por haber sacrificado a la hija de ambos: Ifigenia. Además, con mentiras, pues su marido le había dicho que la iba a casar con alguien guay, como Aquiles. Y no, al final no la casó con nadie guay.

Bueno, el caso es que cuando Clitemnestra se enteró de que su marido regresaba de Troya, se conjuró con su amante para clavarle un puñal por la espalda y quitarle de en medio.

De todas formas, como ya conté, Agamenón se había quedado como concubina a Casandra, una de las hijas del rey Príamo. Esta le advirtió a Agamenón que había tenido una visión que decía que «mucho ojito con tu mujer, que algo malo está planeando». Sin embargo, Agamenón la ignoró por completo. Y ese fue su gran error. Durante un banquete, tanto Agamenón como Casandra fueron asesinados a puñalada limpia. Con ello, Egisto fue coronado rey de

Micenas, y Clitemnestra fue su reina.

Tras estos hechos conocemos al joven Orestes. Orestes era el hijo de Agamenón con Clitemnestra, pero había estado lejos del reino una temporada. Dicen que su niñera le sacó del reino cuando era pequeñito porque se había enterado de la conspiración de Clitemnestra y posiblemente su vida corriera peligro. Y con ellos fue también su hermana Electra, aunque en otras versiones solo huyeron Orestes y la niñera. Ambos encontraron refugio en la corte de su tío el rey Estrofio, en Crisa. Allí fue educado junto con el hijo del rey, Pílades, y ambos se hicieron muy amigos.

Pasó el tiempo y la guerra de Troya acabó. Agamenón volvió a su reino, pero fue asesinado por Clitemnestra y su amante Egisto y después este tipo fue coronado nuevo rey de Micenas.

Orestes cumplió veinte años. Fue a esa edad cuando el oráculo de Delfos, siguiendo el mandato del dios Apolo, le dijo lo siguiente:

—Ha llegado el momento que tanto ansías. Vuelve a Micenas, tu hogar, y venga a tu padre muerto.

Orestes así lo hizo, y acompañado por Pílades partió hacia Micenas. Antes de cometer el asesinato visitó la tumba de su padre, Agamenón, y se dice que fue allí donde se reencontró con su hermana Electra, y que juntos planearon aquella sangrienta venganza. Lógicamente, si tenemos en cuenta esta versión, ella no huyó con él al extranjero y se quedó en la corte micénica.

El plan de Orestes funcionó, y el chaval logró entrar en el palacio real. Clitemnestra y Egisto acabaron muertos a espadazos.

El problema es que aquellos asesinatos provocaron una locura al pobre Orestes, y empezó a ser perseguido por las erinias. Como ya expliqué, estos seres llamados erinias eran como una materialización de la culpa, y se dedicaban a hostigar a cualquiera que hubiese cometido un crimen familiar. En este mundo mitológico griego trabajo no les faltaría, desde luego. Otra cosa no, pero asesinar a familiares era el pan de cada día.

El caso es que estas erinias eran como una mosca cojonera, te perseguían y te molestaban de forma constante hasta que te tirabas por un precipicio para que te dejaran en paz. Eran muy plastas.

Orestes se refugió de ellas en el templo de Delfos, y pidió al dios Apolo que parara todo aquello, pero él tenía las manos atadas. Fue la diosa Atenea quien intentó poner algo de orden, y le pidió a Orestes que fuera a Atenas para celebrarle un juicio. Aquella era su única escapatoria, así que el joven acudió.

Este juicio a Orestes tuvo lugar en el Areópago, y los jueces fueron doce personas importantes de Atenas. Mientras que las erinias exigían poder seguir molestando a su presa hasta la extenuación, Orestes se defendía de los cargos de asesinato alegando que todo aquello había

sido un mandato de Apolo. Fue este mismo dios quien tuvo el papel de abogado de Orestes.

Los jueces votaron la mitad que era culpable y la mitad que era inocente. Atenea tuvo que romper el empate y declaró a Orestes inocente. ¡Victoria! Las erinias se tuvieron que largar; ahora Orestes era libre.

De todas formas, existe otra versión que cuenta que Orestes, para librarse definitivamente de las erinias, tuvo que viajar a la tierra de los tauros, en Crimea, y recuperar una estatua de Artemisa. Según la tradición del lugar, todo varón que entrase en la zona debía ser sacrificado, y cuando Orestes y su amigo Pílades llegaron, fueron capturados por el rey Toante para matarlos. La cosa es que Orestes se encontró allí con su hermana Ifigenia, supuestamente muerta y sacrificada por su padre Agamenón durante la guerra de Troya. Pero no, estaba viva, ya que en el último momento fue salvada por Artemisa y llevada a aquel lugar para convertirla en una sacerdotisa en un templo.

Debido a que Ifigenia no quería matar a su hermano, tramó un plan para escapar.

—Este chico es un matricida y debe ser purificado en el mar —le dijo la chica al rey Toante—. Me lo llevo y ya volveremos luego. No me esperes para cenar.

La excusa coló y los tres escaparon en un barco con la estatua de Artemisa. Tras estos hechos, Ifigenia se convirtió en la sacerdotisa principal de Artemisa en la ciudad de Braurón, en Ática.

Ya con todo en calma, el joven Orestes viajó hasta Micenas. Allí echó del trono a Aletes, el hijo de Egisto, y se proclamó rey. Poco después se casó con Hermíone, que no es ningún personaje de Harry Potter, sino que era su prima, pues era hija de Menelao y Helena.

Para casarse con ella tuvo que luchar a muerte a cuchillo con Neoptólemo, el hijo de Aquiles, quien también quería la mano de aquella chica. Este hijo de Aquiles acabó muerto y Orestes se casó con Hermíone sin más problemas.

Gracias a esta unión, pronto Orestes logró unir en un mismo reino Micenas con Laconia (o Esparta). Esto ocurrió a la muerte de Menelao. Poco después, Orestes también se quedó con la región de la Arcadia tras quedar su trono vacante, y lo mismo pasó con Argos a la muerte de su rey Cilarabes (hijo de Esténelo). Así Orestes dominó toda la península del Peloponeso.

Se cuenta que Orestes murió a una edad avanzada en la Arcadia por la mordedura de una serpiente. Este Orestes tendría un hijo que lo heredaría todo. Se llamaba Tisámeno. Este fue el último miembro de la dinastía pelópida, pues pocos años después sería asesinado por los heráclidas.

Tras haber conocido los viajes de Menelao, Agamenón y Áyax el Menor, toca hablar de otros regresos de héroes troyanos.

El vidente griego Calcante viajó con otro grupo de soldados por tierra, por la región de Anatolia. Parece que esta decisión fue cosa de Calcante, porque había previsto las tormentas que estaban por venir. El problema es que, cuando llegaron a Colofón, se encontraron con un vidente llamado Mopso, nieto de Tiresias, y ambos adivinos se retaron a un combate de adivinación. Como Calcante perdió, acabó suicidándose. Tras estos hechos, los soldados aqueos acabaron dispersándose por aquellas regiones asiáticas.

También el hijo de Aquiles, Neoptólemo, y su grupo, viajaron por tierra. Parece que esta decisión fue influenciada por su abuela Tetis, que se le apareció tras la guerra y le dio algunos valiosos consejos. Por ello, Neo puso rumbo a la Hélade a través de Tracia. Tras mucho caminar, logró llegar y decidió establecerse en Epiro, la región más occidental de la Grecia central. Allí luchó contra una tribu autóctona y se hizo rey del lugar.

Con Neoptólemo iban la viuda de Héctor, Andrómaca, que se convirtió en su concubina, y Héleno, el hijo de Príamo, que tenía poderes proféticos. Con Andrómaca tuvo un hijo: Moloso.

Una versión cuenta que Neoptólemo acabó siendo asesinado en Delfos a manos de Orestes por haberle quitado a su esposa: Hermíone. O también porque ambos luchaban para ganarse su amor. De todas formas, en la mayoría de versiones se afirma que Neo murió a manos de un grupo de seguidores del culto a Apolo por discusiones sobre cómo hacer sacrificios al dios.

He dejado para el final el relato de retorno más famoso. Esa es la *Odisea*, de la cual hablaré en el siguiente capítulo.

LA *ODISEA*

Ya conté que Odiseo (Ulises en la versión romana de la historia) era el rey de Ítaca, una isla en la costa occidental de Grecia. Él no quería participar en la guerra de Troya, pero le pillaron fingiendo estar loco y le metieron en un barco. Tuvo que abandonar a su esposa Penélope y a su hijo Telémaco durante los siguientes diez años que duró la guerra.

Una vez el conflicto acabó, ahora tocaba volver a casa por fin. Sin embargo, lo que no se esperaba el pobre Odiseo es que aquel viaje de vuelta fuera a convertirse en un maldito infierno que le llevaría otros diez años sortear. En total, Odiseo se tiró veinte años fuera de casa.

A continuación os contaré las aventuras que vivió durante este viaje de regreso a Ítaca. Odiseo y unos cuantos de sus compañeros salieron del puerto de Troya en varios barcos junto con la flota de Menelao. Sin embargo, en la isla de Ténedos todos discutieron y se dividieron en diferentes grupos. El de Odiseo, compuesto por doce barcos, tenía la intención de volver hacia Troya para tomar otro rumbo, pero unos vientos le llevaron a otro lugar. Ahí se inician sus aventuras.

Su primera aventura fue la movida con los cícones, unas tribus que habitaban en la costa suroccidental de Tracia, que parece que eran aliadas de Troya. Odiseo decidió atacar una de sus ciudades, Ísmaro, y luego él y los suyos se dedicaron a saquear poblaciones cercanas y a capturar a mujeres y tesoros. Durante el saqueo de Ísmaro se cuenta que Odiseo protegió a Marón, un sacerdote local en el templo del dios Apolo. Por protegerle, este le regaló doce jarras de vino dulce, un bien muy valioso. El problema fue que, tras los saqueos, en vez de huir con el botín, los hombres de Odiseo se quedaron en la costa de fiesta, bebiendo, y los cícones aprovecharon para tenderles una emboscada.

Tras el ataque, gran parte de los aqueos que iban con Odiseo acabaron muertos. Ahora sí que salieron de la zona cagando leches y

sin mirar atrás.

Su segunda parada fue en el territorio de los lotófagos. «Lotófagos» significa literalmente «los que comen loto», siendo el loto una flor. Aquellos lugareños recibieron amablemente a los marineros aqueos y les ofrecieron comer sus flores de loto o sus frutos. ¿Dónde estaba la trampa? Pues que el loto aquel era como una droga, que creaba una adicción tremenda. Muy parecida a los efectos del opio, en resumen. Tres de los aqueos se engancharon a aquella droga y dijeron que ya no querían irse. Odiseo tuvo que ordenar a los demás soldados que los llevaran a rastras a los barcos. Tras esto, continuaron el viaje sin más novedad. El mono se les fue calmando con el paso de los días.

En la tercera aventura nuestros héroes acabaron en la isla de los cíclopes. Estos eran gigantes de un solo ojo. Uno de estos era Polifemo, hijo de Poseidón. Pensando que la isla estaba deshabitada, Odiseo y los suyos se adentraron en ella buscando provisiones. En un momento dado se encontraron una cueva donde había montones de comida, queso principalmente, y un rebaño de ovejas. Aquello era sin duda una buena noticia, pero lo que no sabían era que esa cueva y toda su comida era propiedad de Polifemo.

Cuando el cíclope volvió y se encontró a aquellos humanitos celebrando una fiesta en su cueva y devorando su comida se enfadó a saco y los encerró en la cueva taponando la entrada con una piedra gigante. Luego fue a por ellos y se comió a varios de los aqueos. ¿Cuál es la lección que aprendemos con este relato? Nada de emborracharse ni celebrar fiestas en cuevas de desconocidos.

Por la noche el cíclope se quedó dormido, pero Odiseo y el resto de los aqueos estaban tan asustados que se quedaron escondidos en diferentes recovecos de la cueva. A la mañana siguiente, Polifemo despertó y se comió a otro par de griegos que pilló tratando de huir. Luego cogió el rebaño de ovejas que había en la cueva, desbloqueó la gran roca de la entrada y se largó a pastorear, volviendo, cómo no, a bloquear la entrada con ella. Odiseo sabía que tenían que matar al gigante, pero cuando la gran piedra no bloquease la entrada, o se quedarían allí encerrados de por vida. Por fin al héroe se le ocurrió un plan para lograr fugarse.

Él y los aqueos comenzaron a fabricar una larga estaca con un tronco que había en la cueva. Cuando Polifemo volvió, Odiseo le acercó las barricas del sabroso vino de Morón y le instó a beber.

—¿Pero tú quién eres? —preguntó el cíclope al ver a Odiseo.

—Nadie —respondió Odiseo—. Pero te ofrezco este vino que es buenísimo. Ten, bebe.

Polifemo bebió vino hasta desfallecer. Con el gigante dormido, Odiseo y los suyos agarraron la lanza y se la clavaron en su único ojo. Polifemo despertó de inmediato y salió corriendo de la cueva

despavorido, aunque antes volvió a bloquear la cueva. Fue corriendo a donde estaba el resto de cíclopes y les dijo que «nadie» le había atacado. Como el gigante estaba venga a gritar y a dar brincos, los otros pensaron que se le había ido la cabeza y no le hicieron mucho caso.

Mientras tanto, Odiseo y los suyos mataron un par de ovejas y se disfrazaron de ellas poniéndose su piel por encima. O en otra versión, simplemente se agarraron a la panza de las ovejas mientras estas salían. Cuando al día siguiente Polifemo abrió la cueva para sacar al rebaño a pastar, como estaba ciego, o medio ciego, comenzó a palpar el lomo de todas ellas para evitar que se le colase algún aqueo.

Gracias a ir disfrazados de ovejas, Odiseo y sus soldados lograron huir de la isla. Cuando ya estuvieron a una distancia segura, Odiseo miró al cíclope ciego y le gritó:

—¡¡No te hirió Nadie, el que te hirió fui yo, Odiseo!!

Polifemo se enfadó al escuchar aquel vacile. Por ello agarró la roca más grande que encontró y la lanzó contra el barco de los aqueos. Afortunadamente no les golpeó, pero por muy poco.

—Me vengaré —dijo Polifemo sin poder ver un carajo—. Se lo diré a mi padre Poseidón. Te vas a enterar tú…

Pasemos ahora a la cuarta aventura, la de la isla flotante de Eolo, una isla que flotaba sobre el mar y que estaba rodeada de acantilados de bronce. En otras versiones, no es una isla solo sino un archipiélago situado en el mar Egeo, llamado islas Eolias. El rey del lugar, Eolo, el dios de los vientos, acogió a Odiseo y los suyos en su palacio después de que sus barcos acabaran en aquel lugar.

Ojo, este rey Eolo no tiene nada que ver con el Eolo hijo de Helén. Como ya digo, este Eolo era un dios del viento hijo de Hípotes, y nuestro actual término «eólico» viene de este tipo. Se cuenta que durante seis meses los aqueos estuvieron de fiesta en esta isla, y Odiseo se enteró de cotilleos de este rey. Por ejemplo, averiguó que tenía seis hijos y seis hijas a los cuales había casado entre ellos y los tenía la mayor parte del tiempo encerrados.

Eolo ayudó a Odiseo y le generó vientos favorables. Además, le regaló un odre que contenía vientos mágicos.

—Usa los vientos de esta bolsita de forma sabia —le dijo el rey.

—Así lo haré —contestó Odiseo.

Pero eso no iba a pasar. Resulta que, durante el trayecto, los marineros de Odiseo vieron la bolsa y pensaron que habría oro dentro. La abrieron con ansia y todos los vientos se liberaron de golpe, generando una gran tempestad y llevando a todos aquellos barcos al punto de partida, es decir, a la isla de Eolo.

Odiseo le pidió más vientos a Eolo, pero este le dijo que no le iba a ayudar más porque parece ser que no tenía el beneplácito de los

dioses. Por ello, Odiseo y sus soldados griegos volvieron a partir.

Tras seis días perdidos por el mar se toparon con su quinta aventura: llegaron a la isla de los lestrigones. Estos lestrigones eran unos seres gigantes bastante mamones, que se dedicaban a comer carne humana. Eran antropófagos. Los héroes llegaron a Lamos, el puerto principal de aquella isla de Lestrigones, y no vieron a nadie. Empezaron a explorar y tres de ellos se toparon con una gigante, que era la hija del rey de estos lestrigones. La chavala llevó a los tres humanos al palacio y allí conocieron al rey Antífates. Este agarró al primer marinero que pilló y lo devoró sin piedad.

Los otros griegos lograron escapar y llegar a la bahía, donde alertaron a los demás marineros. Todos los hombres de Odiseo comenzaron a correr hacia los barcos mientras, tras ellos, no paraban de surgir más de aquellos gigantes. Si no se daban prisa, acabarían siendo una buena merendola.

Cuando trataron de salir del puerto, los lestrigones comenzaron a lanzarles piedras gigantes desde los acantilados que rodeaban la bahía. Durante el combate, muchos de los hombres de Odiseo pasaron a mejor vida. El único barco que salió intacto de aquel lugar fue el de Odiseo, ya que había aparcado fuera de aquella bahía mortal.

Los escasos supervivientes que quedaron llegaron poco después a su sexto destino, y ese fue la isla de Eea, la morada de Circe, la hija del dios del sol Helios. Odiseo y los suyos fueron conducidos a la mansión de esta hechicera, que se levantaba en mitad de la isla. El héroe griego mandó a un grupo de sus marineros a la casa, y vieron varios leones y lobos por los alrededores. No los atacaron, porque resulta que eran seres humanos convertidos en animales.

La bruja sorprendió a los marineros y los invitó a un banquete. Estos comieron como locos, pero aquella comida les convirtió a todos en cerdos. Solo uno escapó de la mansión, Euríloco, el cuñado de Odiseo, que como sospechaba de las intenciones de la bruja, apenas probó bocado. Salió corriendo y llegó al barco. Allí le contó a Odiseo y al resto lo que había ocurrido.

Odiseo fue él solo a enfrentarse a Circe, y por el camino, el dios Hermes le dio una planta de nombre *moly*, que le protegería de cualquier truco de magia. Una vez en la mansión, Odiseo y Circe discutieron. Circe intentó convertir al héroe en animal, pero no pudo, y él sacó la espada.

Tras esto, Circe le prometió reconvertir a sus amigos en humanos y ayudarles a llegar a Ítaca si se quedaban con ella durante un año.

—Bueno, vale —contestó Odiseo.

—Y podemos hacer el amor —añadió la bruja.

—Eso ya no, Circe, que estoy casado.

Tras el año juntos pero no revueltos Circe contó a Odiseo que

existían dos rutas para volver a Ítaca. Una tenía el peligro de las sirenas y otra el peligro de Escila y Caribdis.

Circe

De todas formas, existe una versión donde sí que chingaron durante ese año y tuvieron varios hijos: Telégono, Latino y Agrio.

—Ah, se me olvidaba —dijo Circe—. Si quieres más información te recomiendo ir a visitar a Tiresias, que ese lo sabe todo, es un adivino de alto *standing*.

—Perfecto. ¿Dónde lo encuentro? —preguntó Odiseo.

—Bueno… eso es lo complicado. Resulta que el tipo está muerto, por lo que tendrás que encontrar la entrada al Inframundo en algún lugar de Cimeria.

Odiseo no puso muchas pegas y acabó viajando al Inframundo. Realizó un par de sacrificios, vertió sangre en una zanja y entonces se le aparecieron diferentes espíritus, uno de ellos el de Tiresias. Era un anciano ciego que portaba un cetro de oro. Fue el primero que bebió de la sangre del sacrificio, lo que le hizo recuperar el juicio.

Tiresias le explicó a Odiseo que el dios Poseidón buscaba venganza contra él por haber herido (o matado, según la versión) a su hijo Polifemo. También le dijo que en el futuro respetara el ganado de Helios, el dios del sol; si lo hacía, lograría volver a su casa con su barco y sus compañeros.

Y finalmente le dijo que, tras llegar y matar a los pretendientes de su esposa, debería viajar a los confines del continente para encontrar una tribu que no sepa de la existencia del mar. En aquel lugar era preciso hacer un sacrificio a Poseidón para que dejara de molestarle con sus tormentitas. Tras su paso por el Inframundo y después de llenarse de sabios consejos, tocaba continuar con las aventuras. Pasaron por las islas de las sirenas, y pronto empezaron a escuchar sus bellos cantos. Unos cantos que solo servían para que los marineros se distrajeran y encallaran en las rocas. Ya os conté que las sirenas en estos relatos eran mujeres-pájaro que se dedicaban a comerse a gente.

Siguiendo el consejo de Circe, Odiseo ordenó a todos los marineros taparse los oídos con cera. Odiseo decidió no llevar aquellos tapones, e hizo que le ataran al mástil. Gracias a ello, pudo escuchar aquellos bellos cantos sin estrellar el barco.

Después de las sirenas, el barco pasó junto a los monstruos Escila y Caribdis. Pasando por el estrecho, Escila, el monstruo de seis cabezas, logró matar a seis hombres, pero los demás sobrevivieron y continuaron el viaje. En algunas versiones esta parte se suele omitir pues dependiendo de la ruta se encontraban con las sirenas o con estos monstruos.

Tras esto, Odiseo llegó a su décima parada. Esa fue la isla de Helios, llamada Trinacria, o Trinacia, la cual podría haber estado ubicada en algún lugar de Sicilia. A Odiseo ya le habían advertido de que en esa isla había un montón de ganado que pertenecía al dios del sol y que no podía tocarse. Sin embargo, los marineros tenían mucha

hambre y llevaban un mes atrapados en aquella isla debido a los vientos. En fin, que algunos compis de Odiseo no le hicieron ni caso y se comieron a varios de los animales. Zeus se enfadó y comenzó a disparar rayos contra los marineros. Todos huyeron y se montaron en el barco. Sin embargo, los rayos continuaron hasta que uno destrozó el barco por completo. Tras hundirse solo hubo un superviviente: Odiseo.

Y ahora pasamos a la undécima y última aventura. Resulta que Odiseo fue arrastrado por las corrientes y acabó en la isla de Ogigia, perteneciente a una ninfa llamada Calipso. Parece que esta ninfa era hija del titán Atlas, aunque otra versión dice que era una oceánide, es decir, hija de Océano y de Tetis.

Odiseo se recuperó en la bella isla de Ogigia gracias a los cuidados de la ninfa. Le daba de comer y de beber, lo arropaba, le contaba cuentos, le daba sexo… Y así durante siete o diez años, depende de la versión del mito. Lo único seguro es que tuvo que ser mucho tiempo. Odiseo y Calipso incluso tuvieron dos hijos: Nausitoo y Nausínoo. Pero a pesar de todo, Odiseo estaba triste porque quería volver a su casa.

Un día Zeus (por petición de Atenea) decidió mandar a Hermes a la isla de Calipso con un mensaje importante, el de dejar marchar a Odiseo. La ninfa Calipso no tenía nada que hacer contra la autoridad de Zeus, pero hizo un último intento para que su amor se quedara.

—Odiseo, si te quedas conmigo te prometo la inmortalidad y la juventud eterna, yo creo que es una buena oferta.

—Lo siento, Calipso, pero me piro, que aquí me aburro como las ostras.

Y es que tras tantos años allí atrapado, le había entrado morriña y ahora estaba todo el rato pensando en Penélope y en su hijo Telémaco.

Tras construir una balsa, Odiseo volvió a la mar. Navegó durante varios días hasta que Poseidón le lanzó un tsunami. Se ve que el dios de los mares seguía enfadado por la muerte de su hijo Polifemo (o por haberle dejado ciego). Vaya rencoroso de las narices.

Afortunadamente para nuestro héroe, la nereida Leucótea lo encontró a tiempo en mitad del mar y le ayudó a sobrevivir. Le regaló una manta mágica, o velo divino, lo que le llenó de fuerzas para nadar hasta su siguiente destino. Ese lugar era Esqueria de los Feacios, o la isla de los Feacios. Odiseo acabó en la costa medio muerto y fue recogido por la princesa Nausícaa, hija del rey Alcínoo de Esqueria, rey de los feacios.

Tras adecentarle un poco, lo invitaron a un banquete, y Odiseo les contó todas sus aventuras por el mar. El rey se quedó tan impresionado que decidió ayudarle a llegar a Ítaca.

Durante su ausencia, el hijo de Odiseo, Telémaco, tenía que lidiar con las decenas de pretendientes que se agolpaban a la entrada del

palacio del rey de Ítaca para conseguir la mano de la reina Penélope. Ella no quería a ninguno, quería a su marido de vuelta, y Telémaco decidió que lo encontraría. Para ello contó con la ayuda de la diosa Atenea disfrazada de Méntor, uno de los mejores amigos de su padre.

Viajó a Pilos, y allí Telémaco habló con el rey Néstor. Le contó que sus flotas se separaron de regreso y que no sabía nada de Odiseo, pero que preguntase en Esparta, pues Menelao y Helena acababan de llegar, tras diez años de viaje. Allá que fue Telémaco, y Proteo, el dios marino que había atrapado Menelao, confesó que su padre estaba retenido en la isla de Calipso: Ogigia.

Sin embargo, Odiseo realmente ya había salido de la isla de Ogigia, y gracias a los feacios, logró volver a Ítaca después de veinte años de guerra y navegación.

Atenea le disfrazó de vagabundo para que no le reconocieran, pues los pretendientes de su mujer le matarían si le veían. Para tener algo de ayuda habló con su porquerizo Eumeo.

Días después, Telémaco regresó a Ítaca. Y gracias a Atenea, se disfrazó y pudo esquivar la trampa que los pretendientes le habían tendido. Tras volver a casa vio a un mendigo en ella y se asustó, pero Odiseo se quitó la capucha y le dijo:

—Yo soy tu padre.

Y Telémaco contestó sorprendido:

—Pero Obi-Wan me dijo que tú le mataste…

No, perdón, eso es de otra cosa. No tiene nada que ver con la *Odisea*.

En esta historia el padre y el hijo se reencontraron tras veinte años, se abrazaron y planearon una sangrienta y divertida venganza contra los pretendientes de su esposa.

Al día siguiente, Odiseo, vestido de mendigo, acudió al palacio y se juntó con los pretendientes, liderados por Antínoo. Estos, que estaban comiendo y bebiendo, nada más verlo, empezaron a golpearlo y a reírse de él.

Luego Penélope apareció con un arco, un arco que pertenecía a Odiseo. Se puso delante de los pretendientes y explicó en qué iba a consistir la prueba que haría que uno de ellos se convirtiese en su nuevo marido.

—Me casaré con aquel que consiga hacer pasar una flecha de este arco que tengo en mis manos, el de mi marido, por los ojos de doce hachas alineadas.

El ojo de un hacha era un agujero que tenían las hachas griegas, a veces en el filo, otras veces al final del mango y otras veces se representa como el hueco del mango de madera sin el filo metálico.

Los pretendientes fueron uno a uno tratando de acertar, pero ninguno atinaba. El mendigo solicitó participar, pero los pretendientes

le apartaron con desdén. Al final, como Telémaco insistía tanto, le dejaron participar, más para reírse de él que otra cosa. Y claro, como el mendigo era en realidad Odiseo, logró sacar un diez en la prueba con el arco. Y es que resulta que su arco era complicado de manejar y tensarlo requería mucha fuerza y destreza.

Todos los pretendientes se quedaron de piedra, y segundos después escucharon el sonido de una espada desenfundándose. Se giraron y era Telémaco, listo para luchar. Odiseo se quitó las ropas de mendigo y padre e hijo comenzaron a luchar contra todos los pretendientes.

Tras matar a absolutamente todos aquellos infraseres, Odiseo se presentó ante Penélope y por fin los dos tortolitos se reencontraron. Ahora todo había acabado.

Bueno, no. Todo no había acabado. Resulta que muchos familiares de los pretendientes muertos decidieron vengarse de Odiseo. El líder de este nuevo grupo dirigió a toda la pandilla a la casa de Laertes, el padre de Odiseo, que estaba tranquilamente cuidando de su huerta. Fue este Laertes quien, viendo que un combate iba a comenzar, decidió sacar rápido su arco y disparar al líder en la cabeza con una fecha. Y justo cuando iba a empezar la batalla, la diosa Atenea bajó del cielo y puso orden. Entonces ambos grupos decidieron llegar a un pacto de amistad.

Finalmente, como le había dicho Tiresias en el Inframundo, solo quedaba una cosa por hacer: los sacrificios a Poseidón en un lugar remoto del continente. Ese lugar era la tierra de los tesprotos, Tesprotia.

Se cuenta que Odiseo viajó hasta allí, un territorio en el noroeste de Grecia, y conoció a la reina Calídice. Hizo los sacrificios y todo guay, pero resulta que se cuenta que también se casó con esta reina, se quedó a vivir con ella y tuvieron un hijo de nombre Polipetes. *Jo*é, con lo que le había costado llegar hasta Ítaca y ahora se va con otra. No lo entiendo. Esta parte del relato es bastante anticlimática.

Cuando Calídice murió, el reino fue para Polipetes, y Odiseo volvió a Ítaca. Y parece que aquí retomó su relación con Penélope.

Poco después se presentó por allí Telégono, que, si os acordáis, y si no, también, fue el hijo que Odiseo tuvo con la hechicera Circe en aquella isla alejada de la mano de Dios. Como no lo encontraba, el chaval empezó a saquear todas aquellas tierras. Odiseo apareció para defenderlas y Telégono le hirió mortalmente sin saber quién era realmente.

Luego se enteró de que acababa de cargarse a su padre y decidió volver a la isla de Circe con el cadáver de Odiseo, junto con Penélope y Telémaco.

¿Y qué pasó en la isla de Circe? Pues que la hechicera se casó con

Telémaco, y Telégono con la viuda Penélope. Y así, con esta boda tan rara, acabó la historia del héroe Odiseo.

Por cierto, tenéis que saber que existe un libro llamado la *Eneida*, que también continúa esta historia. Fue escrito por el poeta romano Virgilio durante el siglo I a. C., y esta historia fue una forma imaginativa de unir los relatos mitológicos griegos con los romanos.

Aquí se cuenta cómo un troyano llamado Eneas, su hijo Ascanio y más gente lograron huir de la guerra de Troya y llegar hasta Italia. Del linaje de Eneas nacerían tres o cuatro siglos después Rómulo y Remo, los fundadores de la ciudad de Roma.

LOS ÚLTIMOS REYES DE ATENAS

El último rey de Atenas del que hablé en capítulos anteriores fue Menesteo, el que usurpó el trono al héroe Teseo mientras este estaba ocupado en el Inframundo. Tras su muerte en la guerra de Troya, uno de los hijos de Teseo volvió a la ciudad y reclamó el trono. Ese fue Demofonte. En unas versiones gobernó junto con su hermano Acamante y en otras este ya había muerto.

De su reinado se cuenta la historia de Filis, la hija de un rey tracio. Parece ser que, durante una parada de Demofonte en Tracia, la princesa se enamoró de él (o según otras versiones de su hermano Acamante). Ambos se casaron y Demofonte continuó su viaje a Atenas sin prometer que volvería.

Antes de marchar, Filis le había entregado una cajita misteriosa que contenía un objeto consagrado a Rea, y le dijo que no la abriera mientras él tuviera esperanza de regresar con ella a Tracia. El problema es que Demofonte pasó del tema y nunca volvió, por lo que Filis le lanzó una maldición y se suicidó. Demofonte se enteró del suceso y decidió abrir la cajita. No sabemos qué vio dentro de ella, pero se volvió loco, montó en su caballo, salió huyendo disparado y completamente aterrorizado, y finalmente se cayó y se desnucó.

El siguiente rey de Atenas fue el hijo de Demofonte: Oxintes. De Oxintes no hay nada interesante de lo que hablar. A su muerte su hijo Afidante reinó unos años hasta que fue asesinado por su hermano menor Timetes.

Según la cronología mitológica de Atenas, Timetes fue el último rey descendiente de Teseo, y su gobierno apenas duró un año. Según otras fuentes duró un poquito más. Se cuenta que durante su reinado hubo una guerra entre Atenas y Beocia. El rey beocio, Jantio o Janto, tenía una propuesta para el rey ateniense, y era que los reyes de cada reino se retaran a un combate singular para demostrar su fuerza. Timetes no era especialmente valiente y no estaba por la labor. Por ello dijo que aquel ateniense que luchase por él y ganase recibiría el

trono de Atenas. El valiente paladín que se ofreció fue Melanto, que ganó el combate contra el beocio y acabó siendo nombrado rey de Atenas. Este Melanto era un antiguo rey de Pilos, en Mesenia, que había sido expulsado de allí por los heráclidas Témeno y Cresfontes. Tras estos hechos había huido a Atenas buscando refugio.

La cosa es que parece que Melanto ganó el combate contra el rey de Beocia haciendo trampas. Durante el combate, cuando Jantio se acercó para darle un espadazo, Melanto le dijo que estaba haciendo trampas porque detrás de él había otro guerrero beocio. Extrañado, Jantio dijo que eso no era así, y se dio la vuelta para comprobar si efectivamente había otro de sus guerreros en el terreno de lucha. No era cierto, pero nada más voltearse, Melanto aprovechó para meterle un lanzazo en el pecho. Así ganó el combate.

Melanto tuvo un hijo llamado Codro, quien heredó el trono, y este es considerado el último rey de Atenas. En el siguiente capítulo veremos su final.

EL REGRESO DE LOS HERÁCLIDAS

Como ya conté, los heráclidas, los descendientes de Heracles, fueron expulsados del Peloponeso por los diferentes reyes del lugar y se tuvieron que mudar a la Dóride, en el norte de Grecia. Sin embargo, tras cincuenta o cien años esperando, por fin llegó el momento de invadir toda la península. Ese fue el episodio conocido como el regreso de los heráclidas.

Hilo había tenido varios hijos; entre ellos estaba Cleodeo, quien a su vez tuvo más hijos. El más importante fue Aristómaco. Se cuenta que este consultó al oráculo de Delfos e interpretó que su invasión tendría éxito si llevaba sus tropas por un sitio estrecho. Aristómaco pensó que ese era el istmo de Corinto, pero parece ser que se equivocaba, y acabó muerto en batalla.

Su hijo Témeno, cuando alcanzó la mayoría de edad, también fue a Delfos a consultar al oráculo, y la pitonisa le dijo exactamente lo mismo. Afortunadamente, Témeno fue más perspicaz que su padre e interpretó las palabras de la adivina de otra forma, y tomó una ruta estrecha pero marítima. Y acertó.

Témeno reunió en Naupacto a su ejército, compuesto en su mayoría por dorios, y con una flota atravesó el «estrecho» golfo de Corinto hasta llegar al norte de la península del Peloponeso. En la Arcadia se enfrentaron a Tisámeno, hijo de Orestes y último gobernante de la familia de los Pelópidas. Los peloponesios perdieron y los heráclidas recuperaron toda la península.

En esta invasión, los heráclidas tuvieron la ayuda de los dorios, que, como vimos, era una tribu que vivía por el norte. Dicen que este relato era la forma que tenían los antiguos griegos de explicar la invasión de los dorios al territorio de los micénicos, es decir, los griegos del periodo oscuro.

Y es que, entre los años 1200 y 1000 a. C., es verdad que en la Hélade tuvo lugar la llamada invasión doria, que más que invasión fue un proceso gradual donde tribus de etnia doria que vivían en el norte

balcánico migraron hacia el sur y se hicieron con el control de la parte sur y este del Peloponeso. E incluso dieron el salto a Creta y también la dominaron.

Otra etnia importante de la Grecia arcaica y clásica fueron los jonios, que vivieron en la zona de Ática, la isla de Eubea y también en partes de la costa oeste de Anatolia, así como muchas islas del mar Egeo.

Los eolios, por su parte, dominaron Tesalia y otras zonas de la costa de Anatolia; los arcadios, la Arcadia, la zona central del Peloponeso, y los llamados genéricamente griegos noroccidentales dominaron la Élide, Acaya, Etolia y Fócida.

Y esto también se cuenta en el mito, pues los heráclidas-dorios se quedaron con la Argólida y con Laconia. Tras la invasión, en la Arcadia se cuenta que siguió gobernando Cípselo como vasallo, y en la Élide pasó a reinar Óxilo, hijo de Andremón, que había ayudado a los heráclidas y que, aunque había sido exiliado tiempo atrás, formaba parte de la familia real de la región.

Corinto en un principio tampoco quedó al mando de un heráclida hasta que llegó Aletes, hijo de Hipotes, descendiente de Yolao, el sobrinito de Heracles. Este conquistó la ciudad y así fue como los heráclidas tomaron el control de aquella ciudad tan importante. Y esto fue así hasta que (ahora según la historia real) fueron sustituidos por la dinastía de los baquíadas hacia el año 747 a. C.

De Aletes también se cuenta que trató de invadir Ática, y con un enorme ejército se presentó ante las puertas de Atenas. El oráculo de Delfos le había dicho que la ciudad caería ante él si el rey Codro de Atenas no resultaba muerto. Sin embargo, Codro se enteró de esta profecía, así que para evitar la conquista no le quedó más remedio que dejarse matar. Para ello se disfrazó de leñador, entró en el campamento enemigo y dejó que lo asesinaran a espadazos. Gracias a ello evitó que los heráclidas y dorios se hicieran con el control del Ática.

De Codro se dice que fue el último rey de la ciudad de Atenas, y que tras él se instaló un sistema democrático.

Esto no parece ser cierto del todo. Es verdad que dejó de haber reyes (basileos en griego) y los nuevos dirigentes de la ciudad tomaron el título de «arcontes», pero su cargo era vitalicio y, en la práctica, seguían siendo como reyes. Su control sobre Atenas al menos era muy similar, aunque con ciertas restricciones.

Desde el año 1068 hasta el 753 a. C., es decir, durante la llamada Época Oscura Griega, hubo trece de estos arcontes vitalicios. Sus nombres fueron Medonte (hijo de Codro), Acasto, Arquipo, Tersipo, Forbas, Megacles, Diogneto, Ferecles, Arifrón, Tespios, Agamestor, Esquilo y Alcmeón.

Tras la muerte de este último en el año 753 a. C. parece que los antiguos griegos decidieron hacer que el cargo de arconte dejara de ser vitalicio para convertirse en algo elegido de forma periódica por los ciudadanos de Atenas a través de votaciones y sorteos. Parece que ahora sí que la democracia iría poco a poco impregnando las instituciones áticas. Pero sería un proceso gradual. También hay que tener en cuenta que en ningún momento de la democracia ateniense histórica podían votar las mujeres, los esclavos o los que no tuvieran la ciudadanía, aunque vivieran en la ciudad.

Pero ahora volvamos al mito de los heráclidas. Tras haber tomado el Peloponeso, los heráclidas echaron a suertes quién debía quedarse con los tres principales reinos conquistados. Estos eran Laconia, con capital en Esparta, la Argólida, con capital en Argos, y Mesenia, con capital en Pilos.

A Témeno le tocó la Argólida, a Aristodemo Laconia y finalmente a Cresfontes le tocó Mesenia. De aquí hay que matizar varias cosas. Algunas fuentes dicen que Aristodemo murió durante la conquista, por lo que el gobierno de Laconia recayó en dos reyes, sus hijos gemelos, Procles y Eurístines, lo que explicaría por qué tradicionalmente la monarquía espartana fue bicéfala. Es decir, que había dos reyes. Era una diarquía.

El hijo de Eurístines fue Agis, de quien descendería la dinastía agiada, mientras que el hijo de Procles fue Soos, y tuvo un hijo llamado Euripon, de donde saldría la dinastía euripóntida. La agiada y la euripóntida serían las dos dinastías que dominarían a la vez Esparta.

Por otro lado, Cresfontes ansiaba quedarse con la rica Mesenia, y dicen que hizo trampas en el sorteo. Resulta que el sorteo se hacía metiendo las fichas de cada participante en un jarro de agua. Cresfontes metió la suya, pero no estaba hecha de piedra como las demás, sino de tierra compacta, por lo que se disolvió. Y luego dijo:

—Oye, los primeros que salgan se quedan con la Argólida y Laconia. Mesenia para el que quede el último.

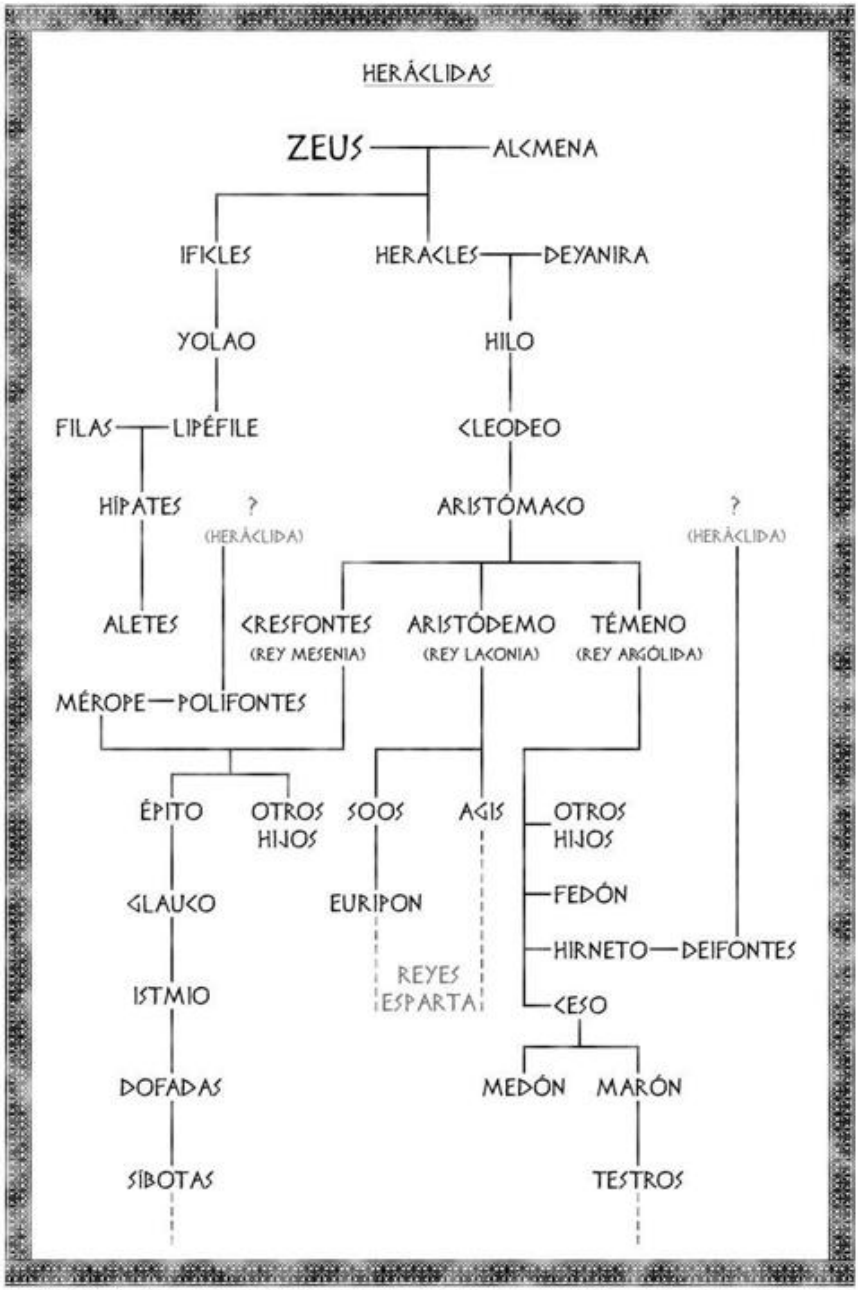
Y claro, como realmente su ficha se había disuelto, nada más sacar las dos primeras, Cresfontes ya se quedó como rey de Mesenia.

Cuenta la leyenda que, debido a estas trampitas, más adelante, ya en la historia real, los lacedemonios o espartanos invadieron Mesenia y la dominaron durante muchos siglos.

En Mesenia, como ya dije, reinó el rey Cresfontes. Se casó con Mérope, la hija de Cípselo, rey de la Arcadia, y con ella tuvo tres hijos. Sin embargo, no tuvo un reinado feliz, pues otro heráclida, un tal Polifontes, se levantó contra él y lo mató junto con dos de sus hijos. Además, Polifontes usurpó el trono y Mérope fue obligada a casarse con él.

Épito fue el hijo que pudo sobrevivir. Permaneció una temporada oculto mientras Polifontes ponía precio a su cabeza. Pasaron los años y el chico creció. Finalmente, cuando estuvo preparado, se armó de valor y fue al palacio del asesino de su padre y de sus hermanos diciendo que había conseguido cazar a Épito y quería la recompensa.

Polifontes le acogió en el palacio y Épito pudo hablar con su madre, y le contó el plan que tenía en mente. Al día siguiente, Polifontes invitó a Épito a un sacrificio y le dio una espada, pero en vez de al animal del sacrificio se la clavó al usurpador. Gracias a esto, Épito se convirtió en el nuevo rey de Mesenia.



Finalmente vamos a centrarnos en Témeno, que controlaba la Argólida. Tenía tres hijos (Ceso era el mayor), pero todo su amor y favores se los daba no a ellos, sino al marido de su hija Hirneto, Deifontes, también un heráclida. Como los tres chavales temían no recibir su herencia, planearon asesinar a su padre. Sin embargo, tras

matarlo, los habitantes de Argos quedaron tan indignados que expulsaron a los tres hijos, y el trono fue a parar a Hirneto y su marido Deifontes.

Se cuenta que los argivos empezaron a ver que eso de la monarquía no funcionaba y poco a poco fueron sustituyendo esta institución por algo más electivo y democrático igual que estaba haciendo Atenas.

Y con esto acabarían las historias mitológicas de la antigua Grecia. La edad de los dioses y grandes héroes acabó y la Hélade quedó solo para los humanos de la Edad de Hierro.

Bibliografía

APOLODORO DE ATENAS, *Biblioteca Mitológica*, Alianza Editorial, Madrid, 2016.

COMELLIN, P., *Mitología griega y romana*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017.

HESÍODO, *Los trabajos y los días*, RBA Libros, Barcelona, 2008.

—, *Teogonía*, Gredos, Madrid, 2010.

HOMERO, *Ilíada*, Akal, Madrid, 1998.

—, *Odisea*, Juventud, Barcelona, 2012.

GRAVES, R., *Los mitos griegos*, Ariel, Barcelona, 2012.

GRIMAL, P., *Diccionario de mitología griega y romana*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2010.

HARD, R., *El gran libro de la Mitología Griega (basado en el Manual de Mitología Griega de H. J. Rose)*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.